This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 6539.6

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

CHIBALD CARY COOLIDGE, '87
NCE LEONARD HAY, '08
E PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
HILE DECEMBER MDCCCCVIII

"Al Sr. Dr. Luis Barritt.

Su S.S.

J. Amunátegui

LA REVOLUCIÓN CHILENA

GIL JUAN

LA REVOLUCION CHILENA

(IMPRESIONES DE UN VIAJERO)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73

1892

SA 6539.6

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

Lima á 25 de mayo de 1891.

SEÑOR DON ANDRÉS A. ARAMBURÚ

Mi estimado amigo (1):

ACABO de llegar de un largo viaje, en el cual y después de haber recorrido los principales países europeos, he visitado también á Chile, víctima hoy del más cruel de los azotes con que la humanidad puede ser afligida; y debo deciros que el modo y forma cómo la prensa de Lima aparenta en estos momentos ser indiferente á la crisis política por que actualmente atraviesan nuestros vecinos del Sur, no sólo me ha sorpren-

(1) Algunas de estas cartas fueron publicadas en *La Opinión Nacional* de Lima y dirigidas al señor don Andrés Avelino Aramburú, editor de dicho periódico.

dido, si que también me ha angustiado el alma con tristes reflexiones.

¿Es posible, mi estimado amigo, que los diaristas de esta ciudad gloriosa, cuna de nuestra raza americana y brillante teatro de las más nobles luchas por la libertad y el derecho de América, no se hayan dado cuenta todavía de la alta trascendencia y gravísimos resultados que puede y ha de tener necesariamente en la política general del Continente el gran conflicto chileno?

Parece en verdad (y lo digo con tristeza) que los escritores del Perú, olvidados de que su patria no es una isla en medio del Pacífico ni una huérfana en la gran familia de los países republicanos, no tuvieran ojos ó estuvieran ciegos para ver lo que á su alrededor sucede y cómo anda envuelto en la espuma del temporal y agitado por las olas del naufragio todo lo que ellos siempre amaron y defendieron como la más preciosa herencia de sus libertadores y la fórmula más hermosa de sus convicciones.

Y si los escritores y los hombres públicos del Perú conocen y comprenden la gran significación de los acontecimientos que ahora se desarrollan al pie de los Andes y en los mares que en otro tiempo trajeron las velas de Cochrane á las pla-

yas del Perú, ¿cómo explicarse, menos todavía, esa egoísta indiferencia, que en este caso lo sería, y que pudiera aparecer á los ojos de propios y extraños como síntoma peligroso de una especie de anemia moral que hubiera agostado en los hombres de letras de Lima el entusiasmo generoso por los grandes ideales de la América republicana y el amor sin límites á los santos principios que sustentan nuestra propia organización de país libre y democrático?

Una ú otra cosa, mi estimado amigo, la ignorancia de los sucesos ó la indiferencia con que son contemplados, me hace meditar sobre sus consecuencias, obligándome, como á amigo del Perú, á romper ese silencio y á pediros las columnas de *La Opinión Nacional*, para explicar lo que mis ojos han visto en mi última peregrinación á través de la tierra chilena, desde el día en que desembarqué, á vuelta de mi viaje por el viejo continente, en la hermosa bahía de Arauco, donde humeaban aún los escombros de los establecimientos industriales mandados arrasar por el dictador de Chile, hasta que salvé las fronteras que nos separan de ese país y llegué á esta ciudad, para dar un fraternal abrazo á mis buenos y cariñosos amigos de Lima.

Si había algo que pudiera sorprender á un viajero americano en el Viejo Mundo, era seguramente una revolución en Chile, cuyo amor á la paz, al orden y al bienestar consiguiente parecía, si puedo expresarme así, innato en los hijos de ese país y como la leche política que los amamantara desde de la infancia, después de medio siglo de no interrumpida tranquilidad y de incesantes progresos desarrollados á su influencia fecunda y bienhechora.

Por esta razón, así mis amigos sud-americanos como yo mismo, no podíamos dar crédito en París á los cablegramas que las compañías trasatlánticas nos llevaban todos los días á la gran ciudad, hablándonos de una sublevación de la escuadra chilena, de una agitación política immensa en Santiago y Valparaíso y de otras muchas cosas que realmente nos hacían ver que el hecho era de verdad y que la única república americana que se había hasta aquí salvado incólume é intacta del monstruo de la guerra civil, devoraba en esos momentos el veneno de las sierpes de Lacoonte y se agitaba con las terribles convulsiones por ellas producidas.

Crecía más nuestra extrañeza aún, cuando, inquiriendo noticias sobre tan extraordinario su-

ceso, llegaban á nuestro conocimiento las que comunicaban á las casas comerciales europeas sus corresponsales de Chile, todos ellos aplaudiendo el alzamiento de la escuadra, como un acto necesario aunque doloroso de patriotismo, y pintando la ruina de la nacionalidad chilena bajo la administración de su loco y descabellado Presidente.

¿Cómo es posible, nos decíamos unos á otros, conversando una noche sobre el asunto en un café del boulevard, una revolución como ésta, en la que no se ve ni un caudillo en cuyo provecho se haga, ni un partido que la encabece, ni un nombre propio que sea como la etiqueta histórica del movimiento; una revolución anónima, aceptada por la sociedad entera, llevada á cabo por hombres de todas ideas y condiciones, únicamente en nombre de la patria ultrajada, por el solo principio de la salvación pública y, por fin, aplaudida por los extranjeros mismos, siempre demasiado celosos de la conservación de la paz, que es para ellos la fuente viva de su bienestar y de sus buenos negocios?

Eran para nosotros tan raros y extraordinarios los sucesos que servían de tema á nuestras conversaciones parisienses en este punto, que en vano nos devanábamos la cabeza por darnos cabal cuenta de ellos.

Una revolución como la chilena estaba, en verdad, fuera de las previsiones y del modo de raciocinar político de un americano del Sur, y para penetrar en ella sin peligro de extraviar el raciocinio, era necesario estar cerca del terreno de los acontecimientos. Felizmente yo he podido estar ahí, y por eso no creo ocioso el consignar en el papel mis impresiones, ya que ellas pueden ser útiles, dada la importancia que doy y no puede menos de darse á los sucesos que las motivan.

Vuestro afectísimo.

GIL JUAN.

I

Lima, 27 de mayo de 1891.

EMBARCADO en Marsella en los primeros días de febrero y en viaje directo á Buenos-Aires, llegué el día 20 del mismo mes á esta metrópoli americana.

Naturalmente, al bajar á tierra por unas pocas horas, traté de proveerme de diarios y periódicos que me proporcionaran la luz que necesitaba sobre los sucesos del Pacífico que en esos momentos preocupaban vivamente la atención del pueblo argentino y provocaban grandes demostraciones públicas en favor de la causa revolucionaria, especialmente de simpatía á los personajes políticos

chilenos que en esos momentos se encontraban desterrados en Buenos-Aires.

La gran capital del Plata, según me lo dijeron ahí varios amigos argentinos, no hacía con esas demostraciones sino pagar una deuda de gratitud, es decir, la fraternal y cariñosa acogida que en otro tiempo los chilenos habían prestado á los emigrados del Plata durante la tiranía de Rosas.

La República de Chile, me decía á este respecto un hombre público de Buenos-Aires, siempre fué en América el asilo de todos los perseguidos políticos de las Repúblicas vecinas. Cada vez que la tiranía hincó su garra de fiera, así en las márgenes del Plata, de Montevideo ó la Asunción, como á las orillas del Rimac ó del Guayas, las víctimas de ella encontraron en Chile noble y seguro asilo. De manera que ahora es obra de dignidad argentina y de justicia americana el que Buenos-Aires acoja cariñosa en su seno á los perseguidos de la dictadura de Balmaceda.

Los argentinos, por otra parte, acababan de salir de una revolución iniciada también en nombre de la salvación pública; revolución abortada en sus comienzos, es verdad, pero que, conmoviendo hasta en sus cimientos la sociedad entera, había dejado en ella latentes y persistentes los

gérmenes populares del movimiento; y esto hacía que los revolucionarios chilenos fueran mirados allí casi como hermanos en ideas y como mártires de una misma causa que contaba en su favor con el sentimiento público.

Así, en todos los clubs y centros sociales de la capital platense se veía á esos emigrados de ultracordillera y podía conocérseles y apreciar la nobleza y santidad de la causa por la cual padecían el destierro y á la cual consagraban todos sus momentos, ora moviendo en favor de ella la opinión y el pensamiento argentinos por la palabra y por la pluma, ora acumulando recursos materiales con que auxiliarla, á la manera de los antiguos emigrados de Mendoza, en la época de la emancipación, cuando preparaban las futuras campañas de Chacabuco y de Maipo, que debían asegurarles la posesión definitiva de la patria.

En las pocas horas que permanecí en tierra, tuve ocasión de hablar y conocer á varios de esos proscritos que llevaban un apellido ilustre en la historia de su país ó pertenecían á la noble raza de los fundadores de la independencia americana.

Algunos habían padecido las persecuciones del tirano de su patria y guardaban en sus cuerpos las señales del martirio atroz de que habían sido

víctimas en las prisiones de Santiago, Valparaíso y Concepción, siendo, por consiguiente, la manifestación más viva y elocuente de la justicia de la causa que defendían, así como de la santidad del apostolado que ejercían en la gran capital argentina.

Uno de ellos me hizo á la ligera una rápida disertación sobre los orígenes del movimiento revolucionario, y hube de convenir con él en que la gran empresa patriótica á que el pueblo chileno acababa de lanzarse con tanta decisión y energía, no solamente afectaba los intereses públicos de su patria, vinculados al éxito de ella, sino que también debía tener una influencia decisiva en el porvenir de las demás repúblicas americanas.

En América, me dijo, subsiste latente todavía el gran problema político planteado desde los días de la emancipación, el problema de la lucha, aun no terminada después de más de medio siglo de sangrientas revoluciones, entre la democracia y el cesarismo, entre la voluntad del pueblo y las imposiciones de la fuerza, entre los parlamentos de libre elección, que representan el derecho que tiene en ellos sus manifestaciones generosas y fecundas, y el personalismo de los que, por la audacia ó el crimen se apoderan del

gobierno, para embriagarse en seguida con él y procurar retenerlo en sus manos por todos los medios imaginables, aun ahogando en sangre las voces y las protestas del pueblo.

En ningún país americano como en Chile ahora, me agregó, este gran problema político ha sido planteado en términos más claros y decisivos; de manera que, si la revolución chilena no tuviera el éxito que es de esperar de ella en estos momentos, sería muy de temer que su derrota influyera de un modo desastroso en el porvenir de los demás Estados.

Porque, en efecto, siendo Chile uno de los raros países de este continente que ha tenido una forma regular de gobierno y donde el derecho ha sido respetado durante medio siglo, claro es que su ejemplo tendría una influencia decisiva fuera de sus fronteras, como hasta ahora la ha tenido para no hacer desesperar á los amigos de la democracia, del porvenir de las instituciones republicanas en esta parte del globo.

El día en que el Parlamento fuera derrotado en Chile, llevando á todas partes el desaliento consiguiente á la ruina de su causa, ya no habría seguramente en América ningún gobernante que no se atreviese á todo y que, envalentonado con

el ejemplo, no le sobrasen bríos para hacer de su patria un feudo que alimentase sus caprichos y sus ambiciones.

Nuestra conversación hubo de terminar aquí, y debo confesar que, para cualquiera que conociese el estado político del continente y las condiciones especialísimas de su sociabilidad, esas razones debían tener no solamente un valor relativo ó exagerado, sino la fuerza real é incontestable de la importancia que en sí tiene el movimiento revolucionario chileno.

Los argentinos tenían sobrada razón, pues, para simpatizar con sus hermanos desterrados en Buenos Aires, como que la causa que éstos defendían les tocaba á ellos casi tan de cerca como si los acontecimientos que en esos momentos se desarrollaban en el Pacífico tuvieran lugar en sus propios campos y ciudades.

Una vez en el vapor y de nuevo en viaje, comencé á desdoblar las enormes hojas periódicas que se editan en la gran ciudad americana del Atlántico: *La Prensa*, *La Nación*, etc., etc.

Como era de esperarlo por el honor de la América, la prensa seria argentina abrazaba también con calor la causa de la revolución chilena, explicaba sus orígenes, relataba los hechos, seguía al

día sus progresos y desarrollo, execraba los actos del que en la demencia de su ambición hacía recordar los días brutales de Rosas, de Francia y de López, y, en una palabra, manifestaba en sus vastas columnas el sentimiento natural de indignación que todo hombre libre debe sentir y siente por los que, haciendo del más noble de los atributos humanos un vil juguete de sus caprichos, ofende con ello, no ya solamente á un pueblo ó una nación, sino á la humanidad entera.

Estas lecturas de á bordo, á las cuales se me asociaban otros viajeros, bolivianos, peruanos, colombianos, etc., me hacían pensar en que la época de los déspotas había ya pasado en América, y que, si aun podían verse algunos monstruosos tipos del género, ellos estaban felizmente condenados á una existencia efímera, como faltos de atmósfera en qué respirar y fuera de ese elemento vital de la opinión pública, sin el que ninguna institución política puede existir, desarrollarse y prosperar.

Con estos pensamientos llegué á la bahía de Arauco, cuya hermosa isla ha sido señalada desde el primer momento de la revolución como un punto estratégico de primer orden para su ocupación por una fuerza de desembarco destinada

á operar en tierra firme, y ¡cuál no sería mi sorpresa, al ver desde la cubierta del buque las ruinas humeantes todavía del gran establecimiento carbonífero de Lebu, mandado arrasar con violenta saña por la mano del dictador, y luego, al bajar á tierra, contemplar por todas partes la desolación y el espanto producidos en sólo el espacio de cincuenta días de terrible dominación!

Esta parte de mis impresiones puede servir de enseñanza á los que en estos momentos y habiendo nacido en la libre América, creen que se puede ser neutral ó indiferente ante los sucesos de la revolución chilena.

II

Lima, á 29 de mayo de 1891

DESDE que el viajero, deseoso de inquirir la verdad de los sucesos, pone pie en tierra y estudia el estado social de sus habitantes, ya puede darse cabal cuenta de lo que allí acontece, y la inmensa gravedad de la crisis política que en estos momentos afecta todos los intereses morales y materiales del país.

En otra época y en uno de mis anteriores viajes por la costa chilena, había visto esas poblaciones de la costa de Arauco, especie de colmenas humanas agitadas por la actividad febril del trabajo que proporcionan los grandes establecimientos industriales de sus alrededores y que re-

cuerdan al viajero las inmensas faenas carboníferas de Australia ó de la Gran Bretaña.

En otro tiempo, el trabajo, la actividad y el bienestar sorprendían allí agradablemente al viajero, haciéndole concebir las más lisonjeras esperanzas sobre el porvenir de la industria en esas regiones rescatadas á la barbarie después de siglos de homéricas luchas. Un pueblo trabajador y feliz, ¿no es el más hermoso y consolador de los espectáculos humanos?

Pero, ahora, ¡de qué manera parecía todo cambiado y como si un viento de borrasca hubiese sorprendido á los hombres y las cosas, soplando sobre ellos la desolación y las ruinas!...

En el muelle de Coronel pregunté á un robusto trabajador sobre el estado en que se encontraba el pueblo después del pronunciamiento de la escuadra, y alzando éste ligeramente los hombros y como si hallase demasiado indiscreta la pregunta, apenas si me dijo dos palabras:

—Ya ve usted, señor.

Y señalándome con el dedo la punta de Lebu agregó:

—Ya no hay trabajo, señor.

A lo lejos, en efecto, se divisaban las ruinas del gran establecimiento carbonífero, que era has-

ta ayer una de las maravillas del trabajo y del capital chileno, y que hoy sólo es señal y ejemplo del salvajismo brutal de un déspota apoderado por la fuerza de la fortuna pública y privada de sus conciudadanos.

Cierto día el Intendente de Concepción había telegrafiado á Balmaceda, noticiándole que en las faenas de Lebu existía un foco de conspiración contra su gobierno.

Pues bien, sin otro dato que éste, el dictador de la Moneda había contestado á su subalterno con una orden, por telégrafo también, para que arrasase hasta sus cimientos dicho establecimiento y arrojara en seguida petróleo en las galerías de sus carboneras, de modo que la misma enormidad del hecho sirviese de tremendo ejemplo para los que en esos momentos ó en adelante conspirasen contra su autoridad.

Esta relación, que pude ver confirmada en seguida con datos oficiales, me llenó de asombro revelándome el terrible estado de las cosas de Chile. En un país americano, ¿puede existir un jefe de Estado que así trate á su propia tierra y piense que puede sostener su autoridad sobre la ruina de sus industrias y los escombros de su progreso material? Yo no sé de Rosas, de Fran-

cia, ni de ninguno de los otros tiranos de América, del cual se refieran hechos de una naturaleza tan salvaje y grosera.

Pero esto era poco todavía en comparación de lo que en seguida debía ver.

Las faenas de Coronel, de Lota y demás establecimientos de la costa de Arauco estaban casi paralizadas á causa de la falta de operarios y peones de jornal. ¿Qué se había hecho y cómo al parecer había desaparecido una gran parte de la población de esos lugares? La persecución salvaje de las autoridades, se me decía en todas partes, que ve en todo individuo un enemigo de su omnipotencia, obliga á cada cual á buscar lejos un refugio para escapar de la cárcel y del azote é ir á ganar con nombre supuesto el pan para su familia.

La cárcel de Coronel y las de las poblaciones vecinas estaban, efectivamente, llenas de reos políticos de todas edades y condiciones, y el azote y otros géneros de tormentos eran en esos lugares de detención el espectáculo diario con que los agentes de la dictadura parecían esforzarse en dar vivas muestras de su actividad gubernativa y de su monstruoso celo en el servicio del Estado.

Desde el día 7 de enero, fecha del pronunciamiento de la Escuadra, casi puede decirse, que

todos los servicios públicos habían sido asumidos en esos lugares por las comandancias de las policías, á las cuales todo parece estar desde entonces encomendado, como que ellas son sin duda el fundamento del nuevo régimen político que impera en Chile, y sin ellas no sería posible, ni por un sólo día, su peligrosísimo sostenimiento.

Después de veinticuatro horas de estadía en Coronel, tomé el ferrocarril de Concepción, magnífica obra llevada á feliz término por una compañía inglesa y que no es ahora sino una dependencia de la gran empresa carbonífera de Laraquete, cuyas minas vendiera no há mucho al capital británico nuestro amigo el general Prado; y meditando sobre tanta ruina y desolación, crucé las fértiles praderas del immenso valle que se extiende entre Coronel y San Pedro, y luego, atravesando el grandioso puente de hierro de dos mil metros de extensión, tendido entre ambas márgenes del hermoso Biobío, llegué a la bella capital del Sur, la Concepción de las leyendas de la conquista araucana, donde esperaba dar un abrazo á viejos y queridísimos amigos.

III

Lima, á 1.º de junio de 1891

LÁ vuelta de un viajero después de largos años de ausencia semeja á una especie de resurreción de los pasados días, con sus recuerdos cariñosos, que, como las aves migratorias en alegres bandadas, parecen traer los perfumes de la primavera lejana de otros climas y de otros cielos, y por eso siempre es bien recibido en los hogares amigos y su presencia suscita en ellos la alegría y es como una fiesta llena de sencillos encantos.

No es extraño, pues, que á pesar de las tristes impresiones que acababa de recibir en Coronel y

sus alrededores, me halagase todavía con la esperanza de pasar algunos buenos días en la hermosa ciudad donde en otro tiempo había gozado en el trato franco y amable de sus habitantes, que parecen guardar todavía, después de cerca de un siglo de incesante transformación de las costumbres y de las ideas, aquella antigua y noble cortesanía española que ya anda perdida en América entre las modas y afeites de la costurería francesa.

Después de una noche bien dormida en el mejor de los hoteles de la ciudad, salí con mi pensamiento en busca de los amigos á quienes pensaba dar la sorpresa de mi presencia en su hogar y entre los suyos, sin prevenirles de mi llegada y como para saber, sin otra pregunta que la de un apretado abrazo, quiénes eran los que todavía me recordaban en seguida de tan larga ausencia.

Pronto debía ver á los Lamas, los García, los Navarro, los Risopatrón, los Castellón, los Urrutia, los González, los Cruz, los Unzueta, y tantos otros como había dejado á mi partida y que, mozos vividores de mi tiempo, estarían ya, y á ejemplo mio, peinando canas y presidiendo desde la gruesa poltrona de sus casas solariegas la numerosa prole, que es la ilusión y la gloria de la

edad en que se cosecha el fruto maduro de la vida.

Desgraciadamente, mi desengaño habría de ser aquí más duro y más cruel que lo había sido al pisar la playa de Coronel y que he tratado de pintar hace un momento con la ligereza fugitiva de los apuntes de mi diario de viajero.

Desde que salí á la calle y traté de recordar de boca de los agentes de policía los nombres y números de algunas calles y casas, ya comprendí que no me hallaba donde yo creía.

Esos *guardianes del orden* armados de revólver, carabina, sable, y que sé yo qué más, como unos arsenales ambulantes, no se asemejaban en nada á los que yo había visto en otra época en el mismo oficio, y francamente me producían ahora el efecto de esas ilustraciones con que los editores parisienses adornan las ediciones de lujo de *Tartarín de Tarascón* ó de *Tartarín sur les Alpes* de Alfonse Daudet.

Parecía, en verdad, por su actitud y sus ademanes que se preparaban á tomar por asalto al primer transeúnte que se les acercara y que tuviera la nariz de conspirador ó el puño de revolucionario ó la cara de insurgente ó enemigo del orden y la paz pública. Y luego, ¡qué tono de desenfadada

altivez para contestar á mis sencillas preguntas y qué aire de señores para ordenarme siguiera adelante, y qué gesto de amenaza para prevenirme de las nuevas reglas y reglamentos y ordenanzas sobre la viabilidad á toda prisa y la prohibición de detenerse y formar grupos en las calles!...

Pero mis buenos amigos de Concepción ¿dónde estaban y dónde podía verlos? Con la ansiedad natural que me producía la situación política de la ciudad, toqué á las puertas de algunos de ellos, pero sin poder hablar á otra persona de su interior que á algún sirviente fiel ó alguna vieja llavera, los que, después de largas demoras para salir y en seguida de mirarme con ojos suspicaces y recelosos, me decían que nadie había en la casa, y cerraban en seguida las puertas casi en mis narices. ¿Dónde estaban escondidos ó fugitivos aquellos á quienes yo ansiaba ver felices y tranquilos en medio de los suyos?

Poco á poco y no sin algún trabajo llegué á saber de la suerte de algunos de ellos.

De Juan Castellón, el activo industrial de Tomé tan estimado y querido en la buena sociedad de Concepción, se ignoraba en absoluto el paradero. Una mañana el intendente de la provincia, cum-

pliendo instrucciones superiores, había enviado una partida de agentes de policía á las grandes bodegas y casas de habitación de la familia, diciendo con brutal regocijo á sus sayones, que hicieran botín de guerra, así de los caldos de las bodegas, como de las mismas personas de la familia del señor Castellón, pues, para todos los gustos allí había. Esta orden salvaje había sido cumplida con el rigor de su misma brutalidad, pero no, felizmente en todas sus partes, ya que los groseros agentes de la autoridad no pudieron alcanzar en su fuga al señor Castellón y su interesante esposa y sus bellas y jóvenes hijas, que pudieron escapar en las altas horas de la noche, consiguiendo aquéllos solamente incendiar las casas y bodegas y derramar los inmensos y valiosísimos depósitos de vinos y licores contenidos en ellas.

Algunos otros de mis amigos habían librado de la misma manera que Castellón de las garras feroces de la dictadura.

Víctor Lamas, el patriarca del Sur, vivía escondido en cuevas y sótanos, burlando las amenazas de las autoridades; los García, de noble alcurnia y de saneadas haciendas, habían huido lejos y sin que se supiera su paradero; los Nava-

rro, los Urrutia, los González, los Cruz, eran perseguidos como alimañas dañinas por los guardianes del orden y la paz pública; de los Méndez y Urrejolas nada se sabía; los Unzueta, que fueron en otro tiempo ejemplo de abnegación y de civismo, habían desaparecido de la ciudad, y así los demás, como si un cataclismo hubiera borrado de ahí todo lo digno, respetable y querido.

En mi afanoso empeño, quise ir en la noche al Club de Concepción, como en otra ocasión, y durante mi anterior estadía en la ciudad, solía hacerlo; pero, el dueño del hotel en que me hallaba alojado, pronto me dijo en cortas palabras y examinando mucho en mi rostro el efecto que ellas me producían, que el tal club ya no existía, pues hacía pocos días que el Intendente de la provincia, temiendo que dicho establecimiento fuera un hogar de descontentos del nuevo régimen, había mandado cerrarlo, sellar sus puertas y clausurarlo por tiempo indefinido.

—Pero sus dueños ó socios ¿cómo se han sometido á dicha orden? pregunté al hotelero. ¿No han protestado de tal abuso, ni siquiera por medio de la prensa?

—¿La prensa, señor? me contestó el buen hombre, ¿cómo ignora usted que todos los diarios han

sido violentamente suprimidos por la autoridad y que el escribir para el público es ahora uno de los más atroces delitos?

—Soy extranjero, repliqué, y perdone usted que ignore todo esto; pero dígame ¿no hay aquí jueces ó tribunales que se atrevan á poner las cosas en su lugar?

—Nada de tal cosa existe ya, después del decreto supremo por el cual se declaró incompatible con el orden y la paz pública la existencia de juzgados y tribunales.

—Pero esto no es propio sino del estado salvaje.

—Allá vamos, señor, bajo el imperio del nuevo régimen que ahora gobierna al país.

Debe suponerse qué profunda impresión me dejaría en el ánimo este corto diálogo. Una república americana en la que no existen más leyes que los caprichos de un loco, más justicia que la del celo bestial de sus sayones y verdugos, más industria que la que quiere no darse el placer de aniquilar todavía con sus úkases groseros, he aquí en breves palabras lo que se ofrecía ante mi vista. Con una sola mirada me explicaba ahora y de este modo la naturaleza y el alcance de la revolución chilena.

Al día siguiente, hube de saber cosas nuevas todavía. Durante la noche me había preguntado á mí mismo qué clase de hombres eran los que así acompañaban al dictador y servían en provincias y departamentos el vil oficio de agentes celosos de su omnipotencia; pero, sabiendo luego el nombre del Intendente de Concepción, pude darme contestación á dicha pregunta y comprender facilmente lo que un momento atrás no me explicaba. El sólo nombre de dicho personaje equivalía para mí en este punto á una verdadera revelación.

Algunos años antes, en Santiago, había oído hablar de este curioso tipo de media noche, convertido ahora y de improviso en el terrible sátrapa del Sur. Mozo de distinguida familia y admitido en la buena sociedad de la capital en los primeros años de su juventud, el actual Intendente de Concepción, había pronto dilapidado la herencia de sus padres en truhanerías y calaveradas de feo carácter, é ido descendiendo rápidamente en la sucia escala del crimen hasta no ser otra cosa que un huésped habitual de las fondas oscuras de arrabal y de los garitos anotados en los registros de la policía de pesquisas. Todos, en la buena sociedad santiaguina, habían olvidado

su existencia y su nombre, hasta el día en que, como á un resucitado, se le vió salir de la sombra para ser uno de los más celosos agentes de la dictadura.

Entre esa clase de gentes ha reclutado Balmaceda sus hombres y la numerosa falange de sus servidores.

Después de saber esto, ¿qué podía, pues, extrañarme? Si las cárceles y cuarteles de la ciudad estaban llenos de presos políticos, ¿que tenía ello de extraño? Si allí se aplicaban los más crueles tormentos, el azote, el torniquete, el fusil, la cuerda y otros, ¿ cómo sorprenderse de esto? Si las personas de más elevada alcurnia, los jóvenes más distinguidos habían caído en las garras del verdugo, ¿cómo asombrarse de nada? La lógica del crimen es terrible y sangrienta.

Como era natural pensarlo, luego supe también que la suerte de Concepción era la misma de las demás poblaciones del Sur, entregadas todas ellas á las manos ávidas de los mismos hombres, y dominadas, como país conquistado por una horda, bajo el yugo de una dictadura sin freno y sin escrúpulos.

Yo no podía permanecer ahí por más tiempo, dominando mis violentas impresiones y ponien-

do mordaza á las peligrosas palabras que podían escaparse de mis labios; y así, hube de resignarme á tomar el ferrocarril que al través del país conduce hasta Santiago, donde esperaba,—¡triste ilusión mía!—despejar mi pobre cabeza de lúgubres ideas y aliviar mi ánimo del pesado fardo de mis amargos sentimientos.

Después de cuarenta y ocho horas pasadas en la ciudad, me alejé, pues, de ese cementerio político, en busca de cielo menos turbio y de aire menos denso, para continuar, según mis deseos, el estudio de los hechos y del movimiento de la revolución.

IV

Lima, á 27 de mayo de 1891.

ALGUIEN ha dicho que la vista de la naturaleza por el sentimento que ella inspira es el mejor consolador de los pesares humanos, y así fué para mí al salir de Concepción en el tren expreso que lleva hasta Santiago, y contemplando desde la ventanilla de mi coche el hermoso panorama del Biobio, con sus aguas límpidas y serenas, semejantes á las de un lago, extendiéndose y dilatándose como un mar azul y de lejanas riberas.

Mi cabeza cargada de lúgubres ideas y mis ojos cansados de contemplar grandes y terribles

tristezas sentían una renovación consoladora ante ese espectáculo maravilloso á que el trabajo humano no ha conseguido robar todavía el aspecto de la naturaleza virgen con sus misteriosos é indescriptibles encantos, y cual si me encontrara sumergido en un bello sueño, la paz y la serenidad me parecían ser en esos momentos las blandas almohadas sobre que mi pesada cabeza reposaba.

Un tren lleno de soldados y que cruzó con el en que yo iba vino á arrancarme de improviso á mis contemplaciones, para hacerme ver de nuevo la realidad en medio de la cual vivía y devolverme á las reflexiones melancólicas que llenaban mi espíritu desde el día en que pisara la tierra chilena y me fuera dado juzgar por mi mismo de los sucesos de la revolución.

Junto á mí vino á tomar asiento en ese instante un viajero que hasta entonces no había visto y que tenía el aspecto sano, vigoroso y bonachón de los hacendados del Sur de Chile, acostumbrados á la vida sencilla de las labores de sus inmensas haciendas y extraños casi en absoluto á las estrechas y afectadas maneras de los pobladores sedentarios de las ciudades.

La franqueza y sencillez de su fisonomía me

abrieron camino para interrogarle y trabar con él abundante plática sobre el estado del país, á propósito del tren de soldados que acababa de ver pasar y cuyo destino ignoraba.

—Esa gente va de guarnición á los pueblos de la frontera araucana, me dijo; pero ¡quién sabe cuantos de ellos irán quedando en el camino en cada una de las estaciones de tránsito!

—¿Cómo, qué no ván á algún punto determinado, como usted acaba de decirme?

—Sí, es cierto; pero siempre sucede que, de cada mil hombres que salen de Santiago, Valparaíso ó alguna otra ciudad, para algún punto lejano, apenas si llega un cincuenta por ciento á su destino.

—Una parte considerable deserta entonces.

—Usted ha podido notar en la fisonomia misma de esos hombres que acaban de pasar, que la mayor parte de ellos se compone de pobres huasos arrancados por la fuerza á su trabajo y á su rancho y obligados por ese procedimiento á vestir el uniforme, dejando en el abandono y la miseria á sus desamparadas familias.

Los agentes del Gobierno entran de improviso en las haciendas y en los pequeños pueblos, y arrean en seguida con toda la gente que en ellos

encuentran, de la misma manera que los cuatreros y ladrones suelen arrear las bestias que hallan á su alcance. Este es el sistema de reclutamiento que ahora se estila y por medio del cual el Gobierno cree poder formar un ejército que le sostenga en el poder.

—Pero esos soldados, de bien poco pueden servir, según lo que usted me refiere.

—Ya lo creo. Vea usted: durante el espacio de dos meses en que se viene empleando con toda actividad este sistema de formar soldados, el Gobierno no ha tomado por la fuerza menos de cincuenta mil hombres, y no creo que de esos haya hasta ahora retenido en las filas más de doce ó quince mil. Es algo muy singular. Durante la última guerra la recluta era voluntaria y con poco trabajo se obtenían los soldados que se deseaban, entretanto que ahora todo el mundo se niega á servir, comprendiendo hasta el más humilde é ignorante que en este caso, lejos de pedírsele un sacrificio por la patria, se le impone con ello una contribución injusta y odiosa.

Siguiendo este diálogo, mi compañero de viaje me explicó en seguida más latamente la realidad de las cosas.

El pobre campesino que ve arrasadas y que-

madas por órdenes del dictador las haciendas y casas de sus patrones, el que mira al dueño de la finca en que trabaja ó de la casa en que sirve arrastrado á las cárceles de los pueblos vecinos, el que ha visto pasar al párroco de su aldea atado á un caballo y llevado lejos de su feligresía, como un malhechor ó un bandido, no puede menos, naturalmente, de formarse un criterio cabal sobre los sucesos y considerar como propio de hombres malos el servir á los autores de tantos atentados.

De esta manera, hasta las clases más pobres, humildes é ignorantes de la población chilena han llegado á ser enemigas naturales del régimen imperante.

A propósito de estas reflexiones, mi compañero de viaje vino en contarme también algunas de las muchas anécdotas que circulan hoy día en boca del pueblo con motivo de la situación política del país y en las cuales el dictador aparece á los ojos de estos hombres sencillos como una especie de monstruo salvaje y sangriento empeñado en la ruina y la desgracia de sus semejantes.

Conversando de esta manera y tocando diversos é interesantes puntos referentes á la situación, hicimos la mitad del camino que me separaba

del término de mi viaje, durante el cual había tenido lugar de hacer otras interesantes observaciones sobre la misma materia que tanto me preocupaba.

Así, por ejemplo, era de notarse la falta casi absoluta de bullicio y de movimiento en las estaciones de tránsito, lugares tan animados de ordinario por los vendedores de periódicos y comerciantes al menudeo y que ahora parecían desiertos, como si todo comercio y toda actividad estuvieran suspendidos. Luego, todos los que entraban á ocupar un asiento en el tren, lo hacían como sospechando de los demás y como si temieran que algo de malo ó de desgraciado fuera á sucederles. Por fin, el aspecto grave y melancólico de los viajeros, manifestaba de por sí que algo extraordinario preocupaba á cada cual, trayendo su ánimo conturbado con serias reflexiones.

Después de algunas horas de marcha, cruzando los magníficos puentes de hierro de los ríos del sur, atravesando los campos cubiertos todavía de resecas mieses, por motivo de la escasez de trabajadores, y dejando atrás las poblaciones de Chillán, San Carlos, Linares, Parral y otras de menor importancia, el tren se detuvo durante una

larga media hora en la estación de la ciudad de Talca, situada en la medianía del camino de Concepción á Santiago y punto de término de los trenes ordinarios, como en Chile se llama á los que no hacen un viaje directo, y que en esta línea dividen su carrera en dos jornadas.

Con la rapidez del viajero que vive no sólo de impresiones sino también de los alimentos de la carne y á quien sólo se conceden algunos minutos para aprovechar de ellos, me lancé del coche al restaurant de la estación, no sin que me costara algún trabajo abrirme paso entre los individuos de sospechosa catadura que subían al andén de los carros, para ver quiénes eran los viajeros, y entre los grupos de soldados armados de carabina y repartidos por todas partes, que daban al lugar el aspecto de un patio de cuartel en el momento del cambio de guardias.

Al tomar asiento en una de las pequeñas mesas del restaurant, me ví al lado de un antiguo conocido con quien había tenido negocios en otro tiempo en la costa del Perú y que ahora, según me dijo, se ocupaba en transacciones de ganados, como agente de una casa importadora de vacunos del otro lado de los Andes.

Nos reconocimos inmediatamente, y después

de hablar de asuntos personales, facilmente hubimos de caer en el consabido tema de *las cosas del día* como él llamaba á todo lo que se relacionaba con la situación política del país.

Sus impresiones eran más ó menos las mismas que yo había recogido, y como él iba también á Santiago, le invité á que siguiéramos el viaje juntos, de modo que pudiésemos continuar nuestra conversación, interrumpida de improviso por el silbato del tren que iba á partir y el ruidoso golpe de manos del conductor invitando á los viajeros á tomar de nuevo é inmediatamente sus asientos.

—Lo que sucede en Talca y en todas las demás ciudades del sur y del centro, me dijo mi nuevo compañero de viaje, es lo mismo y á imitación de lo que usted pronto verá en Santiago, como que es una sola mano la que en todas partes lo dirige todo y son iguales las órdenes que en los distintos lugares se cumplen con el mismo rigor y de idéntica manera.

Usted ha visto á Concepción, me agregó, y ha podido observar qué género de vida llena de azares se lleva allí. Pues bien, las *cosas del día* siguen el mismo curso en los demás pueblos y ciudades. En todos ellos las autoridades ó agentes del dic-

tador se manejan de la misma manera, imaginando que por medio del terror, de las persecuciones, de las cárceles y del verdugo pueden dominar la situación.

Pero el resultado lógico de su temeridad ya usted también lo ve. Si la persecución y el tormento obliga á los hombres patriotas á ocultarse ó á padecer la cárcel y el azote, ello no da un solo partidario á la dictadura, ni puede menos, como es natural, de abrir los ojos á los pocos necios que hasta ahora han sido sus amigos y que, en vista de lo que sucede, tienen necesariamente que convertirse al partido de sus contrarios. Esto lo estamos viendo todos los días, y á usted le será facil observarlo en Santiago, en el centro mismo de la dictadura.

Á medida que mi compañero de viaje me hablaba de éstas y otras cosas referentes á la situación política, su voz y su acento iban tomando un tono de amargura, digno de llamar la atención en un extranjero que, según mi entender, no tenía otra clase de vínculos que lo unieran al país que los del giro de sus negocios de ultra cordillera, y que, por lo mismo, hacían que sus apreciaciones fueran más dignas de picar mi curiosidad y provocaran de mi parte otras preguntas referentes á

la situación especial de los extranjeros en el país.

—He sabido, le dije, y me ha extrañado sobremanera, que una revolución como ésta ha encontrado desde el primer momento entusiastas amigos y partidarios hasta en las colonias extranjeras que, por su condición natural, era de creer que no tomarían ninguna participación en el conflicto.

—Para nosotros los extranjeros, me contestó, la paz y la paz á todo trance es una necesidad de vida; pero en este caso, ¿cómo simpatizar con un régimen de gobierno como el que viene implantando ó preparando Balmaceda desde hace cuatro años y cuyos resultados no pueden ser otros que la inseguridad, el desorden, la anarquía y la ruina lenta pero segura de nuestros intereses? La revolución es, á juicio de todo el comercio extranjero, la única esperanza de remedio en esta ocasión, bien pensadas las cosas y como han sido juzgadas por todos.

—Usted cree entonces, que Balmaceda, como algunos lo han dicho, tiene ideas tan falsas y tan absurdas sobre la economía nacional que haya imaginado la guerra al capital y la industria extranjeros como medio feliz de fomentar el capi-

tal chileno y hacer prosperar las industrias propiamente chilenas?

— No sólo lo creo firmemente, sino que él mismo no ha hecho un misterio de ello en diversas y solemnes ocasiones. Es un hombre de cabeza tan singular y preñada de tantas especies de errores al mismo tiempo que tan llena de vanidades y suficiencia, que uno no sabe de qué sorprenderse cuando lo estudia de cerca y observa todos sus actos. Usted puede comprender que, dado el carácter del pueblo chileno, su educación política y su amor al orden, era necesario que estuviese en el poder un hombre de esta especie para arrojar al país en brazos de una agitación política como la que ha llegado á producir el tremendo cataclismo en que en estos momentos todos nos vemos envueltos

El tren marchaba á toda prisa por entre los bosques, montes y sembrados, cruzando en las estaciones de tránsito con otros cargados de tropas ó que, detenidos en los ramales y desvíos, esperaban su carga humana, y su movimiento descompasado y monótono había llegado á producir en mi pobre y golpeado cuerpo una impresión física semejante al cansancio moral con que las observaciones del viaje habían fatigado mi ánimo.

Llegué, pues, á Santiago como si mis descoyuntados miembros estuvieran pidiendo á gritos el bálsamo aquel con que el andante caballero curaba todos las malas jugadas que los misteriosos enemigos de sus heróicas empresas se esforzaban en procurarle, envidiosos de su gloria y de las buenas justicias que por soledades y poblados iba haciendo en favor de la inocencia y de la virtud perseguidas.

V

Lima, á 1.º de junio de 1891

El extranjero que se encuentra en la capital de Chile no echa de menos ni las comodidades ni los refinamientos que la civilización moderna ha acumulado en las grandes ciudades europeas y norte americanas.

Los buenos hoteles, la hermosura de las calles, plazas y parques, el tono y amables maneras de la sociedad de los hombres y la belleza y elegancia de las mujeres, el orden y el aseo que por todas partes reinan, el movimiento y actividad de su comercio y, por fin, su agradable clima y su cielo azul, más límpido que el de Nápoles y de

Atenas, convidan al viajero á detenerse en la capital chilena y lo encariñan con todas las cosas que tiene ante su vista.

Santiago es también, al mismo tiempo, la ciudad de las universidades, de los liceos, seminarios, ateneos y círculos literarios y científicos, que la dan á ciertas horas del día y en las de la mañana particularmente, una fisonomía original, con sus estudiantes y hombres de letras, paseando por las avenidas de Las Delicias y á la sombra de los robles y de las acacias, ó con sus libros debajo del brazo, en los portales del centro y al volver del aula, tras de las muchachas bonitas que, despues de haber hecho sus ejercicios espirituales de la mañana en las cercanas iglesias, van allí á hacer sus compras en las tiendas y bazares de modas, ó con este pretexto, á recoger de paso alguna mirada de los amartelados donceles.

Además, es Santiago también, el centro político de la República y allí se puede conocer fácilmente á los hombres públicos más distinguidos del país, á los sabios y á los artistas, cuyas moradas, espléndidas ó modestas, están siempre abiertas para el extranjero, que encuentra en ellas corazones francos y leales con cuya noble amistad puede mitigar la nostalgia del hogar lejano y

olvidar un tanto los afectos de la familia, cuyo recuerdo sigue siempre al hombre como una sombra melancólica de su alma á dondequiera que dirija sus pasos.

Por estas diversas circunstancias, había yo pasado hace años en la capital chilena álgunos de los días mejores de mi vida, y ahora, y á pesar del estado del país, creía aún poder renovarlos, particularmente al llegar ahí en las postrimerías del mes de marzo, el mes de la abundancia, de las frutas y de las flores y en que las nobles familias santiaguinas vuelven del campo ó de los lugares balnearios á renovar la vida del hogar, abriendo sus salones á sus amigos y relacionados.

Era una bella mañana aquella en que, después de haber descansado de mi largo viaje, salía del hotel Oddo á recorrer la ciudad y rememorar los días felices de otro tiempo, una bella mañana, pero que luego hubo de cambiarse en nublada y oscura á mis ojos, al verlo todo cambiado y trastornado y contemplarme á mi mismo paseando por calles, plazas y avenidas á la manera de un sonámbulo en un lugar casi desconocido.

No era inexacto lo que se me había dicho al salir de Concepción. La dictadura, como un enorme parásito arraigado en todas partes, había secado

en poco tiempo la savia viva de la alegría, del bienestar y de la felicidad de la ciudad. Ya no se veían á la sombra de las alamedas los alegres estudiantes de otro tiempo, ni en los pasajes y portales paseaban las hermosas damas, ni los hombres públicos disertaban ó discutían, ni los literatos y periodistas se hacían leer en los diarios de la mañana, ni la actividad y el movimiento se manifestaban en los distintos puntos de la ciudad. Todo lo que constituye el alma de un gran pueblo había desaparecido, dejando sólo en él sus huellas y sus recuerdos...

Y la causa se explicaba con sólo extender la mirada y reflexionar un instante.

Las universidades y colegios habían sido cerrados por orden del dictador, ó sus patios y salas estaban ocupados en el servicio de cuarteles; pocas personas había que no padecieran ó la muerte de algún deudo querido ó el suplicio y la cárcel del padre, del hermano y del amigo; los hombres públicos y los hombres de letras vagaban perseguidos ó expiaban su patriotismo en cárceles y presidios; en resumen, todo el mundo sufría de alguna manera, sin que el mal de muchos, al revés de lo que canta el adagio, pudiera ser consuelo para nadie.

Nunca, en mi larga vida, había visto en ninguna parte operarse en tan breve espacio de tiempo un trastorno social de esta naturaleza por iguales ó parecidas causas.

La mano del dictador extendía sobre la ciudad su inmensa sombra que alcanzaba á todos los puntos á la vez, como una nube preñada de amenazas y de terrores, y esa mano era la de un hombre, del cual creo oportuno hacer aquí un ligero bosquejo, aunque sea en breves palabras y como sólo me es permitido hacerlo en el reducido espacio de una carta.

Mis amigos de Lima no deben de haber olvidado todavía la figura de aquel seminarista escapado del claustro que vino aquí el año 65, como adicto del ilustre ex-Presidente señor Montt.

Estoy seguro de que algunos de ellos recuerdan aún su rostro pálido y enfermizo, su incesante y menudo hablar de muchacho consentido y nervioso, sus dichos agrios y burlescos, que le valían continuas y prudentes reflexiones de su jefe, el respetable señor Montt, sus modales afectados, como los del que estuviera siempre delante de un espejo, su andar entrabado y á cortos y borneados pasos, su conjunto, en fin, equívoco y extraño, que llamaba y fijaba inmediatamente la atención.

Pues bien, ese muchacho de entonces y en seguida hombre, y consumado y eximio representante de papeles trágicos, es el actual dictador de Chile.

Desde muy joven, agitado incesantemente por la fiebre de insensatas ambiciones, se le vió en la escena política de su país sacrificándolo todo á su pasión devoradora. ¿Era necesario saltar la valla del deber y la cerca plantada por él mismo, para no detenerse en el camino? ¿Era menester insultar en el altar la imagen ó el símbolo de santos amores ó de religiosas convicciones? ¿Era conveniente arrojar la barca en que iban sus amigos á los azares del temporal, cuando él estaba en la playa? Su voluntad no vacilaba, y eran esos precisamente los momentos más felices de sus triunfos.

Hubo un día en la política chilena en que el presidente Santa María, casi náufrago y perdido entre las sirtes y escollos del oportunismo, necesitó rodearse de hombres especiales en este arte difícil é inescrupuloso, y, buscándolos, encontró á éste, para no separarlo ya de su lado. ¿Quién podía mejor servirle y que estuviese mejor preparado para ello? Desde entonces, el actual dictador de Chile, fué el favorito de su protector y

aseguró su herencia y adueñóse del porvenir, hoy tan cargado de pesadas y densas sombras.

Pero un hombre de esta clase, se me dirá, ¿cómo pudo subir más todavía por el arte refinado del engaño y de la mentira y contando, á pesar de ello, con numerosos partidarios y amigos?

No hay estudio más interesante, sin duda alguna, que el de la fisonomía física de los tiranos, cuyos lineamientos casi siempre blandos, suaves y femeniles encubren por completo su fisonomía moral. Nerón, coronado de pacíficos mirtos y tocando la flauta de Pan en los proscenios del circo, ¿podía ser el incendiario de Roma y el asesino de su madre? Borgia, tierno y melancólico y recitando dulces tercetos á las damas de Florencia, ¿cómo arrojaba en seguida la gota de veneno en la áurea copa que presentaba á sus amigos? Hé aquí la explicación del por qué el dictador de Chile ha podido engañar durante años á sus devotos y partidarios, para sacrificarlos en seguida y revelarse á ellos tal cual había sido siempre, oculto tras de la máscara débil, pusilánime y sentimental de su rostro.

Una vez dueño del poder y siguiendo los consejos de su ambición, era lógico, pues, que no pensase sino en aprovechar el momento en que

creyera maduro el fruto para cogerlo, y que luego y después de haber dado el primer paso en el camino, como encontrara obstáculos y resistencias invencibles para ello, su voluntad y su naturaleza moral se revelasen en la lucha tenaz, violenta y ciega.

El Congreso de Chile no pudía permitirle la violación de la Carta Fundamental del Estado y el atropello de las leyes, y él, entonces, salta sobre los representantes del país y declara, por decretos que llevan su firma, que la Constitución no existe y que tampoco existe el Congreso; luego, la armada de la República, á la vista de estos hechos, pronúnciase en contra de ellos en la bahía de Valparaíso, y él, siguiendo la lógica de su política, declara piratas á todos los buques de la flota, y entrégalos sin pudor ni vergüenza á la supuesta codicia de las armadas extranjeras; en seguida, todos los hombres públicos y distinguidos elevan una protesta contra tamaños atentados, y él abre las cárceles y presidios para llenarlos con lo más digno y respetable de la sociedad chilena; por último, el pueblo todo, sin distinción de clases ni de intereses, quiere levantar las manos al cielo para pedirle que cesen tantas calamidades y vergüenzas, y él entonces alza sobre la

sociedad entera el brazo del verdugo y para que no descanse en largo tiempo.

No creo engañarme al asegurar y creer que si el dictador de Chile pudiera hoy vender su país á cualquiera que quisiera comprárselo, respetando lo que él llama sus derechos al Gobierno del Estado, lo haría sin escrúpulos, y quién sabe si solamente para que su nombre figurara con la gloria de Eróstrato en las páginas de la historia americana.

Se me dirá tal vez, en vista de esto, que tal hombre no es seguramente sino un enfermo atacado de demencia dictatorial y que el mejor remedio para él sería el que pudiese propinarle un alienista de experiencia. Sí, está bien y nada es más exacto. Pero un enfermo de esta clase, ¿no es por lo mismo una fiera humana cuya guarda en una jaula de hierro es una medida necesaria de preservación social? Pues, para conseguirlo, lucha hoy la tierra chilena y el fin y objeto de la revolución no es otro que éste.

Continúo mi relación y sigo contando mis impresiones.

Una vez implantada la dictadura, era lógico pensar que la fortuna pública y privada, de que

los bancos y sociedades de crédito son los naturales representantes, habrían de resentirse profundamente y experimentar en el acto terribles sacudidas y enormes quebrantos.

Observando esta faz de la revolución, pude ver durante esos días en Santiago cuáles eran sus terribles efectos.

Multitud de familias á las cuales yo había visto en otro tiempo en una relativa holgura y gozando de los frutos de afanosos y largos trabajos, estaban en esos momentos viviendo del azar y rodeados de todas las aflicciones y tristezas de su nuevo estado; otros, que hasta hace pocos meses nadaban en la opulencia y usufructuaban de fuertes rentas, miraban en sus manos un sucio papel de quince peniques, con el cual apenas si podían dar abasto á sus apremiantes necesidades; por fin, la mayor parte de la población, que sólo se alimentaba de su trabajo diario, no hallaba ya en qué emplear sus brazos y miraba abiertas á sus pies las oscuras puertas de la miseria y de la muerte.

La faz económica de la revolución aparecía á la vista como la más tremenda y desastrosa en todos sentidos.

Agréguese luego á estos efectos generales, los producidos por los decretos de la dictadura respecto de ciertas y determinadas fortunas.

Uno de los procedimientos más comunes empleados por el Dictador para amedrentar y reducir á sus enemigos era, durante esos días, el del embargo y apoderamiento de los bienes de los partidarios de la revolución.

Un día el respetable senador de la República don José Besa era denunciado como desafecto al nuevo régimen imperante, y sin más que esto, la policía cerraba su gran casa de comercio y secuestraba todos sus valores. Otro día el filántropo don Agustín Edwards era denunciado como reo de igual delito, y al punto los agentes de la administración se apoderaban de su casa de banco, de sus valiosas haciendas, de sus casas, etc., y arrasaban, quemaban ó robaban todo cuanto estaba á su alcance. Al mismo tiempo eran sospechados de igual falta cincuenta ó cien familias de lo más notable y distinguido, y al momento aparecían ellas en las terribles tablas de Sila. Casi diariamente los periódicos del dictador publicaban en sus columnas largas listas de nombres con dicho objeto, sin que faltaran entre ellos los de personas muertas, á quienes se perseguía hasta más allá del

sepulcro porque no habían simpatizado en vida con la causa de la tiranía.

No habrá hombre sensato que no se asombre de estos hechos que refiero y que pintan por sí solos el estado de las cosas de Chile, pero ¿qué se dirá si afirmo que tales procedimientos eran cuando yo los presenciaba un título de gloria que el dictador reclamaba para sí todos los días en los papeles públicos que, inspirados por él, editaban mañana y tarde las prensas dictatoriales?

En efecto, *La Nación*, *El Comercio* y otras hojas periódicas de Santiago y de Valparaíso, declaraban en sus secciones editoriales que el programa del señor Balmaceda no era otro ni conducía á otro objeto que el muy digno y patriótico de arruinar para siempre á los aristócratas y banqueros, de modo que, una vez desaparecidos, pudiera levantarse sobre sus casas incendiadas y sus campos talados y arrasados, el verdadero reinado del pueblo y de la democracia.

Esos aristócratas y esos banqueros, agregaban, son la causa única del atraso material é industrial del país, y por eso es justo que se les castigue y que sus riquezas vayan á las arcas del Estado, es decir á las arcas del pueblo. Léase la prensa dictatorial de los meses de enero, febrero y marzo y

no se encontrará en ella otra cosa que artículos de esta calidad, algunos de ellos escritos de puño y letra del mismo dictador de Chile.

Probablemente este singular administrador de los intereses del pueblo escribía y hacía escribir tales inepcias con el propósito de sublevar las bajas pasiones de las clases pobres y desvalidas de la población y para que éstas le ayudasen en sus venganzas contra sus enemigos; pero los efectos naturales de semejante procedimiento eran demasiado elocuentes para que las clases menesterosas pudieran engañarse y dejarse arrastrar á la guerra social á que se les provocaba de una manera tan burda y grotesca, al mismo tiempo que desatentada y criminal.

Durante esos días llegaron á Santiago, con intervalo de poco más de una semana, dos noticias de gran sensación que vinieron á burlar todas las espectativas del dictador en orden al éxito de las operaciones militares en el norte.

Fué una de ellas la fuga del vapor *Maipo* (1), que el dictador estaba pertrechando en Valparaíso para una próxima expedición, semejante á las de su gemelo, el vapor *Imperial*, y que una buena

(1) Apéndice núm. 1.—*(N. del E.)*

noche huyó de la bahía para unirse á la escuadra, llevando á su bordo las guarniciones municionadas de las fortalezas del puerto, una parte de la policía de Santiago, gran número de jefes y oficiales del ejército y muchos de los ciudadanos perseguidos por la dictadura.

Fué la segunda de ellas, la pérdida de la batalla de Pozo Almonte (1), que dejaba á firme en poder de la revolución los valiosos territorios de Tarapacá, con sus inmensas riquezas y sus cuantiosas rentas aduaneras, bastantes y sobradas de por sí para dar á sus nuevos poseedores toda la fuerza y el prestijio que hasta ese momento les había faltado.

Ambas noticias, si es que llevaron por un minuto el pánico á los consejos del dictador, luego se convirtieron en motivo ó pretexto para avivar más todavía sus pasiones de venganza, traducidas inmediatamente en nuevos y violentos atentados contra las personas y las propiedades.

Desde ese instante, día á día y momento á momento, pude observar los hechos más atroces que pueden concebirse. Nobles y respetables ancianos que hasta entonces gemían en las cárceles eran

(1) Apéndice núm. 2.—*(N. del E.)*

trasladados á las penitenciarias y confundidos con los reos de delitos comunes, con los ladrones y asesinos en los talleres penales; jóvenes de la mejor sociedad eran colgados de los brazos con un fusil corrido por la espalda y azotados y martirizados casi hasta la agonía; á honrados y laboriosos artesanos se les sometía á peores y más crueles tratamientos; y por fin, en los cuarteles de la ciudad se sentaba sobre el banquillo y se fusilaba durante las noches á los sospechosos de sedición.

Ni las señoras estaban libres del ultraje y en cada día y en cada momento se repetían los mismos bárbaros excesos.

Á la vista de estos sucesos, se comprenderá la tristísima impresión que debía producirme el aspecto de la ciudad donde en otro tiempo había pasado, como he dicho, días tranquilos y felices en medio de una sociedad opulenta y refinada que ahora veía convertida casi en miserable rebaño por obra de la ambición de un solo hombre.

VI

Lima, 10 de junio de 1891.

La relación de las atrocidades sin nombre, de que he hablado, estoy seguro de que provocarán en el espíritu del lector una pregunta muy natural y que voy inmediatamente á formular y contestar. ¿Pero esas víctimas del despotismo, se dirá, ese pueblo maltratado, esa sociedad ultrajada, no tienen en Santiago un jefe, una junta revolucionaria ó una comisión de ciudadanos que haga trabajos y acumule elementos de salvación que pongan pronto fin á tantas desgracias? Si, los tienen, por cierto, y de ello he de hablar en seguida con los detalles que mis antiguas relaciones con

algunos de los hombres comprometidos en la revolución me dieron á conocer.

Pero, para ello necesito volver la vista á tiempos lejanos de mi vida, á épocas y lugares que, si tenía ya casi olvidados, debía por extrañas coincidencias recordar en Santiago, observando los hombre y las cosas de la revolución.

Hace muchos años, viniendo de Londres á París en uno de esos pequeños vapores que hacen la borrascosa travesía de Dover á Calais, un amigo chileno con quien había cultivado amistad en la capital británica me presentó á un compatriota suyo que allí también venía y del cual me hizo la más expresivas recomendaciones (1).

Era un joven de elevada estatura, como la de un gladiador antiguo, rostro pálido y franco, ojos tranquilos y sin miedo, frente alta y hermosa, acento mezcla de serenidad y de altivez y maneras educadas y libres que abrían camino á la amistad y provocaban en su favor el agrado y la simpatía.

Luego que nos conocimos, vi en él algo más que un excelente compañero de viaje. Su ilustración poco común, su afición á observarlo todo y

(1) Apéndice núm. 3.—*(N. del E.)*

hacer materia de estudio de las cosas que suelen pasar inadvertidas á los viajeros vulgares, su manera personal y especialísima de apreciar las cosas y los acontecimientos que se desarrollaban á nuestra vista, todo aquello, en suma, que distingue á un hombre de mérito de la arrastrada turbamulta de sus semejantes, hizo que pronto fuera su trato para mí, no ya un simple pasatiempo de viajero, sino casi una necesidad de mi espíritu, aislado en la Babilonia europea. Él iba á París como yo y nos prometimos una larga amistad, que desde entonces no se ha interrumpido, á pesar de los años, la distancia y la diversidad de nuestros destinos.

Una vez en la capital francesa y alojados ambos en un mismo hotel, hicimos allí durante algún tiempo una vida como de hermanos, cambiando ideas y comunicándonos nuestros sentimientos en una intimidad verdaderamente sin reservas.

Nada había para él más chocante que esa ligera frivolidad llena de afeites y dorada de sonrisas de las costumbres parisienses, Miraba con pena la manera cómo la juventud americana gastaba en esa alegre Capua moderna, como él llamaba á la suntuosa capital francesa, su energía

moral y física, su inteligencia y su corazón, ese licor ardiente y precioso que la juventud turbulenta y loca se esfuerza por apurar de un solo sorbo, sin comprender que en el fondo de la copa no hay otra cosa que las heces de la vida. París nos mata, me decía, no ya sólo con sus errores de doctrina, sus sofismas políticos y religiosos y sus preceptos de desorganización social que atraviesan el Atlántico y van á ocupar un lugar en nuestros códigos, sino, lo que es más vergonzoso aùn, nos mata con los vicios de sus estragadas costumbres. Su espíritu severo no aceptaba en este punto las reflexiones con que la inmoralidad suele disculparse á sí misma y trata de dorar sus desnudeces y miserias.

Salgamos de aquí, me decía algunas veces paseando por el boulevard y repitiendo la frase de aquel hijo de Jerusalén en los días próximos á la destrucción del templo y el cumplimiento de las profecías,—aún no habían llegado los días de Sedán,—salgamos de aquí; y entonces nos íbamos á visitar el París histórico, con sus iglesias maravillosas, sus palacios antiguos, sus monumentos de piedra, sus grandes museos y todo aquello que era y es todavía, en medio de una rápida decadencia, el honor y la gloria de Francia.

En esas excursiones de turistas serios y estudiosos nutríamos nuestra inteligencia con útiles ideas y encontrábamos pasto abundante al deseo que nos guiaba de conocer lo que era realmente provechoso para nosotros.

De París nos fuimos más tarde á Italia, y en seguida de haber recorrido algunos de los pueblos más interesantes de la Península, nos detuvimos por algún tiempo en la ciudad santa, amagada ya de lejos por las legiones de Garibaldi, pero conservando todavía ese aspecto religioso que la hacía en otro tiempo tan digna de ser visitada por los extranjeros, á quienes atraía en multitudes á la sombra sagrada de sus templos, como hacia una isla de paz y de recogimiento en medio del bullicio y de la actividad europeos.

En nuestros paseos cuotidianos al través de las antiguas ruinas, su fisonomía de ordinario franca y expresiva se tornaba en grave y melancólica y un vehemente sentimiento parecía entonces dominar toda su alma. Una tarde estábamos sentados sobre una piedra al abrigo de las altas murallas del Coliseo. Después de un rato de silencio y como dando una fórmula á sus reflexiones, me dijo: En este lugar fué sellada con la sangre de los mártires la libertad del mundo. Y luego agre-

gó con vehemencia: ¿Puede haber una gloria más grande para el hombre que la de dar su sangre y su vida por la libertad? En esos momentos me pareció ver en su frente algo así como esa luz misteriosa encendida en el alma de los llamados á cumplir un gran destino.

Más tarde y á medida que nuestra amistad fué estrechándose con el trato de cada día, no hice sino confirmarme en mis anteriores juicios respecto de él.

La naturaleza no podía haber encerrado esa alma grande en un cuerpo sano y fuerte sino para la realización de altos y nobles hechos. ¿Cuáles serían ellos? El tiempo se encargaría de decirlo y de prepararle los caminos por donde la admiración que por él sentía me hacía ya entonces verle impávido y sereno y llegando con los pies ensagrentados á la cumbre del sacrificio y de la gloria.

Después de algunas semanas que pasamos juntos en Roma, la diversidad de nuestros destinos nos separó, pero sin que la distancia, como ya lo he dicho, enfriara nuestra amistad ni apartara de mi alma el noble recuerdo que en ella había dejado.

¡De qué manera tan extraña y después de

cuántas vicisitudes de mi vida habría de volver á verle!

Al encontrarme en Chile, envuelto en la vorágine de los sucesos de la revolución cuya ola amarga llegaba hasta mis labios, oía todos los días pronunciar su nombre y contar su historia. Como yo lo había adivinado desde el primer momento, él estaba ahí, en medio de un grupo escogido de hombres heroicos, luchando día á día y momento á momento con el demonio de la dictadura y preparando la hora de la redención y de la libertad de su patria. Siete veces los espías y sayones del dictador habían conseguido llegar hasta él, siete veces habían alcanzado hasta tocar la orla de su capa; pero siempre su atrevida audacia le había salvado y conservádole para su causa y sus amigos. Era el mismo que en otro tiempo había conocido, cumpliendo ahora la ley misteriosa de su destino.

Mi deseo de volverle á ver pudo en estas circunstancias lo bastante para conseguirlo.

Por medio de uno de mis amigos, logré obtener que llegara hasta sus manos una carta mía, en la que, á la vez que le daba noticia de mi presencia en Santiago, ponía á su disposición mi persona, sea para llevar correspondencia á los re-

volucionarios del Norte, sea para cualquier otro objeto en que pudiera ser útil de algún modo á la causa en que él y todos los buenos ciudadanos de Chile se hallaban comprometidos.

Mis ofrecimientos fueron inmediatamente aceptados, y al día siguiente recibí de manos de la misma persona una breve carta suya en la que me pedía fuera á verle con las precauciones del caso y conducido por el mismo amigo que hasta ese momento había servido de intermediario entre ambos.

Durante largas horas estuve aguardando á mi esperado guía, hasta que, á las diez de la noche del día señalado, vino éste á buscarme al hotel y luego me condujo á una casa de aspecto antiguo, donde, en seguida de cruzar un ancho patio y pasar un enlosado zaguán y subir una oscura escalera y abrir y cerrar puertas de distintas habitaciones, me encontré al fin en una pequeña antesala modestamente amueblada, en la cual hube de esperar algunos minutos, para dar á mi compañero tiempo de prevenir á los que dentro había de mi presencia en tan extraño sitio.

Luego mi antiguo y queridísimo amigo de otro tiempo vino á abrazarme y me introdujo en el *sancta sanctorum* de los revolucionarios, presen-

tándome en seguida á una docena de caballeros, á los cuales ya conocía de nombre por su posición social y política, y que en ese momento me recibieron con esa sencillez y cordialidad, característica en Chile, de las personas bien nacidas y cultas.

La edad y los trabajos no habían cambiado su rostro ni fatigado su frente ni arrebatádole ese aire de noble entereza que en otra época era como el distintivo de su persona. Tal vez podía advertirse en su fisonomía ese algo melancólico con que las incesantes preocupaciones del espíritu sellan el carácter y el aspecto físico de los hombres dominados por una gran idea; pero ello no hacía sino poner más en transparencia la esencia misma de su alma, llevada por sus naturales tendencias á mirar siempre arriba y con la nostalgia de las cosas lejanas. Mis previsiones de otro tiempo no se habían, pues, engañado y volvía á encontrarle tal cual lo adivinaba en mi imaginación en los días de nuestra juventud.

Las demás personas que allí se encontraban eran sujetos de alta posición social y política; senadores, diputados, banqueros, ex-Ministros de Estado, coroneles del ejército, etc., etc., y que constituían, puede decirse, el núcleo revolucionario

en Santiago, habiendo aceptado sobre sus hombros el enorme peso de su dirección activa y cuyos nombres creo prudente silenciar aquí, ya que la mayor parte de ellos son ignorados hasta hoy día por el dictador y sus agentes.

—Desde hace dos días vivimos en esta cueva, me dijo mi amigo; pero otro día, tal vez te podamos recibir en un palacio y más tarde quién sabe si en el rancho de alguno de nuestros sirvientes, y en seguida y de nuevo en otro palacio ó quién sabe dónde.

—Pero en cualquiera de estos cambios...

—Oh, sí, me interrumpió. Desde hace tres meses la venganza de la dictadura oscila sobre nuestras cabezas y en cualquier momento puede sorprender á cualquiera de nosotros; pero ¿qué importa, si Dios lo quiere? Todos hemos ya celebrado nuestros esponsales con la muerte, desde el día en que la suerte del país nos obligó á aceptar este fúnebre consorcio.

Vino á interrumpir nuestra conversación en este punto la llegada de dos jóvenes que, al parecer y según luego se me confirmó, eran agentes de la Junta revolucionaria y servían en calidad de intermediarios de ella con los pequeños comités que funcionaban en otros lugares de la ciu-

dad y hasta en los mismos cuarteles y oficinas de la dictadura.

—Cualquiera de estas noches, me dijo entonces uno de los caballeros á que antes me he referido, podemos tener un movimiento de importancia que desde hace días venimos preparando.

En seguida me refirió muchos y muy curiosos detalles íntimos de la marcha de la revolución. Entre ellos, los más dignos de llamar la atención, fueron para mí los referentes á la fuga del vapor *Maipo*, preparada por la Junta revolucionaria de Santiago, y llevada á cabo de la manera más rápida y feliz.

—Muchas otras empresas de este género han sido aquí fraguadas, me agregó, aunque sin el resultado de la del *Maipo;* pero esto no nos ha desalentado para intentar otras nuevas y mayores, alguna de las cuales puede concluir definitivamente con la dictadura.

La fe con que hablaba y la manera como los demás participaban de sus convicciones, me revelaron que esos hombres ocultos y perseguidos rendirían su vida en manos del verdugo, antes que consentir jamás en ver á su patria humillada y escarnecida por el tirano, que según las palabras

del sagrado texto, ha colmado ya la medida de la iniquidad y ha sido sentenciado á muerte.

Habría deseado prolongar horas y horas mi conversación con ellos; pero mi presencia allí era, sin duda alguna, un serio obstáculo para sus ocupaciones de esa noche; y con este sentimiento me puse de pie para despedirme, deseándoles todo género de prosperidad en su nobilísima empresa.

Mi querido amigo me entregó entonces un paquete para que me sirviera hacerlo llegar á su destino, y en seguida de darme con tristeza un abrazo de corazón. me dijo:

—Dios sólo sabe si nos volveremos á ver; pero ¿qué importa esto, si á los hombres de buena voluntad les ha sido dada la promesa de que volverán á encontrarse algún día y para no separarse ya jamás?

La persona que nos había servido de intermediario vino en ese momento en mi busca para conducirme de nuevo, pero ya no por las mismas escaleras y el mismo embaldosado zaguán y la misma y ancha puerta, sino al través de otros dédalos y como si el lugar ó la casa de donde salíamos fuera otra y en una situación distinta de aquella á la cual una hora ántes habíamos entrado

Esa noche no pude conciliar el sueño, reflexionando sobre lo que acababa de ver y mirando los caminos sembrados de peligros por donde la virtud y el patriotismo cumplen sus austeros deberes. Ese grupo escogido de hombres de inteligencia y de corazón tenían indudablemente en sus manos el porvenir y la grandeza de Chile; á ese porvenir sacrificaban lo más querido de su vida, sus intereses y sus amores, sus personas y sus familias, todo lo que es amable á la existencia; pero ¿cuántos de ellos no caerían tal vez en medio de la lucha, como víctimas melancólicas de su propia abnegación?

Mi pensamiento sobreexcitado me hacía ver á mi noble amigo cayendo heroicamente en medio de la tremenda lucha; pero luego sus últimas y hermosas palabras me tranquilizaban:—¿Qué importa esto, si á los hombres de buena voluntad les ha sido dada la promesa de que volverán á encontrarse algún día y para no separarse ya jamás?

El sueño es la sal de la vida, ha dicho Shakespeare, y así es, por aquello de que todo se encuentra desabrido y disgustante después de una noche de vela y cuando la imaginación, que es como la luz y el esplendor del pensamiento, en

vez de colorear las ideas con alegres tintes, se da á envolverlas en fúnebres sombras.

Al día siguiente veía, pues, todo triste á mi alrededor. Esa especie de mortal disgusto de que nos habla la historia y que era como la atmósfera que se respiraba en la antigua Roma durante los días de Sila, me parecía ser en esos momentos el aire y el medio ambiente que envolvía á los hombres y las cosas de la ciudad. Las calles estaban casi desiertas, los paseos públicos abandonados, el movimiento y la actividad suspendidos, en todas partes no se veía sino á policiales y soldados, y la mano de la tiranía me parecía que entrababa mi propia marcha y encadenaba todos mis movimientos. Un deseo violento de salir de ahí me tomó entonces y volví al hotel, á hacer mis preparativos de viaje, para abandonar inmediatamente la ciudad.

En la tarde de ese mismo día compraba un boleto de pasaje para el expreso que conduce á Valparaíso y minutos después iba en camino de ese puerto, para tomar el vapor que al día siguiente zarpaba para el Norte.

VII

Lima, á 16 de junio de 1891.

DURANTE el camino de Santiago á Valparaíso tuve ocasión de saber un grave suceso que acababa de tener lugar en la noche anterior y que pudo ser de irreparables consecuencias para el dictador y su efímero gobierno, condenado, como he dicho, á desaparecer cualquier día y en cualquier momento, víctima de sus propias obras y como deben extinguirse por ley salvadora de la naturaleza todas las cosas que viven fuera del orden natural y son inconveniente ú obstáculo para el desarrollo armónico del progreso en sus múltiples manifestaciones.

Mis compañeros de viaje, ó mejor dicho, los que iban en el mismo coche que yo, hablaban entre sí y comentaban con desvergüenza el descubrimiento, como ellos decían, que en la noche referida acababa de hacerse, de un gran complot militar cuyo objeto era, según las ligeras investigaciones practicadas á toda prisa, el levantamiento de dos de los principales cuerpos de línea de la guarnición de Santiago, sofocado y conocido a tiempo por la denuncia de un soldado, que inmediatamente había sido ascendido á oficial, sobre la sangre y las carnes palpitantes de sus compañeros de fila.

Sin fórmula alguna de juicio, según se decía, los jefes de ambos cuerpos, después de formar la tropa á las dos de la mañana y en seguida de quintearla, habían fusilado cerca de cien de sus soldados. ¿Cuáles de ellos sabían la existencia del motín y cuáles la ignoraban en absoluto? Nadie habría podido decirlo al ver rodar sobre el oscuro pavimento de los patios de ambos cuarteles cerca de cien cuerpos humanos, empapados en sangre y palpitando con los últimos estertores de la agonía.

—Este castigo, exclamaba uno de los que hablaban á mi lado, aunque á primera vista parezca

cruel y bárbaro, servirá, sin embargo, de escarmiento á la tropa y ya no tendremos en adelante que estar todas las noches fusilando de á dos y de á tres, como he estado yo haciéndolo en Valparaíso durante este tiempo, para contener la deserción y poder responder al Presidente de la fidelidad de mi cuerpo.

—Pero eso no es bastante para curar el mal de raíz, replicó al que hablaba otro de los pasajeros con cara de ministril y que, por lo que decía, parecióme ser algo así como secretario, fiscal, auditor ó cosa semejante, de alguno de los tribunales de sangre creados por el dictador en todos los departamentos de la República.

—¿Y qué haría usted en este caso?

—¿Yo, comandante, qué haría? Pues me iría al tronco en lugar de estarme día y noche podando en las ramas. ¿Cree usted que matando soldados vamos á pacificar el país? Mucho más conveniente sería, á mi juicio, que se diesen facultades amplias á los tribunales militares para procesar inmediatamente á los cabecillas que conspiran en la sombra y de modo que no escapase uno solo de ellos. Si así se hiciera, acabarían en un día todos los motines de cuartel. Estoy seguro de ello.

—¡Ah! nó! Eso está muy bien para dicho; pero

mirando las cosas practicamente, dígame: ¿dónde y cómo se encontraría á esos cabecillas de que usted habla y que el Gobierno no ha podido hallar en dos meses en parte alguna?

—Pues si no ha podido encontrárseles, debe entonces procederse como el ministro Godoy y otros lo aconsejaban al Presidente, es decir, obligando á las madres, á las mujeres y á los hijos de los cabecillas á que declaren por la fuerza el paradero de éstos.

Debo confesaros, que este repugnante diálogo tal vez me habría obligado á terciar en él de una manera violenta, si en ese momento el tren no se hubiera detenido, dándome algunos instantes para reflexionar y comprender que lo único que me convenía en tan embarazosa situación era mudar de coche, dejando en el suyo y sin otro testigo que el demonio á los que con tales palabras así iban haciendo sin quererlo una pintura fiel y exacta del régimen político que impera actualmente en Chile.

Todos los días, todas las noches, habían dicho ellos, tenían lugar en los cuarteles iguales ó semejantes escenas. ¿Y sobre ese lago de sangre se imaginaba poder sustentar la paz, la tranquilidad y el progreso de un pueblo? Todos los días y to-

das las noches se asesinaba en la sombra por una simple orden de un jefe de cuartel. ¿Y esas víctimas, al rodar en el lodo ensangrentado, no expiraban pidiendo justicia al cielo contra sus matadores? Los altos fallos de la Providencia, tienen sus moratorias y sus plazos, como los de los tribunales de la tierra, pero al fin se cumplen inexorables y tremendos.

La terrible conversación que acababa de oír de boca de los referidos agentes de la dictadura, á los cuales me parece hoy todavía ver teñidos en la sangre de sus inocentes víctimas y las manos enlodadas en el cieno de su abyección, me hizo recordar las palabras que mi compañero de viaje de Concepción á Santiago me había dicho hacía algunos días, haciéndome una relación fiel de lo que era y podía ser el ejército de la dictadura, reclutado y obligado á servir al tirano en las condiciones de que he hablado.

Esos soldados, arrancados por la fuerza á sus familias y á sus hogares, no podían vivir sino ahogándose en los patios de sus cuarteles y con el pensamiento fijo en la manera de escapar de sus violentas prisiones. Sólo el temor podía contenerlos; pero, con ese pensamiento, con esa idea fija, ¿cómo obligarlos á batirse en los campos de

batalla y á derramar su sangre en la lucha contra sus hermanos? Sin entrar en otro género de consideraciones, éstas explicaban suficientemente el estado de desmoralización de la tropa y el de su voluntad siempre dispuesta á aceptar en todo momento cualquier proyecto de motín ó de sublevación militar.

La pena de sangre, la pena de la vida, como se dice en el lenguaje de las ordenanzas del ramo, puede ser tal vez un remedio eficaz para despertar en el soldado la conciencia adormecida de sus deberes en presencia de los resultados del verdadero crimen; pero, ¿qué consecuencias benéficas puede producir aplicada sin fórmula de juicio, por la voluntad atrabiliaria ó el mero capricho de cualquier jefe y en la forma más cruel, más atroz y más ofensiva de la conciencia del soldado?

Los continuos motines é intentos de sublevación de que en esos momentos y desde hacía dos meses venían siendo teatro los cuarteles de Santiago y de las otras ciudades de la República, manifestaban la exactitud de las observaciones de mi compañero de viaje de Concepción á Santiago, al mismo tiempo que probaban también la absoluta imposibilidad de la dictadura para sostenerse sobre semejante elemento, como una nave

desmantelada y sin gobierno sobre las olas rojas y embravecidas de un mar de sangre.

En la primera estación donde el tren se detuvo, como he dicho, aproveché los minutos de paradilla del convoy para cambiar de coche y trasladarme con mi ligero equipaje á uno en que viajaba una dama, algo entrada en años, de bellas facciones, de continente recogido, vestida de luto y que por su aspecto parecía ser persona de distinción, como en seguida hube de saberlo, y en cuya compañía hice el resto del viaje hasta Valparaíso.

Apenas instalado ahí, el tren continuó su marcha y luego pude advertir que mi interesante compañera fijaba en mí sus ojos grandes y curiosos, como haciendo un prolijo examen de mi persona y cual si deseara saber quién era el extraño, ó mejor dicho, el intruso, que se había atrevido á molestarla, privándola del placer de viajar absolutamente sola, como tal vez era su voluntad y su pensamiento al escoger un coche como el en que íbamos y en que ella hasta ese momento se hallaba como en su propia casa.

—Señora, talvez mi presencia en este carro, dije á la dama en tono de disculpa, puede ser molesta para usted.

—No, señor, me contestó con voz tranquila y

con palabras de la mejor educación, no, señor; pero usted no tendrá á mal decirme con quién tengo el agrado de viajar, pues usted comprenderá que en estos tiempos siempre se desea satisfacer esta curiosidad.

Como era natural, di á conocer inmediatamente mi nombre y mi condición á la distinguida dama, á lo cual ella no pudo reprimir un gesto de sorpresa, y tendiéndome la mano con benévola sonrisa, me dijo:

—En la estación de Santiago busqué á usted y traté de ver en qué carro venía á Valparaíso, sin otra ayuda que pudiera guiarme en este conocimiento que los datos que se me habían dado sobre su fisonomía; pero me fué imposible distinguirlo entre tantas de las personas como subían al tren; de manera que ahora me felicito de esta casualidad providencial que lo ha traído á usted á mi lado y que me permite cumplir con un encargo que tengo para usted.

—Señora, sería muy honroso para mí...

No había concluido de expresar la frase galante con que iba á contestar aquellas palabras, cuando la hermosa dama, sacando de entre sus vestidos una carta que parecía haber estado cosida al interior de su traje, me la pasó, diciéndome:

—El comité revolucionario de Santiago me ha encargado entregar á usted estos papeles, para que usted los haga llegar con seguridad á su destino.

En seguida entramos en conversación, y ella me explicó las extrañas razones que la obligaban á viajar de esa manera, completamente sola y exponiéndose quizás á peligros que en los tiempos actuales podían ser graves, dado el estado del país. Su esposo, un distinguido abogado de Valparaíso, sindicado de revolucionario por los agentes de la dictadura, había sido arrastrado á la cárcel de aquella ciudad y luego trasladado á Santiago y encerrado allí con muchos de sus amigos, algunos de los cuales habían sido sometidos á los más crueles y terribles tratamientos. Esto la obligaba á viajar una vez por semana, con el objeto de saber noticias de su esposo prisionero; y los miembros de la Junta revolucionaria de Valparaíso, sabedores de su situación, aprovechaban de estas semanales excursiones para enviar papeles y comunicarse por medio de ella con la Junta revolucionaria de Santiago.

—En la situación actual del país, agregó, las señoras estamos tan obligadas como los hombres á hacer algo en bien de nuestra causa, y como

las sospechas de la policía no nos alcanzan al igual de nuestros maridos y nuestros hijos, nos aprovechamos de esta circunstancia para coadyuvar á la obra de ellos en ciertos oficios necesarios, como los de correos, repartición de periódicos y otros.

—Pero ya la policía, observé, ha descubierto esto, y, por lo tanto, los servicios que ustedes prestan á la revolución son peligrosos.

—Todo, replicó, es peligroso en los tiempos actuales; pero ¿qué mayor peligro podemos temer que los del destierro, la flagelación y la muerte de las personas á que mas amamos? Si tomáramos eso en cuenta, Balmaceda se eternizaría en el poder, y á ello sería preferible todo lo que de más humillante y vergonzoso pudiera sucedernos.

Luego me habló de la manera cómo las principales señoras de la sociedad chilena eran en esos momentos el alma del movimiento revolucionario; cómo servían á las Juntas en todos los servicios que éstas les encomendaban; de qué manera ayudaban en sus casas á la impresión de periódicos clandestinos y los hacían circular por todas partes, burlando las pesquisas de las autoridades; el modo cómo llevaban y traían comu-

nicaciones escritas, manteniendo las relaciones activas de las juntas entre sí; los procedimientos que ponían en juego para facilitar á los que querían trasladarse al norte el cumplimiento de sus patrióticos deseos; en una palabra, los mil delicados y finos expedientes de que la imaginación y la voluntad de la mujer es capaz, cuando se propone conseguir un gran objeto y es impulsada á ello por el sentimiento extremoso de una gran pasión.

—Tal vez usted no ha leído, los periódicos de esta tarde, me dijo, alargándome dos papelillos perfectamente doblados y que eran nada menos que *El Constitucional* y *La Revolución*, dos hojas periódicas de la prensa revolucionaria de Santiago.

Aceptélos de su mano y mientras los desdoblaba, ella agregó:

—Ahí verá usted una relación exacta de la última infamia de la dictadura, es decir, de la manera cómo han sido asesinados anoche en los cuarteles de Santiago más de cien de esos pobres soldados, á quienes se ha traído por la fuerza al servicio de la dictadura para en seguida fusilarlos de la manera más salvaje.

Nuestra conversación continuó sobre este tema y mientras ella hablaba con ese noble ardor que

tanto la engrandecía y dignificaba á mis ojos, yo reflexionaba sobre las consecuencias generales que se desprendían, así de lo que ella me decía, como de la aplicación que de sus palabras podía hacerse al país en que tales cosas tenían lugar en medio de la atmósfera de los sentimientos y de las pasiones encendidas hasta ese extremo.

Un mal gobernante, un dictador, un tirano, puede á veces luchar con éxito pasajero contra una agrupación cualquiera de sus enemigos, contra un gran partido hostil, contra todos, si se quiere, los que en una sociedad organizada representan la energía viril, la fuerza masculina de la opinión pública, contra lo que, en fin, constituye el elemento político de un pueblo; pero ¿cómo puede hacerlo si sus medidas de represión, de violencia y de castigo van á embotarse fatalmente contra la apasionada tenacidad del sexo amable y hermoso, cuyas manos hechas para la caricia, tienen, sin embargo, en su misma debilidad el arte de preparar con los más finos jugos y las esencias más sutiles los venenos de las armas más agudas y certeras?

Se puede luchar contra el hombre armado y que levanta su robusto brazo contra su enemigo, aceptando una lucha en que la materialidad de

los medios de ataque y de defensa permiten oponerle otra materialidad equivalente; pero es imposible luchar con elementos de esa especie contra los que la mujer puede oponer al hombre, intangibles como la fiebre que envenena y asfixia y doblega á sus pies á la naturaleza más robusta y vigorosa.

Por otra parte, siempre ha sido la mujer y especialmente en la sociedad moderna, la más pura y elevada representación de la conciencia social; de manera que cuando ella toma parte en la solución de los grandes problemas políticos y sociales, cuando ella sale de su hogar y su pasión ó su pensamiento la llevan fuera del santuario de sus afectos privados, es porque esa conciencia social grita, se impone y se hace indiscutible; y es esto precisamente lo que sucede en Chile, dejando ver muy claro que el problema de la revolución no es, cómo algunos han pretendido hacerlo creer, momentáneo, accidental en la vida del país, sino algo muy distinto y en lo cual todo estaría amenazado por un trastorno profundo, si el triunfo de ella no estuviera ya de antemano decidido por el elemento irresistible que lo lleva á su favorable desenlace.

El hecho horrible que servía de tema á nuestra conversación, y en la cual veía yo, de una parte

la fuerza bruta y salvaje arrojando en el abismo sin fondo de sus locuras y de sus crímenes á centenares de cadáveres humanos para sostener su odioso imperio, y de la otra á una débil mujer protestando contra el atentado abominable, sin otra fuerza que la que daba á sus palabras la conciencia social ultrajada, me ponía de manifiesto el poder superior de esta última, que escapaba al alcance del brazo del tirano y con la cual éste mismo habría querido poder contar antes que con aquella.

Continuamos así nuestro viaje hasta Valparaíso deteniéndonos algunos minutos antes de llegar al puerto, primero en la estación de Viña del Mar, especie de aristocratico edén de los bañistas veraniegos y que ahora parecía desierto y casi inhabitado; luego en el Barón, lugar histórico donde, como me lo dijo con mucha oportunidad mi compañera de viaje, parecía alzarse en esos momento la sombra de Portales, á quien los chilenos consideran como el padre de su vieja constitución, para protestar contra el ultraje de la dictatura; y por último en Bella Vista, estación urbana del ferrocarril y que sólo dista unos pocas millas de la del Puerto, término de nuestro viaje y donde habríamos de separarnos tal vez para siempre, después

de una tan breve amistad y en medio de las circustancias más extrañas que podían concebirse.

Al descender ella del tren, la ofrecí, como era natural, acompañarla hasta su casa-habitación; pero me dió efusivamente las gracias, diciéndome al mismo tiempo, que la situación de ella en Valparaíso, donde, á diferencia de Santiago, era bastante conocida de todo el mundo, podía hacer peligroso para mí el cumplimiento de este deber de cortesía é impedirme quizás el cumplimiento de los encargos que la junta revolucionaria me había confiado, y que eran, sin duda, de considerable importancia.

Despedíme, pues, de ella, prometiéndola escribirle en mejores tiempos, y me dirigí en seguida en busca de un hotel donde pasar la noche, y desde el cual poder hacer al día siguiente con toda libertad las diligencias y llenar las formalidades exigidas por las autoridades para embarcarme en el vapor *Serena.*

VIII

Lima, á 20 de junio de 1891

Al fin me encontraba otra vez libre y sobre el mar, después de un día lleno de contrariedades de toda especie para obtener un pasaporte y siendo víctima con este motivo de las miradas recelosas de los ayudantes de oficina, de las preguntas capciosas de la alguacilería dictatorialesca y de los registros minuciosos de maleta y arreos de viaje. Al fin dejaba á mis espaldas la ciudad protegida contra sí misma por la suspicacia insolente de los mil y un agentes de la dictadura, entre los cuales ostentaba, á la manera de un gran bajá de tres colas, su magnífico y

entorchado uniforme el *rey del calicanto*, como llaman los porteños al contra-almirante Viel, por sus espléndidos negocios realizados á expensas del erario nacional en la edificación de escuelas y cuarteles de Valparaíso. Al fin mis ojos dejaban de contemplar el espectáculo de la población humillada dentro del terrible circuito de sus fortalezas, armadas de enormes cañones y semejantes á gigantescos guardianes de una cárcel inmensa, suficientemente espaciosa para contener á un pueblo entero de prisioneros de estado. Al fin me sentía libre y sobre el mar, mirando desde la popa del *Serena* cómo la ciudad iluminada se alejaba lentamente en el horizonte tranquilo de la noche y experimentando con ello en mi alma ese sentimiento de íntimo bienestar que sólo puede comprender aquel que, como yo, ha estado respirando durante más de sesenta días la atmósfera envenenada de la dictadura.

El mar, con sus olas tranquilas, desenvolviéndose y desarrollándose eternamente y sin fin en sus dilatadas llanuras; con sus rumores iguales y monótonos, como el que formaran miriadas de seres misteriosos conversando en el silencio de la soledades; con sus brisas salinas y frescas que vienen al rostro, como á despertar al hom-

bre de la cruel pesadilla de la vida social que todavía lo persigue al alejarse de ella, y renovarle moralmente con el sentimiento puro y vivificante de la naturaleza inalterable del océano; el mar, después de los azarosos días que acababa de pasar, me parecía en esos momentos que operaba en todo mi sér una especie de resurrección de mi espíritu agotado y me hacía señor de mí mismo, dueño de mi libertad y de mis acciones, árbitro, en una palabra, de mis movimientos, de mis palabras y de mis ideas.

Me sentía feliz y pensaba en los bruscos cambios de la vida y la manera cómo la suerte me llevaba, después de haberme retenido dos meses en medio de un pueblo humillado, hacia las playas de Tarapacá, á donde una porción escogida de ese mismo pueblo, un puñado de valientes, había ido á plantar el 7 de enero la bandera de la redención de Chile, y á donde ahora, como á un lugar de sagrado refugio, iban á reunirse con ellos y á darles el abrazo del patriotismo todas las almas templadas en el sagrado amor de la libertad.

El barco navegaba en alta mar, meciéndose acompasadamente sobre el seno del océano; la noche era oscura y fría, velado el cielo por una ligera niebla y dejando sólo ver la fosforescencia

de las olas que chocaban contra los costados del buque ó se retorcían bajo la hélice; los pasajeros de cámara se retiraban somnolientos á sus camarotes, y yo dejé también el lugar de mis meditaciones para gozar del reposo que hasta ese día habíanme negado mis impresiones morales y el estado desapacible de mi humor y de mi ánimo.

Al día siguiente, después de haber dormido como sólo se duerme en el mar, el sol de hermosa mañana iluminaba las olas y el cielo, convidando á la gozosa contemplación de la inmensidad riente y sin nubes, en la que todo parece despertar en el espíritu un mismo sentimiento de armonía y de paz. Los marineros ejecutaban la maniobra; los sirvientes lavaban el puente y fregaban los bronces; los mozos de sala entraban y salían de los camarotes, y uno que otro viajero se paseaba sobre cubierta ó, afirmado á los barrotes de las barandillas, contemplaba con los ojos fijos el movimiento monótono de las olas. Me sentía lejos de todos los tristes espectáculos que habían contemplado mis ojos en los días anteriores y como si fueran años los que me separaban de ellos.

Me dirigí al oficial de guardia, que desde el puente de proa examinaba el horizonte con su

largo anteojo de mar y se paseaba lentamente de babor á estribor. Entramos en conversación y luego me dijo, que en el día llegaríamos á Coquimbo, uno de los puertos más tremendos en esos días para todos los viajeros y que hacía escupir al diablo á los capitanes de barcos que hacían la carrera al Norte. Las bahías de la costa de Coquimbo y Atacama eran verdaderamente las horcas caudinas del comercio nacional y extranjero desde el día inicial del pronunciamiento de la escuadra.

En la cámara y á la hora del almuerzo pude ya saber quiénes eran mis compañeros de viaje: unos doce oficiales del ejército dictatorial que iban á Coquimbo y á Caldera á ocupar sus plazas en los regimientos estacionados en esos lugares; algunos comerciantes de diversas nacionalidades, alemanes, ingleses, italianos, etc.; dos ó tres sacerdotes, y unas cincuenta ó más personas cuya profesión ó estado era imposible conocer á primera vista.

El capitán Vaughan, un inglés rubio, de rostro fuerte y amable, pequeño de estatura y anchas espaldas, con toda la alegre robustez y la tranquila energía de un verdadero capitán de mar, se sentaba á la cabecera de la mesa; á su lado se-

guían un enorme alemán que iba á Iquique por negocios y su cara esposa, una germana flemática y rubia, convertida por obra de la suerte de amasandera de pan blanco en la respetable señora de un corredor de cobres y salitres; varios oficiales dictatoriales que juraban por el señor de la Moneda; algunos sacerdotes, y veinte ó más paisanos; formando entre todos uno de esos conjuntos abigarrados y extraños que dan á los trasportes de mar ese aire especial de cosmopolitismo democrático que el arte de la navegación lleva á todas partes, como la semilla generosa de la sociabilidad del porvenir.

Los oficiales dictatoriales á que me he referido conversaban, sin consideración á la compañía en que viajaban, de sus terribles proyectos de campaña. Muy pronto, según ellos, los grandes ejércitos de Coquimbo y de Atacama estarían en disponibilidad para entrar en campaña y recuperar la perdida provincia de Tarapacá, donde los cuatro locos de la revolución apenas si podrían escapar á la persecución de las legiones victoriosas. Se necesitaba haber sido tan torpe como el coronel Robles, ó tan cobarde como el coronel Gana, ó tan infeliz como el coronel Arrate, para haber abandonado la más rica de las provincias del Norte

á esa canalla de revolucionarios. Pero, al fin, esto sólo había sido un accidente de la guerra á que pronto se pondría remedio y de modo que los jefes de la escuadra, cansados de luchar contra los pescados, fueran á rendirse incondicionalmente á los pies de Balmaceda.

El capitán Vaughan oía y callaba; los sacerdotes inclinaban la cabeza, como decididos á no dejarse arrastrar al terreno violento de las discusiones; un comerciante inglés miraba tras de sus anteojos con curiosidad los semblantes enardecidos de los futuros bayardos de la dictadura; los dos esposos alemanes engullían tranquilamente sus papas sancochadas; en una palabra, nadie parecía querer tomar parte en el animado diálogo ó comprometerse en una conversación que podía ser peligrosa antes de pasar la frontera hasta donde llegaba el imperio de la dictadura.

En la tarde llegamos al puerto de Coquimbo y anclamos en la hermosa bahía donde, según me lo dijo el capitán Vaughan, pasaríamos la noche descargando víveres y pasto seco y otros artículos para la guarnición estacionada en la provincia, para partir al día siguiente, si es que las autoridades del puerto no nos retenían ahí por tres ó cuatro días, como frecuentemente solían hacerlo.

Luego vimos acercarse la falúa de la capitanía del puerto, con la bandera nacional á popa, y momentos después atracaba á la escala del vapor, permitiendo al empleado de la bahía subir á bordo y dirigirse á la oficina del contador, donde después de hablar con éste algunas palabras, pidióle la lista de los pasajeros y se puso á leerla detenidamente, como deseando ver algún nombre sospechoso ó que pudiera servirle de indicio para una fácil presa, que le permitiese no volver á tierra sin llevar al jefe de la guarnición alguna prenda robusta de su adhesión incondicional y entusiasta al régimen imperante.

Mirábale yo desde lejos, en esta prolongada operación, cuando apartando un instante los ojos de su persona, ví que atracaba al costado del vapor otro bote con la insignia tricolor, del cual subió presuroso la escala un oficial seguido de varios soldados, que, enseguida de saludar con entusiastas abrazos á los del mismo oficio que con nosotros venían desde Valparaíso, se dirigió, de la misma manera que lo había hecho el capitán de puerto, á la oficina del contador, y después de entablar allí un diálogo á voces con éste y con aquél, salió seguido de sus soldados á hacer un minucioso examen del buque.

Un rato después, el dicho oficial vino con gestos y palabras descorteses donde estaba el capitán Vaughan y encarándose con él, le dijo:

—Usted, capitán, trae escondidos á bordo.

—Yo no sé, respondió el capitán, alzando los hombros y volviendo las espaldas. Puede usted ver el buque.

—Y esa maleta, entonces, que no tiene nombre ni dirección y que nadie sabe á que viajero pertenece... ¿de quién es?

—Yo no sé, volvió á decir el capitán Vaughan con dureza. Ya he dicho á usted que puede ver el buque.

—Pues el vapor no saldrá del puerto hasta que no aparezca el dueño de esa maleta.

Al mismo tiempo que tenía lugar este violento diálogo, los soldados que habían seguido al oficial en el registro, sacaban de la cámara una maleta abierta, dentro de la cual había ropa de vestir y otros objetos marcados con letras iniciales que no correspondían á ninguno de los nombres escritos en la lista de pasajeros llevada por el contador y que nadie de los que iban á bordo reclamaba como propia, dejando con ello ver el fundamento de las sospechas manifestadas por el agente de la autoridad militar del puerto.

Muy pronto y después de una nueva excursión por los camarotes y la cámara del vapor, volvió otra vez el oficial y exigió que todos los pasajeros entraran en la cámara á pasar lista; lo cual, aunque ordenado en términos descomedidos é insolentes, hubimos de hacer, para no exponernos á mayores y más pesadas y quién sabe si brutales contrariedades.

Estábamos en esta operación, cuando dos de los soldados á que antes me he referido y que habían, entretanto, bajado á la bodega á seguir allí el minucioso registro, trajeron á las puertas de la cámara y tomado apretadamente de los brazos, á un joven de distinguida figura, pálido y convulso, que, dirigiéndose al oficial, le dijo ser él el dueño del equipaje sospechoso, y que no molestara inútilmente á los demás pasajeros.

Presenciamos entonces una de esas escenas que irritan y azotan la sangre del que las contempla, obligado por la fuerza mayor á ser un simple espectador de ellas, so pena, en el caso contrario, de verse inútilmente golpeado por los puños brutales de un sayón cualquiera, que apenas si tiene conciencia del miserable papel que se le obliga á desempeñar; so pena de sentir el

al punto sobre sus espaldas la vara ó en sus pies el grillete de campaña.

El equipaje de la víctima y que había motivado esta desagradable escena, fué inmediatamente llevado por los soldados al bote; el desgraciado joven fué obligado á bajar á empellones hasta la pequeña embarcación, en la cual le vimos alejarse con el sentimiento de la desesperación pintado en sus facciones pálidas y alteradas; el capitán se retiró con violentos pasos á su cámara, y los pasajeros todos, más indignados que sorprendidos, quedámonos haciendo los comentarios del caso, mientras los empleados de á bordo hacían afanosos la operación de la descarga del vapor, como si en esos momentos fuera más necesaria que en otras ocasiones la rapidez en el trabajo que debía permitirnos zarpar de allí lo más pronto posible.

Pero ¿qué motivo ó razón podía disculpar el atentado que acabábamos de presenciar? Según se decía, la víctima de tan duro y cruel tratamiento era sencillamente uno de tantos jóvenes de distinguida familia y de esforzado corazón, de esos cuya única falta consistía en intentar, por el más legítimo de los medios, trasladarse al norte

á ofrecer sus generosos servicios á la santa causa de la libertad. Durante meses quizás y envidiando la suerte feliz de aquellos de sus amigos que habían desembarcado en Pisagua y triunfado en Pozo Almonte, había espiado el momento apropiado para realizar sus esperanzas y satisfacer el más generoso de sus anhelos, y hé aquí que una falta de mayor previsión venía á destruir en un instante sus nobles planes y á arrojarle seguramente en el calabozo inmundo de una cárcel de provincia, donde tal vez moriría oscuro y miserable. Sí, por ese sólo motivo y razón era llevado en esos momentos como un criminal vulgar y en medio de la brutal satisfacción de sus verdugos.

Al día siguiente pudimos felizmente vernos de nuevo libres de los odiosos espectáculos que la dictadura ofrece á cada paso á la vista de los que, aun en su carácter de extranjeros ó de neutrales, no pueden menos de formarse de ella la idea que con sus perversos actos á todos inspira, y navegábamos viento en popa en demanda del puerto de Caldera, frontera avanzada del imperio dictatorial y donde era esperado día por día un ataque de las fuerzas revolucionarias, que últimamente habían ya ocupado á Antofagasta, haciendo huir,

como á una tropa de azorados bisontes, á los esforzados leones, tigres y panteras que días antes juraban y perjuraban vencer ó morir en sus puestos.

Nuestra estadía en Caldera, á pesar de las pesquisas hechas á bordo por las autoridades del puerto con igual ó mayor rigor que el empleado en Coquimbo, no ofreció nada digno de mencionarse en esta correspondencia, si no fué el hacer más violento aun en toda la gente de a bordo el deseo de vernos en un mar libre y donde los hidrópicos agentes de la dictadura no pudieran saciar su sed de atropellos, de golpes y de venganzas.

Desde Caldera al Norte hube de notar el cambio repentino operado en la fisonomía de muchos de los viajeros que, si hasta entonces se habían mantenido en una discreta y temerosa reserva en todas las conversaciones que alguna relación tenían con el estado del país, ahora se resarcían de su forzada prudencia, expresando libremente sus opiniones, contextes todas, por cierto, en la idea de que el actual orden de cosas no podría prolongarse por mucho tiempo, sino que antes bien, se desplomaría sobre sí mismo, como un edificio sin otra base que la de sus grandes faltas.

Luego vino á sorprender á los viajeros de cá-

mera la aparición inusitada á la hora de comer, de nuevos compañeros, ocultos hasta ese momento quién sabe en qué partes subterraneas del barco y que, pasada la linea fronteriza, volvían á la luz con sus rostros alegres y felices por haber escapado, como ellos decían, de las garras del tigre, y encontrarse al fin, después de todo género de sobresaltos y privaciones, dueños y señores de su voluntad, para poder cumplirla en el único objeto de sus grandes aspiraciones, cual era la salvación del régimen constitucional de su país.

Alegres y charladores, eran jóvenes de las más opulentas y distinguidas familias de Santiago y de Valparaíso que, en seguida de haber servido durante tres meses á las juntas revolucionarias de ambas ciudades, en las más peligrosas y difíciles comisiones, habían obtenido como premio de sus patrióticos afanes, el permiso de correr todos los peligros de semejante navegación para unirse al ejército constitucional de Tarapacá y Antofagasta.

El capitán Vaughan, sentado á la cabecera de la mesa y ya recobrado su buen humor habitual los miraba sonriendo y me decía:

—En todos los viajes que hago, desde hace noventa días, veo lo mismo, y se dice, sin embar-

go, que Balmaceda puede esclavizar eternamente á este país...

Todos ellos contaban sus curiosas y extraordinarias aventuras. El uno había permanecido ocho días escondido en un ponton de la bahía de Valparaíso, esperando una ocasión propicia para realizar su plan; el otro había tenido que entregar, no sólo su dinero, sino hasta parte de sus ropas de vestir, á un marinero de un buque de guerra inglés para que éste le llevase al costado del vapor y lo recomendase ahí á un su amigo y camarada; éste se había valido de la más astuta de las supercherias para obtener un falso pasaporte de las autoridades de tierra y embarcarse en seguida francamente y a la luz del día y cómo quien no tiene absolutamente nada que temer; aquél había adoptado el disfraz de carbonero y metídose como un ratón de bodega entre los fardos y cajonería de la carga; cada cual, en suma, contaba su pequeña odisea y entretenía la conversación general dando con ella pábulo á la alegría de sus compañeros de empresa y de peligros. Y esa juventud iba así, entre risas, á jugar su vida al azar de los combates, renunciando á sus dichas y sus placeres ante el ara del deber santificado por el sacrificio.

No olvidaré en mi vida la fisonomía suave y

melancólica de uno de ellos, que aceptando las palabras de uno de sus compañeros que le recordaba á la mujer que había dejado llorando tal vez su ausencia, sacó un retrato y mirándolo tristemente, contó á los demás cómo se había despedido de ella, después de declararle que ya jamás volverían á verse antes del día en que las banderas triunfantes del ejército constitucional entraran á la capital de la República.

En todos los viajes que hago, me habia dicho el capitán Vaughan, veo lo mismo, y estas sencillas palabras pintaban por sí solas el carácter indomable de una revolución cuya fuerza moral no puede indudablemente ser vencida.

El vapor se iba acercando más y más á la costa y ya veíamos la playa amiga de Antofagasta diseñarse más y más claramente, hasta poder luego distinguir el elevado campanario de su iglesia parroquial, en seguida sus edificios de madera pintados que brillaban al sol, y por último su muelle y sus barqueros que salvaban las rompientes de los arrecifes del puerto, acercándose al vapor que iba á arrojar sus anclas en la bahía.

IX

Lima, á 24 de junio de 1891.

UNA multitud de hombres de distintas edades y condiciones se estrechaba y revolvía, á la manera de un hormiguero humano, sobre la cubierta del *Serena*, que parecía en esos momentos un lugar de cita ó de reunión popular. Unos preguntaban por el estado de las cosas de Chile viejo y cómo se vivía en esos mundos entre la cárcel y el banquillo; otros por el lugar donde en esos momentos estaba la escuadra y qué clase de operaciones emprendía el ejército constitucional; éste si su amigo tal había muerto en Pozo Almonte, Huara ó Iquique ó llevaba todavía

sobre el brazo izquierdo la banda roja del ejército de la libertad; aquel estrechaba entre sus brazos á los nuevos compañeros que los vientos del Sur traían á las filas; el otro relataba la prodigiosa fuga de los huanacos de Camus al través del desierto y de las breñas andinas; el de más allá contaba las últimas disposiciones testamentarias del ex-Intendente Villegas; cada cual en suma, tenía algún motivo para alegrarse y reír, ó algún asunto que comunicar á los que llegaban del Sur ó venían de tierra á recibirlos. En un día de feria, como he dicho, no se habría visto espectáculo más animado y que más llamara la atención del observador imparcial de los sucesos.

Por uno de los que ahí se encontraban, supe que una vez ocupada Antofagasta por el ejército constitucional y antes de que el capitán Montt regresara de nuevo á Iquique, dejando en el territorio reconquistado una fuerte guarnición protegida en la bahía por uno de los blindados de la escuadra, había nombrado como jefe militar y civil de la plaza á mi antiguo y queridísimo amigo Manuel José Vicuña, el más conocido y simpático entre esos atrevidos exploradores de los desiertos y serranías del Norte que desde hace más de medio siglo recorren sus soledades, descu-

briendo los tesoros que encierran y llevando desde la costa hasta los calcinados picachos de los Andes las corrientes civilizadoras del trabajo, del capital y de la industria.

Los limeños y arequipeños, especialmente estos últimos, deben recordar todavía al Manuel Vicuña de los días de Prado y de Balta, aquel incansable explorador de la sierra del Misti y gran soñador de tesoros, el inagotable charlador de clubs y de salones, tan enamorado y caballero, y que así sabía pedir reparación al que se le plantaba en medio del camino como robarse el corazón de la dama que pretendiera engañar el suyo, al amigo generoso y desprendido, al Manuel Vicuña de entonces y de ahora y de toda su vida, como fué siempre y ha de ser hasta que se muera.

El capitán Montt había elegido bien indudablemente, designando para ese puesto á un hombre que, después de haber sido durante toda su juventud uno de los más infatigables obreros del desierto, una vez estallada la revolución había abrazado su causa desde la primera hora y aprovechado en favor de ella su influencia personal en el departamento en que sus negocios lo retenían en esos momentos.

Manuel José Vicuña, sublevando la población

de Taltal contra el yugo de la dictadura; poniéndose al frente de ella como autoridad superior del departamento; asociando á sus habitantes para la defensa común; organizando talleres militares para uniformarlos; preparándolo todo para el ataque y para la defensa, y enviando, en fin, sus batallones de taltalinos al auxilio de las fuerzas con que Merino Jarpa se batía heroicamente dentro de la aduana de Iquique y que habrían de decidir el éxito de la lucha, Manuel Vicuña, repito, con estos y otros hechos; se había conquistado desde la primera jornada de la revolución una página de oro en sus hermosos anales.

Después de libertada la provincia de Antofagasta del imperio de la dictadura, pocos como él podían, pues, responder al capitán Montt del orden y la seguridad del nuevo territorio ganado recientemente para la causa constitucional.

Yo había sido en otra época amigo y amigo de corazón de Manuel José Vicuña y antes de llegar á Antofagasta había también oído hablar de sus recientes hazañas; de manera que mi primer pensamiento, al bajar á tierra, fué el de ir á verle y conversar con él sobre los sucesos que acababan de tener lugar en la ínsula de su mando.

El muelle estaba lleno de curiosos que obser-

vaban á los recién llegados, y desde ese punto ya podía comprenderse que aquel no era un lugar donde imperaba el azote y el sable, sino una ciudad libre donde cada cual hacía de su capa un sayo sin consultar para ello á ningún agente de la autoridad ni pedir la venia á ninguno de esos fraternales guardianes de la seguridad y el orden público que desde Magallanes hasta Caldera velan recelosos por la conservación de estos preciosos bienes en la sociedad chilena.

Á poco andar, llegué á la casa de la Intendencia, situada en el costado sur de la plaza principal, y preguntando al asistente por el dueño de casa, me hice anunciar por él, y minutos después tuve el gusto de estrechar la mano del antiguo amigo, que era el mismo de otro tiempo, con su rostro abierto y franco, sus maneras desenvueltas y caballerescas y su amabilidad de corazón, que me hicieron recordar la alegre vida y los buenos ratos que en época lejana habíamos pasado juntos en Arequipa y en Lima.

Nuestra conversación, después de los recuerdos personales que hicimos de nuestra vieja amistad, rodó naturalmente sobre la campaña feliz que el ejército constitucional acababa de hacer en ese territorio, y que me fué por él relatada en

todas sus partes con esa verbosidad elegante y llena de colorido que le es natural y que hace imaginar al que lo escucha que está oyendo la ordenada lectura de un libro escrito en brillante prosa castellana.

Durante el tiempo que había precedido á la ocupación de Antofagasta por las fuerzas del capitán Montt, el intendente Villegas, al igual de todos los pequeños dictadores del territorio aun no libertado por las armas constitucionales, había intentado en vano y con todo género de esfuerzos inspirar á sus tropas ese ardor violento, como decían los periódicos de Balmaceda, de que debían estar poseídos los soldados de la legalidad, para lanzarse contra los enemigos del orden público y esa resolución inquebrantable con que debían morir en sus puestos antes que permitir les fueran arrebatados por la canalla que se había sublevado contra el gobierno legítimo y ocupado la rica provincia de Tarapacá.

Dineros, premios, contemplaciones de toda especie y luego amenazas, castigos y bárbaros tratamientos, eran puestos en práctica por el dicho Villegas para incendiar los sencillos pechos de esas pobres gentes en el fuego abrasador del patriotismo; pero sin que ninguno de esos medios

diera el resultado apetecido ni produjera otras consecuencias que la de hacerles más y más insoportable cada día el régimen militar á que la ciudad vivía sometida.

Esas tropas, que alcanzaban á cerca de tres mil hombres de las tres armas, entre las cuales se contaba el famoso batallón Buin de noble recuerdo en las pasadas guerras, que el crucero *Imperial* había venido botando poco á poco á esas playas en sus repetidos y frecuentes excursiones al norte, habían traido en el alma la mala semilla de la revolución, después de ver por sus propios ojos y en sus mismos hogares el terror y la vergüenza que repartía por todas partes la afrentosa dictadura por cuya defensa se les mandaba lejos de sus familias á morir en esos desiertos lejanos é inhospitalarios.

En vano el intendente Villegas, durante los últimos días de su dominación, y obedeciendo las órdenes telegráficas de la Moneda, acudía á los recursos más extremos é inhumanos, como el tormento y los fusilamientos en masa, para contener el espíritu de indisciplina y de amotinamiento que amenazaba concluir en cualquier instante con su descuadernado ejército; porque su severidad ó barbarie no conseguían otra cosa

con tales medidas que exasperar más aun á los soldados, hasta obligar á uno de los batallones de la guarnición, el San Felipe, á saltar sobre todo respeto á la disciplina y embarcarse á las órdenes de uno de sus sargentos en los botes y chalupas que encontraron á mano y llegar así hasta las escalas del blindado *Blanco Encalada*, surto en la bahia y que seguía con ojo atento los extraños movimientos de tierra (1).

Este suceso y otros de semejante importancia fueron, como era natural, comunicados inmediatamente á Iquique por la escuadra, y obligaron al capitán Montt y sus colegas de la Delegación del Congreso, los señores Silva y Barros Luco, á apurar los preparativos de la expedición que ya se proyectaba sobre Antofagasta y que zarpó al fin de aquel puerto el día 17 de marzo, embarcada en los trasportes *Aconcagua* y *Maipo* convoyados por el crucero *Esmeralda*.

Después de treinta horas de navegación, los buques expedicionarios entraron al puerto de Antofagasta, y miéntras el crucero *Esmeralda* y el blindado *Blanco Encalada* sostenían un ligero combate con los fuertes de tierra, el *Maipo* y el

(1) Apéndice núm. 4—*(N. del E.)*

Aconcagua desembarcaron las tropas frente á la playa del Coloso, sin que dicha operación, al contrario de lo que era de imaginarse, ofreciera ningún género de dificultades y tropiezos.

Los mil y trescientos hombres que formaban aproximadamente el ejército expedicionario, marcharon en seguida en perfecto orden por columnas con dirección á la ciudad, anhelantes de ver la cara al enemigo y renovar allí la gloriosa jornada de Pozo Almonte. Parecía, al ver su candoroso entusiasmo, que iban á una fiesta más bien que á batirse y morir por la patria y por la libertad.

Pero, la misma facilidad que habían encontrado para el desembarco estaba ya por sí sola anunciando que sus esperanzas saldrían fallidas y que en lugar del ejército enemigo, fuerte hasta ese momento de dos mil ochocientas plazas, no encontrarían otra cosa que las tirillas y trastos viejos que éstos dejaran en sus cuarteles al abandonar la ciudad que días antes prometía ser teatro de las más fantásticas y maravillosas hazañas.

Manuel José Vicuña, á quien el capitán Montt enviara al mismo tiempo como parlamentario á la ciudad en los primeros momentos del desembarco, á pedir al intendente Villegas la rendición de la plaza, llegó al muelle, siguió por las calles, entró

á las oficinas de la intendencia, pero no vió sino una ciudad recién abandonada por las autoridades dictatoriales y que esperaba recibir pronto en sus brazos á los generosos libertadores que seguían avanzando por la arenosa playa del Coloso, enardecidos ante la buena espectativa de una próxima batalla.

A las diez de la mañana de ese día las fuerzas del ejército constitucional entraron á la ciudad y fueron á tomar posesión de los cuarteles pocas horas antes abandonados, y al día siguiente los ciudadanos reunidos en asamblea popular en la plaza principal oían el decreto mandado publicar por bando por el capitán Montt y por el cual se nombraba intendente de la provincia á don Manuel José Vicuña y comandante general de armas de la plaza al teniente coronel don Enrique del Canto, iniciándose allí de esta suerte la nueva era de paz, de legalidad y de libertad que el ejército constitucional iba llevando á los territorios ocupados por sus armas.

Pero el ejército de la dictadura que acababa de desaparecer tras de la cortina de los cerros del oriente, á cuyas faldas se extiende el caserío de la población, ¿dónde estaba y hacia qué punto del desierto había volado en alas del vapor que le

ayudara á fugarse por los rieles del ferrocarril de Huancachaca, gritando á los vientos de la pampa el sálvese quien pueda de la humillación y del pánico? (1).

Una vez ocupada la ciudad, el coronel Canto, comandante en jefe del ejército, envió á la estación del Salar una avanzada de reconocimiento, que debía tomar datos sobre la situación del enemigo. Desde el momento de su fuga no se tenía noticia alguna de esos heroicos fugitivos, cuya rápida desaparición parecía obra de encantamiento ó cosa semejante. Pero los resultados de esta operación de guerra vinieron á manifestar de un modo cierto que los heroicos defensores de la dictadura habían sido bastante precavidos para no dejarse coger fácilmente por la espalda, y que, consecuentes con este plan de defensa y de preservación personal, no se habían detenido en el camino de su anhelante fuga hasta no perderse de vista entre los pajonales y chircales del caserío de Calama.

El coronel Camus, comandante de ese ejército de verdaderas águilas y cóndores, era indudablemente un hombre entendido en el arte supremo

(1) Apéndice núm. 5—*(N. del E.)*

de burlar al enemigo por medio de las escapadas de largo y alto vuelo.

Se necesitaba, pues, con estos antecedentes, organizar una fuerte expedición al interior que por su número pudiese batir á los fugitivos en las fortificaciones naturales que defendían el refugio bien escogido donde ahora se encontraban y para este objeto se pidió á Iquique un refuerzo que, en número de trescientos hombres, más ó menos, y á bordo del transporte *Amazonas*, llegó el día 24 al puerto de Antofagasta.

Sin embargo, los jefes del ejército constitucional se encontraban todavía desconcertados ante una dificultad gravísima que para la tal expedición en esos momentos se presentaba. Consistía ésta en la falta absoluta de medios para trasportar el ejército al través del más horrible y desamparado de los desiertos; pues el intendente Villegas y el coronel Camus, obedeciendo órdenes telegráficas de la Moneda, habían arrastrado en su fuga todo el material rodante del ferrocarril, haciendo imposible la persecución y el movimiento de sus enemigos hacia el lugar que habían escogido como cueva de refugio y desde donde creían poder armar y distribuir su ejército en ágiles montoneras que se desparramaran por

el desierto é impidieran el movimiento industrial de la pampa, haciendo la guerra de recursos á los partidarios triunfantes del Congreso. Tal era el plan de guerra que, por telégrafo y desde la Moneda, se les había ordenado cumplir con minuciosidad y estrictez.

En esta gravísima emergencia, que venía á burlar todas las expectativas del ejército y de sus jefes, el activo é inteligente secretario general del Ejército y la Armada, don Joaquín Walker Martínez, descubrió en el fondo de las bodegas de un buque de vela anclado en el puerto cuatro máquinas recientemente llegadas de Europa para la Compañía del Ferrocarril á Huanchaca y que unidas á una que por vieja é inútil había dejado el intendente Villegas abandonada en la Maestranza del Ferrocarril, podían ser bastantes para el rápido y cómodo trasporte de las tropas al interior.

Manos á la obra, dijo entonces el feliz autor del descubrimiento, é inmediatamente ordenó desembarcar las piezas escondidas de las máquinas y armarlas á toda prisa, al mismo tiempo que también dió orden para que en la Maestranza se pusiesen parches y se blindase, á la manera de un barco de guerra, la vieja y perdida máquina que

en virtud de esta renovación singular habría pronto de desempeñar el papel más importante en la próxima expedición.

Durante varios días, y mientras tanto las diversas fracciones del ejército iban avanzando lentamente por la pampa sin apartarse de la línea de operaciones, que era el camino de hierro, el capitán Montt y su activo secretario no dieron paz á los trabajadores de los talleres de la Maestranza, estacionandose ahí de día y de noche hasta ver terminada la difícil y laboriosa operación mecánica de la cual iba á depender, según se creía, el éxito de la jornada.

Las noticias que continuaban llegando, entretanto, sobre la situación del ejército de Camus y del espírititu que dominaba entre sus soldados, eran el lógico desarrollo de los antecedentes ó los sucesos que habían dado tan fácil triunfo á los partidarios del Congreso sobre unas fuerzas tan superiores como eran las que antes de la ocupación defendían la plaza.

Mañana y tarde, durante esos días, llegaban á Antofagasta pelotones de soldados del ejército fugitivo. Todas las grandes guardias ó avanzadas de exploración con que el coronel Camus defendía de sorpresas su campamento, abandonaban

sus puestos y, trayéndose á los oficiales, venían á entregar sus armas á los jefes del ejército vencedor. Una mañana había enviado Camus á explorar el camino de hierro á un oficial y veinte soldados en una máquina con sus respectivos carros, y los soldados, después de ponerse de acuerdo con el fogonero y el maquinista, habían amarrado al oficial y seguido á todo vapor hasta la estación central de Antofagasta. Otro día, el mismo jefe, receloso ya de las máquinas y el vapor, había ordenado que un piquete de gendarmes á caballo avanzara hacia Carmen Alto á tomar datos del enemigo, y los gendarmes quitaron al jefe que los mandaba su revólver y su espada, y le obligaron á seguirles en la deserción. Lo más grave, con todo, era lo que se sabía respecto al desarme que el mismo coronel Camus se había visto obligado á hacer de una parte de su ejército, temeroso de que esa fuerza se sublevara y arrastrase á toda la división en el mismo sentido.

En esta situación, los preparativos que se llevaban á cabo en Antofagasta para la próxima movilización de las tropas al interior, habían ya felizmente terminado satisfactoriamente. Las máquinas locomotoras estaban prontas para remontar hasta Calama su preciosa carga, llamando

entre ellas especialmente la atención la que, abandonada por vieja é inútil en los talleres de la maestranza, parecía ahora un navío de alto bordo, con su blindaje de acero y sus ametralladoras hábilmente dispuestas para un ataque rápido y carnicero. En pocas horas más, debía, pues, estar todo listo para la marcha y la posesión definitiva del desierto quedaría asegurada.

El día 27 de marzo, miéntras los batallones del ejército constitucional se movían ya en su campamento de la estación del Salar para ser de aquí trasportados á Sierra Gorda y de ahí á Calama, llegó al cuartel general la noticia de que un piquete de caballería enemiga se había destacado hacia Carmen Alto, para destruir las máquinas resacadoras de agua que existen en este punto y privar de este modo al ejército que avanzaba, de un artículo dificilísimo de llevar desde Antofagasta y cuya falta podía considerarse como peligrosísima para el éxito de la expedición (1).

Inmediatamente entonces el coronel Canto dispuso que la máquina blindada, con su artillería servida por el teniente de marina Fuentes y veinticinco marineros escogidos, tomase en la

(1) Apéndice núm. 6 —*(N del E.)*

estación del Salar un tren de carros que allí esperaba con un piquete de caballería al mando del mayor Rodolfo Ovalle y una compañía del batallón de infantería Taltal, y que con toda esta fuerza, que iría comandada por el primer ayudante del Estado Mayor don Jorge Boonen Rivera, avanzase rápidamente hasta el lugar amagado, mientras el grueso del ejército la seguía en otros trenes preparados al efecto.

Según lo dispuesto, el blindado de nuevo género avanzó hasta el lugar amagado, momentos antes de que llegaran ahí los enemigos á realizar su propósito, y descargando sobre un tren que á éstos conducía su artillería rápida y poderosa, introdujo en ellos tal confusión y pánico, que hubieron de retirarse pricipitadamente, llevando á los batallones de Camus la noticia de que los innumerables soldados de Darío venían ya sobre ellos, dándoles apenas tiempo para abandonar á Calama y huir á donde ni el demonio los alcanzara.

El jefe de la avanzada, señor Boonen Rivera, continuó en vano adelante sobre la cubierta de la extraña máquina de guerra su vertiginosa carrera, y llegó en vano á Sierra Gorda y en vano alcanzó hasta Calama y siguió avanzan-

do más allá todavía, porque las águilas y cóndores del coronel Camus eran de más rápido y alto vuelo y nadie habría de saber de ellos hasta no verlos entregar sus armas y sus banderas á las autoridades fronterizas de Bolivia, solicitando de éstas el refugio en tierra extranjera que sólo podía ponerlos al abrigo de la tenaz persecución.

Con este sainete militar, llegó á su término la famosa campaña de Antofagasta, en la que los defensores de la dictadura esperaban, días antes no más, ver de rodillas á sus pies á los adalides constitucionales, y los aires de libertad volvieron á soplar en la playa y el desierto, donde sus habitantes gozan ahora de estos preciosos bienes y velan cuidadosos para conservarlos.

Esta última reflexión con que había finalizado Manuel Vicuña la relación exacta y completa de los hechos que acababan de tener lugar ahí recientemente, dejaba ver, no ya sólo la naturaleza misma de la revolución, sino el modo también como ella es comprendida por la unanimidad del pueblo chileno, así en sus clases altas y acomodadas y aristocráticas, como también en sus capas sociales más humildes y oscuras, donde se recluta

el soldado y sale la carne de cañón de los combates.

¿Por qué, en efecto, los soldados de la revolución, marchan á las batallas altivos y confiados y dispuestos á morir por su bandera, sin mirar ni siquiera como posible la vergüenza de la derrota, al mismo tiempo que los partidarios de la dictadura desertan de las filas ó en la hora de la batalla apenas si hacen el simulacro de la defensa para huir en seguida, como si no fueran de la misma raza y de la misma sangre de sus orgullosos competidores?

El hecho, no tiene explicación posible si no se conviene en que aquellos tienen la conciencia de que cumplen un deber sagrado, lo que no creen los segundos; por lo cual se ve que el hijo del pueblo tiene á estas horas en Chile, al revés de lo que se ha dicho, una razón clara de lo que es la dictadura y la causa que representa.

Estas y otras reflexiones semejantes hacíamos con Manuel Vicuña, cuando el silbato del vapor nos anunció que debíamos separarnos. Habría deseado quedarme en Antofagasta algunos días en compañía del más excelente de los amigos; pero un negocio urgente que tenía el deber de

arreglar en Iquique me obligaba á marcharme inmediatamente. Despedíme, pues, prometiendo volver pronto, y una hora después el *Serena* navegaba rumbo al norte, para anclar al día siguiente en Iquique.

X

Lima, á 27 de junio de 1891

IQUIQUE, la reina del desierto, con sus campanarios y sus torrecillas y minaretes brillando al sol que entibia las aguas de su bahía, poblada de barcos de todas las naciones, hacia las cuales descienden de los muelles miles de obreros, trayéndoles las riquezas del desierto; Iquique, á cuyos pies duermen batidos por las olas los restos de la vieja *Esmeralda*, sobre cuyo puente ensangrentado el más grande de los heroes del mar recordara la leyenda de los tiempos heroicos; Iquique, la ciudad santa de la revolución, á cuyas puertas habían llegado un día á depositar las tablas de la

Constitución y de la ley sus primeros y abnegados defensores; Iquique, el asilo sagrado del patriotismo chileno, á cuyas puertas venían en larga y dura peregrinación todos los emancipados del dictador y que aspiraban como á un bien supremo el llevar sobre su brazo la banda roja del constitucionalismo; Iquique estaba á nuestra vista, y el entusiasmo y la alegria arrebataban á los habitantes de á bordo, pareciéndoles largos los momentos de espera que les impedían bajar á tierra y abrazar á sus amigos, compañeros y camaradas.

Una multitud de pequeñas embarcaciones de todas formas y tamaños, desde la falúa á vapor de la capitanía del puerto hasta el pequeño chinchorro manejado por un solo remo, rodeaba el vapor, á la manera de una flota de enanos de mar, y los diálogos á voces sostenidos entre los de arriba y los de abajo, aquéllos preguntando sobre los últimos sucesos y éstos respondiéndoles en frases alegres, graciosas ó picantes, daban al espectáculo una animación y vida difícil, si no imposible, de relatar ó describir con su natural y exacto colorido.

Al fin las autoridades marítimas dejaron á los pasajeros en libertad para trasladarse á tierra, y

yo pude entonces en compañía de varios de ellos tomar por asalto uno de los botes atracados á la escala y dirigirme al muelle y á la Aduana en donde deseaba hallar á un amigo que debía facilitarme el arreglo de un negocio importante que me había traído hasta allí.

Después de una conferencia breve con la persona en cuestión y satisfecho en todo lo que pretendía, fuí con ella á visitar el edificio de la Aduana, rodeado todavía por los escombros de las manzanas de casas quemadas y aventadas por los terribles proyectiles de los cañones de la escuadra en el combate del 19 de febrero, y pude formarme una idea clara de ese importante suceso, siguiendo paso á paso las huellas que había dejado en el edificio y oyendo la relación que mi guía tuvo la bondadosa atención de hacerme, comprendiendo el interés que tenía en saber todos los hechos relacionados con el desarrollo de la revolución.

Después de la desastrosa retirada de Huara, donde casi fenece la revolución en su cuna, y el consiguiente y lógico abandono de Pisagua por la misma causa, las naves de la escuadra se habían concentrado en el puerto de Iquique, único punto, puede decirse, que en el inmenso desierto de Tarapacá ocupaba todavía el pequeño ejército

constitucional; pero que, por lo mismo, debía á todo trance ser defendido y sostenido como base de las operaciones que habrían de emprenderse próximamente contra los nuevos contingentes de tropas que el dictador enviaba desde Valparaíso á Camarones y de ahí á Huara en auxilio de la extenuada división del coronel Robles, acantonada todavía en ese lugar.

El 19 de febrero, un piquete de soldados del batallón Chañaral que había hecho la guardia de la ciudad durante la noche, habíase retirado al amanecer á bordo de los buques y no quedaban en la plaza sino unos pocos marineros á las órdenes del comandante de armas don Vicente Merino Jarpa, cuando el coronel Soto, que comandaba una parte del ejército de Robles, descendiendo de la pampa durante la noche y deslizándose oculto por una gruesa camanchaca, desde el alto del Molle hasta los estanques del agua de Pica y de ahí hasta el corazón de la ciudad, se apoderó por sorpresa de los alrededores de la Aduana, donde Merino Jarpa se hallaba con su guardia; y, cercando el edificio con sus tropas, inició el ataque contra los que lo defendían (1).

(1) Apéndice núm. 7.—*(N. del E.)*

Una lucha tremenda y desesperada se comprometió entonces entre los unos y los otros. El capitán Merino Jarpa, aunque secundado solamente por el pequeño número de sus subordinados, comprendió desde el primer momento que su situación le imponía el deber de morir en su puesto antes que ceder al enemigo el pedazo de tierra por él ocupado y que equivalía á la ciudad entera, y ¡quién sabe si al porvenir de la revolución! Con tranquilidad heroica arengó entonces á los suyos excitándolos á esperar en lo imposible ó sacrificarse y morir, y rompió sus fuegos sobre las tropas de Soto, aceptando la lucha sin contar el número escaso de los suyos ni la multitud de sus contrarios.

Una hora había pasado, y después otra y otra; la lucha se prolongaba al través del día sin que los asaltantes consiguiesen avanzar un paso más allá de la línea de fuego dentro de cuyo círculo de humo y de llamas los defensores del edificio se sostenían impávidos y terribles; era un combate homérico en que el jefe y los subordinados rivalizaban en indomable energía; la ciudadela que guarda en su recinto la memoria de Prat no podía ser vencida ni mancillada...

Pero en esos momentos el agua y las municio-

nes comienzan á faltar á los heroicos defensores, y ¿qué hacer y cómo apurar la energía de los cuerpos extenuados y exigir al brazo que descargase con una arma inútil en las manos nerviosas, apretadas y febriles?

Merino Jarpa pregunta entonces á sus soldados, cuáles de ellos serían bastante atrevidos para abrirse paso al través de la línea enemiga, llegar hasta los buques de la escuadra y declarar allí su resolución de morir en el puesto del deber, si no se le envíaban auxilios de hombres, de agua y de municiones.

La empresa parece más que riesgosa, propia sólo de hombres desesperados; pero ni uno solo de ellos deja de rodear inmediatamente á su capitán, pidiéndole ser el elegido para realizar la heroica hazaña; cada cual quiere ser el primero en el sacrificio y en la muerte; pero sólo dos de ellos son los designados y saltan fuera del edificio, resueltos á perecer en la demanda.

Se les vió entonces como á dos demonios, según dijeron más tarde los soldados de Soto, salir por la ancha puerta, cruzar la distancia que los separaba del muelle bajo una lluvia de fuego, arrojarse con las piernas bandeadas por los proyectiles sobre un bote atracado al embarcadero y

buscar en seguida con ojos ansiosos los flexibles remos que empujaran la embarcación hasta la línea de los buques de guerra.

Pero, ¡desgracia! la pequeña embarcación no tenía remos. ¿Qué hacer? Se arrojan al mar y alcanzan otra, que estaba en iguales condiciones. ¡Siempre desgracia! Ya casi no era posible; sin embargo, su decisión no encuentra obstáculos; se desnudan y hacen un esfuerzo supremo; por fin llegan á nado y heridos hasta la escala del *Blanco Encalada* y ahí y sobre la cubierta todavía tienen fuerzas para cumplir la orden de su capitán.

Momentos después, los voluntarios del Taltal, enviados desde la escuadra, consiguen arribar hasta la playa, saltan de á dos en dos á tierra, y descargando sus fusiles, entran á la Aduana en medio del loco entusiasmo de sus defensores; los cañones de la escuadra barren al mismo tiempo las tropas de Soto parapetadas en las casas de los alrededores del edificio, mientras el incendio y la destrucción rodean como en un círculo de fuego infranqueable á los combatientes; la lucha, se prolonga porfiada y terrible; pero ya Iquique está salvado.

Después de diez horas de combate, el jefe de los asaltantes se retira, y en seguida pacta el ar-

misticio y luego rinde sus armas á los que con ellas debían algunos días más tarde vencer en Pozo Almonte y asegurar el éxito de la revolución.

Entre los grandes hechos que ennoblecen las páginas de la historia de las guerras americanas, en pocos, como en este, rayó el valor chileno á la altura del supremo heroísmo; desde ese día el capitán Merino Jarpa fué el hijo mimado del ejército constitucional y le fueron confiadas las comisiones más arduas y difíciles.

El destino de la guerra parece haberse encaprichado con ese hombre, desde las primeras horas de la revolución de un modo tal, que la historia de la campaña, desde el día del pronunciamiento de la escuadra, parece, en efecto, su propia historia, y su nombre está allí, en cada una de sus páginas, como el de una de las figuras más prominentes y más hermosas, siempre rodeada de uua aureola de fuego y coronada con los sangrientos laureles de la victoria.

El día 12 de enero, llevando á bordo del *Amazonas* solamente 12 marineros y 64 soldados, toma por sorpresa á Coquimbo y se apodera de la plaza; se dirige en seguida á la Serena, sorprende su guarnición, exige la entrega de la ciudad y se

adueña con la rapidez del rayo de toda la provincia, haciendo de ella el cuartel general del movimiento revolucionario y el lugar de donde éste habría de sacar los primeros elementos de armas y municiones para emprender con éxito la campaña del norte (1).

Luego, á bordo del *Cachapoal* emprende una serie de operaciones riesgosas y difíciles en toda la costa. Ya se le ve en Chañaral, ocupando la población; ya en Pisagua, conteniendo desde el puente de su barco el avance de los enemigos de tierra; ya en Huanillos, Tocopilla y otros puntos, llevando al coronel Canto y libertando estas poblaciones del yugo de la dictadura; ya en Taltal, socoriendo á sus habitantes con municiones y víveres; ya, otra vez, en Pisagua, en cuyas aguas dirige el desembarco para la retoma de la plaza.

Encerrado, por último, en la Aduana de Iquique, como lo hemos recordado, y cercado por las tropas de Soto, se defiende con un puñado de valientes dentro de sus muros durante diez horas de horrible lucha y obliga á su enemigo á capitular, afianzando con su heroísmo la posesión definitiva de la ciudad y preparando los elemen-

(1) Apéndice núm. 8.—*(N. del E.)*

tos con que días después habría de ganarse la victoria de Pozo Almonte (1).

Sin embargo de estos gloriosos hechos, los que se acercan al joven héroe, apenas si saben por lo que él dice, que es un activo marino, obediente á la consigna y que ha hecho durante la guerra algunas operaciones de mar, cumpliendo las instrucciones de sus jefes superiores.

Después de salir de la Aduana, fuí á recorrer la ciudad, que en su parte material ha variado completamente desde hace pocos años á esta parte, engrandeciéndose y hermoseándose con el violento desarrollo de sus riquezas, de su comercio y de su industria, que la dan en el día una importancia especial en el movimiento mercantil de la costa; y en seguida me retiré al hotel á tomar algún reposo y esperar una hora oportuna para cumplir con los encargos que la Junta revolucionaria de Santiago me había hecho la alta honra de confiarme á mi salida de esa ciudad.

(1) Apéndice núm. 9.—*(N. del E.)*

XI

Lima, á 30 de junio de 1891

DESCANSABA tranquilamente en mi estrecha celda del "Hotel Francia é Inglaterra" y gozaba de ese reposo que tanto agrada en tierra á los navegantes inmediatamente después de un largo viaje, cuando el sirviente me trajo una pequeña esquela, con el nombre del señor don Waldo Silva, Presidente del Senado de Chile y miembro de la Delegación del Congreso Nacional, y en la cual dicho señor me invitaba galantemente á comer esa tarde en su casa habitación, sin ceremonia y de toda confianza, ó como decía la esquela, en traje de campaña, si lo tenía.

Á las seis y media de la tarde vestíme, pues, con la decencia posible, y me eché á la calle en busca del palacio ó castillo fuerte que era de suponer habitaran los príncipes de la revolución, ó sean, los delegados del Congreso, á quienes la prensa dictatorial de Santiago pintaba como unas especies de Sardanápalos, ó como unos monstruos feroces, con cabezas de toro, vientres de avestruz y garras de león, y preguntando y preguntando llegué á poco andar á una pequeña y modesta casa de la calle de Baquedano, á cuya puerta no había guardias y ni siquiera porteros, pero que todos me indicaban como la residencia de tan encumbrados y orgullosos y terribles caballeros.

Golpeé por dos veces á la puerta y ya me preparaba á hacer un tercer anuncio de mi persona en esa forma verdaderamente primitiva, cuando salió de un saloncito que daba al pasadizo un caballero de patillas blancas, que me invitó cortésmente á pasar adelante, y que luego, al saber mi nombre, redobló sus atenciones, obligándome á entrar y presentándome en seguida al señor Barros Luco, su colega de Delegación, que allí con él vivía y del cual no se había separado desde el día en que ambos fueron á bordo de la escuadra á hacer al capitán Montt la notificación oficial de

la deposición del Presidente Balmaceda, en nombre y por voluntad expresa del Congreso Nacional.

—Por carta del Intendente de Antofagasta, don Manuel Vicuña, me dijo el señor Silva, hemos sabido que usted venía en el *Serena*, y nos hemos tomado la libertad de invitarle á probar hoy nuestro pobre rancho de campaña.

Dí las gracias al noble y anciano patriota y en seguida le entregué los papeles que para la Delegación del Congreso traía desde Santiago y que debía poner en sus manos, cumpliendo así fielmente el encargo expreso que sobre el particular recibiera del noble amigo á quien había dejado en el centro mismo de los horrores de la dictadura, luchando á brazo partido con el monstruo que amenazaba devorarle.

El Presidente del Senado de Chile aparentaba tener de sesenta y cinco á setenta años, que, sin embargo, llevaba sobre sus hombros como una carga ligera todavía, sin que ellos fueran obstáculo ó le impidieran dedicarse á la enorme tarea militar, política y administrativa que desde el primer día de la revolución le exigia la mayor actividad y toda la consagración de que un hombre de estado debe ser capaz en tales circunstancias.

Es un privilegio de las naturalezas moralmente sanas y dedicadas á las labores del espíritu el conservar hasta la edad más avanzada la integridad de sus facultades intelectuales con todo su poder de aplicación á los trabajos más arduos y difíciles.

Después de una larga vida consagrada por entero á la carrera pública y á la magistratura judicial, el honorable señor Silva era en esos momentos todavía un hombre lleno de vigor y de energía intelectual que no se daba descanso en medio de sus activos trabajos, sino que, antes bien, parecía estar de esa manera como en su propio elemento, sin experimentar esos decaimientos ni postraciones que aun en los años de la mocedad se padecen como verdaderas imposiciones de la naturaleza.

Su colega de Delegación, el Presidente de la Cámara de Diputados señor Barros Luco, parecióme ser quince ó veinte años menor, pero de un aspecto físico reposado y tranquilo, que si contrastaba á primera vista con la activa nerviosidad de su compañero, debía indudablemente y por lo mismo hacer fácil y seguro el acuerdo de ambos en todos los actos en que el servicio de su causa lo exigía.

El temperamento nervioso-sanguíneo, dicen los hombres de la ciencia, es el más fuerte y poderoso, y lo que es aplicable al individuo aisladamente, lo es sin duda alguna á la asociación de varios, en la que cada cual pone de su parte, en la labor común, su facultad predominante y la tendencia especial de su naturaleza.

Por esta razón, esos dos hombres se entendían y completaban el uno al otro y de tal manera, desde el día en que el destino de la guerra los obligara á marchar juntos, que realmente no eran sino una sola persona moral, que obraba con una sola voluntad y con las cualidades especiales y las energías propias del uno y del otro, fundidas y hermanados por indisoluble lazo.

Por ellos supe las circunstancias, desconocidas de muchos todavía, que les obligaron á trasladarse á la Escuadra y permanecer en ella desde el primer instante del pronunciamiento, abandonando hijos, familia y comodidades en homenaje á la causa que iban á defender, y disponiéndose á sacrificar, no sólo éso, sino hasta la vida misma, al triunfo de su causa, juzgada por ellos como la de la salvación de su país, llevado al borde de un abismo por la audacia insolente del conculcador de sus leyes.

Clausurado el Congreso Nacional y habiendo declarado el Presidente Balmaceda, el día 1.º de enero, que en adelante gobernaría sin leyes de presupuestos y sin hacer caso alguno de las disposiciones constitucionales sobre éste y otros puntos, de los que son, puede decirse, la sustancia y el fundamento del régimen republicano de gobierno, no quedaba á la elección del país sino uno de dos extremos, que eran, ó la revolución por medio de la cual podría sacudir el yugo del tirano que de tan cínica manera se declaraba superior á la ley fundamental del Estado, ó el sometimiento silencioso á su autocrático capricho que le imponía, en cambio de su tranquilidad, la vergüenza, la deshonra y la abyección incondicionales.

En estas circunstancias, los representantes del país, ó lo que es lo mismo, los miembros de ambas ramas del Congreso, decidieron la deposición del Presidente, haciendo uso para ello de la facultad que la Constitución les concedía, de determinar los casos en que el jefe del Estado se hallaba en la imposibilidad de gobernar, y al efecto firmaron el acta de deposición, documento que después de mi llegada á Iquique se publicaría por primera vez en la prensa de esta ciudad, y

que, por la altura y nobleza de sus conceptos, á la la vez que lo razonado é incontrovertible de su exposición, es una pieza notabilísima y que honra á los que la suscribieron (1).

La casa, en Santiago, del ilustre senador y notabilísimo estadista señor don Manuel José Irarrázaval, fué el lugar de cita para esos representantes del país, vigilados, cada uno de ellos, desde el dia 1.º de enero, por los cien ojos del Argos de la policía é imposibilitados, por lo mismo, para reunirse en el local de sus sesiones ó celebrar una reunión solemne y pública á la que para tan grave negocio fueran convocados y en la cual no habrían conseguido otra cosa que ser sorprendidos y apaleados por los sayones de la dictadura, como se había determinado hacerlo en este caso.

El honorable señor Irarrázaval recibía en el salón principal de su espléndida biblioteca a sus colegas introducidos secretamente hasta allí, y sacando de entre las hojas de uno de los libros de los estantes el acta consabida, poníala ante la vista de los firmantes, á medida que cada uno de ellos iba llegando, para que la suscribieran en

(1) Apéndice núm. 10.—*(N. del E.)*

dos ejemplares, destinado el uno para el ejército de tierra y el otro para ser remitido á Valparaíso y darlo á conocer á los jefes y tripulantes de la Armada.

En pocas horas y mediante este procedimiento, los miembros de la mayoría del Congreso suscribían el histórico documento, y desde ese día solemne, el Presidente Balmaceda, dejaba de ser el primer mandatario del país conforme á las leyes, para no tener otro carácter público que el de un usurpador vulgar, alzado en armas con la fortuna y el honor de Chile.

Así firmada el acta de deposición, fué en seguida dada á conocer á los jefes de buques, citados en Valparaíso á una reunión privada con ese objeto, los que, después de imponerse de su contenido, resolvieron el pronunciamiento y acordaron las medidas oportunas y conducentes al propósito indicado, que no era ni podía ser otro, según las palabras mismas del acta, que el de coadyuvar con las fuerzas navales de su mando al derrocamiento de la dictadura y el restablecimiento del imperio de la Constitución y de las leyes.

Todo estaba, pues, resuelto y convenido para el pronunciamiento, cuando algunos de los je-

fes de marina hicieron presente la conveniencia de que los presidentes de ambas ramas del Congreso, representantes natos de ellas, se trasladasen á bordo de las naves y, constituyendo allí una verdadera delegación del poder legislativo, manifestasen al pueblo de esta manera tangible el verdadero carácter de la revolución que iba á estallar y la naturaleza del mandato en cuya virtud los jefes de mar iban á romper los lazos de obediencia que hasta entonces los mantuvieran á las órdenes de un poder que de derecho había ya desaparecido.

Esta insinuación tan justa y de conveniencia práctica indiscutible, fué atendida, como era natural, por la Junta revolucionaria organizada entre los miembros de la Representación Nacional, y con este motivo, el día 6 de enero, los señores Silva y Barros Luco se trasladaron de Santiago á Valparaíso, y en la noche de ese mismo día fueron á bordo del blindado Blanco Encalada, donde el capitán Montt debía levantar pocas horas después su insignia de comandante en jefe de la flota, anunciando al país la hora gloriosa de la revolución.

Desde esa fecha, los presidentes de ambas Cámaras, de la misma manera que los delegados

del Directorio en los grandes días de la revolución francesa, habían permanecido en la nave almiranta, formando con el capitán Montt una especie de junta directiva de las operaciones, y tomando parte en todos los incidentes, ora gloriosos, ora tristes y desesperados, de la primera y tremenda época de la campaña, hasta que el triunfo de Pozo Almonte y la posesión á firme y definitiva de Tarapacá, les permitió trasladarse á Iquique y organizar en tierra un gobierno provisional.

Estudiando con minucioso interés las mil peripecias de esa primera época de la revolución, no se puede por menos de admirar la constancia y la energía extraordinarias desplegadas por esos dos hombres en el cumplimiento de la gran misión patriótica que se les había confiado. Sentado á la mesa con ellos, yo les oía esa tarde narrar con la naturalidad y modestia propias del verdadero mérito, algunos de esos incidentes de la guerra y verdaderamente no podía menos de rendirles todo el tributo de mi admiración. Cien veces el destino tornadizo de la guerra habría quebrantado en otros hombres más jóvenes y fuertes la constancia y la fe sin límites que los habían sostenido en la gloriosa empresa. Pero en ellos, cada golpe terrible de la fortuna no había conseguido

sino retemplar el acero de sus voluntades, resueltas á todo en medio de la adversidad y la desgracia.

Ahora esos dos hombres se sentían felices y contentos. ¿Y cómo no habían de estarlo, si ya veían su barca en el puerto después de haber cruzado con ella sobre todos los escollos y bajíos de una mar en cuyas orillas inhospitalarias eran rechazados por la terrible fuerza de las rompientes? Después de haber desembarcado en Pisagua y vencido en la pampa, y arrollado en todas partes al enemigo con las mismas armas que éste les proporcionara y con los mismos hombres que en medio de los pequeños combates se pasaban á sus filas, ¿cómo no tener la fe del Evanjelio en el triunfo cierto y definitivo de su causa? Tenían razón, y al oírlos hablar, no se podía menos de participar de su creencia, como de una consecuencia lógica ó de un corólario matemático é indestructible de la ley de los acontecimientos.

—Después de la campaña de Tarapacá, me dijo el señor Barros Luco, en la que las armas y municiones con que debíamos vencer nos las habían de proporcionar nuestros mismos enemigos, ¿cómo podíamos dudar del resultado que obtendríamos en Antofagasta, así como ahora, después

de la conquista de esa importantísima provincia, cómo no tener fe en el éxito de la que en estos momentos dirige el capitán Montt sobre los departamentos de Arica y Tacna, cuya ocupación, estamos seguros de ello, nos será anunciada en uno ó dos días más con el parte de la victoria?

Por otra parte, agregó el señor Barros Luco, si antes nos faltaban casi en absoluto recursos materiales con que prolongar por mucho tiempo la campaña, y esta circunstancia nos obligaba muchas veces á emprender operaciones completamente aleatorias y á menudo de consecuencias no sólo inciertas, sino casi seguramente contrarias á la marcha feliz de la revolución, lo que es ahora, después de los últimos acontecimientos que nos han dado la posesión de dos de las más productivas y ricas provincias del territorio, el progreso de la causa lo miramos garantizado por el desahogo en que nos encontramos en este punto y que, por cierto, nos permite obrar en la forma, en el momento y con las seguridades más efectivas sobre el éxito de nuestros planes.

—El producto, agregó el señor Silva, del impuesto sobre la esportación del salitre, solamente, nos basta y sobra, en efecto, para adquirir en estos momentos y donde queramos todo lo que nos

hace falta para organizar pronto un gran ejército, y arrojarnos sobre el sur en demanda de las tropas de mercenarios que allí sostienen la dictadura, y que, sean cualesquiera su número y su espíritu, no podran jamás resistir á los que ya han triunfado en todas partes y tienen la conciencia de su orgullosa superioridad, puesta diez veces á prueba en los combates que ya han tenido lugar.

Al tomar parte en esta conversación y oír estas últimas palabras de sobremesa, no creía, en verdad, estar hablando con dos hombres de edad avanzada, sino con dos jóvenes arrebatados por los hervores del primer entusiasmo de la mocedad y quemiraran el horizonte de sus sueños teñido en los brillantes y diáfanos colores del astro que calienta y vivifica todo cuanto se ve con los ojos de la primera edad de la vida.

Es un hecho singular y que manifiesta la fuerza y el vigor moral de esta revolución. Esos hombres podían hablar, es cierto, con el lenguaje de sus ilusiones generosas; pero, yo mismo ¿no creía como ellos todo cuanto decían y sus palabras no infundían en mi espíritu la misma fe que ellos sentían?. Y esto que me sucedía á mí, sucedía también á todos los que hablaban con ellos, neutrales ó indiferentes, casi sin excepción alguna.

Durante los días que permancí en Iquique tuve ocasión de tratar en la intimidad á muchos que podían juzgar sin pasión alguna las consecuencias lejanas de los sucesos que en esos momentos se desarrollaban, sobre todo, á extranjeros, cabezas frías y calculadoras, individuos incapaces de dejarse arrebatar por el calor de una pasión partidarista ó de un sentimiento simpático por los que sufrían y luchaban, y puedo asegurar que todos ellos participaban de esa misma fe que yo en esos momentos sentía y sobre ella hacían cálculos de negocios que habían de aumentar el giro de sus especulaciones.

Algunos de esos comerciantes, alemanes é ingleses particularmente, estaban dispuestos á apostar, según decían, fuertes sumas al triunfo de la revolución, si alguien quería aceptarles, y, cosa extraña, nadie quería correr el riesgo á la carta de la dictadura, y en los clubs de extranjeros de Iquique no existían *esos escoceses*, como me lo decía una noche el jefe de una importante casa de comercio de la ciudad.

Al despedirme esa noche de los señores Silva, Barros Luco y otros caballeros con quienes había estado á la mesa y pasado uno de los ratos más agradables é interesantes, el bondadoso senador

me invitó á ir frecuentemente á su casa de toda confianza, á comer ó charlar con ellos y formarme un cabal conocimiento de los hombres y de los sucesos.

—A usted, que tiene aquí tantos amigos chilenos y que debe contarnos entre ellos á nosotros, me dijo el señor Silva, tal vez le será interesante tratarlos aquí, en medio de la acción, donde los hombres se ven obligados á manifestarse tales como son y en que, por consiguiente, los sentimientos de la amistad son más expansivos y dejan en el espíritu más fuertes huellas.

No podía oír palabras que más me halagasen en todos sentidos, así por el nobilísimo sentimiento que las dictaba, como por la ocasion que ellas me ofrecían de estudiar de una manera íntima, minuciosa y completa los sucesos á que desde hacía más de tres meses venía consagrando la atención de mi espíritu con creciente interés.

XII

Lima, á 4 de julio de 1891

Al día siguiente en la noche paseábame por la plaza Arturo Prat, en cuyo centro se alza el monumento consagrado á la memoria del héroe del 21 de mayo, cuando me encontré con Isidoro Errázuriz, á quien había visto por última vez en París, cuando él desempeñaba en Europa el cargo de agente general de inmigración y andaba á caza de hombres por todas las ciudades obreras de Francia, buscando á quienes enviar como pobladores á las pintorescas regiones de la Araucanía.

El eminente orador parlamentario y notable periodista porteño estaba, después de tantos años, como endurecido por la vida militar que había llevado á bordo y en tierra desde el 7 de enero, y robustecido física y moralmente con las impresiones de la lucha, en la cual parecía vivir como en el elemento más apropiado á las tendencias de su espíritu nacido para los combates y para oír resonar en torno suyo los écos del clarin de los campamentos y los toques de diana de los cuarteles.

En el mismo traje que llevaba se notaba esa transformación, con su cabeza cubierta por el kepi blanco, sus bigotes y perilla napoleónicos y su chaqueta y pantalones de dril, cortados en los talleres de la Intendencia general. Al verle, creí recordar la figura marcial de Changarnier, que las ilustraciones parisienses han hecho popular en todos los lugares de la tierra. Por lo demás, nadie como él, tenía verdaderamente el espíritu y el alma de la situación, de tal manera que al oírle, se podía imaginar que se estaba con el hijo más legítimo de Belona y de Marte.

Después de comunicarnos nuestro mutuo regocijo por la manera tan casual como nos volvíamos á encontrar otra vez y cuando nada había

podido anunciárnoslo, nos paseamos largo rato al rededor de los pequeños jardines que rodean la torre central del monumento, respirando el aire puro de la tarde y charlando alegremente sobre una multitud de temas distintos y referentes, ora á nuestra respectiva situación personal y lo que éramos y lo que hacíamos desde la útima vez que nos habíamos visto, ora sobre el tema inagotable y siempre fecundo de los sucesos que nos permitían encontrarnos de nuevo en tan lejano sitio.

Isidoro Errázuriz acababa de fundar y dar á luz *La Patria* de Iquique, periódico diario del cual se proponía hacer algo así como una especie de archivo impreso de la revolución, dando preferente cabida en sus columnas á todos los documentos referentes á ella, de manera que, día á día, puede decirse, fuera haciéndose en sus páginas, paulatinamente, la crónica exacta y completa de los sucesos, lo que facilitaría extraordinariamente la tarea del futuro historiador en esta parte tan sustancial é importantísima de la historia.

—Además, me dijo Errázuriz, un diario como el que yo acabo de fundar está llamado en los momentos actuales á llenar un vacío, á satisfacer

una necesidad indiscutible, cual es la de armonizar las ideas de la opinión pública con las ideas de esta especie de protoplasma de gobierno que actualmente tenemos, encontrando aquéllas, en las columnas de *La Patria*, un órgano por medio del cual hacerse oír oportunamente y llegar á corregir los yerros de una autoridad que, si bien está en manos de hombres á quienes todos profesamos gran respeto y obediencia, no por eso es infalible y bien puede ser á tiempo advertida sobre el mejor camino que deba seguir.

Hasta hace pocos días, agregó, las conveniencias de la situación no exigían otra cosa que una dictadura militar, facultada para mandar con imperio absoluto y á exigir la obediencia pasiva en sus correlativos términos; pero, desde el momento en que esa dictadura tiene ya dos o tres provincias que administrar y una numerosa población cuyos derechos conviene tengan todas las garantías de los tiempos comunes y ordinarios, es indudable que esa autoridad debe experimentar la transformación consiguiente á esta nueva situación.

En más claros términos, si anteriormente la acción de la autoridad solamente alcanzaba á un ejército de mar y de tierra sujeto á las rígidas

leyes de la disciplina, ahora esa acción se extiende á mil otros objetos diversos, hombres y cosas, que tienen un modo de existencia bien distinto del de un ejército y un parque de guerra, con sus necesidades y exigencias especiales.

Á armonizar, pues, estos variados elementos bajo la égida de una autoridad activa, inteligente y previsora, va á contribuir esta publicación, que según mis ideas, creo que será altamente beneficiosa á la buena dirección de la guerra y de los negocios de otro orden, que aunque nada aparentemente tienen que ver con ella, sin embargo, deben coadyuvar de un modo indirecto pero seguro y poderoso á sus finales resultados.

Así conversando sobre materia tan interesante, anduvimos una larga media hora, é iba yo á retirarme ya al oscuro y estrecho cuartucho de mi hotel, cuando mi amigo me invitó á pasar el resto de la velada en su casa, situada en la calle de Baquedano y cercana á la que ocupaban los delegados del Congreso.

—Allí se reunen todas las noches, me dijo Errázuriz, algunos amigos de confianza, á charlar sobre los asuntos del día y discurrir sobre la marcha de los acontecimientos, y usted podrá enterar así la noche, que en esta ciudad de salitreros y

comerciantes, no tiene nada de agradable si no se matan sus largas horas con la *lengua en salsa verde*, que es el guiso preferido de las tertulias de mi casa.

Acepté la invitación con el mayor placer y, á poco rato y andando al paso y lentamente, entramos en el pequeño *Club-Errázuriz*, como llamaban en aquella escogida reunión de buenos y francos amigos á la casa del propietario de *La Patria*, y que efectivamente era, como luego tuve ocasión de observarlo, un centro social de los más inteligentes y agradables.

Allí se encontraban, á nuestra llegada, conversando como en un hogar propio, con esa confianza y desenvoltura que hace grata la tertulia masculina, algunas personas que inmediatamente me fueron presentadas por Errázuriz y que ocupaban un lugar prominente entre las figuras de la revolución y habían escrito con sus hechos algunas de sus más hermosas y brillantes páginas.

Recuerdo entre ellas á Joaquín Walker Martínez, de quien ya había oído hablar en Antofagasta, joven de treinta y cinco años, más ó menos, pero que, á falta de esa pesada y casi inútil experiencia que da una larga vida, po-

sería un espíritu de los más enérgicos y una fecundidad inquieta de ideas que hacía de él un hombre necesario en todas las circunstancias difíciles; Vicente Merino Jarpa, el alentado mozo cuyas hazañas estaban escritas en los anales riquísimos de toda la primera época de la campaña, y cuya tranquila modestia podría haber hecho creer á cualquiera que ignorara sus hechos que sólo era algún pariente lejano del héroe del 19 de febrero; Cornelio Saavedra, hijo del general del mismo nombre, embarcado en la escuadra el día del pronunciamiento, y que, mezclado á todos los sucesos posteriores, había tomado parte activa en casi todos los combates y correrías marítimas, desde la toma de Coquimbo hasta el triunfo de Pozo Almonte; Juan de D. Vial Guzmán, que en esos momentos organizaba el servicio aduanero del territorio ocupado por el ejército constitucional; Joaquín Muñoz Hurtado y José Luis Silva Lastarria, los dos capitanes más jóvenes y entusiastas que tenían mando á bordo, y varios otros cuyos nombres figuran con honor en los sucesos de la revolución.

No podía, pues, encontrarme en una reunión más en armonía con mis deseos y que pudiese mejor ilustrarme sobre tantos y tantos incidentes

de la guerra que deseaba conocer, si era posible, de boca de los mismos que habían tomado parte en ellos.

Todos los espíritus estaban preocupados en ese momento del resultado de la campaña emprendida hacía pocos días sobre la costa de Arica y el territorio de Tacna, donde aún existía una fuerte guarnición dictatorial con recursos abundantes y sobrados para poder expedicionar por tierra sobre Tarapacá, ya en la forma en que las brigadas de Arrate y de Gana lo habían hecho para venir en auxilio del coronel Robles, ya organizándose en ligeras montoneras que incomodasen á las fuerzas constitucionales de ocupación ó perturbasen las faenas de los establecimientos salitreros, de donde la Delegación del Congreso sacaba los recursos materiales para su sostenimiento.

Esa campaña se había iniciado en los momentos más oportunos para su buen éxito, y, cualesquiera que fuesen los obstáculos que hallase en su camino, no era de imaginar, dada la calidad y el número de los que formaban parte de ella, que fuese á fracasar completa ó parcialmente, aun supuesta una resistencia desesperada del enemigo en las magníficas posiciones que se podía suponer escogiera para la resistencia.

Consideradas de esta manera las cosas, nadie, por cierto, pensaba ni suponía otro resultado; pero con todo, siempre sucede que aun los buenos sucesos excitan el sobresalto del que los espera, y era esto precisamente lo que en esos momentos hacía que el tema de la conversación fuera siempre y á cada rato este mismo.

—No podremos tener noticias antes de dos ó tres días, dijo Cornelio Saavedra, y ahora nos sucede lo que en todas las otras ocasiones, en que nos hemos llevado esperando de momento en momento y viendo á los minutos convertirse en días y á éstos en semanas.

Luego la conversación recayó sobre los sucesos pasados y se hicieron reminiscencias de los últimos combates, particularmente del desastre de Huara, en el cual Isidoro Errázuriz, apenas si había conseguido ganar un tren que conducía á Pisagua los dispersos del ejército constitucional, y Cornelio Saavedra, montado en flaca bestia, no había sabido cómo había salvado con vida, internándose en la pampa á todo el correr de su desesperada cabalgadura.

Muchos de sus mejores amigos, entre ellos el comandante Aguirre, cuya prematura muerte era por todos recordada con vivo sentimiento, no

habían tenido tiempo para la fuga, y caídos prisioneros de Robles, habían sido cruelmente fusilados durante la noche y arrojados en seguida desnudos á las fosas allí mismo abiertas, de manera que más tarde no pudieran ser reconocidos ni por sus deudos ni sus amigos.

La causa del desastre de Huara permanecía todavía, para mí como para muchos, rodeada de cierta oscuridad, como que la relación que de dicho combate habían hecho los periódicos de la dictadura y la prensa de los constitucionales, adolecía indudablemente de exageraciones en sentido favorable ó desfavorable para los unos ó para los otros; de manera que no podía ofrecérseme una mejor coyuntura para conocer la verdad, que el saberla esa noche de boca de los mismos que habían tomado parte en la acción; y así, aprovechando el giro de la conversación, rogué á los que allí estaban, me explicasen lo que ellos sabían sobre tan interesante episodio de la guerra.

—De la causa del desastre, dijo Cornelio Saavedra, no puede culparse en verdad ni á nuestros jefes ni á nuestros oficiales ni á nadie, sino á la calidad de las tropas que comprometieron la acción, y que, siendo como eran, más bien que un ejército

disciplinado, una gran agrupación de patriotas que manejaban cada cual un rifle ó una carabina, se lanzaron con demasiada precipitación al ataque, sin orden, sin concierto, y lo peor de todo, sin economizar sus escasas municiones.

Después del triunfo alcanzado el 15 de febrero en San Francisco, el ejército constitucional, avanzando lentamente hacia Huara, tenía la fe más ciega en que un nuevo encuentro con la desmoralizada división del coronel Robles, sería una victoria más para los soldados del derecho y allanaría por completo los obstáculos que todavía le cerraban el paso en su movimiento hacia Iquique, que era el verdadero objetivo de la jornada.

Es verdad que la extenuada división de Robles acababa de ser reforzada con el contingente militar que el intendente Salinas le enviara desde la ciudad al mando del coronel Soto; pero también es cierto que, aun con ese refuerzo, el jefe enemigo no podía oponer á las fuerzas constitucionales una masa de soldados superior ó por lo menos igual á aquella en ardimiento y valentía.

Cuando el día 17 por la mañana el primer convoy de tropas llegó, pues, al campo de Huara, los

primeros batallones que pusieron pie en tierra creían tan fácil y seguro el triunfo que ni siquiera aguardaron á que el general Urrutia impartiera las órdenes del caso y ordenara la batalla, sino que, dando rienda á sus impulsos, se desparramaron sobre la llanura en demanda de las magníficas posisiones enemigas, y arrollándolo todo delante de sus bayonetas, tuvieron efectivamente el triunfo en sus manos y al enemigo próximo á la fuga.

Los mismos coroneles Robles y Soto se creyeron perdidos en ese momento y retrocedieron de sus primitivas posiciones, alcanzados casi de cerca por las bayonetas constitucionales.

Pero ese mismo ardimiento indisciplinado vino en el momento casi final del combate á ser la causa del desastre. Los soldados habían disparado ya todas sus municiones, cuando un pequeño avance del enemigo los encontró con sus armas vacías, introduciendo en ellos el desorden que una oportuna carga de caballería convirtió en seguida en contagioso pánico, comunicándose á las filas y pronunciándolas en completa derrota. Unos cuantos tiros mas por cabeza, pero que desgraciadamente no tenían, habríanles dado ese día el triunfo.

—Lo que sucedió en seguida, dijo Isidoro Errázuriz, es imposible de describir. Los soldados botaban los fusiles y huían en desastrosa confusión; cada cual quería hallarse fuera del alcance del enemigo; los trenes que los habían traído al campo de batalla estaban cercanos y todos, á la manera de un torbellino humano, se precipitaban hacia ellos; los oficiales eran impotentes para hacerse respetar; la idea de cada uno era salvarse aunque perecieran los demás; y los trenes partían en medio de las sombras de la noche, arrastrando hacia Pisagua los restos del desgraciado ejército constitucional.

Después de ese día luctuoso y de esa noche desesperada, no quedaba á los jefes de la revolución otro partido que el de burlar la persecución del ensoberbecido ejército enemigo desocupando á Pisagua, é ir á forzar las puertas de Iquique por el lado del mar, abandonando la desgraciada ruta del desierto.

Pero, entretanto, ¿cuál había sido la suerte de tantos valientes? ¿Cómo habían caído muertos, heridos ó prisioneros en poder del enemigo? Al bizarro comandante Aguirre se le había visto sano y fuerte en el momento en que partían los fugitivos convoyes, lo mismo que á otros igual-

mente dignos de la protección de la fortuna. ¿Qué había sido, pues, de ellos en poder de un enemigo que tal vez no habría respetado su valor ni su desgracia? Este pensamiento era la preocupación general y constante hasta que se supo la horrible verdad.

El asesinato de los prisioneros de Huara en la misma noche del desastre, fué desde ese día una deuda horrible de sangre que sólo pudo ser satisfecha en Pozo Almonte con la ejecución del jefe que la ordenara en la hora mas aciaga de su negro destino.

¡Pobre Manuel Aguirre! dijeron todos al final de esta relación. ¡Era el más valiente, el más entusiasta y el más abnegado!... y morir así!

Discurriendo en seguida sobre tan triste suceso, uno de los que allí había observó lo conveniente que sería hacer constar de una manera oficial y auténtica la verdad de tan monstruosos asesinatos, que hasta ahora solamente se sabían por las relaciones verbales de algunas personas. Si al comandante Aguirre, por ejemplo, se le había visto sano y salvo después del combate, ¿no habría tal vez en el establecimiento de Huara personas que pudieran declarar sobre la suerte que le había cabido? Esta observación agradó á la

generalidad y Joaquín Walker Martínez propuso la idea de pedir esa misma noche á los delegados del Congreso el nombramiento de una comisión que se dirigiera sin pérdida de tiempo al campo de la acción á levantar un sumario al respecto.

Como era natural, todos aplaudieron la proposición de Walker, quien redactó inmediatamente el decreto, y después de ir á verse con los señores Silva y Barros Luco, volvió á la casa en que nos encontrábamos con una orden expedida por la Delegación, en la cual se comisionaba al diputado don Javier Vial Solar para que, trasladándose al día siguiente al campo de Huara, viese si había materia para una indagación en forma que revelase la suerte de Aguirre y demás patriotas desaparecidos en aquella acción de guerra.

Vial Solar aceptó al punto la comisión, Cornelio Saavedra se comprometió á acompañarlo, lo mismo que el que estas líneas escribe, y acordamos, en consecuencia, juntarnos al día siguiente por la mañana, para tomar pasaje en el ferrocarril que debía llevarnos al lugar melancólico del desastre.

XIII

Lima, á 7 de julio de 1891.

El sol de abril derramaba sus abundantes rayos sobre la población agitada por la febril actividad del trabajo, cuando mis compañeros de viaje, los señores Saavedra y Vial Solar, vinieron en coche al hotel para llevarme á la estación de los ferrocarriles, uno de cuyos trenes partiría á las 8½ de la mañana para el interior de la pampa, y en el cual poco rato después, nos instalábamos cómodamente en compañía de una multitud abigarrada de tipos humanos

de todas nacionalidades que ofrecía á la vista el más extraño conjunto que puede imaginarse.

Allí se veían rostros de hombres venidos de las playas más lejanas y de los países más remotos, mezclados con otros que llevaban impreso en sus facciones cobrizas y pronunciadas el sello original de las razas aborígenes de aquel suelo; ingleses estirados y serios, señores casi absolutos hoy día de las inagotables riquezas del desierto; alemanes gordos y colorados, que parecían toneleros de Hamburgo; griegos de hercúleas y hermosas formas; chilenos distraídos y de facciones endurecidas y tostadas por el sol de la pampa y el viento seco de las montañas; cochabambinos de caras tristes y bondadosas; chinos de color de marfil viejo y aire místico y recogido; representantes, en suma, de todas las razas y de todos los climas.

En país alguno de la tiera como en Iquique, puede quizás observarse de una manera más patente esa confusión de hombres y de lenguas que el cosmopolitismo industrial viene operando en todas partes en este siglo.

El tren ascendía forcejeando la ladera de la áspera montaña que corre de norte á sur al oriente de la ciudad y desde cuyos cerros multi-colores

los viajeros de la pampa han visto en el corto espacio de dos lustros las banderas estrelladas de los navíos de guerra ondear al viento de los combates.

Durante una hora las poderosas locomitivas apenas si pueden salvar la corta distancia que hay desde el plan á la altura; á cada momento parece que el pesado convoy fuera á desplomarse en el hondo precipicio ó á detenerse falto de fuerzas en medio de la peligrosa ascensión; poco á poco, sin embargo, el panorama de la costa se adelgaza mas y mas; al fin siente el viajero una impresión semejante á la que se experimenta al término de un viaje, y ve que el convoy toma su nivel horizontal y transpasa las cumbres y corre sobre la llanura nivelada del desierto.

El desierto, para quien por vez primera lo visita, es un mundo nuevo, donde todo es distinto de lo que antes se ha visto y produce sensaciones desconocidas hasta entonces; la vista se pierde en el horizonte sin límites y la esterilidad absoluta que da carácter á la naturaleza se impone al espíritu con su áspera y muda inmovilidad; aun en medio de la carabana ó en la sociedad de las oficinas esta impresión no se borra; el viajero se imagina siempre, dentro del pequeño es-

pacio de tierra salada que ocupa, como preso en un bajel inmóvil y en medio de un océano sin puertos ni riberas.

El camino, salvo una que otra brusca desigualdad del terreno, desde que se trasponen las alturas, es llano y sin obstáculos y el tren corre acelerado de una estación á otra sin ofrecer á la vista otro espectáculo que el de la eterna y grandiosa monotonía de la pampa sin límites.

Habíamos dejado atrás el paradero de Santa Rosa de Huantajaya, en cuyo platoso cerro se hallan las famosas minas argentíferas que han hecho varias veces millonarios á algunos de sus felices poseedores, y después de detenernos breves minutos en otras estaciones del tránsito, nos encontrábamos cerca de Pozo Almonte, donde se librara el 7 de marzo la última batalla contra las fuerzas dictatoriales de Tarapacá.

Á lo lejos divisábamos el campo de la acción rodeado de pequeñas y suaves colinas areniscas, que le dan el aspecto de un inmenso circo, como expresamente preparado por la naturaleza para un espectáculo como el que allí acababa de tener lugar (1).

(1) Apéndice núm. 11.—*(N. del E.)*

Es opinión unánime entre todos los jefes y oficiales sobrevivientes de aquel memorable hecho de armas, que la dirección del combate por el coronel Canto, reveló en este ilustre soldado condiciones de mando y conocimientos estratégicos superiores á los que hasta entonces habían manifestado poseer los mejores jefes del ejército de Chile, atribuyéndose principalmente á esta causa el éxito de la gloriosa jornada.

Los dos ejércitos igualmente fuertes, el uno por la calidad y disciplina de sus aguerridos soldados, dispuestos á morir á las órdenes de sus jefes, y el otro, por la desesperada energía de los indisciplinados elementos que lo formaban y la superioridad de la causa que defendían, se arrojaron el uno contra el otro, hasta chocar sus armas en medio de la planicie sembrada de cadáveres y revolverse y confundir sus filas con un furor sin nombre y como si la muerte y la carnicería dieran alientos y nuevo y rabioso vigor á los combatientes.

Hubo un momento en que dos regimientos enemigos avanzaron con tal fiereza y á paso de carga el uno contra el otro, que, rebasando las filas, siguieron avanzando ambos en sentido opuesto hasta dejar cada cual á sus espaldas á su

adversario y caer sobre las respectivas reservas, haciendo creer á los jefes de una y otra parte en la deserción de dichas fuerzas que entre el humo del combate parecían haberse pasado al partido contrario.

Después de varias horas, la lucha se mantenía incierta, y de uno ú otro bando podía ser el triunfo; ya casi la tercera parte de los combatientes yacían muertos ó heridos y la desesperación arrojaba siempre á los unos contra los otros; el día avanzaba en su cosecha de sangre y de cadáveres y tal vez la horrible lucha iba á prolongarse aún largas horas; pero llega un momento en que el ojo previsor del coronel Canto aprovecha del primer error del jefe contrario y decide la acción en su favor, haciendo terrible destrozo en las líneas dictatoriales.

Entonces y de la misma manera que en Huara lo habían hecho los soldados dictatoriales, esta vez los soldados del coronel Canto no dieron tregua durante la noche, aun contra la orden de su jefe, á los enemigos desarmados y fugitivos. Muchos de éstos, refugiados en las pequeñas casas de la población cercana, fueron perseguidos hasta ahí y arrancados de sus escondites y fusilados inmediatamente. No había cuartel para los ven-

cidos, como no lo había habido en Huara, según gritaban enfurecidos los triunfadores.

Una partida de dichos soldados llegó hasta la casa donde el coronel Robles, herido y desangrándose, había conseguido piadoso refugio y caritativo amparo de parte de sus dueños; pero en esos momentos de vértigo no podía contar con tan débil elemento de protección y de defensa; los soldados llegaron hasta él y sobre el mismo lecho en que yacía inerme fué ultimado sin piedad ni misericordia.

Oyendo esta relación de mis compañeros de viaje, llegamos á la estación de Pozo Almonte, donde el convoy se detuvo una larga media hora, esperando el tren de bajada que debía cruzar con el nuestro en la dicha estación.

Aquí, mientras Vial Solar y Saavedra, aprovechando la presencia del comandante de policía de Pozo Almonte, que se acercó á ellos, iban con éste á practicar las primeras diligencias de la investigación que les había sido encomendada en Iquique, yo entretuve el tiempo observando los raros trajes y singulares costumbres de los vendedores ambulantes que acuden á la estación á la llegada de los trenes, á realizar su pequeño comercio de flores, frutas y refrescos criollos.

Desde largas distancias vienen esas pobres piqueñas á vender los productos del verde oasis donde poseen sus pagos de tierra cultivados por ellas mismas. Son pobres indiecitas, de rostro dulce y bondadoso, vestidas de bayeta de colores y con la cabeza cubierta con sus sombreros de pita, que ofrecen á los viajeros de tercera clase guayabas, melones dulces, plátanos, uvas, maní, frescos de piña, etc., etc., ó estacionadas detrás de pequeñas mesas de madera blanca, convidan al que pasa á comer el rojo picante ó el exquisito seviche ó la butifarra surtida, etc., etc. Cada vendedorcilla canta su mercadería en su idioma medio español y medio quichua, y el recinto de la estación tiene el aspecto de una alegre y ordenada feria, en la que los partidarios de los guisos de la tierra. encuentran lo mejor y más exquisito de ellos.

Luego vinieron á buscarme Cornelio Saavedra y Javier Vial Solar, los cuales, después de haber conferenciado largo rato con el comandante de policía de Pozo Almonte, creían que muy poco ó nada podrían sacar en limpio sobre el objeto que había motivado su viaje, pues este funcionario ya había intentado una indagación de igual naturaleza sobre el mismo asunto, sin que sus activas

diligencias le hubieran proporcionado hasta ese momento luz alguna que pudiera ayudarle á descubrir la verdad de lo que á este respecto se había dicho y asegurado.

En ese momento, el tren que bajaba hacia Iquique, cruzó con el nuestro en la estación, y obedeciendo nosotros á la señal de partida que se nos daba por el conductor, subimos á ocupar nuestros asientos, y minutos después seguíamos nuestro viaje á todo el correr de la locomotora sobre la pampa inmensa y desolada.

A la distancia, muy lejos, y como un punto negro que iba poco á poco tomando forma y dimensiones reales, divisamos el gran establecimiento de Rosario de Huara, en cuyas cercanías está situada la estación del mismo nombre y de donde debíamos dirigirnos al campo mismo en que había tenido lugar el desastre del 17 de febrero, el más luctuoso y terrible de los episodios de la revolución.

Al dejar el tren en este punto y mientras discurríamos sobre el modo cómo nos trasladaríamos al lugar de nuestro destino, la buena fortuna se nos presentó en la persona de un caballero británico, que acercándose galantemente á nosotros, nos dijo que él iba también al establecimiento

de Rosario, y de ahí al de la Primitiva, y que, teniendo un coche á su disposición, nos lo ofrecía con las buenas gracias de su persona, para que pudiéramos hacer el viaje con las comodidades que él tenía la excelente voluntad de ofrecernos.

Aceptamos naturalmente el espontáneo obsequio, é instalándonos en el ligero vehículo, nos dirigimos al campo de batalla de Huara, que se extendía á nuestra vista envuelto en el sentimiento melancólico de los recuerdos que evocaba con su leyenda heroica y terrible.

Á poco andar, el buen inglés nos indicó á lo lejos una especie de monumento fúnebre, sobre el cual se veía una gran cruz que abría sus brazos en medio del desierto, y que nos dijo ser el sepulcro en donde los piadosos trabajadores del establecimiento de Rosario habían reunido los cadáveres al día siguiente de la batalla y dádoles honrosa y digna sepultura.

El coronel Robles se había limitado á hacer abrir en el campo algunas zanjas superficiales y arrojar en ellas los ensangrentados restos, sin distinguir la categoría militar de ellos, de modo que sus amigos ó sus deudos no pudiesen más tarde reconocerlos; pero al día siguiente, los empleados del establecimiento se habían encargado

piadosos de cumplir con esta obra de misericordia, y construyendo allí mismo un sepulcro de cal y piedra, habían recogido dentro de sus toscos muros los cuerpos de los desgraciados que acababan de dar su vida por la patria.

Nos bajamos del coche y nos dirigimos á pie hacia el monumento, observando á nuestro paso la tierra removida y que, calentada por el sol ardiente, exhalaba un olor putrefacto que nos hacía apresurar el paso, produciendo al mismo tiempo en nuestras almas un sentimiento de profunda tristeza que nos llevaba recogidos y silenciosos, como si la muerte misma fuera nuestro conductor y guía en la lúgubre peregrinación.

La tumba de Huara es un cubo de cal y piedra, cuyas paredes tienen exteriormente un metro de altura por cinco de largo; sobre ella alza sus brazos una gran cruz de madera pintada de verde y afirmada en una peana de dos cuerpos; en el centro de la cruz hay un corazón, también de madera, en el cual está escrita la siguiente leyenda:

ROSARIO DE HUARA

† †

FEBRERO 17 DE 1891

148

HERMANOS

†

Un pobre carpintero del establecimiento, el mismo que colocara la cruz sobre la tumba, escribió en ella esa leyenda de amor y de fraternidad en la muerte, como la expresión sublime de su alma sencilla y piadosa.

Vivamente impresionados, nos arrodillamos junto al sepulcro santificado con la sangre de los que habían sacrificado su vida al servicio de una gran idea, y elevamos nuestra oración al cielo por el descanso eterno de sus almas.

Luego nos retiramos de ese lugar y, subiendo al coche que á poca distancia nos esperaba, seguimos viaje al establecimiento de Rosario, donde mis compañeros hicieron algunas investigaciones relativas al asunto que los llevaba, y en seguida nos dirigimos al establecimiento de La Primitiva,

en el cual pasaríamos el resto del día y dormiríamos en la noche para regresar á Iquique en la mañana siguiente.

La Primitiva es el más importante de los establecimientos del desierto, así por la calidad de los salitrales que explota como por el poder de su valiosísima maquinaria, que ha costado millones á la gran compañía inglesa por acciones, que es su propietaria y que recoge pingües utilidades del negocio.

El administrador del establecimiento nos recibió con esa amabilidad franca y de buen tono que ha dado notoriedad en todo el desierto á la buena hospitalidad de los señores de la Primitiva. Estaba prevenido de nuestra visita, nos dijo, y tenía el mayor gusto en recibirnos en su casa. Inmediatamente nos condujo al salón, donde fuimos graciosamente obsequiados por la señora de la casa que rivalizaba con su esposo en hacernos agradable la estadía en aquel lugar. Para los administradores de la Primitiva, nos dijo ella, nuestra visita venía á alterar la monotonía de sus hábitos y á producir en ese palacio del desierto una impresión semejante á la de un día de huelga yde fiesta.

Una magnífica mesa de once nos esperaba, y sentados á ella, en compañía de los empleados

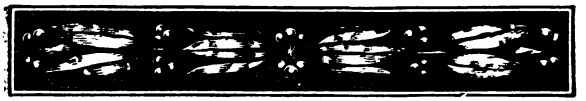
superiores del establecimiento, nos parecía estar en cualquier lugar menos en medio de un desierto absolutamente árido, donde hasta el agua para la bebida es necesario fabricarla artificialmente y los menesteres más indispensables para la vida se traen de lejanísimas distancias.

Para la industria humana no hay imposibles hoy en día, y así no es extraño encontrar en los establecimientos aislados de Tarapacá, mejores edificios y mas comodidades y recursos de toda especie para hacer agradable la vida, que en las ciudades de la costa y aun en el mismo Iquique, si he de juzgar por lo que de paso pude observar en Rosario de Huara y La Primitiva, y lo que, á propósito de esta observación, se me dijo de otros establecimientos semejantes.

Llegada la noche, me llamaron la atención las luces lejanas, como las de los barcos en el mar, que en la inmensidad del desierto señalaban á lo lejos los establecimientos salitreros iluminados por la electricidad. No he recibido impresión mas extraña que la que me produjeron en esos momentos esas débiles señales de actividad y de vida en medio de aquel océano de sombras. Un viento furioso azotaba las paredes y los techos del establecimiento, dándonos en el rostro con sus olea-

das frías, y sin embargo esas luces lejanas é inmóviles conservaban el sentimiento de la calma solemne del desierto. Entonces comprendí cómo la pampa inmensa, desolada y árida, tiene hondos atractivos para el espíritu, y cómo la naturaleza en todas sus manifestaciones ejerce sobre el hombre su imperio soberano.

Á la mañana siguiente, después de hacer en compañía de nuestro huésped una detenida visita á los diversos departamentos de la oficina y recorrer una á una las distintas partes de su poderosa y valiosísima maquinaria, presenciando las operaciones industriales á que es sometido el tosco caliche hasta ser convertido en la cristalina sustancia que da fuerza y vida á la tierra empobrecida y estéril, nos despedimos de los galantes señores de La Primitiva, llevando de ellos el más simpático recuerdo, y desde ahí fuimos á tomar el tren que nos debía retornar á Iquique, donde las noticias que acababan de recibirse de Arica y Tacna habían venido á confirmar los más lisongeros vaticinios sobre el éxito de la campaña emprendida hacía pocos días sobre ese punto de la costa y del interior.



XIV

Lima, á 10 de julio de 1891

OTRA vez los entusiastas y juveniles soñadores de triunfos y de batallas, los que recientemente se habían incorporado al ejército para hacer el primer ensayo de su valor y de su audacia, los que creían ir á ver la cara al enemigo en medio de la atmósfera abrasada del combate, los que pretendían ir á vengar la afrenta ó el insulto inferido al padre, al hermano ó al amigo, los que iban dispuestos á morir con esa noble generosidad de las almas jóvenes, otra vez volvían á Iquique, sin haber visto otra cosa que la silueta lejana de un enemigo que huía, envuelto en el polvo que e-

vantaba en el desierto el ligero galopar de sus ágiles caballos.

La campaña sobre Arica y Tacna se había asemejado en todo á la marcha militar de Antofagasta, desde la respuesta altiva que en la primera hora dieran los coroneles del ejército de la Dictadura al ultimátum del capitán Montt hasta la apresurada fuga emprendida por ellos á través del desierto y su internación en tierra extranjera, ante cuyas autoridades habían ido á rendir sus armas y su bandera en cambio del asilo solicitado.

Se había vuelto á repetir la misma y triste comedia militar que los soldados de la ley habían presenciado en Calama, y que no era otra cosa que el resultado de los sabios planes estratégicos que el Dictador combinaba desde sus oficinas de la Moneda y que por telégrafo mandaba en seguida cumplir á sus generales, haciéndoles representar ante el mundo civilizado el más triste, vergonzoso y jamás visto espectáculo de que haya memoria en los anales de la guerra.

Los despachos telegráficos recogidos en Tacna y Arica por los jefes del ejército constitucional el día de la ocupación de una y otra ciudad, manifestaron, de la misma manera que en Antofagas-

ta y Calama, que esos pobres jefes de la Dictadura no habían desempeñado allí otro papel que el de las figuras de un tablero movidas por la mano petulante y loca del que no había dado otro valor á su conciencia y brazo de soldados, que el que podía dar á los que consideraba como meros instrumentos de su vanidad y su soberbia.

¡Pobres soldados de la Dictadura! Esta era la expresión que andaba en boca de todos durante esos días. ¡Pobres soldados! Se fingían á sí mismos el papel de defensores del poder legítimo del jefe del Estado y de custodios del orden y sostenedores del régimen legal, y no eran otra cosa que tristes maniquíes manejados por el hilo que tras de bastidores tenía en su mano un empresario envanecido con el éxito futuro de fantásticos triunfos. ¡Pobres soldados! La compasión y la piedad, he aquí en verdad lo mejor que merecían esos desolados fugitivos á quienes el Perú acababa de dar la ciudad de Arequipa por asilo y por cárcel.

La ocupación de Tacna y Arica tenía, sin embargo, para los triunfadores una importancia real y efectiva muy digna de ponderarse. Mediante ella, el territorio de Tarapacá quedaba libre y á salvo de toda invasión ó sorpresa por el norte, así como, después de la ocupación de Antofagasta,

nada tenía ya que temerse por el sur. De esta manera, podía decirse que la Delegación del Congreso poseía desde entonces un territorio homogéneo, sobre el cual su acción política podía ejercerse con todo el vigor necesario.

Pero el éxito de esta nueva campaña, al mismo tiempo que llevaba á los partidarios de la revolución el sentimiento y la convicción de su fuerza, cimentada ya sobre la base firme y estable de una porción tan considerable del territorio chileno, abundante en todo género de recursos materiales, vino también á dar cuerpo y vida entre ellos á una idea de carácter político, que, si bien y desde hacía tiempo era alimentada por unos pocos, ahora las circunstancias del día la hacían popular y considerada por todos como necesaria para la buena administración de la nueva república del norte, como algunos la llamaban, y la acertada dirección de los mismos negocios de la guerra.

Se creía con sobrada razón que, después de libertadas las tres grandes provincias sometidas ya á los representantes del Congreso, los delegados del poder parlamentario debían dar lugar á la organización de un gobierno distinto del que hasta entonces había existido, el cual, al mismo

tiempo que diera á la revolución un carácter más regular ante las potencias extranjeras, de las cuales era ya oportuno solicitar la beligerancia por medio de una diplomacia bien servida, no descuidase por los asuntos militares la administración civil, que debía ser el apoyo y la más sólida ayuda de la dirección de la guerra.

Si se quería que las naciones extranjeras reconocieran la beligerancia de la revolución y observasen respecto de ella los fueros externos de la neutralidad, debía aquélla, ante todo, presentarse ante el mundo civilizado con un gobierno regular, en el verdadero sentido moderno de esta palabra, diferente, por cierto, de lo que es una simple jefatura militar, como la que hasta entonces había existido y como puede tenerla cualquier motín ó bando político alzado en armas contra la autoridad constituída de un país cualquiera.

Dados el desarrollo y las fuerzas positivas que el movimiento del 7 de enero había alcanzado recientemente, esta idea, que iba convirtiéndose después de la campaña de Tacna en una verdadera exigencia de la opinión pública, se justificaba además por otro género de consideraciones no menos atendibles que esas y que el comercio y la industria de esos lugares hacían valer, velando

por sus especiales intereses y las conveniencias mismas del progreso de la revolución.

En los territorios recientemente libertados de la dura ley de la tiranía, decían los industriales y comerciantes de Iquique, no debe solamente atenderse al ramo de la guerra, aunque sea éste el más importante por el momento, sino también á todos los demás ramos de la administración pública, en los cuales está interesada una masa considerable de ciudadanos, cuyos negocios, cuya fortuna no puede vivir del acaso del día de mañana y que al fin y al cabo debe ser protegida como la fuente misma de donde la revolución está sacando los recursos necesarios para su subsistencia y adelantamiento.

Nada, pues, más racional y justo y convenientísimo en estas circunstancias que la organización de un Gobierno, que con su múltiple personal diera satisfacción á estas exigencias de la situación, y uniendo en un sólo haz todos los intereses y todas las voluntades, así de gobernantes como de gobernados, tuviera con ellos el apoyo, la fuerza y el prestigio que jamás consiguen á su alrededor las jefaturas militares y sí fácilmente obtienen los gobiernos civiles ó que participan de este carácter, cuando los intereses personales y

los del patriotismo están dispuestos á unirse y armonizarse para la consecución de un grande y noble propósito.

La sola exposición de estas razones en la forma dicha, manifestaba que la opinión pública en Iquique estaba perfectamente formada á este respecto, y que, aun cuando no faltasen ahí personas con un modo de pensar, ó de sentir, más bien dicho, diverso del de la generalidad, sea porque temiesen que una organización distinta de la que existía encerraba peligros desconocidos, sea porque creyeran que la jefatura militar de la Delegación del Congreso bastaba á la satisfacción de todas las necesidades, ello es que estas opiniones aisladas de unos pocos no eran bastante poderosas para detener la realización práctica de lo que era estimado ya como una necesidad de la misma situación creada por el desarrollo de los sucesos.

Así, pues, cuando en esos días el capitán Montt llegó de Arica á bordo del *Cochrane* y fueron á saludarle sobre la cubierta del acorazado todas las autoridades militares y civiles de Iquique, no pudo menos de comprender á primera vista, que durante su corta ausencia se había operado allí una verdadera transformación en las ideas políti-

cas de las personas llamadas á tener influencia en la dirección del movimiento revolucionario, y que esa evolución no podía ya ser detenida sin poner en peligro el curso feliz de los acontecimientos y la armonía que hasta entonces había reinado entre jefes y subordinados y que era la prenda mas segura del porvenir, como lo había sido de los pasados y recientes triunfos de la noble causa confiada á su dirección y á sus esfuerzos.

Después, en tierra, esta verdad se ofreció más y más patente á sus ojos, solicitando el esfuerzo de su previsión y de su cordura para ser llevada á la práctica; de manera que su patriotismo, mortificando su modestia, no tuvo ya desde ese momento otro camino delante de sí que el que le indicaba seguir la justa impaciencia de la opinión.

Un hombre de su carácter no debía vacilar, y así, pues, poniéndose previamente de acuerdo con sus colegas, los señores Silva y Barros Luco, convocó inmediatamente á los individuos más importantes de la Armada y del Ejército y á los miembros del Congreso residentes en Iquique, á una reunión que debía verificarse el domingo 12 de abril en la casa que ocupaba la Delegación del Congreso, y en la cual las personas invitadas manifestarían francamente sus opiniones sobre las

ideas de organización gubernativa que en esos momentos circulaban en la ciudad y el mejor modo cómo las aspiraciones de todos podrían satisfacerse, consultando las exigencias de la guerra y los intereses de las poblaciones recientemente liber tadas de la tiranía de la Dictadura.

Con arreglo á esta sencilla y modesta invitación, el día señalado, á la 1 P. M., se hallaron reunidos en el salón de la casa de los delegados las siguientes personas:

JORGE MONTT, Capitán de navío y Comandante general de la Armada y del Ejército.

WALDO SILVA, Presidente del Senado y miembro de la Delegación del Congreso Nacional.

RAMÓN BARROS LUCO, Presidente de la Cámara de Diputados y miembro de la Delegación del Congreso.

GREGORIO URRUTIA, General de brigada, Intendente de Tarapacá, Comandante general de armas de la provincia y diputado por Arauco.

ETANISLAO DEL CANTO, Coronel y Comandante en jefe del Ejército.

SAMUEL ZAVALA, Intendente general del Ejército.

ALFREDO DÉLANO, Tesorero general de la Armada y del Ejército.

ENRIQUE VALDÉS VERGARA, Secretario general de la Escuadra.

JOAQUÍN WALKER MARTÍNEZ, Secretario general de la Delegación del Congreso y diputado por Santiago.

FLORENCIO VALENZUELA DAY, Capitán de fragata y Comandante del blindado *Almirante Cochrane.*

JOSÉ MARÍA SANTA CRUZ, Capitán de fragata y Comandante del monitor *Huáscar.*

JOAQUÍN MUÑOZ HURTADO, Capitán de corbeta y Comandante de la cañonera *Magallanes.*

VICENTE MERINO JARPA, Capitán de corbeta y Capitán de puerto de Iquique.

ISIDORO ERRÁZURIZ, diputado por Valparaíso.

DAVID MAC-IVER, diputado por Iquique.

CORNELIO SAAVEDRA, diputado por Lautaro.

JUAN DE DIOS VIAL, diputado por Santiago.

JAVIER VIAL SOLAR, diputado por San Fernando.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA DONOSO, Presidente de la Corte de Apelaciones de Tacna.

La sesión fué presidida por el capitán Montt, quien, en breves y sencillas palabras, expuso el objeto de ella.

"De acuerdo con mis colegas, los señores Silva

y Barros Luco, dijo, hemos querido reunir aquí á algunas de las personas mas caracterizadas del Ejército y de la Marina y á los miembros del Congreso Nacional residentes actualmente en Iquique, á fin de conocer sus opiniones sobre la mejor manera de satisfacer los deseos que nos han manifestado particularmente muchos de los caballeros aquí presentes sobre la conveniencia de dar una organización, distinta de la que actualmente tiene, al Gobierno de las provincias libertadas del yugo de la Dictadura.

"Por lo que á mí toca, nada podrá serme tan grato como el oír expresar á cada una de las personas aquí presentes sus ideas y sus opiniones á este respecto, con la franqueza á que todos debemos considerarnos obligados en los momentos actuales, tratándose de un asunto como el que ha motivado esta reunión y que, por su naturaleza, no puede menos de comprometer las voluntades y el patriotismo de todos y de cada uno de los que nos hallamos aquí reunidos.

"Debo sí advertir á los miembros de esta reunión, que, cualquiera que sea la resolución que en ella se tome ó el acuerdo que se adopte, no seré yo obstáculo ninguno para su cumplimiento, pero, esto sí, rogando desde luego á todos que tengan

la bondad de eliminar mi persona de la dirección ó de la responsabilidad del Gobierno, como quiera que, y lo digo sin humildad, no me considero ni con las facultades ni los conocimientos necesarios para este género de tareas.

"Un hombre de mi profesión y de mi carrera, debe estar en la escuadra y no en tierra, sobre todo, habiendo aquí personas ilustradas que pueden desempeñar los tareas de la administración y del Gobierno, que exigen conocimientos especiales que yo no poseo y que nadie puede desconocer que son necesarios en las labores de esta naturaleza.

"Ahora, si se me permite expresar mis ideas sobre el objeto que ha motivado esta reunión, diré que, á mi juicio, los llamados á tener la dirección gubernativa en las provincias libertadas, son los señores Silva y Barros Luco, representantes natos del Congreso Nacional y que mejor y con mayor derecho que cualesquiera otros son aquí los intérpretes de su voluntad soberana.

"Rogando, pues, de nuevo á todos los aquí presentes que eliminen mi persona de toda designación ó nombramiento de la naturaleza indicada, espero que de esta reunión salga no sólo la

luz sino el acuerdo de todas las voluntades en una sola idea y en un solo propósito, en bien de la causa que defendemos y de la patria que lo espera todo del común esfuerzo de sus buenos hijos.»

Estas palabras pronunciadas sin afectación y en el tono natural y propio del hombre cuya modestia de carácter y lealtad de sentimientos eran de todos conocidas, produjeron en la concurrencia un efecto del todo contrario al que el capitán Montt esperaba de ellas, haciendo ver á la mayor parte de los presentes, que no habían errado al pensar que era ese el hombre de alma verdaderamente republicana á quien podía confiarse en esa hora de difíciles pruebas el depósito sagrado de las aspiraciones del país. ¿No poseía él toda aquella elevación de miras, aquel sentimiento profundo del deber, aquella honradez inmaculada, aquel espíritu de sacrificio y aquella modestia sin ostentación que hicieron grande al fundador de la república Norte-Americana y feliz al pueblo que confió á sus méritos el porvenir de sus destinos? El capitán Montt pensaba modestamente de sí mismo precisamente aquello que desde ese momento obligaba á los demás á elevarle con grande honor al alto puesto en que desde hacía tiempo se deseaba verle colocado.

Isidoro Errázuriz tomó en seguida la palabra y después de pedir al secretario Valdés Vergara diera lectura al acta del Congreso Nacional y demás documentos relacionados con el pronunciamiento del 7 de enero y que fueron leídos en alta voz por el dicho secretario, pronunció un breve y elocuente discurso, exponiendo los deseos de la mayoría de los asistentes y la manera cómo, según la opinión de éstos, quedarían satisfechas las aspiraciones de la opinión en lo referente á la organización de un gobierno provisional que consultara las necesidades de la administración interior y representación exterior del territorio dominado por las armas constitucionales.

"Á juicio de la mayoría de los caballeros aquí presentes, dijo al terminar su discurso, y según los documentos á que se acaba de dar lectura, es el capitán Montt la persona designada para que *coadyuve á la acción del Congreso á fin de restablecer el imperio de la Constitución*, es á él á quien con mejor derecho corresponde aquí el primer puesto en el Gobierno, é interpretando nosotros en su sentido natural la voluntad del parlamento, es á él á quien debemos reconocer como jefe responsable de la dirección civil y militar de la Revolución!

"Los señores Silva y Barros Luco deben estar á su lado, es cierto, como representantes ó delegados natos de ambas Cámaras, pero de la naturaleza de su mandato no se deduce que ellos tengan la responsabilidad del Gobierno, sino que sus ideas deben ser atendidas y tomadas en cuenta por el único al cual ha sido confiado el mando por la voluntad expresa de los representantes del pueblo.

"Esto es lo que nos dicen los documentos á que se acaba de dar lectura, y fundándome en su letra y en su espíritu, yo hago indicación para que se organice una Junta de Gobierno en la que figure el capitán Montt como jefe del Poder Ejecutivo y cuyos actos sean refrendados por secretarios de Estado responsables, de la misma manera que la Constitución lo estatuye respecto del Presidente de la República y sus Ministros. Por lo que toca á los señores Silva y Barros Luco, ellos deben formar parte de dicha Junta de Gobierno, como consejeros del jefe del Poder Ejecutivo, quien en este caso no podría proceder sin oír previamente su opinión. De esta manera, aceptada esta indicación, se interpretaría fielmente la voluntad del Congreso Nacional y se organizaría un Gobierno regular que daría satisfacción

pronta y plena á las aspiraciones de la opinión pública á este respecto.»

Las palabras de Isidoro Errázuriz colocaron la cuestión en su verdadero terreno y dieron en seguida, como era natural, materia abundante para una discusión en que tomaron parte los señores Silva, Barros Luco, Walker Martínez, Valdés Vergara, Valenzuela Day, Vergara Donoso, Vial Solar, Muñoz Hurtado, Délano y otros; sosteniendo unos la indicación formulada por Errázuriz, y combatiéndola otros con las razones que en estos casos sugiere á los espíritus poco audaces el temor á todo cambio, á toda alteración sustancial de lo existente, cuyas consecuencias cercanas ó remotas no alcanza á divisar su perspicacia política.

Entre los argumentos que estos últimos hicieron valer, merece recordarse el de que el capitán Montt, en su carácter de jefe del Poder Ejecutivo, podía aparecer á la vista del pueblo con los atributos de un caudillo militar, personalizando en él una revolución que hasta ese momento se había vanagloriado de su impersonalidad, de no tener ni siquiera la etiqueta de un nombre propio, de haber sido desde su origen una verdadera revolución de principios que ningún interés indivi-

dual había desnaturalizado ni empequeñecido ni aun en sus horas más difíciles y angustiosas.

La palabra caudillo, lanzada así como una brasa de fuego en medio de la sala, hizo saltar de su asiento al coronel Canto y arrancó de su boca las frases de condenación con que tal vocablo debía anatematizarse en esos momentos y eliminarse en absoluto en una discusión de esa naturaleza.

"¿Se habla de caudillo ó de caudillos? dijo el ilustre vencedor de Pozo Almonte, ¿y quién sería el audaz, el temerario que con tal vergüenza pudiera manchar nuestra revolución? El pueblo, señores, tiene bastante buen sentido para ver la realidad de las cosas, y siendo así, ¿por qué entonces se pronuncia aquí esa palabra imprudente que carece de significación entre nosotros? El capitán Montt ni nadie puede ser caudillo ni aparecer como tal á los ojos del pueblo; luego entonces, ¿por qué se arroja esta palabra en una reunión de hombres patriotas como esta? Siento, señores, que esta reunión, en la que debiera haberse producido ya la armonía de todas las voluntades, se prolongue todavía sin haberse obtenido ese acuerdo. Esto es peligroso, y por ello me permito hacer indicación para que no nos mova-

mos de este sitio antes de haber llegado á un acuerdo sobre el asunto en discusión.»

Las palabras del coronel Canto produjeron todo el efecto deseable, y á las cuatro de la tarde, es decir, después de tres horas de discusión, fué aprobada la indicación de Errázuriz con ligeras modificaciones, nombrándose en seguida una comisión compuesta de Vergara Donoso, Vial Solar y Walker Martínez, para que redactaran un proyecto de estatuto, tomando como base las resoluciones de la reunión, y que someterían ese mismo día, á las ocho de la noche, á la aprobación de las personas presentes, que estarían á esa hora de nuevo reunidas en el mismo lugar.

La comisión nombrada se trasladó inmediatamente á la casa de Isidoro Errázuriz y puso allí mano á la obra que se le había encomendado, redactando en las menos palabras posibles el proyecto de organización gubernativa, que después, en la noche de ese mismo día, fué aprobado por la reunión y publicado al día siguiente en los periódicos de Iquique.

En la mañana del día 13 los señores Montt, Silva y Barros Luco, llamaron á su casa al señor Walker Martínez y le encargaron de la organización del Ministerio ó personal de las secreta-

rías de Estado, pidiéndole al mismo tiempo aceptara una de ellas.

Walker Martínez aceptó el encargo y una hora después el Ministerio quedaba organizado con el señor Matta don Manuel Antonio, como secretario del departamento de lo Interior, Industria y Obras Públicas; con el señor Walker Martínez don Joaquín, como secretario del departamento de Hacienda; con el señor Errázuriz don Isidoro, como secretario del departamento de Relaciones Exteriores, Justicia, Culto é Instrucción Pública, y con el coronel Holley don Adolfo, como secretario del departamento de Guerra y Marina (1).

Desgraciadamente el señor Matta se hallaba en esos momentos en Copiapó, y como no era prudente exponerle, estando en tierra de la Dictadura, á los vejámenes que ocasionaría su nombramiento, se acordó que el cargo para el cual había sido elegido quedara sin proveerse hasta que el designado pudiera venir á Iquique.

De esta manera quedó felizmente solucionado este grave conflicto político que amenazó por un momento perturbar la armonía que hasta entonces había presidido á todos los actos de la revolución.

(1) Apéndice núm. 12.—*(N. del E.)*

El pueblo y el ejército recibieron este cambio político con manifiestas demostraciones de alegría y entusiasmo, y la prensa de Iquique se hizo eco de estos sentimientos en artículos que no eran sino el reflejo de la satisfacción pública, como se ve por las palabras que transcribo en seguida y con las que Javier Vial Solar saludó, al día siguiente, desde las columnas editoriales de *La Patria*, á la Junta de Gobierno recién organizada:

"Los decretos que publicamos el día de ayer y por los cuales ha quedado organizado el Gobierno Provisional de la República, á la vez que manifiestan el espíritu severamente republicano de que se hallan animados los que hasta estos momentos han dirigido la nobilísima y patriótica empresa de devolver á Chile su libertad y sus leyes, ponen también en evidencia cuáles son la fuerza y el vigor singulares de este movimiento de reconstitución política, personificado en cierto modo, desde el día de ayer, en los distinguidos ciudadanos que acaban de ser llamados á la alta dirección de los negocios del Estado.

"El ilustre capitán Montt y sus dignos colaboradores, los señores Silva y Barros Luco, después de haber llevado á feliz término la primera y gran jornada de esta guerra gloriosa, arrebatando á la

Dictadura sus más ricas provincias y destruyendo en ellas hasta la huella de sus pretorianos y verdugos, han creído, con razón, que había llegado ya el momento oportuno para desprenderse de una parte de su poder y de su influencia y organizar en los territorios recientemente libertados un gobierno regular que, al mismo tiempo que satisficiese las necesidades de su administración, se acercara en cuanto las circunstancias lo permiten, á lo que determina nuestro régimen constitucional de Gobierno.

"Es un espectáculo verdaderamente digno de la gran causa en que actualmente se halla empeñado el país contra la Dictadura, el de esos tres patriotas, á quienes en los primeros y nebulosos días de la revolución se confiara la más alta misión con que puede honrarse á un ciudadano, descargándose ahora del pesado fardo de la irresponsabilidad que los escudaba en su camino, para buscar en las austeras formas del gobierno democrático la luz, el acierto y la fiscalización pública en todos sus actos.

"El ilustre capitán Montt y los señores Silva y Barros, podían, sin duda alguna, haber continuado por algún tiempo todavía dirigiendo los negocios de la guerra y de la administración en

la forma en que hasta ayer lo han hecho; pero su patriotismo, su desinterés y la conveniencia misma de los intereses confiados á su dirección, les aconsejaban ya buscar un mejor camino para servirlos, y siguiéndolo han dado á sus conciudadanos un alto ejemplo de sabiduría y discreción políticas.

"El decreto que publicamos el día de ayer en nuestras columnas, por el cual se organiza una Junta de Gobierno con secretarios responsables que refrenden todas sus órdenes, corresponde cabalmente á estos sentimientos é ideas en la forma más conveniente que podía adoptarse por ahora, dadas las exigencias de la guerra y la actual situación del país.

"De igual modo, no es menos digno de aplauso el acertado criterio con que los miembros de la Excma. Junta han procedido á la designación de sus secretarios de Estado, buscándolos entre los hombres más patriotas, más ilustrados y respetables que forman el núcleo del movimiento constitucional, y llamándolos á compartir con ellos las grandes responsabilidades del Gobierno.

"Los señores Errázuriz don Isidoro, Walker Martínez don Joaquín y Holley don Adolfo, designados respectivamente Ministros de Relacio-

nes Exteriores, de Hacienda y de Guerra y Marina, son, cada uno en su ramo, una especialidad brillante, que nadie puede desconocer, si sabe estimar el talento y el valer de los hombres.

"El señor Errázuriz ha desempeñado en otra época la misma cartera que ahora ha tomado á su cargo, dejando en los archivos de gobierno huellas luminosas de su sagacidad y talento. El señor Walker Martínez ha tomado parte importante durante los últimos años en casi todos los grandes y difíciles debates que han tenido lugar en nuestro país, así en la prensa como en el parlamento, sobre materias de hacienda, ilustrándolos con sus notables conocimientos prácticos y científicos. El distinguido coronel Holley es una de las más notables personalidades de nuestro ejército, al frente de cuyas filas viene desempeñando desde hace algunos años los más importantes puestos.

"Los tres secretarios de Estado designados por la Excma. Junta, hacen, pues, honor á sus respectivos puestos, y prestan al Gobierno provisional recién organizado, el triple prestigio de sus nombres, de su inteligencia y de su acendrado patriotismo.

"Obedecemos, por lo tanto, á un sentimiento

de justicia y nos hacemos eco de la opinión pública de todo el país, al celebrar con alborozado entusiasmo los decretos de nuestra referencia, que, estamos seguros de ello, al llegar al conocimiento de todos los buenos ciudadanos de la República, serán igualmente aplaudidos y celebrados como una prenda segura del pronto restablecimiento del orden constitucional.

"Reciban los nuevos Ministros de Estado nuestras felicitaciones entusiastas y cuenten en la labor gubernativa con el apoyo moral de la opinión pública, que estamos ciertos de interpretar fielmente desde estas columnas."

Los miembros de la Junta de Gobierno, agradeciendo estas espontáneas manifestaciones del pueblo y del ejército, quisieron corresponder desde luego á ellas en una forma galante y sencilla, ofreciendo, el día martes 14 de abril, en la pintoresca caleta de Cavancha, un espléndido almuerzo á los miembros del Congreso residentes en Iquique, á los jefes de mar y de tierra que se hallaban en la plaza y á los vecinos más distinguidos de la población.

Fué esa una hermosa fiesta, á que tuve el honor de asistir, y en la cual los señores Montt, Silva y Barros Luco pudieron comprender y pal-

par la atmósfera de afectuoso cariño que por todas partes los rodeaba, abriendo á su acción patriótica los caminos de la fortuna y asegurándoles el apoyo decidido del pueblo para todos sus actos.

XV

Lima, á 20 de junio de 1891.

DESDE el día en que la junta de Gobierno quedó instalada en la forma definitiva de que antes he hablado, los miembros de ella y sus secretarios de Estado, se consagraron con la actividad más laudable á la organización de todos los servicios públicos, estableciendo las oficinas correspondientes con su personal de empleados especiales para cada ramo, de manera que á los pocos días la casa de Gobierno tenía el aspecto de un verdadero centro de actividad, de movimiento y de trabajo, que manifestaba por sí sólo las ventajas positivas del nuevo orden de cosas.

La administración propiamente política de las provincias libertadas, la reorganización del ramo aduanero y de la contabilidad de las arcas fiscales, el servicio diplomático con sus exigencias impostergables, todo, en suma, recibió la influencia bienhechora de las disposiciones sabias y justas con que cada uno de los secretarios de la Excma. Junta quiso y esforzóse en dar pruebas de su actividad é inteligencia.

Se vió de esta manera y en el seno mismo de la revolución, alzarse frente á frente del estado dictatorial, la bien concertada fabrica política del nuevo estado constitucional, haciendo contraste, por sus actos inspirados en la más elevada prudencia política, con el sombrío edificio donde aquél desde hacía tiempo escandalizaba al mundo con su corrupción y su impudencia.

Pero estos trabajos que debían en poco tiempo traducirse en la práctica en óptimos frutos para la causa de la revolución, no eran un obstáculo para que los miembros de la Junta de Gobierno consagrasen su preferente atención á dar impulso vigoroso á los negocios de la guerra, que, al contrario, parecieron desde esos días cobrar mayor actividad, mediante los nuevas fuerzas con que la organización política los secundaba y la colabo-

ración personal más amplia llevada de este modo á los Consejos del capitan Montt y sus distinguidos colegas.

El pensamiento popular y la energía que siempre lo acompaña, representados ahora de una manera más directa é inmediata por los Secretarios de Estado en los Consejos de la Junta de Gobierno, hizo como era natural, que ésta aprovechara también mejor sus impulsos generosos y que no hallase á su alrededor sino facilidades mayores para el desarollo de su acción en todas las esferas de su providente actividad.

Realizadas con tanta felicidad las tres campañas llevadas á cabo en Tarapacá, Antofagasta y Tacna, se pensó, pues, en emprender una nueva sobre la provincia de Atacama, de la cual llegaban día á día á Iquique noticias favorables á la revolución, así del ánimo decidido de sus poblaciones para secundar un movimiento, como del estado de debilidad impotente en que los jefes de las guarniciones dictatoriales allí establecidas se hallaban desde hacía tiempo.

La ocupación de Atacama por las fuerzas constitucionales, se decía con justa previsión en los círculos militares de Iquique, á la vez que daría ventajas económicas á la revolución, abriéndole

una nueva vía á la frontera argentina, de la cual podría sacar recursos en un momento dado, y una ventaja política que consistiría en la manifestación externa del desarrollo constante y progresivo de la causa constitucional, produciría también y al mismo tiempo ventajas militares innegables, cuales serían el acercar hacia el Sur el movimiento revolucionario aislado hasta esa hora en el Norte, poniéndolo más en contacto con las poblaciones cercanas al centro mismo de la dictadura y dándole, por fin, un punto de apoyo, desde el cual y á distancia de treinta horas solamente pudiera expedicionar con rapidez y facilidad sobre las plazas fuertes del enemigo.

No era conveniente, por otra parte, que el ejército constitucional permaneciera por largo tiempo en el reposo é inactividad de las guarniciones, sabido como es, que nada hay que desmoralice tanto al soldado como la vida ociosa de cuartel, y esta nueva campaña vendría felizmente á impedir esos inconvenientes, á la vez que á satisfacer la justa impaciencia de los que habían tomado las armas para vengar los agravios hechos á la patria y devolverle su perdida gloria.

Estas razones justamente apreciadas en los Consejos de la Junta de Gobierno, hicieron que sus

distinguidos miembros se dieran con toda actividad á la preparación de dos nuevas expediciones, la una á la provincia mencionada, con el grueso del Ejército, y la otra, organizada con un cuerpo ligero de tropas, que á bordo de dos transportes convoyados por el monitor *Huáscar*, operaría algunos desembarcos en los puertos y caletas del Sur, hostizando en ellos á los defensores de la tiranía y facilitando la deserción de los cuerpos de ejército forzados á su servicio.

En pocos días los preparativos para esta nueva campaña estuvieron terminados y fué dada la orden de embarcar las tropas de los distintos regimientos que debían marchar, produciendo en ellos un entusiasmo indescriptible, que era el mejor augurio de nuevos y gloriosos triunfos.

Situado á las puertas de la casa de Gobierno, yo pude ver ese día desfilar delante de los miembros de la Junta de Gobierno, los regimientos que partían. Una alegría radiante brillaba en los rostros de esos soldados que venían de sus campamentos del desierto, y cargaban sobre sus hombros el pesado equipo de campaña con la soltura de los veteranos del fuego y de la gloria. Más bien que á un campo de batalla, parecía que iban á una fiesta en que la felicidad y la alegría

los esperaran para coronarlos de flores. Formados en columna, iban desfilando frente á nosotros con sus armas brillantes, como en una revista militar, y con ese aire de despreocupación del que ha vendido su vida á la fatalidad y no es ya absolutamente dueño de ella. Eran los vencedores de Pozo Almonte y los que vencieron siempre con su valor confiado y orgulloso. Cuando los últimos soldados pasaban ya, observé en el rostro del capitán Montt un sentimiento de segura satisfacción que dejaba traslucir su pensamiento sobre lo que esperaba de esos soldados que iban á dar nuevas glorias á la causa constitucional.

Á las cuatro de la tarde de ese día todo el ejército expedicionario estaba ya embarcado en los transportes *Aconcagua* y *Amazonas*, y el capitán Montt tuvo la galantería de invitarme á ir con él á bordo, para cerciorarse por sus propios ojos sobre la manera como se habían cumplido sus órdenes y saber si algo faltaba y que impidiese la salida del convoy en la forma en que se había dispuesto.

En una elegante falúa, fuí, en efecto, con los miembros de la Junta de Gobierno, á despedirme de los jefes que partían y desearles felicidad y gloria, y de esta manera tuve ocasión de obser-

var, de más cerca todavía, el espíritu y el ánimo de los soldados. Todos los regimientos estaban formados sobre la cubierta de los transportes, y el capitán Montt fué revistándolos minuciosamente á medida que iban presentándole sus armas. Luego, el jefe del Poder Ejecutivo de la Revolución, conferenció largamente con los oficiales superiores, y se retiró en seguida satisfecho de la manera como todas sus disposiciones habían sido cumplidas. Cuando la falúa que nos conducía de nuevo á tierra alzó y abatió sus remos, las olas resonaron con los vivas entusiastas de los soldados y tripulaciones que desde á bordo daban su adiós de despedida á los miembros del Gobierno revolucionario.

Los días que siguieron á la partida de la expedición, fueron, sin embargo, de ansiedad y de espectativa. Se creía, con razón, que esta nueva campaña recién iniciada, no encontraría en su marcha grandes obstáculos que vencer, como que se sabía ya de un modo cierto que las guarniciones dictatoriales de Atacama no contaban con elementos bastantes para la resistencia; pero, á pesar de todo, ¡quién sabe lo que la suerte de las armas, en las que lo más seguro es siempre contingente, tenía ocultamente preparado á los expe-

dicionarios! Por vez primera, desde el día que había conocido al capitán Montt, notaba ahora en su rostro, de ordinario tan severo y reposado, un gesto de inquietud que revelaba cierta ansiedad en su espíritu.

Los diarios de Iquique habían publicado un telegrama, enviado desde Valparaíso al *Times* de Londres, en el que su corresponsal viajero en Chile comunicaba á dicho diario que los caza-torpederos *Almirante Lynch* y *Almirante Condell* habían salido del puerto de Valparaíso en busca de la escuadra revolucionaria. Por débiles é insignificantes que se considerara á esos pequeños buques de la escuadrilla dictatorial, ¿no podían con su andar rapidísimo sorprender durante la noche al convoy expedicionario, y producir, quizás, una tremenda catástrofe? Por otra parte, nadie podía aún saber de un modo cierto cuál era el poder efectivo de esas nuevas máquinas de guerra que iban á ensayar por primera vez sus ponderados elementos de destrucción. Si una terrible casualidad les permitía acercarse á los transportes del convoy, ¿no era fácil que se produjera el hundimiento ó la pérdida de uno de éstos? La noticia comunicada á Londres era motivo suficiente para mantener los ánimos en un estado de intranquili-

dad que tenía fundamento serio, aunque cada cual tratase de disimularlo.

Al fin, el día 23 de abril, se recibieron en Iquique diversos cablegramas comunicados desde Antofagasta, en los cuales se anunciaba el feliz arribo del convoy al puerto de Caldera; la ocupación de esta plaza por las fuerzas constitucionales; la toma de Huasco y Vallenar por los mismos; la situación desesperada del enemigo sin retirada hacia el sur; y por fin, su desastrosa fuga hacia territorio arjentino, donde iría á rendir sus armas al extranjero, de la misma manera que Camus despues de Antofagasta y Arrate despues de Tacna (1).

Volvía, á repetirse con todos sus detalles lo que había sucedido en las campañas anteriores, y los ciudadanos de Iquique se preparaban á celebrar con regocijos y fiestas este nuevo triunfo de la noble causa á que todos sin distinción se sentían asociados por los vínculos del patriotismo, cuando un rumor siniestro comenzó á circular por la ciudad, helando la alegría en todos los semblantes y produciendo luego un profundo sentimiento de desolación y de horror.

(1) Apéndice núm. 13.—*(N. del E.)*

Las torpederas *Lynch* y *Condell* habían sorprendido, á las h. 4.30 de la mañana del día 23, al *Almirante Blanco Encalada* amarrado á una boya en el puerto de Caldera y echádolo á pique después de lanzar sobre su casco siete torpedos, pereciendo en la catástrofe varios oficales ditinguidos y la mitad de la tripulación.

La noticia de una gran derrota no habría producido en el público una consternación tan inmensa. La pérdida del poderoso blindado era para la Escuadra de naturaleza irreparable; el sacrificio de tantas é interezantes vidas llevaba el luto á doscientos hogares amigos; algunas de aquellas, como la del secretario Valdés Vergara, no tenían precio; pero el desastre tenía todavía mayor alcance á los ojos del pueblo.

Hasta ese día la Escuadra Constitucional había dominado el mar como señora absoluta; pero ahora, después de la experiencia del blindado hundido, ¿no debía temerse la repetición del desastre en iguales ó más tremendas proporciones? Todo era posible ya y la imaginación popular sobreexcitada en esos momentos daba proporciones colosales á esas dos pequeñas máquinas de guerra que acababan de hacer su primero y terrible ensayo.

Felizmente vino pronto la calma á traer la reflexión á los espíritus conturbados. Los telegramas que luego dieron á conocer las circunstancias casuales que habían ocasionado la catástrofe y los que en seguida trajeron los detalles del combate que esa misma mañana había tenido lugar entre el transporte *Aconcagua* y los dichos torpederos eran la mejor prueba de que éstos carecían, como buques de combate, del terrible poder que en el primer momento se les había atribuido (1).

Un sentimiento más generoso y elevado sucedió entonces al abatimiento y postración de la primera hora. Es verdad que la pérdida material que acababa de experimentarse era estimada por todos en su justo y exacto valor; pero ya no era esto lo que pricipalmente agitaba el sentimiento del pueblo, sino la significación del acto de audaz piratería llevado á cabo contra la mas gloriosa de las naves de la República.

Hasta entonces se había creido que los jefes de la escuadrilla dictatorial serían capaces de intentarlo todo menos un ataque sorpresivo con torpedos á los blindados de la escuadra, que sim-

(1) Apéndice núm. 14.—*(N. del E.)*

bolizaban el honor y la gloria de Chile. Sobre sus gloriosos mástiles habían tremolado durante veinte años las banderas de la patria; sobre sus cofas se habían batido en cruenta guerra los tiradores de sus heroicas guarniciones; sobre sus viejos puentes había corrido en luchas históricas la sangre generosa de los defensores de la honra nacional. ¿Cómo era, pues, posible que ningún ciudadano chileno se atreviera á tanto crimen? No podía imaginarse siquiera, y adormecidos en esa confianza, los jefes de la revolución, habían mas de una vez desechado la idea de ir á Valparaíso y hundir en el mar, como fácilmente habían podido hecerlo, á esos pequeños barcos en reparación.

Este género de reflexiones, desviaba el sentimiento público del curso de sus primeras impresiones y la cólera y la indignación enardecían el ánimo popular.

Era necesario castigar el crimen, y se vió entonces operarse en todas las clases sociales un movimiento ardoroso en beneficio de la causa para todos tan querida, que vino á dar nuevo vigor é impulso á la revolución. En todas las poblaciones ocupadas por las fuerzas constitucionales, los comerciantes, los industriales, los mineros, los trabajadores, sentian la necesidad de

vengar lo que por ellos era estimado en justicia como un gran ultraje inferido á la marina y al honor de Chile, y dejaban sus trabajos y faenas é iban á buscar un puesto en las filas del ejército. De las poblaciones de la costa como de las villas y caseríos del interior, de los asientos agrícolas y mineros como de las oficinas de la pampa, llegaban diariamente los abnegados voluntarios. Nuevos y nuevos regimientos se formaban con ellos, y nadie quería dejar de tener un fusil ó manejar una espada, para asegurar el éxito de su causa. La pérdida del *Blanco Encalada* produjo en este sentido un gran bien que indemnizaba á la causa constitucional de las consecuencias materiales del desastre que acababa de sufrir.

Al mismo tiempo que esto sucedía, llegaban á Iquique algunos de los principales personajes de la revolución que hasta entonces habían permanecido en Buenos Aires esperando un momento y una ocasión oportuna para ir á prestar sus servicios en el mismo campo de las operaciones.

Eran hombres de notable inteligencia, de carácter enérgico y decidido y de elevada posición social y política, que, no habiendo encontrado hasta esa hora facilidades para trasladarse al nor-

te y correr allí la suerte de sus hermanos en ideas, habían permanecido en la capital del Plata coadyuvando desde lejos á la obra de la redención de su país, hasta que, una vez abierto para ellos el camino que les permitía dar esa noble satisfacción á sus sentimientos patrióticos, habían hecho la larga peregrinación á través de las cordilleras, para venir á reunirse con sus compañeros de luchas y de sacrificios.

La revolución recibía con este nuevo y valioso contingente de elevadas personalidades un valiosísimo refuerzo.

Manuel José Irarrázaval, el gran repúblico y notable estadista, á quien se debiera en mucha parte la enérgica dirección del movimiento político que produjera el pronunciamiento del 7 de enero; Ventura Blanco, el distinguido hacendista que en las últimas sesiones del Parlamento hiciera la autopsia, por decirlo así, de la época de vergonzoso despilfarro de la última administración y pusiera de manifiesto ante sus colegas de la Cámara de Diputados el abismo financiero á que el Presidente Balmaceda arrastraba el país; Enrique Mac-Iver, el notable orador que en una de las sesiones borrascosas de la Comisión Conservadora había arrojado al rostro de los que pre-

paraban el reinado de la tiranía, la verdad ignominiosa de sus planes liberticidas; éstos y los demás que los acompañaban, habrían naturalmente de ocupar en adelante un lugar prominente en los consejos de la Junta de Gobierno y y contribuir por modo eficacísimo á la dirección de los acontecimientos.

Con estos sucesos quedaba terminada, por decirlo así, la primera jornada de la revolución, ó lo que es lo mismo, el período heroico de esta gran epopeya republicana, durante el cual el atrevimiento, la audacia y las incontenibles espontaneidades del patriotismo, hacen surgir del caos político y dan cuerpo y vida al pensamiento salvador de la democracia chilena.

XVI

Lima, á 27 de julio de 1891.

CON la ocupación de la provincia de Atacama por las fuerzas constitucionales y la reorganización del Gobierno político en los territorios libertados del yugo de la dictadura, se abre para la revolución, como he dicho anteriormente, un nuevo período, en que una inacción aparente, una especie de tregua forzada, suceden al estrépito de los combates, al sordo rumor de los regimientos en marcha, al recuento de los muertos y de los heridos, á las relaciones de encuentros y de batallas, y á las acciones de gracias después de las victorias.

El observador lejano de la contienda espera en vano de un momento á otro la noticia de un nuevo y terrible choque entre ambas fuerzas enemigas, y su curiosidad, acostumbrada á los sucesos de sensación, ora se finge un atrevido avance de las guarniciones de Atacama hacia los valles de la Serena y de Coquimbo, ora una sorpresa de la escuadrilla dictatorial á alguno de los blindados constitucionales, ora un desembarco de tropas balmacedistas en alguna de las caletas del norte, ora un ataque al puerto de Valparaíso por las naves de la escuadra, etc., etc,; pero nada de esto sucede, y el que mira de cerca el desarrollo lógico de los acontecimientos sabe perfectamente que nada de ello puede tampoco suceder.

El dictador conoce demasiado bien que toda tentativa de ataque por su parte, no produciría otro resultado que dar nuevos y fáciles y seguros triunfos á sus enemigos, y éstos comprenden á su vez que necesitan acumular aún mayores elementos de combate para ir á buscar á la fiera en su guarida y cazarla en sus dominios ó espantarla lejos de ellos.

Es un período de aparente inacción, repito, pero en realidad de enérgica concentración y preparación de fuerzas, durante el cual el uno y el

otro permanecen como dos colosos, desafiándose desde lejos con la mirada y sin poder salvar la distancia que los separa.

Una situación de esta naturaleza, completamente despejada, en que el humo del combate no oculta ya tras de sus blanquecinas nubes las fuerzas de cada uno de los beligerantes, me permite, pues apreciar, sin ilusiones ni falsas perspectivas, el poder de cada cual, lo que cada uno de ellos ha ganado ó ha perdido en cuatro meses de terrible lucha, y por ello, predecir, sin darme los aires de profeta, de cuál de las dos fuerzas rivales será el triunfo definitivo, ó, lo que es lo mismo, quién regará mañana con la sangre de los vencidos en la final batalla el árbol de la paz y de la prosperidad de Chile.

Desde luego conviene tener presente, para apreciar con exactitud el estado actual de cada uno de los bandos enemigos, que desde los últimos acontecimientos militares, la tierra chilena ha quedado claramente dividida en dos grandes porciones, ó, mejor dicho, en dos estados distintos, con sus deslindes ó fronteras bien determinadas, sus gobiernos políticos perfectamente autónomos, su administración, sus rentas y su ejército absolutamente independientes el uno del otro.

Desde la punta de Sama hasta los valles de Huasco y de Vallenar inclusives, la Junta de Gobierno rige con sabio y prudente imperio la región de los desiertos y de los oasis, cuyos habitantes robustos y vigorosos arrancan á sus arenas y sus cordilleras los dos tercios de la renta fiscal de la república. Esa población numerosa se siente feliz por haber sacudido el yugo de la dictadura, y, con sus hábitos de independencia y de libertad personal, mira como el mejor de los bienes el que el ejército de la banda roja le ha devuelto con el acero de sus cañones y las afiladas puntas de sus bayonetas. Cada uno de esos hombres es un soldado que no espera sino el toque de llamada para acudir á los cuarteles, y como el dinero no falta en las arcas gubernativas ni la decisión y la energía en ellos, pronto formarán todos en el gran ejército. En hombres y dinero el estado constitucional cuenta con los elementos necesarios para inclinar de su lado la indecisa balanza del destino.

El Gobierno dictatorial, por su parte, es cierto que extiende sus dominios sobre la región más considerable del país, habitada por una población mucho más numerosa que la de las provincias del norte. Es verdad que dentro de la zona

que ocupa con sus armas se encuentran las ciudades más ricas y opulentas y las propiedades agrícolas y los establecimientos industriales más valiosos. También es cierto que la importancia política de las provincias á él sujetas, es en los tiempos ordinarios muy superior á las de la región del norte. Pero á todo esto debe observarse que el régimen de gobierno que impera allí, el régimen de la fuerza bruta ahogando todas las manifestaciones de la individualidad y estrechando como en prisiones de hierro todas sus energías, hace que estos poderosos elementos no tengan en el hecho su valor aparente ni puedan ser aprovechados por la dictadura en las actuales circunstancias.

El observador imparcial que estudia con atención este aspecto, el más interesante sin duda de la lucha, mientras ve en las provincias sometidas á la dictadura una población humillada y exasperada, en cuyos centros sociales el motín, el complot y la conjuración trabajan en la sombra por arrojar de sus espaldas el peso abrumador de la tiranía que las esquilma y las agota, no puede menos de conceder una efectiva superioridad á las fuerzas, más reducidas es cierto, pero más homogéneas y enérgicas, que obedecen á la Junta

de Gobierno, en cuyos territorios no existe sino un solo sentimiento que las impulse y una sola aspiración que las anime en la reconquista de la independencia y de la gloria de la República.

Por otro lado, si se ve quiénes son los hombres encargados, en una y otra parte, de dirigir estos elementos de acción, de aprovecharlos en el sentido de sus contrarias aspiraciones y de impulsarlos á la consecución de los fines perseguidos por cada cual, la solución del gran problema se presenta con mayor claridad aún y las ventajas con que cuenta á su favor uno de los beligerantes se hacen más sensibles al ojo del observador.

En efecto, ¿quiénes son esos políticos de gran carácter y de notable inteligencia, esos generales de probado valor, esos estratégicos de grandes conocimientos, esos hombres, en suma, que rodean al tirano, obedecen sus mandatos, sirven sus caprichos y podrían asegurarle el día de mañana en los campos de batalla el éxito de la lucha final y sangrienta?

Ahí está con él Julio Bañados Espinosa, su *alter ego* y algo así como una falsificación intelectual y moral de su persona, con sus ligerezas incorregibles, sus audacias inconscientes, sus charlatane-

rías ignorantes, sus suficiencias inconcebibles; especie de sastrecillo remendón siempre dispuesto á hacer lo que se le pide: una levita, una casaca militar, una sotana, todo mal hecho, es cierto, pero á su juicio, magnífico, inimitable. Algunos de mis lectores le conocen y saben que ha escrito sobre todos los ramos del saber humano, sobre política, sobre educación, sobre economía política, sobre artes y literatura sobre filosofía y sobre higiene, sobre medicina y matemáticas, sobre todo, y con sólo la ayuda de dos ó tres diccionarios enciclopédicos. Es una maravilla digna de ser adorada por los sabios del siglo. Y como ha escrito, así ha hablado en el parlamento chileno y así ha servido fielmente á Balmaceda en todas sus locuras haciéndose su hombre necesario en todo y en las más difíciles circunstancias. Ahora habla y escribe sobre ciencia militar, cita de memoria al gran Federico é indudablemente, ante el criterio de Balmaceda, es el hombre que puede darle la victoria.

Al lado de Bañados está Domingo Godoy, de quién el mismo Bañados habla entre sus íntimos, como de un hombre dominado por el jugo ardiente de Baco, y que, después de haber representado en los primeros días de la dictadura el

papel de verdugo mayor, impulsando al dictador en todas las medidas de crueldad y de violencia con que éste inaugurara su período terrible, ahora no tiene otra importancia en los consejos de Gobierno que la del machete gastado y mellado en fuerza de haber estado podando de día y de noche en la encina secular de las instituciones de Chile.

Siguen en importancia á éstos, Manuel Arístides Zañartu, que ha redactado para satisfacción de su amo y señor un proyecto de banco de Estado, por el cual todas las fortunas particulares del país irían á empozarse en las arcas de la dictadura, de modo que ésta pudiera distribuirlas en la forma más adecuada á sus sombríos planes de dominación; Acario Cotapos, el viejo bufón de lenguage grosero, que mejor que ningún otro de sus colegas y amigos ha sabido llenar su grueso vientre con las sobras y migajas de las fiestas de palacio; Nicanor Ugalde, el robusto engordero, que un aficionado á los recuerdos bíblicos tomaría por una de aquellas siete vacas gordas de Egipto que asombraron al Faraón después de los años de esterilidad por qué había pasado su imperio; Ismael Pérez Montt, el hombre de cerebro de suela, como se le llama, y que estaría tan bién de portero de una oficina plumereando muebles y paredes como

de Ministro de Estado poniendo su garabato al pie de los decretos de la dictadura, y, por fin, José Miguel Valdés Carrera, á quien cualquiera tomaría por el jefe de una banda de beduinos y que realmente por sus actos podría serlo.

Estos son sus políticos mas distinguidos, los que tienen asiento en sus consejos, los que secundan directamente sus acciones y con los cuales cree poder sostenerse largos años sobre el solio de su insensata omnipotencia.

Ahora bien, sus generales, sus hombres de guerra no valen más que sus políticos. Velázquez, que manifestara dotes distinguidas en la pasada guerra del Pacífico, enfermo y desengañado, se esconde ahora en su casa sin atreverse á abandonar el mal camino en que su mala estrella lo comprometiera en los primeros días de la dictadura; Barbosa no es mas que un cerbero fiel de la persona del tirano, que engorda en las antesalas, considerándose feliz con que éste crea en su lealtad de genízaro y pague á precio de oro sus humildes servicios; Alcérreca estrellará su redonda cabeza contra un muro en el momento en que se le ordene hacerlo, pero sus conocimientos militares no salvarán al régimen imperante el día en que él ordene ó mande una batalla. Los de-

más jefes ú oficiales no valen más que los nombrados y seguramente menos que éstos.

Hé aquí los hombres de la dictadura. Groseros ó ignorantes, torpes ó malvados, más bien que los sostenedores del edificio político á que han unido su suerte con la fe musulmana de su abyección, parecen los roedores que minan su base sin alzarse más arriba de ella. Esto pinta mejor que cualquiera otra cosa la soberbia loca del hombre que cree poder sostenerse sobre ese cimiento de deleznable arcilla.

Durante mi corta estadía en Santiago tuve ocasión de hablar y conocer de cerca á algunos de ellos, y formarme de su competencia el juicio que he expresado y en el cual me han confirmado sus hechos de cada día. Bañados, Godoy, Pérez Montt, Barbosa, Alcérreca y demás, ¿puede hablarse seriamente enumerando sus nombres é imaginando que ellos pueden ser los triunfadores de mañana? Sólo el desprecio más profundo por la naturaleza humana ha podido hacer que el dictador de Chile se sienta bien con tales colaboradores y crea que con ellos, como con cualesquiera otros, puede sostener su omnipotencia.

Siguiendo ahora el desarrollo del paralelo que he venido estableciendo entre los elementos con

que cuenta cada uno de los partidos beligerantes, véase quiénes son los que secundan los esfuerzos patrióticos del ilustre capitán Montt y de los señores Silva y Barros Luco, en la gran tarea de lo que con razón se ha llamado la segunda independencia de Chile.

En una hermosa fotografía reproducida en Lima y que en estos momentos llama la atención de todos los paseantes de la calle de Mercaderes, se ven las figuras agrupadas de esos hombres distinguidos, de esos políticos y de esos guerreros, cada uno de los cuales tiene en la historia de su país una página brillante donde se hallan escritos sus grandes servicios á la patria y á la libertad.

En medio de ese grupo y en el segundo plano del cuadro, detrás de los miembros de la Junta de Gobierno, se ve la noble y caballerezca figura de Manuel José Irarrazával, el más notable de los estadistas de su país.

Desde los albores de su juventud se le admiró en el parlamento chileno como á un hombre capaz de llevar á cabo las más audaces y grandes empresas. Nutrida su inteligencia en los conocimientos más vastos de derecho público y economía social, alentado su corazón por un amor ardiente y apasionado á los principios fundamen-

tales del verdadero gobierno democrático, y ayudado en sus empresas políticas por una voluntad de hierro y capaz de vencer todo género de obstáculos, ha sido durante los últimos veinte años el apóstol incansable de todas las grandes reformas liberales que han sido llevadas á la práctica en la legislación de su país. Entre los estadistas sud-americanos, no conozco otro que posea en el grado que él las dotes del gobierno y de la administración.

En el grupo de patriotas que organizaron el pronunciamiento del 7 de enero y dieron forma y vida á la oposición militante de esos días, Irarrázaval figura como el primero entre ellos. Antes de él la debilidad y la vacilación mantienen suspensos los ánimos é indecisas las voluntades, pero llega él á ocupar su puesto, toma en sus manos la bandera, y todos le siguen y la revolución se organiza. Por eso, en el puesto que ahora ocupa en la Junta de Gobierno, su nombre es una garantía del éxito final de las operaciones.

Al lado de Irarrázaval se ven en el cuadro las figuras de Isidoro Errázuriz y de Joaquín Walker Martínez. ¿Quién que haya seguido con interés el desarrollo político de Chile no conoce el nombre popular de Errázuriz, el orador brillante, apa-

sionado y turbulento de los grandes debates parlamentarios de los últimos treinta años, el escritor y el periodista de las grandes frases y de las sátiras temibles, el hombre, en suma, que ha agitado cien veces alrededor de su personalidad todas las pasiones encendidas de la vida parlamentaria? Del mismo modo, ¿quién en Chile y en la Argentina ó en el Perú no ha oído hablar de Walker Martínez, el joven caudillo conservador, cuya voluntad siempre pronta para la acción y cuya inteligencia extraordinaria le han conquistado una situación envidiable entre los hombres públicos de su país? Estos dos hombres, separados durante largos años y alejados el uno del otro por la distancia de sus opiniones, son hoy día, unidos en unos mismos esfuerzos y aspiraciones patrióticas, una verdadera potencia al servicio de la revolución.

Errázuriz, Walker Martínez é Irarrázaval tienen en la Junta de Gobierno la dirección política de los acontecimientos, y á fe que ésta no podría estar en manos más firmes y más seguras.

En el mismo cuadro y en compañía de los anteriores están el general Urrutia y los coroneles Holley y Canto, tres personalidades distinguidas del antiguo ejército de Chile. Cada uno de ellos

ha ganado sus galones lejos de las antesalas de los gobiernos y su historia se confunde con la de los hechos más gloriosos de las campañas de la República. Se puede, por lo tanto, tener fe en su valor y en su pericia y descansar en la confianza de sus brillantes dotes militares.

Si se hace una comparación entre las personalidades que tienen la dirección política y militar en uno y otro partido, no puede, pues, ponerse en duda un momento la superioridad inmensa con que cuenta en su favor la causa de la libertad y del derecho, y que le da todas las probabilidades del triunfo final y decisivo.

Por otra parte, á medida que el tiempo avanza y que los acontecimientos se acercan, estas diferencias que hemos establecido se acentúan más y más, dándonos la razón en todas nuestras apreciaciones.

En la atmósfera turbia y cargada donde respira la dictadura, cada día, en efecto, se hacen más débiles é ineficaces los medios de que ésta se sirve para robustecer su poder.

La crueldad de los castigos, la tenacidad en las persecuciones, la violencia contra las personas y las cosas no consiguen ya amedrentar los

espíritus ni contener en su desarrollo los gérmenes de disolución que por todas partes minan y trabajan sin cesar el edificio, sino que, al contrario, parecen darles mayor fuerza en la resistencia hasta ser ésta considerada por todos como el gran deber que el ciudadano está obligado á cumplir para con su patria.

El sacrificio, la muerte misma, no importan ya, si son necesarios y si la conciencia los pide como una ofrenda terrible. Los sargentos de la conspiración de Santiago atraviesan sonrientes en la mañana de su martirio los patios de la cárcel penitenciaria, y saludando gallardos y triunfantes á sus compañeros de prisión que se despiden de ellos con lágrimas en los ojos, suben al patíbulo y gritan que mueren por la libertad de su patria. Los marineros de la *Guale*, de pie sobre el banquillo, rompen con sus manos las toscas camisas que cubren sus cuerpos, y antes de ser traspasados por el plomo homicida, arrojan los pedazos al pueblo, exclamando que no quieren llevar al sepulcro nada de lo que les ha sido dado por el dictador. Ricardo Cumming oye sereno é impasible en su celda de prisionero la sentencia de su asesinato, conversa en seguida

con sus compañeros sobre el próximo triunfo de la libertad, se siente feliz porque piensa que su sacrificio será útil á la causa por la cual expuso cien veces su noble vida, y sube al cadalso con los ojos fijos en la visión cercana de su apoteosis y de su gloria. Todos los que van al tormento ó á la muerte ya no se quejan ni inclinan sus altivas cabezas, sino que, antes bien, parecen ir á cobrar una deuda que á corto plazo les será pagada.

Entretanto, estas escenas luctuosas, cuyos ecos llegan hasta el Norte á conmover todas las fibras más hondas del sentimiento y del patriotismo, no hacen sino avivar más y más la energía y la actividad de los amigos de la libertad. Cumming ha muerto en el patíbulo, los marineros de la *Guale* han pagado con la vida su generoso atrevimiento, los sargentos de Santiago han sido inmolados por el tirano... Estos hechos, circulando de boca en boca entre la multitud y en las filas del ejército, arrancan á todo hombre de corazón un juramento de venganza y obligan á la Junta de Gobierno á apresurar los preparativos para la próxima jornada. Se habla ya no solamente de ir á Chile á salvar su Constitución y sus leyes, sino también de vengar la sangre de los mártires de la patria. Cada día que pasa, se dice, es una con-

cesión que se hace á la dictadura para que satisfaga su sed de sangre y de crímenes.

Por esto, desde Tacna á Vallenar, de todas las poblaciones y de todos los lugares del interior se ven llegar diariamente á los cuarteles de la costa nuevos y numerosos voluntarios que vienen á pedir un fusil ó una espada. Desde el día 3 de julio, en que el vapor *Maipo* amaneciera en la rada de Iquique con el valiosísimo cargamento de pertrechos de guerra enviado de Europa por los activos agentes de la Junta, hasta la fecha en que redacto estas ligeras líneas, esa emigración de hombres ha venido aumentando día á día. De esta manera el ejército constitucional ha podido triplicar su número en corto tiempo y organizarse y disciplinarse como un ejército de línea que nada debe temer de los que mañana quieran cerrarle el paso en su marcha gloriosa y triunfante.

Todo se halla, pues, preparado y los días de las justas venganzas se acercan. La dictadura con su cortejo infame de abominaciones y de crímenes, ha podido vivir ocho meses apoyada en la fuerza bruta de sus bayonetas y en medio de una población inerme y desgraciada; pero, ¿seguirá viviendo el día en que sus guardias pretorianas

vean avanzar hacia ellas á los vengadores de la ley, á los defensores del pueblo, á los instrumentos de la justicia de Dios? Una mano de fuego escribe ya sobre los muros de la Moneda la frase bíblica que despertara un día al rey asirio del sueño de su embriaguez insensata.

XVII

Lima, á 20 de agosto de 1891.

La suerte ha sido arrojada. Los regimientos del ejército constitucional dejan ya sus campamentos y sus cuarteles para embarcarse en los transportes de guerra que viajan desde Iquique á Caldera y de Caldera á Huasco, y en pocos días más la expedición libertadora habrá salvado las fronteras y presentádose á las puertas mismas de la dictadura. Un viento de borrasca sopla del Norte hacia el Sur y yo veo desde Lima á esos defensores de la libertad, poner pie en tierra en una caleta descuidada y solitaria para marchar en se-

guida con la fe fervorosa de su causa al combate y á la victoria.

Las candorosas ilusiones de la dictadura se han desvanecido, pues, para siempre. Desde los primeros días de la revolución ésta se había halagado persistentemente con la idea de que los sublevados del Norte, como se les llamaba, jamás intentarían llevar un ataque de frente contra las fuertes guarniciones estacionadas desde Coquimbo hasta Lebu. ¿Con qué elementos bastante poderosos podrían intentar una tal aventura? Esta ilusión había persistido en los consejos del dictador hasta el último momento y como un hecho indiscutible y evidente.

Mientras el Gobierno, se decía en la Moneda con la seguridad de una convicción profunda, tenga un ejército respetable por su número, lealtad y disciplina, cuyas distintas divisiones puedan movilizarse en treinta ó cuarenta horas y operar su concentración en cualquiera de los puntos de la gran línea estratégica ocupada por los distintos cuerpos que las componen, los revolucionarios no cometerán la locura de venir á estrellarse fatalmente contra las puntas de sus bayonetas y las bocas de sus cañones.

Podrían intentar tal vez algunos golpes de sor-

presa con ligeras expediciones de desembarco y para el fin de mantener la actividad de las operaciones y alentar el espíritu de resistencia de sus parciales; pero abandonar su campo de resistencia, dejar á Tarapacá, venir á la boca del lobo, ¿cómo, sin comprometer locamente su vacilante fortuna y sin perder en un día los resultados de tantos y persistentes esfuerzos?

Se comprendería que así obrasen después de haber agotado todos sus recursos y sólo para poner término con un golpe de brillo á la comedia de la resistencia; pero tal cosa no es de esperar todavía mientras no hayan perdido la esperanza de una sublevación militar en el centro mismo del país.

Estaba tan arraigada y era de tal modo aceptada esta idea por los devotos y partidarios del Dictador, que ella era como el punto de partida de todos sus cálculos, como la base de todos sus proyectos, como el factor de todas sus alegres cuentas. Ellos no vendrán; ¿cómo vendrían?; es absolutamente imposible que tal intenten; no podría ocurrírseles semejante locura; ¿no sería ello un sacrificio estéril seguido de su entrega incondicional?; se podría pensar en todo menos en eso... Con estas ú otras frases parecidas terminaba siempre toda conversación ó discusión al respecto.

Si de cuando en cuando llegaba á sus oídos la grave noticia de que los sublevados del Norte habían recibido un cargamento de armas ó que las gestiones de sus agentes en Estados Unidos ó Europa para conseguirlas podían proporcionárselas, esto no importaba, no tenía gran significación ni podía alterar seriamente la situación en que ambos partidos se hallaban colocados.

La cuestión, para los amigos de la dictadura, se resolvería tarde ó temprano, ó por una mediación diplomática que trajera al redil á los que de él habían huido sin meditar bien en las consecuencias de su triste calaverada, ó por el tiempo, ese gran deshojador de ilusiones, que habría de trocar en amargos desengaños toda la pólvora gastada en la primera hora de la exaltación y del entusiasmo.

En uno ó dos meses más, por otra parte, el dictador tendría en el puerto de Valparaíso dos nuevos y poderosos barcos de guerra, el *Presidente Errázuriz* y el *Presidente Pinto*, y dos grandes transportes, el *Aquila* y el *Mapocho*, los que unidos al *Imperial* y las dos torpederas, le permitirían operar con ventajas contra la escuadra sublevada y llevar á las mismas playas de Tarapacá un ejército poderoso y recuperar con su auxilio la parte perdida del territorio.

Estos buques, al mismo tiempo, podrían con la ligereza de sus cascos y el poder de su artillería, batir en detalle á los pesados barcos sublevados y destruirlos en poco tiempo, permitiendo al Gobierno hacer en seguida el bloqueo efectivo de toda la costa del Norte y rendir por hambre á los tales partidarios de una causa ya completamente perdida.

El fin de la campaña estaba, pues, señalado, como próximo, cualesquiera que fuesen los elementos que los revolucionarios acumulasen para su defensa, cualesquiera los medios de acción de que dispusieran, cualesquiera las resoluciones de que estuvieran animados. Relegados en un desierto y privados de todo medio de comunicación con el exterior, ¿quién ni cómo podría venir en su socorro? La solución del problema pertenecía indudablemente al tiempo y éste habría de favorecer con ella al gobierno de Santiago que contaba con recursos sobradísimos para sostenerse durante meses y años en el terreno que ocupaba.

A medida que los días pasaban, estas ilusiones se vigorizaban más todavía con las noticias que de Europa comunicaban al dictador sus activos agentes que allí vivían atareados en la obra salvadora para sus planes de la salida de los cruce-

ros que á toda prisa se construían en los arsenales franceses.

El *Presidente Pinto* estaba ya casi terminado y era cuestión de días su envío al Pacífico; el *Presidente Errázuriz*, su gemelo, le seguiría en un mes más; las gestiones hechas en Buenos Aires por el Ministro Vidal para la adquisición del *Aquila* llegaban á un resultado favorable; en poco tiempo más, el dictador contaría, pues, con una verdadera escuadra que le permitiría dar gran vigor y activo impulso á las operaciones.

El mes de septiembre, por otra parte, agregaban, se acerca ya y con él la fecha de la transmisión del mando supremo, que permitirá, en el peor de los casos, abrir con los revolucionarios nuevas gestiones de paz, en las que estos se apresurarán seguramente á aceptar lo que hasta ahora su orgullo ó la naturaleza de la causa que defienden les obliga á rechazar como un don de las manos de Balmaceda.

El heredero del dictador es un político que no exigirá de ellos otra cosa que la sumisión al gobierno legítimo del país, que el desarme en homenaje al principio de autoridad que ha hecho feliz á Chile durante el espacio de medio siglo. Ellos se han alzado con las armas en la

mano contra ese principio, comprometiendo el orden, la paz y la felicidad del Estado; con ello han cometido indudablemente, no sólo una gran falta, sino el mayor de los crímenes contra la patria; pero todo eso puede aún perdonarse en beneficio de esos mismos y preciosos bienes. El heredero del dictador tiene en sus manos el velo del olvido generoso con que pueden cubrirse las grandes faltas, y la magnanimidad sin tasa ni medida es una de las virtudes cívicas del nuevo mandatario.

Leyendo la prensa dictatorial de esos días, se ve cómo estas razones inspiraban el criterio de los parciales de la dictadura, de qué manera sostenían su convencimiento de que no podrían ser jamás vencidos, y cómo la partida que se jugaba desde hacía más de siete meses de sangrienta lucha habría de ser al fin ganada por ellos.

Los diarios de la dictadura en sus días lúcidos, tenían á veces verdaderos arranques de ternura para con esos hijos descarriados de la patria, para con esos pobres locos á quienes cegara en su criminal empresa una ambición insensata. ¿No son al fin chilenos como nosotros? exclamaban; ¿no han nacido en este mismo país que ahora en su demencia tan cruelmente agravian?

Se les puede, pues, perdonar todavía su gran falta y recibirlos en el seno de la patria como al hijo pródigo en la casa paterna.

Luego, esa misma prensa hacía pintorescas descripciones de la situación desesperada en que se hallaban esas pobres gentes del Norte, reducidas á los últimos extremos del hambre y de la miseria.

No podía, por consiguiente, creerse ni imaginarse siquiera que los que, por un capricho de la fortuna, habían vencido en Pisagua, San Francisco, Pozo Almonte, Iquique, Antofagasta, Arica y Caldera, pretendieran violentar al destino é intentar un ataque serio contra el aguerrido y numeroso ejército, que desde Coquimbo hasta Lebu, guardaba las fronteras de la dictadura y ocupaba todas las poblaciones y ciudades sometidas á su vasto imperio.

El dictador, como he dicho, según el criterio de sus partidarios, no tenía otra cosa que hacer que esperar y esperar, hasta que la revolución se devorara á sí misma, falta de recursos de subsistencia, y desengañada de su impotencia, viniera á solicitar un perdón generoso de sus locuras y grandes faltas.

Entretanto, ¡de qué manera tan distinta se veían

las cosas en los campamentos de Tacna, Iquique, Antofagasta y Atacama!

Durante meses habían esperado armas y municiones para armar un gran ejército, y ya éstas les habían llegado; con esos elementos de guerra habían calculado elevar sus fuerzas á una cifra bastante poderosa para ir á atacar á la dictadura en sus posiciones, y de todas partes acudían á las filas miles de voluntarios; teniendo armas y hombres miraban como segura la victoria, y ya era solo cuestion de días para ellos el ir á plantar sus banderas en los fuertes de Valparaíso y en las torres de Santiago.

La idea del triunfo próximo enardecía los ánimos y hacía que en los campamentos se esperara como un día de fiesta y de gloria aquel en que se les ordenara embarcarse y marchar.

La dictadura tenía, es cierto, un aguerrido ejército, se decía; pero, ¿qué podrían esos pobres hombres arreados como bestias á los cuarteles, contra los voluntarios del Norte, dispuestos á morir en la demanda antes que permitir siguiera manchando el honor y la gloria de la patria el miserable autor de tantas y prolongadas desgracias?

Los defensores de la tiranía podían, es verdad, oponerles un número de tropas muy superior al

con que ellos irían á atacarla; pero, los hombres que tienen la conciencia de su derecho y que en cierto modo son los instrumentos de la justicia de Dios, ¿no pueden batirse uno contra dos y en el supremo esfuerzo duplicar la energía de su brazo y el aliento de su pecho?

Los enemigos de la patria, extendiendo sus legiones desde Coquimbo hasta Arauco, estaban preparados para resistir el ataque en cualesquiera de los puntos de su vasta línea de defensa; pero, los soldados de la ley, ¿no contarían con la ventaja de escoger el momento y el lugar del combate y aprovechar de esta circunstancia para decidir la victoria á su favor?

Si Balmaceda podía aumentar sus fuerzas marítimas y en cuatro ó seis meses tener en Valparaíso los dos cruceros en actual construcción ¿por qué el ejército constitucional habría de esperar á que el enemigo viniese con su escuadra improvisada á presentarle combate en las costas del Norte, y no iría inmediatamente á buscarle en el centro mismo de su orgullosa omnipotencia?

Así se hablaba en el Sur y en el Norte respecto á las probabilidas de una lucha próxima y definitiva en las postrimerías del mes de julio, y ya vemos cuán lejos estaban de la verdad de la si-

tuación los que allá se adormecían con las ilusiones de su omnipotencia y qué fuerza moral empujaba á los de acá en su grande y gloriosísima empresa.

La suerte ya ha sido arrojada y los regimientos del Norte van en marcha, sin que el rumor de sus pasos despierte de su letargo á aquellos á quién el destino parece haber cegado los ojos y adormecido los oídos para que no vean ni cigan su sentencia de muerte. Allá van sobre sus barcos de guerra, ¿y se quiere todavía un pronóstico más elocuente de los sucesos que van á realizarse? Todos los que de lejos contemplamos los preliminares de este último cuadro del drama, estamos esperando anhelantes las noticias de cada hora y de cada momento, y, sin embargo, los parciales de la dictadura todavía duermen! La historia tomará más tarde en cuenta este hecho, tantas veces repetido en sus páginas, para caracterizar la verdadera fisonomía de la dictadura y explicarse su fatal derrumbamiento.

XVIII

Escribo esta última página de mis impresiones á la luz de la nueva aurora que ilumina con sus brillantes y diáfanos colores el horizonte político de la América del Sur.

La democracia y la república no están perdidas en América. Esos soldados heroicos que ayer, en las playas de Tarapacá, de Antofagasta y de Atacama, se embarcaban á bordo de los trasportes de guerra de la revolución, después de cortos días de anhelante expectativa han puesto pie en tierra en la solitaria bahía de Quinteros, para arrojarse en seguida, como una avalancha de hierro, sobre las numerosas huestes de la dictadura y arrollarlas en las alturas de Concón y despeda-

zarlas en los campos de la Placilla (1). Chile se ha salvado y con Chile el porvenir de los demás estados sud-americanos.

Parece una fantástica leyenda ese paso del Aconcagua, á la vista y bajo los fuegos del enemigo. Esos soldados, llevando en alto sus rifles y sus municiones y cruzando el ancho río sin disparar un tiro hasta no llegar á la opuesta orilla, para lanzarse en seguida, como poseídos de una locura heroica, sobre las posiciones inexpugnables de sus adversarios, y alcanzar hasta las mismas bocas de sus cañones y arrollarlo todo á su paso, me hacen recordar los episodios más notables y culminantes de la guerra. Un gran pintor de batallas no encontraría un tema más hermoso para ponderar en el lienzo lo que puede y á qué alturas alcanza el valor humano llevado sobre las ardientes alas del amor á la patria.

Luego, esa terrible marcha desde Concón á Quilpué y desde Quilpué á la Placilla, para obligar al enemigo á abandonar sus primitivas y atrincheradas posiciones... Los batallones fatigados, insomnes y hambrientos caminan entre las sombras de la noche oyendo á sus espaldas los

(1) Apéndice núm. 15—*Nota del Editor.*

rugidos de las locomotoras, que pasan con la rapidez del relámpago llevando á sus adversarios nuevos y nuevos contingentes de tropas. Esos extraños ruidos de la noche, dicen ellos, son las últimas amenazas de la dictadura que pronto ahogaremos con nuestros brazos en su monstruosa garganta, y continúan marchando con la fe de la victoria en el día que va a amanecer. Siete días y siete noches caminan así, casi á tientas por entre yermos oscuros y senderos extraviados, padeciendo todo género de penalidades, pero sin desmayar un punto en medio de la tremenda jornada, hasta que ven al enemigo y le contemplan como las águilas á su presa. Esto da una idea del espíritu que los animaba y de qué modo la noción del deber estaba grabada en sus corazones de acero.

Por fin, llega el día 28 de agosto. El ejército de la dictadura, fuerte de catorce mil hombres, ocupa las alturas de Peñuelas, á cuyos pies está el caserío de la Placilla. Esa posición parece inexpugnable y así la juzgan los que la han escogido y se creen allí seguros y de antemano vencedores. Pero no hay imposibles para el valor y el heroísmo. Los regimientos constitucionales avanzan impávidos por el llano y comprometen la batalla al pie de las alturas. Durante dos horas las

fuerzas de uno y otro bando avanzan bajo una lluvia de plomo hasta cruzar sus bayonetas cuerpo á cuerpo, éstos defendiéndose con una terquedad sin nombre y digna de mejor causa, y aquéllos arrojándose con valor desesperado sobre las posiciones enemigas. El destino de la guerra se mantiene, sin embargo, incierto durante una hora más todavía, y en toda la línea y en todos los senderos los soldados se estrechan, cada uno contra su adversario, sin ceder ni avanzar un punto en la lucha general y singular á la vez. Parece que el combate fuera á prolongarse así al través de todas las horas del día que avanza, cuando el coronel Canto arroja toda su caballería en masa sobre las espaldas del enemigo, despedazando sus líneas y dispersándolas en completa derrota. Desde ese momento toda resistencia es inútil y la dictadura ha muerto en un lago de sangre como había vivido.

Todos los hombres de libertad, todos los amigos de la democracia están de plácemes y celebran alborozados esta gran jornada del patriotismo. En Chile ha muerto la dictadura para no alzarse ya jamás y la ola de sangre en que ha sido ahogada ha lavado sobre la tierra chilena ocho meses de oprobios, de vergüenzas y de crí-

menes. Una nueva aurora de paz y de libertad brilla en el cielo, y á su hermosa luz, los hombres que no han desesperado del porvenir de la América republicana, sienten robustecerse su fe en los gloriosos destinos del continente.

APÉNDICES

NÚMERO 1.

De Santiago al Maipo

Iquique, Marzo 15 de 1891.

S. D. GONZALO BULNES

Santiago.

Querido Gonzalo:

Cumpliendo con la promesa que te hice al salir de Santiago y en los momentos en que abandonaba el amable hogar donde durante sesenta días estuviéramos en reclusión severa, burlando las amenazas del tirano y estrechando más y más los lazos de nuestra vieja amistad, tomo ahora la pluma, en esta ciudad libertada por la indomable energía de nuestros marinos y la he-

róica fiereza de nuestros soldados, para relatarte las peripecias de mi viaje y enviarte un saludo de hombre libre, á tí que aun te ves obligado á refrenar entre los muros de tu prisión el vuelo generoso de tus ideas y de tus sentimientos.

Como de antemano estaba convenido y siguiendo las instrucciones que teníamos de la Junta Revolucionaria de Santiago, el día lunes, 9 del corriente, á las diez de la noche, salimos de la casa de Toribio Larraín, montados en buenos caballos y ligeramente aperados para el viaje, Juan de Dios Vial Guzmán, Adolfo Hurtado Larraín, Alfredo Vial Solar, un robusto vaqueano y este tu amigo afectisimo.

Según lo previamente acordado, debíamos hacer alto en el camino de cintura y frente á la calle de Bascuñán Guerrero, para esperar ahí á otro grupo de amigos y compañeros, cuyos nombres todavía ignorábamos, pero que se nos darían á conocer por el santo y seña que teníamos para esa noche.

En este punto nos encontrábamos, cuando vinieron á nosotros dos conocidos agentes de la Junta para decirnos que el camino estaba limpio de alimañas dictatoriales, y nos ordenaron que avanzáramos dos cuadras más al poniente.

Aquí encontramos, después de dar nuestra seña, al coronel don Eustaquio Gorostiaga, al comandante don Aníbal Frías, y un instante después á Carlos Irarrázaval Lira, Florencio Larraín Lecaros y Luis Matta Pérez.

Seguimos adelante entonces, pero á marcha lenta, pa-

ra dar lugar á que nos alcanzase el grupo más interesante, sin duda, de los de la partida, es decir, el de la policía armada de Santiago, que, al mando del bizarro mayor de caballería don Rodolfo Ovalle Bascuñán, debía venir ya cerca y después de haber hecho en la ciudad el servicio de turno de esa hora.

Efectivamente, minutos después, sentimos á la distancia el rumor del trote de caballerías, y luego estaba con nosotros el mayor Ovalle, seguido del oficial Manuel A. Escobedo y de una lucida tropa armada de carabina, sable, revólver y trescientos tiros de bala por cabeza, es decir de todo el arsenal portátil con que la dictadura ha armado á los ex-agentes de la seguridad y del orden.

Ya estábamos todos reunidos, sin que ninguna contrariedad nos afligiera, sin que ningun entorpecimiento nos contrariase y, al fin, libres y señores de nuestra libertad y albedrío. ¡Adelante, pues, y feliz viaje!

Era, mi estimado amigo, un espectáculo característico de la época tristísima por que atravesamos, el que presentábamos en esos momentos, galopando entre las espesas sombras de la noche en demanda de puerto seguro donde mirarnos lejos del brazo infame que á la hora presente persigue, encarcela y azota á los mejores y más virtuosos ciudadanos de la república, y donde poder tener un puesto para la gran lucha en que al fin habrá de caer para no levantarse jamás en Chile la odiosa y repugnante tiranía que nos oprime, nos mata y nos avergüenza.

El aire de la libertad parecía avivar el ingenio de cada cual é inspirarle las frases más picantes sobre la olímpica actitud de zarzuela de los gallinazos de la Moneda, ignorantes por esos momentos de la buena presa que se les escapaba de las garras, huyendo al correr de los generosos brutos por los caminos y callejones de los afueras de la ciudad.

—¿Qué dirá mañana mi queridísimo amigo el de las melenas, exclamaba Rodolfo Ovalle, cuando el no menos queridísimo Alcérreca le dé parte de que hasta la policía de Santiago se le ha ido con armas y trescientos tiros por cabeza á bordo de la Armada Constitucional?

—¿Qué cara de vinagre aconchado pondrá papá Barbosa, decía el coronel Gorostiaga, cuando me vea de vuelta y al darle un puntapié en lo más blando y lo menos negro y feo de su apolillada humanidad?

—¿Y el infeliz de Claudio, al verse sin penacho y sin plumas; y el pícaro de Godoy, ahogado en un tonel de huachacay; y el exuberante Bañados, sudando con la cuerda en el pescuezo; y en fin, toda esa carne de horca, que no la hubo mejor en los buenos tiempos de la linchería?

Así cada cual soltaba al aire su lindeza sobre alguno de los de la gavilla dictatorial, y galopábamos y galopábamos, hasta que la voz de uno de los de la compañía gritó *¡Alto!* y nos detuvimos en medio del camino.

Se nos llamaba á parlamento sobre la manera y forma cómo debíamos hacer el viaje sin obstáculos ni peligros.

Hasta ese instante, todo iba con felicidad, estábamos lejos de Santiago, nadie había faltado á la cita, ninguna desgracia había que lamentar; pero ¿quién dirigiría en adelante la expedición, por caminos extraviados, de modo que igual felicidad siguiera acompañándola y fuera conducida lo más rápidamente á su fin? Debíamos, evidentemente, tener un jefe conocedor de poblados y despoblados, al cual todos se comprometieran á obedecer y que fuese también de todos respetado, como un general por sus soldados en campaña.

Después de madura aunque rápida deliberación, en que distintos oradores de casaca, levita y poncho hicieron oir breves y concienzudos discursos, se convino en reconocer como general de división al Benjamín de la comitiva, que, si es verdad que era un niño de veinte años, poseía, sin embargo, la sensatez de un anciano, al mismo tiempo que era el más conocedor de los caminos y campos que debíamos atravesar, amén de su energía, prudencia y discreción á toda prueba.

Dispuestas así las cosas y dando todos ejemplo de amor á la disciplina, se reconoció inmediatamente como jefe á don Adolfo Hurtado Larraín, quien, habiendo aceptado el puesto y jurado á las estrellas de la noche desempeñarlo fielmente, dió la orden de *¡Adelante y á galope tendido!*

El entusiasmo y la alegría que desde el primer momento habían dominado, parecían más y más vivos á medida que avanzábamos, alejándonos de Santiago,

cuando entre el ruido sordo del galopar de los caballos se oyó un grito de pavor y de espanto *¡Hombre al agua!* y todos instantáneamente nos detuvimos.

Era que el comandante Frías se había dado *una vuelta* y yacía en tierra con el cuerpo y la cabalgadura. El susto fué el consiguiente; el desgraciado comandante no sabía si tenía las piernas quebradas ó los brazos hechos añicos ó la cabeza separada del tronco ó todo el cuerpo en poder del diablo, ó de Balmaceda, que era lo mismo.

El comandante se quejaba y se quejaba con tristes y apagadas voces. ¿Qué hacer en tan críticas circunstancias? ¿Cómo llamar á Aguirre, á Barros Borgoño, á Mœric ó á cualquiera de los compone-huesos de la Facultad? ¿De qué manera conseguir una gota del bálsamo de Fierabrás, que tan buen éxito producía en los desatornillados miembros del señor don Quijote? El coronel Gorostiaga auscultaba desesperado á su compañero de armas, que no se levantaba del suelo.

En medio de trance tan apurado, á alguien se le ocurre decir que se levante el desgraciado comandante, y entonces... se ve con sorpresa del mundo entero y aun del paciente mismo, que todo ello no pasaba de alguna escondida magulladura en los músculos blandos.

El comandante estaba resucitado, para felicidad y gloria del ejército de Chile, y entre los dichos y burlas inocentes de sus compañeros de viaje, volvió á montar el fiero bruto, y el jefe de la expedición gritó de nuevo *¡Adelante y al galope!*

Á cuatro leguas de Santiago, más ó menos, Adolfo Hurtado hizo detener otra vez la apresurada marcha y propuso á sus subordinados la siguiente cuestión: ¿Debía ó nó cortarse el telégrafo y el teléfono, para impedir que Balmaceda, sabedor tal vez á esas horas de nuestra fuga, comunicara con Melipilla, Casablanca ó Valparaíso? Por unanimidad de votos se acordó proceder inmediatamente á cortar los hilos y repetir la operación cada dos leguas.

Al punto se puso, pues, mano y pegual á los postes y palo y sable á los alambres, haciéndose después la misma operación de cirugía revolucionaria en el resto del camino y tal como había sido acordada.

Al llegar al pueblo de Peñaflor retuvimos al paso á las cabalgaduras y cruzamos en silencio el caserío, para no despertar las alarmas de la autoridad ó de los vecinos que en esos momentos de campestre reposo dormían el sueño de los felices bajo el ala soprífera del dios más benigno á los mortales.

Desde allí para adelante, abandonamos ya los caminos públicos y nos alejamos de los villorrios y senderos habitados, siguiendo por el interior de los grandes fundos costinos, de modo que los agentes del dictador perdieran toda huella nuestra y se encontraran en la absoluta imposibilidad de perseguirnos con provecho.

En las altas horas de la noche, atravesábamos la extensa cuesta de Mallarauco, silenciosos y cabizbajos, bastante fatigados de la marcha algunos, con las bestias casi cortadas otros, y este tu amigo afectísimo, so-

bre un jamelgo de tres patas útiles y una cuarta fuera de combate absolutamente.

El coronel Gorostiaga era, en esos momentos de supremo cansancio, el hombre de la situación. Para distraernos, ponía en aprietos su imaginación, contándonos las aventuras romanescas de su reciente cautiverio. Sus relaciones nos hacían reir y excitaban la vena de los demás, haciendo que cada cual no quisiera ser menos que el prestigioso jefe de la artillería. Hasta el comandante Frías se reponía de su susto y las historias del coronel Gorostiaga provocaban otras no menos entretenidas, en las cuales el que las contaba había sido parte últimamente. Si el coronel había escapado de las manos de tenazas de Barbosa por una chimenea de cocina, no faltaban quienes habían librado de las mismas subiéndose á un palo de bandera. En suma, cada cual, para entretener á los demás, largaba al aire la suya, ayudando la fatigosa marcha y manteniendo el buen ánimo de sus compañeros.

Así, marchando y haciendo unos la pequeña biografía de Valdés Carrera y su homónimo Valdés Calderón, otros la de Bañados Espinosa y su gemelo Blanlot Holley, éste la de Claudio y Pérez Muñoz, el otro la de Stephan y Carvallo Orrego, y los demás las de otras parejas más ó menos semejantes de las fieras de la dictadura, entreteníamos el gusanillo del aburrimiento y dábamos abundante material para que después, algún nuevo Plutarco, escribiese las nuevas *vidas paralelas* del porvenir.

De improviso y en la cumbre de la alta cuesta, que trabajosamente remontábamos, se oyó el grito de uno de los soldados, que había caido en la barranca. Era el asistente de Rodolfo Ovalle, que llevaba consigo los víveres secos de la comitiva, y que para desgracia de nuestros estómagos debilitados, había rodado con caballo y todo en la oscura quebrada. Felizmente y de la misma manera que horas antes el comandante Frías, el dicho soldado pudo subir ayudado por sus compañeros y llegar arriba sano y salvo, pero, eso sí, y para desgracia nuestra, sin una sola ala de gallina ni nada de lo que constituía la esperanza nuestra en punto á comestibles y otras gangas.

Seguimos así nuestra marcha hasta el amanecer, en que llegamos á las casas abandonadas, polvorosas y solitarias de la hacienda de Mallarauquito, donde dimos de beber á nuestras cabalgaduras, que era lo primero, y encontramos en la pieza de una pobre anciana, única habitadora de aquella triste estancia, media docena de botellas de mala cerveza, sobre las cuales nos arrojamos con la sed de los soldados de Gedeón, apurándolas hasta las heces, y en seguida descansamos una media hora, siguiendo luego nuestro camino.

El aire de la mañana y el ligerísimo descanso que habíamos tomado, nos dieron fuerzas y nuevo aliento para continuar el viaje y entretener los ojos con el melancólico panorama de los campos desiertos y secos.

Adolfo Hurtado, al salir de las casas de la mentada hacienda, nos había prometido llevarnos á las de otra

propiedad distante, donde, según él, hallaríamos de comer y de beber de lo exquisito. Esta esperanza nos hacía sacar fuerzas de nuestro propio abatimiento, mostrándonos más allá de cada cerro y de cada loma aquella tierra prometida. Pero ya llevábamos siete horas de camino desde el punto en que tal ilusión nos refrescara el alma, y las tales casas de esa misteriosa hacienda no se divisaban en el horizonte de la realidad. Eramos víctimas, indudablemente, de un travieso engaño.

Otra hora más de camino, y nada, absolutamente nada todavía. Un rumor sordo y terrible comenzó entonces á levantarse y crecer contra el pobre Adolfo; especie de murmuración muy semejante á aquella de los tripulantes de los carabelas de Colón contra el descubridor del Nuevo Mundo. El descontento aumentaba por momentos hasta el punto de desesperar de la realidad de la promesa de Adolfo. Hubo un instante en que todos, reunidos en consejo y al tardo paso de las fatigadas bestias, decidimos por unanimidad que las tales casas misteriosas no eran sino una patraña, un mito, una mentira de Adolfo, una mentira de niño, es cierto, pero que debía ser severamente castigada. ¿Cómo, un niño de veinte años, se burlaba así del coronel Gorostiaga, del comandante Frías, del mayor Ovalle, del oficial Escobedo y de todos? Si en ese momento no hubieran aparecido á la vista las casas prometidas, es seguro que el pobre Adolfo habría padecido allí tremendo é injusto castigo.

En las referidas casas, que eran las de la hermosísima hacienda, de Ibacache no estaba, sin embargo, el patrón, ni su administrador, ni nadie que nos recibiera como amigo; de modo que aquel festín de Canaán, por el cual suspirábamos, no prometía ser demasiado suculento.

Comprenderás, pues, mi querido Gonzalo, cuál sería nuestro inmenso júbilo cuando, registrando de una manera bien poco respetuosa y como lobos hambrientos las piezas deshabitadas y desiertas, tropezamos con una docena de enormes sandías, verdaderas frutas de Canaán, que en un oscuro rincón descubrimos.

Ver aquellos preciosos dones del buen Dios é irnos encima de ellos y tomar cada cual uno para sí, fué obra de un segundo, de menos de un segundo. Ya teníamos alimento para nuestros estómagos escuálidos y frescura para nuestras secas fauces. Como una banda de alegres colegiales, llevamos en triunfo el hallazgo milagroso y penetramos en el comedor, donde nos regalamos con la carne roja y jugosa del más hermoso de los frutos de la tierra.

Para mayor fortuna nuestra todavía, llegó en esos momentos á las casas el señor don José Ramón Montes, administrador de la hacienda, el que, sorprendiéndonos en nuestro rústico alborozo y enterado de quiénes éramos y el motivo por el cual allí nos encontrábamos, ordenó á la gente de patio traer gallinas, huevos, aceitunas, carne fresca, vino y todo lo necesario para improvisar unas segundas bodas de Camacho.

Media hora después comíamos á manteles, pan blanco, rica cazuela picante y otros guisados regeneradores de la sangre y de la vida que nos predispusieron á dormir en seguida una siesta de media hora, como jamás en nuestra vida la habíamos dormido más buena y mejor roncada, y mediante la cual pudimos, á la una del día, saltar de nuevo sobre nuestras bestias descansadas y proseguir nuestra larga marcha hacia la marina caleta en donde debíamos embarcarnos.

Luego y á poco andar comprendimos, con todo, que aquel breve descanso, en vez de ser un alivio real para nuestras maltratadas humanidades, no había hecho sino enfriarnos los músculos, para que sintiéramos en seguida más vivo el dolor y la fatiga, de que todos y uno á uno comenzaron luego á lamentarse, como á las vueltas de la desilusión y el desengaño.

Pero eran inútiles las quejas y lamentaciones, porque á ellas el impertérrito Adolfo respondía siempre *¡Adelante y al galope!*

Pronto cruzamos la áspera y fragosa cuesta de Ibacache, y entramos á un hermoso caserío atravesando sus hermosas y pequeñas propiedades cubiertas de viñas y arbolados, donde la paz y la tranquilidad de la naturaleza hacían contraste con el terror y el espanto que infundíamos en sus habitadores, con nuestro aspecto de soldados armados, yendo al parecer á la caza de hombres, á la manera de los que en estos momentos y por orden del dictador recorren los campos de Chile, arrebatando al hogar del campesino los padres y los hijos, para con-

vertirlos en inocentes instrumentos de sus infamias.

En los pajizos ranchos, todos los hombres huían, dejando sólo en ellos á las mujeres amedrentadas y rogando á la Virgen del Carmen que las favoreciese; en los caminos encontrábamos las carretas cargadas de frutos, pero abandonadas y sin dueños; por las cuestas de los cerros divisábamos á los muchachos y á los viejos que corrían á perderse entre los matorrales; por todas partes, el desasosiego y la pena de los que no tienen otro bien en la vida que su libertad y su trabajo.

Inútilmente de cuando en cuando deteníamos la marcha para calmar la ansiedad de esas pobres gentes y decirles que nada temieran, pues no éramos agentes de Balmaceda, sino, por el contrario, sus víctimas, lo mismo que ellos; pero las desgraciadas mujeres no nos creían, sospechando de nuestras palabras y pidiéndonos por Dios que les dejáramos siquiera una bestiecita para trabajar.

Por ahí había pasado días antes, nos decían, otra partida armada como la nuestra y que por orden del Gobierno se había llevado á ñor Fulano y á ñor Zutano y á muchos otros, robándoles además cuanto tenían y dejando á sus mujeres é hijos pequeños sumidos en el llanto, la desesperación y la miseria.

Este espectáculo no pudo menos de entristecernos, haciéndonos meditar en el cúmulo de grandes males é irreparables desgracias que puede causar á un pueblo la ambición criminal de un solo hombre cuando se ve,

como Balmaceda, secundado y apoyado en sus brutales designios por otros hombres tan miserables y criminales como él.

Seguimos apresurados nuestra marcha y la noche nos sorprendió muy distantes todavía del fin de nuestro camino. Debíamos llegar á la caleta de Molle á las dos de la mañana y nos quedaba aún camino para siete horas. Tratamos, por lo tanto, de forzar la marcha hasta donde dieran las bestias y el cuerpo maltratado de los jinetes, sin dar en el gusto á los que pidieran un minuto de alivio ni nada por el estilo.

Tres horas corrimos así, sin respetar puertas ni cercados, pasando de una propiedad á otra y siempre galopando á punta de chicote y espuela. Ya en esos momentos algunos de nuestros compañeros más parecían sacos de papas amarrados al lomo de las cabalgaduras, según la expresión de uno de ellos, que personas con gobierno de sí mismos. El cansancio iba anonadando por completo la débil naturaleza y venciendo la voluntad y la conciencia.

—Yo he perdido por completo mi entidad normal, exclamaba uno desesperado.

—Todos los espinos de los potreros se me figuran á ratos grandes elefantes que se me vienen encima, decía otro no menos angustiado.

—Si caigo del caballo, gritaba un tercero, deténganse, por Dios, y amárrenme atravesado sobre la silla para poder llegar al fin de la jornada.

Sin embargo, seguíamos galopando sin tener piedad

para nadie y con las entrañas endurecidas para la angustia ajena.

A las doce de la noche, Adolfo Hurtado se apartó de nosotros, corriendo adelante en busca de un costino que habitaba en las cercanías y que podría servirnos de guía en la última jornada del camino, y un cuarto de hora después volvió con el susodicho, que nos aseguró que pronto podríamos dormir sobre la arena de la playa y comer ahí la carne asada de un pequeño cordero que con nosotros llevábamos para aderezarlo al uso de los antiguos changos de las costas chilenas.

Esta promesa del rústico playero nos reanimó algún tanto, dándonos débil aliento para seguir adelante y llegar á la una y media de la mañana hasta el húmedo desplayado, donde, como quien se arroja sobre plumas y se envuelve entre holandas y sedas, nos dejamos caer sobre la fría arena, sin fuerzas casi para levantar la mano y apretar un frascuelo de coñac que el muy prevenido coronel Gorostiaga había mantenido oculto durante el viaje y reservado para el último y supremo instante de la agonía de nuestras potencias y sentidos.

Inmediatamente y obedeciendo á nuestras órdenes, los mozos que nos acompañaban salieron en busca de ramas y hierbas secas, con las cuales se pudiera hacer el guisado y cumplir las instrucciones que teníamos de la Junta de Santiago, de encender á las dos de la mañana un faro de luz intermitente, por el cual se supiera en el mar nuestra llegada y el *Maipo* pudiera venir á recogernos.

Á la hora indicada y en seguida de haber hecho los mayores honores á la rústica cena y al coñaquito del coronel, nos pusimos á la obra de anunciar nuestra presencia, en aquella desierta y oscura caleta de pescadores, á los valerosos tripulantes del buque amigo, que en esos momentos suponíamos haciendo rumbo al lugarejo en que los esperábamos.

En esta tarea, pasamos una hora, dos horas. Las llamas de nuestro faro se elevaban lamiendo las sombras espesas desde la suave colina que bordea el surgidero, brillando y apagándose cada cinco minutos. Pero en el mar oscuro é inmenso que se dilataba ante nuestros ojos ningún barco lejano contestaba nuestras señales. Tal vez el día iba á sorprendernos sin que nos fuera dado satisfacer nuestro inmenso anhelo de salir de ahí, lejos, para cualquier lugar del globo en que las venganzas de la dictadura no nos alcanzasen.

Más que tristes, amarguísimos comentarios, comenzaron pronto á oirse sobre nuestra peligrosa situación. Los tripulantes del *Maipo*, en seguida de haber embarcado en Pichilemu á otros patriotas más felices que nosotros, tal vez habían hecho rumbo al Norte, creyendo peligrosa su permanencia en nuestras costas.

También, ¿quién sabe si el buque amigo había divisado al *Imperial*, y, temeroso, había creido necesario salvar solamente á los primeros en él embarcados. ¿Todo esto era posible y, en este caso, triste y más que triste era la suerte nuestra. Pero, si tal nos sucediera, ¿qué haríamos y como saldríamos del paso?

Si el *Maipo* no viene y los agentes del Dictador nos persiguen, dijo Rodolfo Ovalle, yo propongo que formemos una montonera y seamos útiles en esta forma á nuestra causa. Por mi parte, yo estoy resuelto á tomar este partido y con los soldados que traigo conmigo y de cuya fidelidad estoy seguro, me iré al monte, para hacer desde ahí mis salidas y vengar en carne de la dictadura las injurias de ésta contra los hombres honrados.

Todos aplaudimos esta resolución, y la afirmamos con nuestra actitud de contrabandistas improvisados, comprometiéndonos á tomar el mismo partido.

La claridad crepuscular de la mañana comenzaba en ese momento á dar un tinte gris á los objetos que nos rodeaban cuando Luis Matta Pérez aseguró ver á la distancia una luz como de barco lejano, que era probablemente la del *Maipo*; pero los demás nada veíamos, y creyendo fuera bella ilusión de nuestro amigo, seguimos disertando sobre el plan de guerra que nos preparábamos á poner en práctica.

En este punto vimos encenderse en el mar una luz verde como de bengala. Era el *Maipo* que se acercaba, devolviéndonos nuestras queridas ilusiones, nuestra alegría de primera hora, nuestras magníficas esperanzas, nuestros proyectos todos, ¡era el *Maipo*!

Pero la luz se apagó y pasaron minutos más largos que las horas, que nos hicieron dudar hasta de la realidad de lo que acabábamos de ver con nuestros propios ojos.

La luz de la mañana, como el despertar de un profundo sueño, se extendía ya sobre el mar, la playa y las lejanas montañas, mientras divididos en grupos, subíamos los unos á la colina y otros á la puntilla de Talca, para divisar el suspirado barco. Instantes después el *Maipo* se presentó á la vista. Estábamos salvados, gracias á Dios y á la Vírgen del Carmen, y dentro de pocos minutos podríamos ir á abrazar á bordo, á nuestros compañeros de Pichilemu y de Valparaíso y hacer viaje con ellos á la tierra prometida de nuestras ilusiones!

Entregados á todas las expansiones de la mayor alegría estábamos, cuando divisamos por el lado del Algarrobo gente sospechosa que á caballo venía hacia nosotros. ¿Quiénes podrían ser sino guarda-costas ó soldados de aquel pueblo, mandados en persecución nuestra por las autoridades dictatoriales? En la puerta del horno se quema el pan, nos digimos, y los mozos que nos acompañaban confirmaron nuestras sospechas y nuestros temores.

¡Bien la teníamos ahora con el enemigo encima y sin poder arrojarnos al agua con esperanzas de salvarnos!

Una resolución enérgica nos dió bríos en este momento. Resolvimos defendernos á todo trance, fuera lo que fuera, y, celebrando al punto consejo de guerra, acordamos el plan completo de operaciones.

El coronel Gorostiaga asumiría desde ese momento el mando de la pequeña división; esta se dividiría en tres escuadrones, armados uno de carabinas, otro de sables y el tercero de revólvers; se colocaría una avan-

zada á dos cuadras de distancia, y Rodolfo Ovalle iría desde luego con tres soldados á reconocer á los enemigos y traerlos prisioneros si se rendían ó disparar sobre ellos si huían ó hacían frente.

Aprobado este plan de ataque y de defensa, cada uno tomó, pues, el puesto que le fué designado y esperamos el resultado de las operaciones.

Vimos pronto, sin embargo, que los sospechosos se rendían y que el mayor Ovalle venía con ellos hacia nuestro agitado campamento. ¿Quiénes eran? ¿Tal vez bandidos ó agentes del Dictador?

Luego estrechamos la mano de Joaquín Prieto Hurtado y Santiago Aldunate Bascuñán, que desde Viña del Mar, venían á unirse con nosotros.

Entretanto, desde el buque amigo se habían desprendido botes que avanzaban hacia el embarcadero de la Punta, y luego ponía pie en tierra, saltando ligeramente de uno de ellos, nada menos que Eduardo Gormaz Araos, designado por el capitán Gómez para tomar posesión de la caleta por breves instantes y dictar en ella todas las providencias, decretos, ordenanzas, leyes y constituciones que fuesen apropiadas para desterrar del lugar hasta la sombra y el recuerdo de la dictadura.

Con esta misión salvadora nuestro querido amigo avanzó hacia nosotros, escoltado por soldados de la Artillería de Costa y como circundado por una aureola de radiante esplendor.

Corrimos, pues, á abrazarlo, y embarcándonos in-

mediatamente en tres botes, fuimos con él á bordo, á estrechar las manos de nuestros amigos de Valparaíso y Pichilemu, del capitán Gómez, del mayor García Valdivieso y sus oficiales, de Joaquín Walker Martínez, del presbítero Francisco Lisboa, de José Domingo Fuenzalida y de tantos otros más, todos felices y animosos.

Media hora después estábamos en viaje, con rumbo al poniente, y luego lejos, muy lejos de los lazos y asechanzas de la dictadura.

Tu amigo afectísimo.

JAVIER VIAL SOLAR

NÚMERO 2

Parte oficial del jefe de Estado Mayor del Ejército Constitucional, coronel don Adolfo Holley, sobre la batalla de Pozo Almonte, librada el 7 de marzo de 1891.

Estado Mayor
del Ejército Constitucional

Campamento Central, 13 de marzo de 1891.

El 27 del mes pasado se inició en Iquique el movimiento de nuestras fuerzas con dirección á la altura de Molle, donde quedó establecido el primer campamento del ejército que tenía la misión de restablecer el orden constitucional en la provincia de Tarapacá.

Para conseguir este fin, de tan viva y gravísima importancia, era necesario desalojar de sus posiciones á las fuerzas mantenidas aquí por la dictadura, y que, mediante la fusión de las divisiones mantenidas por los coroneles Robles, Arrate y Gana, había llegado á ser un cuerpo de ejército veterano y numeroso. US. sabe que nuestras fuerzas en su gran totalidad habían sido formadas con voluntarios tan entusiastas como bisoños y con un material de guerra que fué menester arrebatar rifle por rifle al enemigo. US. sabe también que, por la fuerza de las cosas, nuestro ejército tuvo que aprender á evolucionar materialmente sobre el campo de batalla.

El 1.º de marzo se dió principio al reconocimiento de las posicíones ocupadas por el enemigo en la Punta del Buitre, situada al lado sur de la línea férrea, entre las estaciones de San Juan y Central.

El día 2 trasladamos nuestro campamento á la primera de ellas y extendimos nuestras líneas avanzadas de modo de poder dominar los movimientos del enemigo que, á nuestra aproximación, se replegó hacia Pozo Almonte, destruyendo un gran trecho de la línea férrea y en varias partes los alambres del telégrafo. Mediante esfuerzos vigorosos, se consiguió salvar provisoriamente los daños causados de tal manera y pudimos seguir adelante con tanta rapidez como la que empleaba el enemigo en su fuga.

Éste ocupó el 3 los pequeños cerros que se extienden al sur de la población de Pozo Almonte. Nosotros

seguimos ese día hasta la Estación Central y después de reconocer el nuevo campo en que se situaban las fuerzas contrarias, avanzamos en la madrugada del 6 hasta colocarnos frente á ellas y á la distancia de tiro de cañón.

En todos los movimientos que, mientras duró el avance, hubo de practicarse día á día, prestaron servicios de manifiesta utilidad la máquina y el carro blindados que dirigía el capitán de marina don Víctor M. Donoso. En todos ellos hubo cambio de disparos entre la artillería enemiga y las ametralladoras del carro blindado.

Debo recordar, asimismo, los servicios que en estas ocasiones ha prestado la caballería, que dirige el coronel don Salvador Vergara, y es mandada por el comandante don Alejando Valenzuela.

El Cuartel General y el Estado Mayor recorrieron el día 6 las líneas avanzadas de nuestro campo y pudieron posesionarse de las condiciones del terreno en que debía librarse la batalla. El ala derecha del enemigo se apoyaba en el cordón del cerro que se extiende al costado poniente de la línea férrea, mientras que el ala izquierda, al otro lado de la misma línea, iba á descansar en la oficina salitral del Carmen. La artillería enemiga, desde los morros más elevados que hay en estas posiciones, dominaba con sus fuegos el campo cruzado por los rieles y estaba en buena situación para dificultar el avance de nuestras tropas.

A la vista del terreno, US. decidió atacar al enemigo

por su ala izquierda. Ofrecía este plan una doble ventaja: se caería sobre el enemigo por su línea más débil y descuidada y se aprovecharían las facilidades que los accidentes del terreno nos daban en esta parte para el desenvolvimiento de nuestras fuerzas. Las piezas de nuestra artillería quedaron colocadas la misma tarde del 6 á cuatro mil metros de los contrarios y en situación de avanzar á medida que lo requiriera el desarollo del combate. Nuestras tropas acamparon de manera que sin esfuerzos pudieran tomar las posiciones que habría de señalárseles.

Á las 7 de la mañana del día siguiente, sábado 7 del actual, se rompió el fuego de artillería. Media hora más tarde dió orden US. de que avanzara el batallón Valparaíso sobre la oficina salitral del Cármen, en que se guarnecía, como se ha dicho, el extremo izquierdo de las fuerzas enemigas. El batallón Valparaíso, comandado por el teniente coronel don Julio R. Moraga, se desplegó en guerilla y atacó hasta ocuparlos con orden y denuedo los caliches que tiene en explotación aquella oficina. El Valparaíso fué oportunamente reforzado por los batallones Pisagua y Chañaral, que mandan respectivamente los tenientes coroneles don José Antonio Echeverría y don Francisco S. Rubio.

Atacado por el ala izquierda, el enemigo inició con sus mejores fuerzas, que permanecían á la derecha, un movimiento de avance que hubiera podido envolvernos si llega á realizarse con felicidad. Pero combatida á tiempo por el batallón Taltal, esta tentativa no sirvió

sino para precipitar el desenlace de la batalla. Aquel cuerpo, que tenía á su frente al denodado comandante don Domingo Godoy, hizo un avance lleno de atrevimiento sobre el centro de las líneas enemigas, y tuvo luego que replegarse á nuestra izquierda para rechazar el movimiento envolvente á que he aludido.

Hubo un momento en que las fuerzas del Taltal rodearon una parte considerable de soldados pertenecientes al regimiento 5.º de línea. Una suspensión momentánea de los fuegos dió lugar á que se creyera en la rendición de los soldados enemigos; pero de repente la tropa rodeada y otras partidas que venían en su auxilio rompieron de nuevo los fuegos y se originó entonces un combate á corta distancia que causó enormes pérdidas.

El Taltal fué reforzado al punto por el batallón Constitución, que tiene por jefe al comandante don José Ignacio López, y éste y aquél cuerpo prosiguieron la lucha hasta desalojar por completo de sus posiciones al enemigo.

En nuestra ala derecha, mientras tanto, después de tres horas de combate, las tropas del Valparaíso, del Pisagua y del Chañaral, que obraban bajo la dirección del veterano comandante Echeverría, habián batido totalmente á las fuerzas del ala izquierda contraria y ocupado las casas de la oficina del Carmen.

Por la breve indicación que he hecho anteriormente de las condiciones del terreno en que se desarrollaron nuestros movimientos, puede calcularse la importancia estratégica de la línea férrea. Para dominarla contába-

mos con el tren armado que antes había servido para los reconocimientos y que ahora á las órdenes del teniente 1.º de marina, don Juan 2.º Williams N., apoyó eficazmente el avance de nuestras tropas y combatió á las contrarias con el fuego de sus ametralladoras.

La división de desembarco de la escuadra, que obedecía también al señor Williams tuvo, asimismo, una parte importante en el éxito de la batalla. Dos ametralladoras Gatlyn apoyaron nuestra ala izquierda, y un cañon de siete libras, Armstrong, bajo la dirección del guardia marina don Javier Gajardo B., avanzó junto con una pieza de montaña á cargo del alférez don José María Herrera, hasta proteger de cerca nuestras líneas de ataque.

La pequeña brigada de voluntarios organizada en Taltal, con el nombre de Francos Tiradores, combatió valientemente á la izquierda del batallón Chañaral y bajo las órdenes del comandante don Olegario Pairoa.

Desecho en todas partes, el enemigo, retiró sus piezas de artillería de las ventajosas posiciones que ocupaba, cedió el campo y apagó sus fuegos á las 11.20 minutos de la mañana.

Los restos de su tropa, diezmada por el combate y desmoralizada por la derrota, abandonaron la artillería en la estación de Pozo Almonte y huyeron en dispersión por la pampa de Tamarugal. Allí los persiguió nuestra caballería.

El desastre fué completo.

Sobre el campo de batalla quedaron el comandante en jefe y dos de los jefes más importantes del ejército enemigo. No es posible, por lo demás, calcular el número ciertamente considerable, de muertos y heridos.

Los jefes prisioneros fueron 5, los oficiales suben á 18 y el número de tropa recogida en la misma condición ó que voluntariamente se enganchó en nuestras filas, no baja de 380.

El material de guerra que ha caído en nuestro poder asciende á 11 cañones, 4 ametralladoras y 800 rifles.

El ejército que sostenía la causa de la dictadura en la provincia de Tarapacá fué, pues, completamente destruido y en la hora actual no queda en pie ni la sombra de su poder.

La victoria fué obtenida por nuestra parte al precio de pérdidas dolorosas. El batallón Taltal perdió á sus tres jefes. Nunca se deplorará bastante la muerte del comandante don Domingo Godoy V., que mostró en el combate poseer el temple de alma de los héroes. El 2.° jefe del cuerpo, sargento mayor don Francisco A. Figueroa, fué herido, y el 3.°, sargento mayor don Adolfo Jenecquel, fué muerto. El batallón Pisagua cuenta entre las bajas, la de su 2.° jefe, el sargento mayor don Máximo Cardemil, que sucumbió valientemente al frente de la tropa. Y la división de desembarco de la Escuadra, vió caer gravemente herido á su jefe el teniente

1.º de marina don Juan 2.º Williams N., que dirigía con acierto y serenidad el tren armado.

Fué herido también, en circunstancias que desempeñaba funciones de ayudante de US., el secretario del ejército don Enrique Valdés Vergara, quien prestó servicios de incalculable utilidad en la organización de los diversos trabajos que origina el movimiento de las fuerzas armadas y que no son propiamente del resorte militar. Su brillante conducta en el combate puede apreciarla US. con mejor acierto que yo.

El número total de nuestras bajas ascendió á 76 muertos, á 156 heridos y á 165 desaparecidos. US. encontrará los detalles correspondientes en los cuadros y relaciones anexos.

Al entrar en combate, y hecha deducción de las bandas de músicos y de la tropa que permaneció en la reserva ó no entró al fuego, nuestras fuerzas activas no llegaban sino á 1,000 hombres. La batalla se libró con fuerzas tan numerosas, por lo menos como las nuestras, superiores por la instrucción militar y protegidas por las ventajas de la posición de defensa. Llevábamos en contra, elementos considerables, y para que el ataque fuera coronado por un éxito tan espléndido, forzosamente ha debido hacerse lujo de tino y de valor.

Creo excusado por ello hacer recomendaciones especiales. Básteme decir que todos los jefes, oficiales, clases y soldados cumplieron buenamente su deber.

Creo excusado también enviar mis felicitaciones á US. por un triunfo cuyas glorias recaen principalmen-

te sobre US. y cuya trascendencia para la causa de orden y de la libertad que sostenemos no puede á nadie ocultarse.

Dios guarde á US.

A. HOLLEY

Al Comandante en Jefe del Ejército Constitucional.

NÚMERO 3

Lo que fué el comité ejecutivo de la revolución

(De *El Porvenir.*)

Con motivo de la publicación de este número especial de *El Porvenir* y para preparar un artículo *ad hoc* y de actualidad, nos acercamos á uno de los caballeros que formaron parte del Comité Revolucionario, don Cárlos Wálker Martínez.

De nuestra visita recogimos los siguientes datos que no dudamos interesarán á nuestros lectores.

El señor Wálker Martínez tiene el diario de sus trabajos del Comité durante los ocho meses de la dictadura.

Lo recorrimos prolijamente y con viva atención. Es un libro originalísimo. Hechos á la carrera sus breves apuntes, más que noticias históricas parecen títulos de capítulos de una obra en preparación, y lo que en ellos

se contiene respecto á los hombres y á los sucesos de la revolución, más que crónica, parece una especie de cuenta corriente en la cual van confundidos cifras, nombres, versos, frases, más ó menos humorísticos ó desenfadados, según estaba el humor del conspirador; todo esto, en medio de un revoltijo indescifrable, á lo menos para un extraño, de rayas, dibujos, recortes de periódicos, caricaturas, viñetas, *tours de force* caligráficos..., etc., etc., que dejan la impresión más bizarra (perdónesenos la expresión) porque revelan que todo allí es espontáneo, íntimo, sin pretensiones de ninguna clase, como que fué este diario destinado simplemente á refrescar la memoria y entretenimiento de reducido número de amigos que compartían con su autor los peligros y las oscuridades de las persecuciones.

Hé ahí el rumbo que nos ha servido para seguir paso á paso el camino del Comité, seguros de que si viviésemos en un país más escéntrico que el nuestro, las páginas del señor Wálker Martínez, tales como están, sin agregar ni quitar una coma, valdrían unas buenas libras esterlinas. Un inglés las pesaría en oro, si se tratase de negocios de Inglaterra ó de la India.

¿Qué fué, en suma, ese famoso Comité, ese fantasma terrible, tenaz, impalpable, que perseguía á Balmaceda de día y de noche, á toda hora, como la sombra de Hamlet?

Lo van á ver nuestros lectores. Cuando tomó nacimiento la idea de la revolución y concluyó su obra de ardiente demolición la Comisión Conservadora, se nom-

bró una junta directiva, compuesta de doce personas: seis conservadores y seis liberales. Los conservadores eran los miembros de la Junta Ejecutiva: Irarrázaval, Rodríguez, Cifuentes, Blanco i Wálker Martínez. Arreciando la tormenta, y cuando la acción necesitó ser más rápida, su número se redujo á cuatro: dos por cada partido. Por una parte Besa y Eduardo Matte y por la otra Irarrázaval y Wálker Martínez. Así llegó el 7 de Enero.

Se pensó mandar á dos de los miembros á la Escuadra para representar á los partidos en su pronunciamiento; pero los jefes de ella, Montt y demás, indicaron la idea de tener consigo á los presidentes de las Cámaras.

La persecución violenta que se desató al día siguiente de aquel acontecimiento dispersó á todos los jefes de la revolución, sobre todo á los diputados y senadores firmantes de la destitución de Balmaceda. Necesitaron salir del país ú ocultarse por salvar su vida. De los del comité, don José Besa, se refugió en la hacienda de Campuzano, propiedad del presbítero don Clemente Diaz, en Maipo, y de allí se embarcó para el Perú; don Manuel J. Irarrázaval por los boquetes de la cordillera, en la Compañía, buscó el camino de la República Argentina y fué á Buenos Aires; don Eduardo Matte se encerró en la casa de un amigo que guardó el secreto con la reserva más absoluta de que hay ejemplo, y don Carlos Wálker Martinez quedó solo en Santiago sin saber en los primeros momentos cómo ni

con quién entenderse para entrar de lleno en la tarea de organizar aquí la revolución, que, por desidia ó cobardía de los jefes del ejército, se vió al principio casi enteramente aislada en el Norte.

El 9 de enero supo Wálker Martínez que en poder de don Gregorio Donoso habían quedado documentos importantes y algunos fondos recolectados para la revolución, y en el momento se transladó á su casa á unirse con él para seguir juntos los trabajos en perspectiva. La casa de Donoso no despertaba sospechas, primero, porque la actitud tranquila, apartada, prescindente en política de este caballero lo ponía fuera del ojo escudriñador del espionaje oficial; y, segundo, porque la casa estaba en construcción, convirtiéndose, como hoy se la ve, en verdadero palacio de la calle de Agustinas, y á nadie habría podido ocurrírsele que en ese sitio se fraguaban conspiraciones, ni que eran conjurados los que á sus puertas llegaban entre escombros y murallas á medio levantar.

Desde ese momento Wálker Martínez y Donoso no se separaron más hasta que salieron triunfantes de sus escondrijos, corriendo juntos las mismas aventuras, y formando los dos el verdadero y único Comité de Santiago.

Ciertamente que, solos y escondidos (porque Donoso siete días después fué amenazado y perseguido), nada habrían podido hacer de provecho, á pesar de su buena voluntad ó perseverancia enérgica; pero se encontraron siempre acompañados, siempre en comunica

ción con personas de afuera, siempre recibiendo visitas, asistiendo á conferencias, atando los hilos de la revolución por todas partes, escribiendo proclamas, lanzando manifiestos, mandando oficiales y jefes al Norte, poniéndose en comunicación con los hombres más influyentes de las provincias, sorprendiendo telegramas, asediando al dictador y arrancándole secretos cuya revelación solía desesperarlo! Esta vida de actividad, que á veces fué prodigiosa, la mantuvieron todo el tiempo de la gran jornada, los íntegros ocho meses de la campaña. Con ellos se comunicaba la Junta de Gobierno de Iquique, los jefes del ejército que servían á la revolución, los agentes confidenciales en el extranjero, los emigrados, todos, en fin, los que alguna relación tenían con el movimiento constitucional. De su dirección central nacieron todas las ideas que, con buen éxito algunas y mal éxito otras, se realizaron, durante aquella época, desde la espléndida operación del *Maipo* hasta los últimos destrozos de las líneas telegráficas de agosto. Injusticia sería decir que algo se hizo sin ellos, ó fuera de ellos. Wálker Martínez y Donoso fueron el alma de todo.

Entre sus amigos y compañeros, al principio, en la casa de Donoso, vivieron á su lado Boonen y Carlos Besa. Concurrentes á sus conferencias, planes, proyectos de movimientos, fueron Leoncio Echeverría, Leonidas Vial, Emilio Sánchez, Joaquín Figueroa, etc., etc., y muchos otros jóvenes y caballeros distinguidos. Los hermanos general y coronel Gorostiaga, Salvo,

Novoa, Cortés, allí iban; y allí se encontraban con Rodolfo Ovalle, Ladislao Errázuriz, Luis y Joaquín Wálker M., Patricio Larraín, Joaquín Santa Cruz, Juan Antonio Orrego, etc., etc. Carlos Lira era uno de los asistentes más asiduos, y después del viaje del *Maipo*, cuando se apretó más la situación y se apuró más la necesidad de un movimiento en Santiago, su acción fué mucho más eficaz porque él era (y así lo llamaban los amigos) el intendente de la revolución en esta provincia. La policía constitucional (que también la había) corría á sus órdenes directamente. Más tarde, cuando de la casa de Donoso necesitaron huir á otro nido, los dos jefes del comité cambiaron los brazos y correos de la acción ejecutiva, y José Manuel Larraín, Eulojio Díaz, Joaquín y Pedro Donoso, los hermanos Concha Subercaseaux y Enrique López, se agregaron á la buena lista de los agitadores de Santiago. El Comité local de Valparaíso funcionaba al mismo tiempo (á su frente estaba Cumming), y por su conducto se hacían los embarques (en cuya larga lista de jefes y oficiales figura Körner) y se movían los hilos de un movimiento que prometió Ambrosio Letelier con vanas palabras sin hacer nada de provecho, ni cumplir ninguna de sus promesas. Manuel Soffia y Emilio Larraín intervinieron directamente en este negocio.

Del mismo modo, análogos al de Valparaíso se organizaban en los departamentos otros comités, y por su parte obraban con calor para preparar lo que todo el mundo deseaba, la revolución interior, militar, en los

cuarteles, de éxito seguro. Si no lo obtuvieron, prepararon la opinión á lo menos, para sembrar cierta flojedad que se dijo ver después en las filas dictatoriales.

El Comité de Santiago vigilaba y estaba en constante comunicación con ellos.

Aquí se formó también una gran asociación compuesta de quinientos jóvenes y casi en la mayor parte de carrera profesional, que se dedicaron á cortar telégrafos, destruir ferrocarriles, etc., etc. Se armaron con rifles. Á su frente, entre otros, figuraba Daniel Lastarria, que murió á sus principios, Abel Saavedra, Pedro Lira, Patricio Aldunate, los Calvo Cruchaga, Arturo Undurraga, etc., etc. De ellos fueron algunos de los sacrificados en Lo Cañas.

El Comité, entretanto, seguía dando pasto á la prensa, punto que no desatendió un minuto. Su primer *Manifiesto*, del 18 de febrero, es una pieza histórica y legal de alta importancia, que honra á sus autores y define admirablemente bien la situación jurídica y política de la revolución y la dictadura. Alcanzan á ocho ó nueve los manifiestos posteriores.

Cuando el Comité necesitó el concurso de otras personas, nunca se vió desairado, y este detalle es honroso para Chile. Hubo vez que necesitó de los consejos de don Belisario Prats y de Concha y Toro; y estos dos caballeros acudieron en el acto á la cita. Necesita mandar á Fidel Urrutia á sublevar el Sur, y el valiente jefe obedeció en el acto. Necesitó dinero y pensó en un

empréstito, y halló acogida inmediata. Quiso tener en su poder los planos originales que para la campaña en proyecto por la costa de Melipilla tenía en su mesa Balmaceda, y los tuvo, y los remitió al Gobierno de Iquique!

Los episodios de este género son innumerables, y algunos curiosísimos. Se podrían sacar argumentos para cien novelas de los episodios relacionados con el Comité. Las cartas que Wálker Martínez mandaba á Buenos Aires, cuentan muchos, pero nosotros, de los labios de este señor, hemos oído mucho más que en obsequio á la brevedad no lo consignamos en estos apuntes que hemos querido hacer breves.

Para embarcar á los jefes y jóvenes ¡qué de percances! ¡qué de percances en aquellas conferencias nocturnas á que solían acudir los dos jefes del Comité! ¡y qué de percances en todo, hasta en la remisión de fondos y cartas para el Norte! Hubo carta que fué en cifra, cosida al corsé de una gran dama, mujer de un Ministro de Estado; y hubo cien mil pesos que fueron dentro de un bastón ahuecado exprofeso con este objeto!... Hubo disfraces que sólo al recordarlos hacen reventar de risa y que casi dieron motivo para darse de balazos entre sí los conspiradores. Hubo miedos, heroicidades, intrigas, cábalas, chismes, etc., etc., dignos de memorias especiales; y tenemos entendido que el autor del diario del Comité se va á dar lugar, robando el tiempo á sus numerosas é importantes ocupaciones profesionales y políticas, para estampar todo ese mun-

do de episodios en un libro que promete ser bien interesante.

Recorriendo el diario nos hallamos cada pocas páginas con signos desconocidos, por cierto, para nosotros.

—¿Qué significan esas anclas? preguntamos.

—Cada una representa una distinta casa donde dormimos.

—¿Y cuántas suman en los ocho meses esas distintas casas? ¿Cuánto esos distintos asilos?

—Diez o doce: Roberto Eyzaguirre, Gregorio Donoso Leoncio Echeverría, Emilio Larraín, familia Figueroa, familia Concha y Toro, José Domingo de Osma, etc. etc. Sin incluir á la hospitalaria Legación de la República Argentina que en dos ó tres grandísimos apuros dió abrigo momentáneo al señor Wálker Martínez para salvarlo de persecuciones violentas.

—¿Y qué significan esas líneas de cifras á cada paso?

—Son las notas mandadas á Joaquín Wálker Martínez á Iquique y á Bianchi Tupper á Buenos Aires.

—¿Y esos anexos con letra diferente de la de ustedes?

—¡Son los datos que nos daban de la Moneda los empleados íntimos de la dictadura!..... ¡Ahí estaba el dedo de nuestra policía para señalar lo que convenía darnos en copias!

—¿Y aquellos dibujos de patíbulos y siete horcas que figuran en la página correspondiente al 21 de febrero?

—¡Es la sentencia de muerte de la dictadura que pro-

nunciamos con esa fecha bebiendo una copa de champaña á la salud de los vencedores de Iquique!..... Fué el día en que recibimos la confirmación de esta hazaña que vino á fijar el triunfo definitivo!.....

Lo que queda escrito es pálida expresión del famoso diario del Comité; pero revela lo que fué el Comité durante la revolución. A nuestro juicio, la acción más audaz y constante de que puede darse ejemplo, digna del más elocuente elogio y de respeto entusiasta.

Los nombres de los caudillos que lo formaron quedarán honrados ante la posteridad: Carlos Wálker Martínez y Gregorio Donoso!

Santiago, enero 6 de 1892.

NÚMERO 4

Cómo estaban el San Felipe y el Talca antes de la ocupación de Antofagasta

(De *La Patria* de Iquique)

Sierra Gorda, 18 de marzo de 1891.

El infrascrito nombrado por US. con fecha 15 del presente para hacer una revista disciplinaria al batallón movilizado San Felipe, tiene el honor de dar cuenta de su cometido á esa Comandancia General.

Comenzando el desempeño de la comisión que US. me confirió por la formación del batallón con sus 217 plazas, manifesté á la tropa formada en columnas que estaba autorizado para hacer cumplida justicia á todos y en cualquier sentido que fueran los reclamos que quisieran interponer, designándoles hora y lugar al efecto.

En seguida reuní á los tres jefes del batallón y preguntados éstos por la opinión que tenían formada acerca de la tropa de su mando, todos estuvieron contextes en declarar que la disciplina se podría mantener inalterable en el servicio diario y constante del cuerpo, sin poder responder llegado el caso de una acción de guerra, del éxito que aquella disciplina pudiera dar.

Los jefes son de opinión que el cuerpo debe tenérsele separado de toda otra tropa á fin de deslindar la responsabilidad que en una emergencia cualquiera pudiera caber á su batallón.

Poco después fueron reunidos los ayudantes del cuerpo y los capitanes de compañía, y todos opinaron, como los señores jefes, que la tropa conservaría su disciplina en el servicio diario, sin poder responder del éxito una vez que se hiciera entrar en acción contra otras tropas.

En seguida se llamó á los oficiales subalternos y habiéndoseles hecho las mismas preguntas que á los jefes y capitanes hubo alguna disidencia de opinión en cuanto á la manera de apreciar la actitud de la tropa para el caso que llegara una situación difícil y en que

se necesitara de todo su concurso incondicional y sin reserva. La mayoría estuvo porque la tropa estaba contenta con su paga, su rancho y demás atenciones del servicio; pero que los soldados en su mayor parte no entrarían con voluntad á hacer la resistencia debida á fuerzas enemigas.

Por lo tocante á sus personas, los señores oficiales manifestaron las mejores disposiciones hacia sus jefes y gran decisión y voluntad para cumplir dignamente con sus deberes y mantener el orden y la moralidad en la tropa.

Resumiendo señor comandante general, las opiniones anteriormente emitidas, el infrascrito es de sentir que el batallón movilizado San Felipe, no pudiendo prestar los servicios activos que puede reclamar de él la actual situación, sería de conveniencia disolverlo, salvo, naturalmente, el mejor acuerdo de US.

Para terminar diré á US. que ni los señores oficiales ni ningún individuo de tropa tuvo reclamo alguno que elevar al infrascrito.

Dios guarde á US.

(Firmado) A. LAGOS.

L. Vignes,
Secretario.

Señor comandante general de armas de Antofagasta.

Batallón
Movilizado Talca

Antofagasta, marzo 19 de 1891.

El sargento mayor que suscribe da parte al señor comandante del cuerpo, que el día 18 del actual, estando destacado en el campamento de Playa Blanca con la primera y segunda compañía y parte de la tercera que quedó á cargo del equipaje del referido cuerpo, á las 5 P. M. y en el momento de encontrarse comiendo la tropa se sintieron varios disparos de rifles de algunos soldados que comían del lado de fuera del galpón y esto ocasionó un alboroto entre los que estaban adentro. Inmediatamente me levanté de la mesa con el fin de imponerme de lo que sucedía, cuando el soldado de la primera Nicanor Venegas, me descarga su rifle á *boca de jarro*, felizmente sin resultado, el que huyó, volviéndome en el acto al galpón á contener el gran movimiento que se notaba entre los soldados de adentro consiguiendo con mucho trabajo en unión de los demás oficiales apaciguar el ánimo de los revoltosos; pero al mismo tiempo los de afuera seguían descargando sus rifles tanto en dirección nuestra como á las avanzadas que tenía apostadas á orillas de la playa, caminando de frente hacia ellos donde hicieron seguir por la fuerza á un sargento 2.° y diez soldados de la segunda compañía, cuya fuerza estaba á cargo del teniente don José 2.° del Canto.

En aquel momento no podía siquiera ordenar á los

que habían apaciguado, que disparasen sobre los amotinados, puesto que temía que no obedecieran mis órdenes atendiendo el estado bélico en que se encontraban.

De las averiguaciones que hice, resulta que el origen del motín fué causado por el sargento 2.° de la 3.ª compañía, Pedro Velasco Cancino, un cabo 1.° y dos soldados de la 1.ª que se encontraban más ó menos en estado de embriaguez, á consecuencia de haberle llevado licor un paisano del campamento cuyo nombre ignoro. El cabo de mi referencia, José Francisco Urzúa, fué el único que pude apresar haciéndolo desarmar inmediatamente y lo remití en seguida custodiado por un cabo y un soldado á Antofagasta donde se encontraba el jefe de mi cuerpo con el resto del batallón.

El número de individuos sublevados y pasados á la escuadra ascienden á treinta y cinco, que lo componen entre las compañías 1.ª, 2.ª y 3.ª, cuyos nombres han sido ya pasados.

Es cuanto tengo que comunicar á V. para el conocimiento de lo ocurrido el día de ayer.

(Firmado) RAIMUNDO ARMAS

NÚMEROS 5 Y 6

Ocupación de Antofagasta

"Organizado el ejército del Congreso, dicen los señores Silva y Barros Luco en la nota á los miembros del Congreso que firmaron el acta de 1.° de enero, dándoles cuenta de las operaciones de la campaña, se resolvió ocupar la provincia de Antofagasta, que estaba defendida por dos mil quinientos hombres, la mayor parte de línea, á las órdenes del coronel Camus, comandante del regimiento número 1. La marcha sobre Antofagasta fué muy feliz: á pesar de la superioridad numérica y de las ventajosas posiciones que tenían las tropas de Camus, no se atrevieron á presentar batalla; fugaron de Antofagasta á Calama y de allí á Uyuni, en la frontera boliviana, y entregaron sus armas á las autoridades de este país para emprender la retirada á Chile á través de Bolivia y la República Argentina.

"Nuestras fuerzas volvieron á Iquique á las órdenes del comandante Montt, y poco días después partieron nuevamente para ocupar la provincia de Tacna. El 4 de abril tomaron posesión del puerto de Arica, con lo cual las fuerzas dictaroriales que defendían la provincia huyeron á la frontera peruana y entregaron sus armas á las autoridades locales."

NÚMERO 7

Parte oficial del combate en la aduana de Iquique

Iquique, 21 de febrero de 1891

Señor comandante en jefe de la escuadra:

El 17 del presente mes fuí honrado por US. con el nombramiento de comandante general de armas de Iquique.

En los primeros momentos me concreté á recoger el armamento y municiones dejadas por el enemigo. Supe por algunos vecinos que en el Alto del Molle las fuerzas dictatoriales habían dejado un entierro de municiones de rifle que tanto necesitábamos. Por lo que inmediatamente despaché una máquina con dos carros, llevando veinte marineros y algunos trabajadores á las órdenes del guardia marina señor Baldomero Pacheco y sirviendo de guía el vecino señor Alejandro Solari. Les recomendé no regresaran sin traer todas las municiones que encontraran.

A las 8 P. M. volvieron trayendo como doscientos mil tiros de rifle, los que en la misma noche remití á bordo en previsión de un ataque del enemigo.

En los galpones de materias inflamables y en los cuarteles encontré otros tantos, los que también fueron embarcados por la misma consideración.

Durante la noche establecí patrullas y mandé avanzar dos á cargo de los tenientes señores Luis Gómez y Jorge Pacheco. A las 3 A. M. del día 18 recibí orden de reembarcarme con toda mi tropa. Puse este hecho en conocimiento del comandante de la Guardia del Orden que se había organizado, para que velaran durante nuestra ausencia por la seguridad de la población.

A las 6 A. M. del mismo día 18 se me ordenó tomar nuevamente posesión de la plaza, lo que efectué sin novedad.

Al desembarcar encontré en el muelle al Cuerpo Consular, que me esperaba solicitando una conferencia, que tuvo lugar en los salones de la Intendencia.

Deseaban saber esos señores á qué obedecía la desocupación de la plaza para volver tres horas después á ocuparla. Me manifestaron también temores de que al quedar el pueblo sin tropas pudiera la gente cometer algunos desmanes, agregando que la Guardia del Orden no tenía armas con que hacerse respetar del pueblo.

Les contesté que eran movimientos estratégicos que exigía la guerra y que no nos era posible someter nuestros planes á sus conveniencias ó temores. Y que nos sería muy sensible llegase á suceder lo que temían; por lo que concluí ofreciéndoles rifles Mannlicher para la Guardia del Orden pero sin municiones, por carecer de ellas, con lo cual quedaron satisfechos.

Tan pronto como terminó esta conferencia, me fuí al telégrafo del ferrocarril á indagar si alguien había

comunicado con el enemigo. Por el copiador de partes me impuse que momentos antes había el ex-secretario de la Intendencia señor Clark comunicado con el coronel Robles, instándole viniese á atacar Iquique de noche; hora en que dejábamos una pequeña guarnición, por lo que le sería muy fácil recuperar la plaza. Agregaba también que á las 3 A. M. nos habíamos reembarcado todos, que creía sería para reforzar nuestras fuerzas de Pisagua, derrotadas en Huara dos días antes, ó una estratagema de nuestra parte.

A las 8 A. M. despaché una máquina con dos carros y cuarenta marineros á cargo del guardia marina señor Baldomero Pacheco, para que fuese en reconocimiento del enemigo hasta la estación de Santa Rosa.

Regresó esta avanzada trayéndome la noticia de no haber divisado al enemigo, y que por datos que le dieron en la estación de tránsito parecía que éste no había pasado aún por Pozo Almonte. Esto sucedía á las 3 de la tarde del día 18. A las 11 P. M. anunciaban por telégrafo desde la estación de San Juan, que el enemigo venía trayendo un gran convoy. Lo que fué confirmado por telégrafo á los señores Samuel Zavala y David Mac-Iver.

Comuniqué esta noticia á bordo del *Blanco* é hice alistar una máquina y mandé en reconocimiento al teniente primero señor Melitón Gajardo y teniente segundo señor Jorge Pacheco á cargo de cincuenta marineros, con orden de alcanzar con toda clase de precauciones hasta el Molle y reconocer los faldeos de los

cerros del trayecto. Al mismo tiempo despaché seis soldados de policía montados que tenía á cargo de su jefe señor Guillermo Moller para que vigilase por el lado de Cavancha.

Á la 1.30 A. M. regresaron las avanzadas sin haber sido divisadas por el enemigo.

Sin embargo, los anuncios por telégrafo y teléfono de que venían acercándose, seguían con persistencia, pero sin poder fijar el número; porque á medida que llegaban á las estaciones cortaban las comunicaciones telegráficas.

Á las 2 A. M. del 19 recibí orden del comandante Goñi, del *Blanco*, de reembarcar toda la gente, dejando sólo un pequeño piquete en el muelle, con una lancha á vapor lista para que también se reembarcara cuando hubiera plena certeza de la presencia del enemigo.

De los 250 marineros que tenía en tierra mandé á bordo 221, quedándome con 40 y los tenientes señores Melitón Gajardo, Jorge Pacheco, guardiamarina señor Baldomero Pacheco y aspirante señor Felipe de la Fuente. Á esta hora se embarcaron también los empleados civiles y partidarios de nuestra causa que se creían comprometidos.

Á las 6.15 A. M. del 19 fuí avisado por el piquete de policía que tenía apostado en las afueras de la población, que se divisaba un grupo como de treinta hombres de caballería y como trescientos infantes.

Cerciorado de que no venía más tropa que la que

me anunciaban, resolví hacerme fuerte en el edificio de la aduana y mandé al teniente primero señor Melitón Gajardo tomar posesiones en las azoteas y balcones, distribuyendo la marinería convenientemente alrededor del edificio.

Al teniente segundo señor Jorge Pacheco, le ordené hacer trincheras en las puertas y balcones.

Al teniente primero señor Luis Gómez, lo comisioné para ir al *Blanco* á poner en conocimiento del comandante Goñi mi resolución. Al mismo tiempo despaché la lancha á vapor que tenía qara reembarcarme, al *Toltén*, por refuerzo.

Á las 6 A. M. se avistó el enemigo en la calle Arturo Prat, é inmediatamente ordené romper los fuegos sobre él, que fueron contestados en el acto, trabándose desde ese momento hasta las 4 P. M. un nutrido y no interrumpido fuego de fusilería.

Á las 7 llegó el comandante Peiroa, trayéndome cuarenta francos tiradores del Taltal. Esta tropa venía animada de muy buen espíritu para el combate, pero armada de rifles Boumont, muchos de los cuales estaban descompuestos y con pocas municiones.

Desde el primer momento el enemigo tomó posesión de las casas que circundan la aduana y de las boca-calles en que la configuración les daba una posesión ventajosa. En esta condición se siguió el combate hasta las 8 A. M., hora en que el *Blanco*, y luego después la *Esmeralda*, rompió sus fuegos sobre los edificios situados á los costados de la aduana, en que se encon-

traba el enemigo. Los certeros disparos de los buques los obligó á abandonar esas posiciones, y colocarse entonces en la parte de atrás de la aduana, para no ser ofendidos por los proyectiles de á bordo, dejando siempre piquetes defendiendo los desembarcaderos.

Á las 9 horas las municiones empezaban á escasearme de una manera alarmante; se habían repartido ya las de los que estaban muertos ó heridos, y á pesar de esto no podía contestar los fuegos la mitad de mi gente.

A esta hora había tenido ya el sentimiento de ver caer heridos sucesivamente y de bastante gravedad, al comandante señor Olegario Pairoa, teniente primero señor Melitón Gajardo y teniente segundo señor Jorge Pacheco, que eran los oficiales más caracterizados que tenía.

Afortunadamente, á bordo, habían organizado una partida de desembarco, la que, protegida por los fuegos de la escuadra, consiguieron lanzarla á tierra por la playa del Colorado, llegando á la Aduana como á las 11.30 A. M. Esta fuerza se componía como de treinta marineros, al mando del guardia-marina señor Julio Sánchez, á quien acompañaba como práctico del camino el ciudadano señor Timoleón Lorca. Llegaron también al mismo tiempo cuarenta reclutas del Chañaral, armados de Mannlicher, con municiones de carabina Winter, con sólo quince ó veinte tiros cada uno, los que consumieron en el trayecto de la Aduana. Al mando de éstos venía el capitán Fritis, quien luego que llegó fué herido, pero de poca gravedad.

Tuve la satisfacción de ver que este refuerzo avanzó resueltamente, venciendo la resistencia que le puso el enemigo, parapetado en diferentes puntos del camino.

Con este oportuno refuerzo pudimos avivar nuevamente los fuegos, pues aunque llegaron rendidos de cansancio, entraron inmediatamente en pelea. Á los soldados del Chañaral los destiné al servicio de los heridos y á atender las puertas del edificio.

Á las 12 M. se declaró incendio en la casa que está al costado oriente de la Aduana, principiando por unos galpones que estaban llenos de salitre. La vecindad del salitre amenazaba comunicar el fuego á nuestras posiciones. Además las municiones principiaban nuevamente á escasear y, faltos de agua y alimento, pedía por semáforo al *Blanco* me mandase, sin pérdida de tiempo, esos artículos. Pero las señales, á causa del humo, no las distinguían desde á bordo y no tenía ya municiones sino para la tercera parte de mi tropa.

En esta situación, resolví dejar apostados unos cuantos hombres para contener el avance del enemigo, el que, en esos momentos, comprendiendo quizás nuestro estado, atacaba con más bríos. Dividí la gente que tenía disponible en pelotones y les designé sus jefes á cada cual, el lugar por donde debían atacar, resuelto ya á batir al enemigo en las calles, antes que se me concluyeran completamente las municiones ó que el incendio se propagase á la Aduana.

La gente se manifestó resuelta y entusiasmada por llevar á cabo el plan de ataque qne les había trazado,

cuando se me presentó el guardia-marina señor Julio Sánchez, diciéndome que se ofrecían el marinero 2.° Olegario Hidalgo y Manuel Venegas, para irse á nado á bordo del *Blanco* á pedir los auxilios que necesitábamos.

Acepté la oferta y escribí al capitán Goñi, pidiéndole municiones y agua, asegurándole el triunfo si conseguía hacerme llegar lo que le pedía. Entregué el papel á Hidalgo, quien, acompañado de Venegas, con toda rapidez se descolgaron de los balcones y se echaron al agua, alcanzando un bote que estaba fondeado como á cuatrocientos metros de la playa. Estaba esa embarcación sin remos y ya habían sido vistos por el enemigo, que rompió un nutrido fuego sobre ellos, hiriendo á Venegas en una pierna, por lo que resolvieron dejar ese bote, echándose nuevamente á nado en dirección á donde estaban fondeadas las lanchas de carguío. Antes de llegar fueron recogidos por una chalupa que salió de la Isla y los llevó á bordo.

Impuesto el comandante Goñi de mi situación, me mandó municiones, agua y algunos víveres, que fueron desembarcados por el muelle de pasajeros. Una gran parte de estos pertrechos los dejaron en la cabeza del muelle por lo que mandé al subteniente señor Aravena, del Chañaral, con algunos marineros y soldados que fueron por ellos.

En el trayecto del muelle á la Aduana cayeron tres á cuatro, de los que fueron por los pertrechos, mortalmente heridos, entre estos el valiente subteniente Ara-

vena, que cayó en circustancias que por animar á su gente traía él mismo al hombro un cajón con municiones. En estos momentos pude notar también el valiente comportamiento del guardia-marina señor Roberto Garretón, quien, después de haber tenido fuera de combate á dos marineros que servían el cañon que llevaban á proa de su lancha á remo, continuó él mismo haciendo un sostenido fuego con esa pieza. Y habría él también caído, sin el oportuno auxilio que, con calma digna de encomio, le prestó el guardia-marina señor Carlos Palma, sacándolo á remolque de la zona peligrosa en que se encontraba.

El contramaestre Manzor se distinguió también por sus repetidos viajes al muelle en busca de municiones, al través de un nutrido fuego que hacía el enemigo.

Con el refuerzo recibido quedamos en condiciones de poder aguantarnos hasta el día siguiente.

El incendio del costado oriente se había extinguido. Pero con los auxilios que el enemigo presenció habíamos recibido, desesperó de hacer rendir nuestra posición y trató entonces de hacerla por el fuego. Incendió para esto los edificios de la parte sur de la Aduana, de que los separaba sólo una estrecha calle.

Á eso de las 2 h. P. M. el peligro parecía imminente, las llamas lamían ya las cornisas de la Aduana y el calor que irradiaba el fuego hacía casi imposible el mantenerse á ese lado del edificio. Por fortuna en el techo de la Aduana hay un estanque para agua salada y ordené refrescar las paredes echándoles baldes de agua; pero

luego se hizo esto imposible, porque el enemigo, oculto en las casas vecinas, esperaba á nuestros marineros que se pusieran de pie sobre el techo, para hacerles un fuego certero, matándome cuatro á cinco durante esta faena, por lo que desistí, ordenando, entonces, dejar abiertas las llaves del estanque, con lo que se inundó el segundo piso y se consiguió con esto refrescar esa parte del edificio.

El Cuerpo de Bomberos, que intentó detener el incendio, se lo impidió el enemigo, haciendo fuego sobre él. Á pesar de esto, algunos denodados bomberos quedaron prestando sus humanitarios servicios, á causa de lo cual se me dijo que habían salido tres ó cuatro heridos.

Á las 3 horas de la tarde estabamos ya fuera de peligro, el incendio había consumido ya los edificios vecinos y poco después cuatro manzanas habían desaparecido completamente.

El enemigo hizo entonces otro esfuerzo, atacó con más vigor; pero ya eran pocos los que se atrevían á abandonar sus posiciones para ganar otras más cercanas.

Á las 3.30 P. M. recibí el último refuerzo de municiones que la trajo el teniente 2° señor Salustio Valdés y guardia-marina señor Jorge Edwards.

Á las 4 P. M. divisé la canoa del comandante del *H. M. S. Warspite*, que con bandera de parlamento, se dirigía al muelle; pero como le hiciese el enemigo varios disparos de rifle hácia ese punto, cambió de rum-

bo y se dirigió á una pequeña caleta que hay en la parte oriente de la Aduana. Aquí se acercó el jefe de las fuerzas enemigas, acompañado de una pequeña escolta. Ordené, luego que se acercó la canoa parlamentaria, suspender los fuegos. Mandé también un oficial de parlamentar ó para que se impusiese de lo que se trataba. Luego regresó acompañado del comandante de la *Warspite* y del Ingeniero 1.º del *Blanco*, señor Trewela, que le servía de intérprete y del coronel Soto, que era el jefe de las fuerzas que me atacaban.

Me dijo el comandante inglés, que con autorización de US. venía á arreglar un armisticio, con el objeto de evitar á la poblacion mayores daños, porque si el combate duraba durante la noche, se quemaría el resto de la población; y en cuanto al coronel Soto, no tenía inconveniente para una suspensión de armas, que duraría hasta el día siguiente 20, á las 12 h. M.

Contesté que por mi parte aceptaba ese arreglo, siempre que el coronel Soto no avanzase sus posiciones durante el armisticio, á lo que accedió.

Este arreglo estuvo en peligro de fracasar, pues mientras el comandante de la *Warspite* me imponía de su misión, se sentía un disparo de rifle en la calle.

El coronel Soto, al sentir la detonación, saca su revólver á toda prisa y me amenaza con él, gritando que lo hemos traicionado. El comandante inglés se interpuso y consiguió calmar y detener al nervioso coronel. Al mismo tiempo dos marineros que tenía apostados en las puertas del salón, alcanzaron á preparar sus ar-

mas para contestar al coronel, pero los detuve á tiempo; volviendo, luego después que se cercioró el señor Soto que el disparo había sido en la calle, á continuar la interrumpida conferencia.

Aceptado el armisticio, me dediqué á tomar medidas de precaución y de defensa. Formé trincheras en las azoteas con sacos de azúcar y de café que encontré en los almacenes de la aduana, reforcé las puertas y establecí estricto servicio para la noche, pues temía una celada del enemigo.

Al amanecer del día siguiente 30, supe que el coronel había hecho venir del interior durante la noche dos cañones, una ametralladora y cien hombres. Por lo que pedí á bordo dos ametralladoras Holtchkiss, que no me mandaron por estar muchas de ellas en Pisagua.

Á las 9 P. M. del 20, recibí una carta del teniente País León, ayudante del coronel Soto, que por intermedio del cónsul americano, la hizo llegar á mi poder.

En esa me proponía entrar en arreglo, para lo cual contaba con el consentimiento de casi todos los oficiales de las fuerzas de Soto.

En esos momentos llegaba á la Aduana el secretario de la Escuadra, señor Enrique Valdés Vergara, á quién pedí se entendiese con el señor País León.

Pero no consiguió entrar en arreglos por haber desconfiado el señor País León de algunos de sus compañeros que creyó pudiera delatarlo. Conseguimos sí, que nos trajera al único prisionero de la batalla de Huaras, el guardia-marina señor Jorge Mery, que esca-

para de la matanza de cuantos tomaron parte en ese desgraciado día para la causa constitucional.

Á las 10.30 principió la fuerza enemiga á tomar las posiciones que ocupaba el día antes, y además colocaron un cañón y una ametralladora en la plaza Arturo Prat. Habiendo principiado á trabajar zanjas en las boca-calles que no ocuparon el día antes, me apresté también al combate y mandé un oficial de parlamentario á pedirles la suspensión inmediata de los trabajos, y en caso que así no lo hicieran me vería en la necesidad de dar por roto el armisticio antes de la hora designada. El jefe más caracterizado que estaba allí me contestó que Soto estaba á bordo conferenciando con US., y que no sabía lo que había pactado con él, por lo que continuaba siempre con su trabajo de defensa, sin temor á las consecuencias. Recibí esta contestación en momentos que llegaba un teniente de la *Warspite*, quién una vez impuesto del asunto, me pidió no respondiera los fuegos, que él iría á arreglar aquello y lo consiguió.

Á las 12 recibí una nota de US. en que me anunciaba que el coronel Soto había pactado á bordo de la *Warspite*, la rendición de su tropa con todos los honores de la guerra; quedando en libertad una vez que hicieran entrega del armamento y municiones. Acto éste que tuvo lugar en Cavancha á las 6.15 P. M. del día 20.

Tomamos, de acuerdo con el señor general Urrutia, que desembarcó con el batallón Constitución, toda

clase de precauciones para evitar un conflicto que pudiera hacer fracasar las ventajosas condiciones del tratado.

Entregaron sus rifles como 210 hombres, con las cananas repletas de municiones, lo que fué remitido en la misma noche á bordo.

Terminando con esto esta función de armas, en la cual tenemos que lamentar por nuestra parte la muerte de 27 hombres y 22 heridos.

El valor y entusiasmo desplegados por los oficiales y marinería que he tenido el honor de comandar durante el combate, no decayó un momento, siendo también dignamente secundado por los Francos Tiradores de Taltal.

Considero un deber de mi parte hacer á US. una especial recomendación del valiente comportamiento de los oficiales que salieron heridos: comandante, señor Olegario Pairoa; teniente 1.°, señor Melitón Gajardo; y teniente 2.°, señor Jorge Pacheco, lo mismo que de los guardia-marinas de primera clase señores Baldomero Pacheco y Julio Sánchez, aspirante señor Felipe de la Fuente y capitán Fritis del Chañaral.

Réstame ahora felicitar á US. por este nuevo triunfo de la causa constitucional, que priva al enemigo de más de trescientos de sus mejores soldados, de los que ochenta fueron muertos ó heridos en el combate. Además nos deja elementos para armar otros tantos.

Dios guarde á US.

MERINO JARPA.

NÚMERO 8

Toma de Coquimbo

(De *La Patria* de Iquique)

Al documento que á continuación insertamos corresponde, cronológicamente, el primer lugar en el archivo que bajo el título de *Boletín de la Guerra*, está formándose en las columnas de nuestro diario.

Es el parte pasado por el comandante del *Amazonas*, don Vicente Merino Jarpa, sobre la toma á viva fuerza del puerto de Coquimbo, efectuada por voluntarios porteños y marineros de la escuadra, bajo las órdenes de aquel brillante jefe en la madrugada del 12 de enero.

Para mejor inteligencia del lector, introducimos esta publicación con un bosquejo muy sumario de las operaciones de la escuadra en los días anteriores.

Realizado con feliz éxito, y sin derramamiento de sangre, en las primeras horas del 7 de enero, el pronunciamiento de los buques de la escuadra que se hallaban fondeados en Valparaíso, esto es, el *Blanco*, la *Esmeralda* y la *O'Higgins*, se dirigieron éstos al amanecer á la bahía de Quinteros, en donde les aguardaban, dispuestos á adherirse á la causa de la ley y de la Constitución, el *Cochrane* y la *Magallanes*.

Á medio día la escuadra se presentó, de nuevo en

Valparaíso; y el mismo día los botes armados, sostenidos á corta distancia por los buques de la escuadra, abordaron el *Huáscar*, se apoderaron de él sin resistencia, y el *Miraflores* lo sacó á remolque en medio de los aplausos del pueblo amontonado en los muelles y esplanada.

Al caer la noche, zarpó la *Esmeralda* con dirección á Talcahuano; de allí debía transladarse á Lota, en donde el *Abtao* y los caza-torpederos eran aguardados en esos días.

El 8 tomaron posesión el comandante Délano y el capitán de corbeta Merino Jarpa de cuatro mil quinientos fusiles Mannlicher, de propiedad del Estado, que se encontraban á bordo de un vapor alemán fondeado entonces en la bahía.

El mismo día, tomó el capitán Montt posesión, en nombre del Congreso, del vapor *Aconcagua* de la Compañía Sud-Americana.

Al anochecer, salieron, con rumbo al norte, el *Cochrane* y la *Magallanes;* y después de tocar en Antofagasta, con el objeto de recoger noticias, llegaron el 11 á Iquique. El comandante Valenzuela Day, jefe de la división, notificó el bloqueo del puerto, concediendo plazo hasta el 1.º de febrero. La *Magallanes* se presentó á establecer el bloqueo en Pisagua.

Con el parte del comandante Merino Jarpa se anuda el hilo de los acontecimientos. Este documento presenta á la revolución pisando y ocupando tierra por primera vez, y preludia dignamente la serie de opera-

ciones de la misma naturaleza emprendida por los sostenedores de la ley.

La figura del comandante Merino Jarpa comienza á destacarse con singular lucimiento, en la escena, desde el día de la toma de Coquimbo.

En el curso del mes y en el siguiente, encontramos al joven y distinguido marino recorriendo, de triunfo en triunfo, la costa del norte, hasta que la defensa de la Aduana de Iquique le conquista nombre y fama imperecederos entre los soldados de la causa constitucional.

Parte pasado por el comandante del *Amazonas*, señor Merino Jarpa, al comandante en jefe de la escuadra, referente á la toma de Coquimbo el 12 de enero de 1891:

Comandancia Militar
del "Amazonas"

Señor comandante en jefe de la escuadra:

Tengo el honor de dar cuenta á US. de la parte que le ha tocado en la toma del puerto de Coquimbo, al buque guarnición de mi mando.

A las dos treinta de la mañana del día 12 y como á diez millas del puerto, la *O'Higgins* con la cual navegaba en convoy, apagó sus luces y continuamos navegando en la forma acordada para llegar al puerto á las 3.34 A. M.

A las 3 perdimos de vista á la *O'Higgins*, siguiendo nosotros con el mismo rumbo y andar acordado.

A las 3.30 mandé disminuir el andar y coloqué topes para ver en qué dirección estaba. Esperé hasta las cuatro, que estando ya completamente claro, no se divisó por ninguna parte en el horizonte.

Creyendo que se hubiese entrado al puerto, dimos toda fuerza de máquina para tomar el fondeadero, y fué grande mi sorpresa al no encontrarla allí. Siendo ya las 4.15 y temiendo que se frustrara el plan, resolví, de acuerdo con el señor comandante y delegado don A. Délano, llevar á cabo la sorpresa con la guarnición de doce hombres de este buque y los sesenta y cuatro voluntarios navales que teníamos armados.

A las 4.20 arriamos y embarcamos tres botes, en uno de los cuales me embarqué con mi guarnición y me dirigí á abordar el *Toltén*, que estaba fondeado cerca del muelle. Aquí encontré sólo dos hombres los que siguieron con nosotros. Por éstos supe que la tripulación de este buque había sido desembarcada y llevada á engrosar las filas enemigas y que la máquina había sido inutilizada. Seguimos inmediatamente al muelle, y momentos después llegaba el comandante Délano á cargo de su gente. En el muelle tomé un marinero de la capitanía y lo obligué á que me llevase á la casa del Gobernador, á donde me dirigí con mi guarnición á paso de trote.

Encontré á ese señor, le intimé rendición y lo obligué á que fuese á mi lado al cuartel, en donde tenía

60 soldados acuartelados, los que á tres cuadras del cuartel salieron y se extendieron en guerrilla y rompieron fuego de fusilería sobre nosotros. En este momento, el comandante Délano me alcanzaba con los suyos y contestamos los fuegos avanzando á paso de trote. Al llegar á la plaza, en donde se encuentra el cuartel, el enemigo se dispersó hacia el cerro que da frente á éste y, como veinte, corrieron al cuartel y continuaron por cinco minutos resistiendo hasta que seguimos de frente, y una vez que llegamos á la puerta del cuartel se rindieron. Los obligué á desarmarse y los encerré en una pieza y coloqué centinelas á sus puertas. Mientras tanto, parte de nuestra gente hacía fuego á los que, parapetados en el cerro, continuaban molestándonos y los que muy pronto fueron obligados á huir. El comandante Délano se hizo cargo del cuartel. Aquí tomamos como treinta rifles Grass y como trescientas cápsulas.

Hicimos inmediatamente comunicar á la Serena que el puerto estaba en nuestro poder y que habíamos desembarcado como 1,500 hombres; se alistaron tres máquinas con un tren de diez carros para llevar las tropas.

Terminado esto, me fuí á bordo llevando al Gobernador y con el objeto de hacer bajar á tierra los 50 navales que habíamos dejado por no tener armas y aprovechar ahora las tomadas al enemigo.

Viendo que la *O'Higgins* no llegaba aún, y temiendo que se le hubiese descompuesto alguna pieza de su máquina, salí á toda fuerza en su busca. Al doblar la

punta Sur, ví que venía en dirección al puerto, regresé y continuamos con el señor Délano tomando las medidas conducentes á asegurar el triunfo.

A las 6.30 A. M. llegó la *O'Higgins* y desembarcó 40 hombres armados de rifles y al señor delegado Saavedra. Se convocó á la municipalidad del lugar y se acordó mandar un parlamentario á la Serena, pidiendo la rendición inmediata de la ciudad. Esta resolvió rendirse y nos recibieron como á sus libertadores, lanzando todo el mundo hurras á la oposición y á la marina y arrojando de los balcones flores á la tropa.

La guarnición de la plaza, con el Intendente á la cabeza, huyó.

Tenemos que lamentar por nuestra parte seis bajas, incluyendo al teniente Campbell de los navales, que salió herido en una pierna. De la tropa, dos son de la guarnición de este buque, de los cuales uno está grave y los tres restantes son de los navales. El enemigo tuvo 12 bajas, entre éstos dos ó tres muertos.

Terminado el trabajo militar, me dediqué el mismo día á embarcar carbón y víveres, teniendo, 24 horas después, 200 toneladas de carbón á bordo y los víveres cuya lista le acompaño.

El comportamiento de los oficiales y tropa que tomó parte en el combate ha sido espléndido, concretándome, por mi parte, á recomendar á su consideración á la guarnición de este buque, á mi ayudante señor Luis E. Castro y señores Aguilera y Chacón, J. Esteban, que están como voluntarios.

Me es grato felicitar á US. por el primer triunfo de la causa constitucional, conseguido á tan poco costo, lo que prueba la popularidad de ella.

V. MERINO JARPA

NÚMERO 9

Las operaciones del "Cachapoal".—De Coquimbo á Pisagua

(De *La Patria* de Iquique)

LOS VILOS, CALDERA, CHAÑARAL

Las operaciones que emprendió en la costa el transporte *Cachapoal*, bajo las órdenes del capitán de corbeta don Vicente Merino y Jarpa, desde el 16 de enero hasta el 7 de febrero, día del ataque y ocupación definitiva de Pisagua, figurarán en la historia de la campaña marítima de 1891 como un interesante y brillantísimo episodio.

Nos proponemos seguir hoy las huellas del diestro y animado marino que dirigió estas expediciones, desde el puerto de Coquimbo hasta el de Pisagua, á donde llegó el *Cachapoal* el 6 de febrero, en circunstancias que la fuerza constitucional, batida en Zapiga, se pre-

paraba, sin perder nada de su ánimo y sus bríos, á librar un nuevo combate en defensa de la ciudad.

Los documentos que á continuación publicamos nos dispensan de la necesidad de emprender el trabajo de una narración especial, que acaso hubiera parecido pálida é inexacta en detalles importantes.

Ningún relato podría ser más fiel y animado que el del mismo comandante Merino y Jarpa. En un sólo punto le encontrarán insuficiente los que asistieron á las expediciones del *Cachapoal*; es en lo que se refiere á la parte que tomó personalmente el capitán Merino y Jarpa en los hechos de armas de la campaña. Este vacío será llenado, alguna vez, en las columnas de *La Patria*.

Aparte de las ventajas que las operaciones del *Cachapoal* trajeron, directamente, á la causa constitucional, como ser la ocupación, temporal ó definitiva, de seis departamentos, la captura de oficiales y soldados enemigos, de caudales, armamentos y municiones y el aliento que una serie de triunfos infundió en nuestras filas, es este episodio marítimo digno de recuerdo y atención porque el *Cachapoal* sirvió, en una época en que la escuadra y el esfuerzo militar de la revolución se encontraba en funesto fraccionamiento, como de vínculo de unión entre las diversas divisiones navales y los diversos centros de acción militar, en donde se había logrado trabar en tierra la lucha contra la dictadura.

Así fué como llegaron á Iquique y Pisagua noticias

auténticas y detalladas de las operaciones en Coquimbo y el auxilio de buenos soldados veteranos y de provisiones.

Así fué también, y esto se verá cuando lleguemos á la segunda parte de esta relación, cómo la columna de los vencidos en el Hospicio de Pisagua pudo pasear victoriosamente la bandera constitucional por las poblaciones de la costa del sur de Tarapacá, darse la mano con el departamento de Taltal, libertado y en vía de pujante organización, y reparar ahí sus quebrantos, de tal suerte que, al volver al norte contaba con más de 400 hombres regularmente equipados y armados y en estado de alcanzar, como lo hizo, en unión de la columna de 270 hombres salvados de la campaña de Coquimbo, el triunfo completo de Pisagua, el 6 de febrero.

No sería justo recordar la lucida carrera del *Cachapoal* sin rendir homenaje á la pericia, la lealtad y la corrección perfecta de los procedimientos del capitan Mac-Dougall y demás empleados de la Compañía Sud Americana de Vapores, encargados del mando y la dirección náutica y la conservación del transporte. En su difícil papel de neutrales y de depositarios de la confianza y custodios de los intereses de la Compañía, desplegaron ellos un tacto admirable y aptitudes distinguidas de navegantes, y manifestaron conocimiento á fondo de la costa. Una armonía perfecta reinó constantemente entre el comandante Merino y Jarpa y su colega, por la fuerza de las cosas y de la situación bé-

lica, el capitan Mac-Dougall. La simpatía y el mutuo respeto y la deferencia y cortesía recíprocas crearon entre estos dos hombres de mar relaciones de amistad que resistirán á la influencia del trascurso de los años, tanto como el recuerdo mismo de las expediciones del *Cachapoal.*

Dejamos la palabra al comandante militar de la gallarda nave.

Parte pasado por el Comandante señor Merino y Jarpa sobre el desembarque y toma de posesión del puerto de Los Vilos:

A bordo, 17 de enero de 1891.

En cumplimiento de la orden verbal recibida de US. ayer á las 7 P. M. dejé el fondeadero de Coquimbo, en busca del vapor *Imperial*, el que se creía que había pasado al sur conduciendo tropas del dictador.

El viaje lo hice lo más cerca posible de tierra para imponerme si estaba en alguna de las numerosas caletas que hay en el tramo de costa comprendido entre Coquimbo y Los Vilos.

Á las 10 A. M., llegué á este puerto simulando ser vapor de la carrera; fuí recibido por el teniente del Resguardo y un comerciante señor Emparán. Traté inmediatamente, de averiguar si tenián conocimiento de que el *Imperial* hubiera tocado en algún puerto, y me contestaron que nó.

Dejé al capitán del puerto á bordo y mandé al señor

Emparán con un oficio para el subdelegado que representaba la autoridad del dictador, en el que le intimaba la rendición immediata de la población y lo hacía responsable de las consecuencias en caso de resistencia. Mientras tanto, hice arriar todos los botes del vapor para simular un ataque de desembarque con mucha gente. Á los pocos minutos recibí contestación del subdelegado, en que me decía que me entregaba la población, huyendo immediatamente á la cabeza de 14 policiales armados de Winchester y de algunos vecinos partidarios del dictador.

Desembarqué veinte hombres de mi guarnición sin novedad, acompañados de los señores ayudante Luis E. Castro, doctor Tornero, Guillermo Moller y J. Esteban Chacón.

Disparé dos tiros de cañón por alto á los fugitivos, que se habían quedado á alguna distancia observando nuestros movimientos.

Nos apoderamos del telégrafo y comunicamos con Illapel y Santiago; nos contestaron del primero de estos lugares que estaban ocupados con Santiago y ya no nos contestaron más. Avisamos que habíamos tomado posesión del puerto y que teníamos 600 hombres en tierra. Nos apoderamos de la batería y aparatos anexos para evitar que se comuniquen, tomando dos huinchas, que son las que han tenido en uso durante este mes, las cuales se las acompaño para que se imponga de su contenido.

Convoqué á las personas notables del lugar y nom-

bramos de común acuerdo al señor Baltasar Ureta, Subdelegado; se nombró también una comisión compuesta de los señores Juan José Garmendia, José Manuel del Rio, Silvano Serei, Manuel Videla, Martín Vicuña y Benjamín Emparán para que atiendan á la tranquilidad y seguridad de la población.

Supe por diferentes personas que el Intendente de la Serena y Gobernador de Ovalle se han establecido en Illapel, en donde están reclutando tropas para la resistencia. Tienen como jefe á un mayor del Canto y al comandante que fué de la Policía de Serena.

Á la fecha les calculan que tengan ochenta hombres; de éstos hay 15 del 3.° de línea, que estaban de guarnición en los Vilos atendiendo al orden en los trabajos ferrocarrileros.

Sobre tropas de Santiago dicen que esperan de un momento á otro que pasen 200 hombres de Cazadores. Hasta ahora por los Vilos no ha pasado refuerzo alguno de la capital.

Los trabajos del ferrocarril están de para, de manera que hay mucha gente desocupada, pero á todas les debe la empresa, de manera que por este motivo no quieren embarcarse todos. Á pesar de esto, en una hora conseguí embarcar 38, cuya lista le incluyo pagándoles lo que la empresa les adeudaba, siempre que dicha cantidad fuera menor que el engache de $ 20 que se paga en Coquimbo. Entre los enrolados hay 12 que han sido clases del ejército de línea en la última campaña, y en general toda es muy buena gente.

Creí en un principio que la empresa cometía un abuso, no pagando á esa gente para impedir que la tomásemos, por cuyo motivo hice llamar al contratista, cajero, y demás empleados superiores; exigí los libros para ver lo que había de verdadero, y me convencí por su correspondencia que realmente no tenía dinero para pagar, lo que es sensible, pues pudimos, sin esa circunstancia, embarcar unos doscientos ó más.

Me permito llamar la atención de US. hacia la conveniencia que hay en que continuamente buques de la escuadra crucen por estos lugares, para tenerlos siempre en jaque y obligar también á la tropa enemiga á que haga grandes rodeos para llegar al lugar á que se le destina, por temor de caer en nuestro poder.

A las 3 P. M. dejé los Vilos con rumbo á Coquimbo, y á las 5 P. M. encontré á la *O'Higgins* con rumbo al Sur. Comuniqué con ella y mandé carta á US. sobre el resultado de esta comisión.

V. MERINO JARPA

Parte pasado por el Comandante del *Cachapoal*, señor Merino Jarpa, al Comandante en Jefe de la Escuadra, en enero 31, sobre las operaciones efectuadas por ese buque en su viaje de Coquimbo al Norte:

Comandancia Militar
del vapor "Cachapoal"

Señor comandante en jefe de la escuadra:

Tengo el honor de poner en conocimienio de US., que el 18 del presente recibí orden del señor delegado

don Cornelio Saavedra, de dejar á Coquimbo y zarpar al Norte, con el objeto de comunicarme en Iquique con los señores Delegados don Isidoro Errázuriz y don Ramón Barros Luco, para imponerlos de los movimientos habidos en el Sur y darles los recursos que pudieren necesitar, como víveres, carbón, etc. Se me autorizó para que hostilizara al enemigo de la manera que me pareciera más conveniente, ya para hacer cuanto me fuese posible en beneficio de nuestra causa.

A las 4 A. M. del día 19, fondeé en Caldera, habiendo antes disfrazado el buque, pintando la chimenea de negro y borrándole el nombre de proa. No obstante esto, el buque fué considerado sospechoso, y sólo después de repetidos pitazos conseguí hacer venir al bote de la capitanía, custodiado por el teniente de Zapadores señor Ramón Saavedra, sargento 1.° Juan M. Ramírez, cabos segundos Vicente Bustos y Abel Groseling y soldados Juan B. Garrido, Demetrio Rocha, Ruperto Gutiérrez y Ramón González, los que se acercaron al vapor, temerosos de una celada, y trataron de retirarse; pero entonces les hice descubrir la ametralladora de proa y la dirigí hacia ellos. Al ver esto, continuaron hacia el buque y subieron á bordo. Mientras tanto, había hecho colocar mi guarnición en el salón, lista para atacar á la tropa de Zapadores en caso de resistencia; inmediatamente que subió el oficial, se le condujo al salón, donde lo esperaba yo. Le hice desarmarse, y continuamos lo mismo con el sargento y demás individuos de tropa. Luego les hablé de la justicia de la cau

sa que defendemos y se manifestaron muy complacidos y conformes. Al oficial le permití que escribiera al mayor Errázuriz, diciéndole que había sido detenido á bordo y muy bien tratado. El sargento escribió á su esposa y le dí plata para que le mandase. Escribí al jefe de la plaza, mayor señor José A. Errázuriz, diciéndole que esperábamos de su patriotismo y de la justicia de la causa que defendemos, lo que no se escaparía á su ilustración, que nos acompañase. Otro tanto se dijo á un teniente Vivanco, que, por noticia del señor Saavedra, era el más ilustrado de los oficiales de guarnición en Caldera. Esperé como media hora la contestación; pero no volvió nadie, y al contrario sentí tocar llamada y ví colocar la tropa detrás de los galpones de la estación.

Creyendo ya inútil toda espera, resolví hacer un falso ataque por Caleta Inglesa, que está tres millas al sur y simulé un desembarco en esa parte, arriando los botes del vapor y embarcando parte de la guarnición en ellos. Con esto conseguí mi objeto, cual era atraer la tropa á ese lugar; y tan pronto como ví que ésta había llegado, llamé los botes, los icé y me dirigí á toda fuerza al norte de la bahía de Caldera, en donde se encuentra la oficina del cable telegráfico Arrié dos botes y mandé cortarlo y darle remolque hacia el buque. La gente del primer bote que llegó á la playa saltó á tierra y no encontrando el cable que está enterrado á bastante profundidad, resolvió entonces echar al bote todos los aparatos eléctricos que encontró, y cuando ya estos es-

taban en el bote, del fuerte situado al lado norte del muelle fiscal me hicieron dos disparos de cañón, y al mismo tiempo la gente que quedó de guardia en el cuartel se dirigió á paso de trote á impedir que nos posesionáramos del cable, haciendo fuego de fusilería sobre el buque y gente que estaba en tierra. Inmediatamente contesté con ametralladora de la proa, y á los pocos disparos conseguí despejar el fuerte.

La gente que iba á impedir la toma del cable continuaba en marcha hasta ese punto; entonces le dirigí una granada con el cañón de á 6, la que cayó cerca de la tropa y con lo cual no se atrevieron á seguir adelante, parapetándose detrás de una ruma de carbón desde donde continuaron haciendo algunos disparos.

Tan pronto como la gente sintió el ataque, trató de embarcarse, echando el bote al agua; pero, con el apresuramiento consiguiente, se les dió vuelta cayendo al mar los instrumentos embarcados. El señor Luis E. Castro, que estaba en el otro bote acudió immediatamente en auxilio de los que estaban en el agua: como ya no alcanzaron á embarcarse les ordené seguir por la costa al norte. La tropa que vino á atacarlos no se atrevió á desalojar de su posisión para perseguirlos, porque una vez que lo intentó le disparé un segundo cañonazo que los hizo regresar á su escondite.

Mandé un tercer bote para los que iban por tierra, que fué á los órdenes del señor Gajardo, primer piloto de este buque, que se me ofreció para desempeñar esta comisión.

El tiroteo duró quince minutos y los disparos que se me hicieron del fuerte fueron muy mal dirigidos, lo mismo que los de la gente que fué á atacar á los que bajaron á tierra. Debido á esto no hemos tenido ninguna desgracia que lamentar. Por mi parte, me concreté solamente á defenderme. Pude, en la mañana de mi entrada al puerto, ametrallar á una compañía de Zapadores que á tiro de rifle del vapor estaba bañándose.

Una vez izados los botes, me dirigí nuevamente á Puerto Inglés, á ver si estaba allí todavía la tropa, pues no acudió durante el tirotero, ni después de éste, la gente que había hecho ir á ese lugar. No viendo á nadie regresé otra vez al puerto á observar los movimientos del pueblo y á ver si se decidía el mayor Errázuriz á venir á bordo.

Esperé un cuarto de hora, pero no notando movimiento alguno hice rumbo á Chañaral á donde llegué á las cinco de la tarde.

Tenía conocimiento que este pueblo era muy opositor y como había conseguido dejar la correspondencia que traía para Copiapó en Caldera, resolví pasarla á dejar á este lugar.

Traté de simular, lo mismo que en Caldera, que el vapor no era de la compañía chilena; pero inútilmente. Aquí tenían ya conocimiento que había estado en Caldera, de manera que esperé media hora, y viendo que no venía nadie, resolví mandar al secretario de esta comandancia, señor Chacón, como parlamentario ante el gobernador, exigiéndole la entrega inmediata de la

plaza, y en caso contrario lo hacía responsable de las desgracias que sucedieran si me obligaba á tomar medidas violentas para conseguir mi objeto, y asegurándole toda clases de garantías para él y su partido en caso contrario.

Luego me contestó poniendo la plaza á mi disposición, por no tener fuerza suficiente para defenderla, y huyó á las Ánimas, en un tren en compañía de 45 hombres armados, que era toda su fuerza, incluyendo en ésta 1 cabo y 4 soldados de Zapadores, que habían llegado el día anterior de Copiapó, conduciendo 50 rifles Grass, y 500 tiros para formar la base de un batallón cívico.

Immediatamente hice arriar los botes y embarqué la guarnición y todos los señores ayudantes con orden de tomarse en el acto el telégrafo y comunicar con Serena, lo que no se pudo hacer por haber huido también el telegrafista, dejando el libro copiador de partes que le acompaño.

Hice traer á bordo los istrumentos y baterías eléctricas y cortar el alambre. Todo el pueblo y la gente de importancia de Chañaral acudió al muelle á vivar la Constitución, Congreso y la Marina Nacional.

Cuando el pueblo se impuso de que pensaba continuar viaje en esa noche, mandó una comisión de ocho de los más importantes vecinos de la localidad, presidida por el entusiasta y respetable caballero, señor Basilio Cáceres, á pedirme que, para que el friunfo fuera completo, defiriera mi viaje hasta el día siguiente, para

que los acompañase á perseguir al gobernador hasta el lugar en que se había refugiado y quitarle las armas y municiones que llevaba consigo.

Impuesto de las facilidades que había para conseguir esto y de la importancia que tiene para la causa mantener ese pueblo en nuestro poder, por tener mucha gente ocupada en las faenas mineras y que está decidida á seguirnos, y también por su intermedio poder tener noticias de Copiapó y Caldera, acepté el quedarme, quedando la comisión comprometida á tenerme al día siguiente una máquina y cien hombres y yo á facilitarle veinte marineros y á emprender la persecución hasta las Ánimas que dista dos horas por tren. Pero no hubo necesidad del viaje; en la noche ya principiaron á llegar varios de los que acompañaban al ex-gobernador que venían á presentarse á la nueva autoridad y á entregar sus armas.

Á las 6.30 A. M., cuando ya estaban el pueblo y tropa listos para emprender la marcha, llegó una máquina avisando que á un cuarto de hora del pueblo había quedado el piquete de Zapadores y algunos cívicos, esperando permiso para volver á la ciudad. Despaché al señor Luis E. Castro con el teniente de Zapadores señor Saavedra y sargento 1.º del mismo cuerpo á que fueran por ellos, y á ofrecerles garantías. Tan pronto como llegaron los mandé á bordo.

Luego después me dirigí á la gobernación, en compañía de todos los vecinos más notables de la localidad, y nombré en representación de los señores

delegados del Congreso, gobernador interino del departamento de Chañaral al señor Basilio Cáceres en reemplazo del señor Zoilo Quevedo, que representaba el poder dictatorial, cuyo nombramiento se promulgó por bando por el notario del lugar.

Se engancharon inmediatamente cuarenta hombres para formar la guardia del pueblo y treinta en el buque como base del batallón Chañaral.

Autoricé al señor gobernador para nombrar interinamente un oficial para el Registro Civil, en lugar del que servía ese puesto, por haberse permitido dicho sugeto insultar groseramente á dos marineros y á todos los que defendemos la Constitución.

Dejé Chañaral á la una del día de ayer, con dirección á Iquique.

La conducta de la marinería ha sido excelente, habiéndome los mismos contrarios manifestado su admiración por su disciplina y buen comportamiento en el pueblo.

Debo manifestar á US. que la oficialidad, como la marinería de la dotación del vapor, me han prestado servicios en el desembarco con tanta abnegación como si fueran marinos de guerra.

V. MERINO JARPA

En la mar, enero 21 de 1891.

De Chañaral a Iquique

PISAGUA, TOCOPILLA, TALTAL, EL 6 DE FEBRERO

Parte pasado por el comandante don Vicente Merino Jarpa, al comandaute en jefe de la Escuadra, sobre las operaciones efectuadas desde el 20 de enero hasta el 15 de febrero, ó sea desde la salida de Chañaral hasta la ocupación de Iquique.

Comandancia Militar
del vapor "Cachapoal"

Iquique, febrero 17 de 1891

Señor comandante en jefe de la Escuadra:

Tengo el honor de dar cuenta á US. de las comisiones desempeñadas por el bupue de mi mando durante el tiempo comprendido entre el 20 de enero y el 15 del presente mes.

El 20 de enero dejé el puerto de Chañaral con rumbo á Iquique, y el 21 á las 8 P. M. llegamos á este puerto sin novedad.

Aquí encontré al *Cochrane* bloqueando, y comuniqué al señor delegado don Ramón Barros Luco y al comandante señor Valenzuela Day el objeto de mi viaje y lo ocurrido en el sur desde que ellos habían salido de Valparaíso.

Siendo indispensable en Pisagua la estadía de un buque como el *Cachapoal* por los recursos de que dis-

ponía en hombres y vívires, el señor delegado acordó postergar la comisión con que US. quiso honrarme para ir al Norte en busca de pertrechos de guerra, y tuvo á bien disponer mi salida para aquel puerto con el objeto de reforzar y proteger la columna que en tres días había organizado allí el coronel don Estanislao del Canto y cuyas fuerzas alcanzaban como á 300 hombres, comprendiendo la compañía del 4.° y 60 bombres de artillería que habían hecho el patriótico movimiento del día 19.

El 22 á las 6 A. M., salí de Iquique con rumbo á Pisagua. En el trayecto encontramos al vapor *Arica* de la Compañía Inglesa, que del N. O. se dirigía á Caleta Buena. Me puse al habla con el capitán y le manifesté mi estrañeza por que viniendo del Sur trajera ese rumbo. El capitán me contestó que lo hacía para no ser visto de los buques bloqueadores de Iquique. Le hice ver entonces que Caleta Buena estaba bien bloqueada y que en Pisagua podía dejar su carga, que se componía de bueyes, pasto, harina, etc., á lo que accedió de buen grado el capitán.

A las 9.30 A. M. fondeamos en Pisagua, puerto sujeto al dominio de las fuerzas constitucionales desde el día 19, en que tuvo lugar el levantamiento de las tropas de la guarnición con el pueblo.

Allí se encontraba la *Magallanes*. El teniente 1.° de la armada don Francisco Nef había sido nombrado gobernador de la plaza y se hallaba ejerciendo este cargo.

Se me comunicó que el día anterior nuestras reducidas fuerzas habían tenido un combate en Zapiga con las que habían enviado de Iquique el intendente dictatorial don Manuel Salinas para recuperar á Pisagua, siendo aquellas rechazadas con 25 á 30 bajas; las del enemigo eran más ó menos iguales en número.

El *Arica* descargó en Pisagua; y á las 2 P. M. salí para Iquique, llevando al señor delegado los detalles del rechazo de Zapiga. A las 5 P. M. llegué á Iquique y una hora después salía nuevamente para Pisagua, debiendo tocar en Caleta Buena.

Aquí vino á bordo el capitán de puerto, creyendo al buque vapor de la carrera. Supe por este empleado que la guarnición se componía de un sargento y 15 soldados de artillería, y que disponía de un tren para huir en caso de desembarco. En vista de esto continué viaje á Pisagua, á donde regresamos é las 11 P. M. del mismo día 22.

Nuestras fuerzas de tierra se hallaban acampadas en el Alto de Hospicio y el 23 al amanecer fueron atacadas allí por la división á que me he referido, enviada por Salinas, división compuesta de tres compañías del 4.º de línea, 50 hombres de la brigada cívica Iquique, 100 hombres de artillería con 4 cañones Krupp y 50 granaderos, al mando del teniente coronel don Marco Aurelio Valenzuela.

Duraba el tiroteo de fusilería y cañón como tres horas, cuando desde á bordo notamos que el ala derecha de las fuerzas nuestras, que se componía de la

compañía del 4.º que se levantó en Pisagua el 19, se batía en retirada hacia la población, acosada por mayor número. Inmediatamente que me dí cuenta de lo que pasaba hice fuego con ametralladora Hotchkiss sobre el enemigo; otro tanto hizo la *Magallanes* y un cuarto de hora después conseguimos contener el avance de aquél y hacerlo retroceder.

En seguida hice desembarcar los veinte marineros de la guarnición y como treinta voluntarios del Chañaral con los soldados de Zapadores tomados en Caldera, para establecer la resistencia en el pueblo.

Momentos después observamos que como cincuenta hombres de infantería en perfecta formación y al mando de un oficial, bajaban al pueblo, seguidos de muchos soldados nuestros que corrían desarmados y en desorden al lado de aquélla.

Desde á bordo no nos dimos cuenta cabal de lo que eso significaba. Varias veces estuve por disparar á esa tropa; pero viendo que no atacaba á la nuestra, y suponiendo que sería gente que se pasaba ó venía á entregarse á nuestras fuerzas, desistí de mis intenciones. Veíamos también que el pueblo se hallaba agrupado al pie del cerro, esperando la llegada de dicha tropa en actitud tranquila.

Luego llegó á bordo el comandante de los navales de Pisagua, señor Santibáñez, y nos explicó lo ocurrido de la manera siguiente:

Mientras las compañías del 4.º de línea eran rechazadas en su avance á la población, por los esfuerzos

de la *Magallanes* y del *Cachapoal*, el ala izquierda de nuestras fuerzas en Hospicio, vencedora, había alcanzado á tomar la artillería del enemigo y obtenido la rendición de la tropa de ésta y de la infantería cívica, que era mandada por el capitán Espinosa del 4.° de línea.

Pero sucedió que nuestros oficiales, desprevenidos, departían confiadamente con los enemigos, cuando de improviso el capitán Espinosa hace armarse á los suyos é inmediatamente intima rendición á los nuestros. La confusión se establece entonces, huyen algunos hacia la población y otros son hechos prisioneros por el capitán Espinosa, entre éstos el teniente 2.° de la armada señor Filippi, el capitán señor Brieba, del Pisagua, y algunos oficiales más.

Espinosa, creyéndose vencedor, bajó entonces al pueblo con cincuenta hombres de infantería. A la entrada de la población se encontró con los vecinos que habían ido allí á esperar esa tropa que creían iba á entregarse. Se imaginó Espinosa que se le recibía en triunfo y dió un grito de "¡Viva el presidente Balmaceda!" El pueblo comprendió la situación y obró en el acto como si hubieran estado de acuerdo todos: se lanzó inmediatamente sobre la compañía, le quitó las armas y la condujo, con su capitán á la cabeza, al sitio en donde se hizo entrega de ella al gobernador señor Nef.

Toda la compañía prisionera fué embarcada en el *Cachapoal*. Luego esta tropa me manifestó que quería

ingresar á nuestro ejército y se accedió á sus instancias en este sentido.

Se resolvió embarcar también todas nuestras fuerzas en el *Cachapoal*, resolución que se llevó á efecto inmediatamente. Visto esto por la población, se apoderó de las familias el pánico y todas quisieron venirse á bordo de este buque. La población de Pisagua era del todo adepta á la causa constitucional; nadie, pues, quería quedarse en tierra por temor á las tropas del dictador; pero en el *Cachapoal* sólo fué posible dar asilo á poco más de cien personas de la mejor gente de la localidad.

En tierra quedó solamente una pequeña guarnición á cargo del animoso y entusiasta gobernador Nef; y en los días 24 y 25 no hubo novedad alguna.

En la mañana del 26 bajó de Hospicio una máquina con bandera blanca. Conducía á un oficial, portador de una nota del comandante Valenzuela, jefe de las fuerzas enemigas, en la que nos pedía la entrega de la plaza por tener fuerzas superiores para tomarla si no la abandonábamos inmediatamente.

Se le contestó que obrase como quisiera, que por nuestra parte haríamos lo que más nos conviniese.

Después de esta contestación, procedimos á embarcar todos los víveres que teníamos en tierra, la guarnición y los amigos políticos comprometidos. Saqué del Banco Valparaíso una letra por valor de cincuenta y cuatro mil pesos, cantidad á que ascendían los depósitos hechos por el jefe de la Aduana y por el tesorero

municipal. Esta letra se la entregué al comandante de la *Magallanes*, capitán de corbeta señor Muñoz.

El enemigo intentó bajar á medio día, pero se le contuvo con dos disparos de cañón que le hizo el *Cachapoal* y hubo de esperar la noche para conseguir su objeto.

Á las 6.50 P. M. de ese día zarpamos con rumbo á Iquique, conduciendo al ejército constitucional con su jefe el señor coronel don Estanislao del Canto.

El total de las fuerzas se componía de 26 oficiales y 275 soldados, distribuídos como sigue:

Zapadores, 3 oficiales y 40 soldados.

4.° de línea, 5 oficiales y 70 soldados.

Navales de Pisagua, 13 oficiales y 117 soldados.

Artillería, 2 oficiales y 15 soldados.

Policía de Pisagua, 3 oficiales y 33 soldados.

Suma: 26 oficiales y 275 soldados.

En esta fecha se embarcó también en el *Cachapoal* el diputado señor Isidoro Errázuriz, que se encontraba á bordo de la *Magallanes*.

El mismo día 26, á las 11 P. M., arribamos á Iquique. Dí cuenta al señor delegado don Ramón Barros Luco, de lo ocurrido en Pisagua, y se acordó enviarme al día siguiente á Taltal, que recién se había pronunciado en favor de la causa constitucional, obteniendo un éxito completo. Tenía por objeto mi viaje el proveerme de los artículos necesarios para uniformar nuestras tropas, y aumentar nuestras fuerzas. Se me autorizó también para tocar en los puertos intermedios en que

yo creyera conveniente operar. Mi regreso debía efectuarlo en compañía del *Huáscar*.

El 27 á las 9.30 A. M., salí de Iquique, habiendo dejado al *Cochrane* una cantidad de víveres y bueyes de los traídos de Pisagua.

Á las 3 P. M. del mismo día toqué en Huanillos, y por el capitán de uno de los buques surtos en la bahía tuve conocimiento de que el puerto estaba defendido por una pequeña guarnición de doce soldados de artillería á cargo del alférez Guzmán. Mandé al teniente señor Juan de Dios Olivares á pedir la entrega inmediata de la plaza, á lo que se negó el mencionado oficial, contestando que no lo haría antes de cumplir con su deber militar de defender la plaza á todo trance.

De acuerdo con el señor coronel Canto resolvimos desembarcar la tropa del 4.º de línea por el lado norte de la población. El capitán Anabalón fué encargado de esta comisión, y una vez en tierra desplegó su gente en guerrilla y avanzó hacia el pueblo. Los contrarios estaban parapetados detrás de las rocas al lado del muelle. Se les hizo fuego desde á bordo para desalojarlos de sus posiciones, al mismo tiempo que el capitán Anabalón con su tropa rompía el fuego de fusilería contra ellos; y después de un tiroteo que duró pocos minutos, se rindieron

El alférez Guzmán y sus soldados fueron desarmados y conducidos á bordo. Al día siguiente estos soldados peleaban á nuestro lado en Tocopilla, con el mismo entusiasmo de nuestros voluntarios.

Entre los papeles encontrados al alférez Guzmán figura el telegrama enviado por el intendente de Iquique, momentos antes de la ocupación de Huanillos, al subdelegado, que lo era el mismo alférez, telegrama que dice así:

"Si notifican rendición de la plaza, niéguela en absoluto y resistan como puedan. Tropas opositoras derrotadas en todas partes. Es posible ofrezcan al jefe del destacamento un gran ascenso á nombre del Soberano Congreso, ó una gratificación pecuniaria. Rechácela públicamente para escarmiento de los revolucionarios. Igual rechazo han sufrido aquí hasta de parte de los sargentos de las guarniciones.—SALINAS".

Antes de partir de Huanillos dejé establecida la autoridad constitucional en el pueblo, nombrando subdelegado á don Felipe Correa, que fué designado por aclamación de los vecinos.

Se procedió á embarcarse la tropa y seis caballos que encontramos, pertenecientes al fisco, siendo éstos los primeros con que empezó á organizarse nuestra caballería.

Á las 9 P. M. salimos de Huanillos con dirección á Tocopilla, á donde llegamos al amanecer del 28. Inmediatamente despaché un bote á tierra conduciendo al teniente Olivares, quien llevaba un oficio para el gobernador, exigiéndole la entrega de la plaza.

La contestación del gobernador, don Marco Aurelio Araya fué negativa, protestando que quemaría hasta el último cartucho en defensa de su causa.

Tan pronto como recibí esta contestación, me dirigí á Caleta Duendes, que está como á dos millas al norte del puerto. Hice algunos disparos de cañón para descubrir si había tropa en ella. No habiendo notado movimiento juzgué que estaba aquello abandonado, é hice arriar los botes y embarcar en ellos la tropa siguiente: 50 soldados del 4.°, 40 de los navales de Pisagua, 15 de Zapadores y 25 de artillería. Estas fuerzas se desembarcaron al mando del señor coronel Canto, sirviéndole de ayudante el señor Guillermo Izquierdo, mayor Moraga y teniente Olivares.

Cuando los botes avanzaban al desembarcadero ví salir del muelle de Tocopilla á la tropa enemiga en dirección á la caleta. Inmediatamente rompí el fuego con ametralladora Hothkiss y los contuve y obligué á dispersarse. Algunos se parapetaron es el cementerio y otros en las rocas de la playa, de donde también fueron obligados á salir por el fuego de ametralladora y fusilería que se les hacía de á bordo.

Los de la playa hicieron fuego al buque, ocasionándome tres bajas: la del subteniente de navales de Pisagua señor Carlos Velis, soldado de artillería Desiderio Sanhueza, y mozo del buque Alberto Oyarzún, todos ellos heridos de alguna gravedad.

Mientras tanto, el señor coronel Canto desembarcaba sin contratiempo. Dividió sus fuerzas en tres porciones y avanzó circundando la población por el norte y este. Los soldados enemigos, al verse rodeados y diseminados, se rindieron, quedando prisioneros en nú-

mero de 34. La fuerza enemiga se componía de 25 soldados del Buin y 30 policiales. Los que no cayeron prisioneros se dispersaron ó escondieron en la población.

El gobernador, su secretario, el comandante de policía y un vecino huyeron á caballo hacia Cobija, siguiendo el camino de la playa. Visto esto de á bordo, los perseguí con el buque, alcanzándoles como á ocho millas del sur. Hice arriar un bote y desembarcar doce marineros á cargo del teniente Quezada, los que tomaron á los fugitivos y los condujeron á la población. El gobernador llevaba en un maletín de viaje dos mil pesos que el jefe de la aduana le había entregado pocos días antes para ciertos pagos que no había ejecutado; por lo cual le fueron retenidos.

Ocupada la población, nombré gobernador interino del departamento al señor Ramón Echenique y secretario de la gobernación á don Juan Baltasar Ayala.

Aquí también embarcamos los caballos de propiedad fiscal que había en número de 9.

Arreglados todos los asuntos de Tocopilla, el día 29 á las 4 de la tarde zarpamos para Taltal.

Á las tres de la mañana del 30 encontramos al vapor *Miraflores* de la escuadra, en viaje á Iquique, y por él tuvimos noticia de la desocupación de la provincia de Coquimbo por nuestras fuerzas.

Á las 6 P. M. del mismo día fondeamos en Taltal, encontrando allí al monitor *Huáscar*.

Durante la estadía en este puerto embarcamos doscientas cincuenta toneladas de carbón, y á la tropa

que se hallaba á bordo del *Cachapoal* le proporcionó el señor gobernador don Manuel J. Vicuña, ropa, calzado, frazadas y un suple de diez pesos, lo mismo que hizo con la tripulación del buque.

El día dos del corriente se embarcaron en el *Cachapoal* 50 hombres del batallón Naval de Valparaíso, que estaban de guarnición en el puerto al mando del capitán señor Epifanio Robins. Se embarcaron también 35 caballos con igual número de voluntarios para el escuadrón de caballería en formación, siendo éstos perfectamente equipados.

Hallándose la población algo escasa de víveres, proporcioné al señor gobernador ciento cincuenta quintales de harina y algunos bueyes y corderos para el consumo del batallón que formaba el entusiasta y activo mandatario señor Vicuña.

Por el vapor *Golfo de Trinidad* supimos que el *Imperial* se hallaba en Valparaíso, listo para zarpar al Norte con tropas; pero que no había podido hacer esto por la vigilancia de la Escuadra. Tuvimos también noticia de que el *Ecuador* llevaba víveres para las fuerzas del dictador en Antofagasta.

Á las 5.15 P. M. de ese día y en convoy con el *Huáscar* salimos de Taltal con rumbo al norte.

El 3 á las 3 P. M. arribamos á Cobija. No había allí guarnición alguna. Envié un oficio al subdelegado para que sirviese poner esa plaza á disposición de las fuerzas constitucionales y venir él á bordo á recibir instrucciones.

En el acto ese funcionario se puso á cumplir con esta orden, y acompañado del párroco y tres vecinos principales del lugar se trasladó á bordo.

Se trajo también á bordo la correspondencia y aparato telegráficos.

Resultando graves presunciones en contra de la conducta del subdelegado, se le detuvo, y en su lugar nombré interinamente á don Juan N. Muñoz á petición de los vecinos mas respetables de la localidad.

Á las 3 P. M. dejamos á Cobija, siguiendo al norte, y á las 6.30 de la misma tarde tocamos en Tocopilla, de donde salimos á la 1 A. M. del día 4, siempre en dirección al norte.

Procurando observar todo lo que había en la costa entramos á Huanillos á las 7 A. M. Después de permanecer cerca de dos horas en esta caleta seguimos á Patillos, entrando allí á las 10 A. M. Aquí tuvimos conocimiento de que el día anterior el *Imperial* había desembarcado en esta misma caleta 300 hombres que con el coronel Robles marchaban á incorporarse á las fuerzas dictatoriales de Iquique.

Dejando á Patillos á las 12 M. avancé hácia el norte reconociendo la costa y con objeto también de apresar al vaporcito que hacía el servicio de correo entre Iquique y esas caletas y que había salido de este puerto según las noticias obtenidas.

En Chucumata y entre unas peñas divisamos el cañón de una lanchita á vapor. En el acto se despacharon dos botes con doce hombres armados al mando

del sargento mayor don Julio R. Moraga. Llegados éstos á tierra tomaron la lancha y á su tripulación. Tomaron también á tres soldados que en esos momentos llegaban á ese lugar, que se habían desertado de las tropas que con Robles marchaban á Iquique, los que confirmaron la noticia que se nos dió en Patillos acerca del desembarco efectuado allí el día anterior. La lanchita fué remolcada y destinada al servicio de la Escuadra, y su tripulación y aquellos soldados, llevados á bordo.

Allí nos alcanzó el *Huáscar* y en convoy con esta nave nos dirigimos á Iquique, á donde entramos á las 9.40 P. M.

El día 5 el *Cachapoal* se ocupó en los preparativos para la expedición sobre Pisagua con el *Cochrane*, *O'Higgins* y *Amazonas*.

En pos de estos buques salimos de Iquique á las 11 P. M. y llegamos á Pisagua al amanecer del día siguiente. Allí encontramos ya á los demás buques y además á la *Magallanes*, que bloqueaba ese puerto.

De acuerdo con el señor coronel Canto, procedí á dirigir el desembarco de nuestras fuerzas en los puntos y en la forma siguientes:

Á inmediaciones de Punta Pichalo los 300 hombres del *Cachapoal*, al mando del sargento mayor señor Moraga. En la caleta del cementerio al norte de la población, el batallón Navales de Valparaíso con su comandante el teniente-coronel don Manuel Aguirre, y 50

hombres de la marinería de la Escuadra á las órdenes del teniente 2.° don Ercas Espinosa.

Habiendo tenido conocimiento luego que llegamos, por gente de tierra, de que el enemigo tenía en el Alto de Hospicio dos piezas de artillería con 40 hombres y un piquete de caballería, de que el resto de sus fuerzas que alcanzaba á 250 hombres de infantería y 40 de artillería, estaba en la población, se dispuso que el ataque se hiciese de esta manera:

Las dos columnas de desembarco debían marchar al Alto del Hospicio simultáneamente por norte y sur con el objeto de rodear á las tropas enemigas que se encontraban allí, y una vez conseguido esto y batido el enemigo en ese punto, descolgarse á la población con toda presteza y desplegados en guerrilla. Mientras tanto la Escuadra batiría á las tropas que estaban en la población, protegiendo á la vez el movimiento ordenado á nuestras fuerzas.

Así se llevó á efecto.

A las 5.30 A. M. el enemigo se apercibió del desembarco de nuestras fuerzas en Pichalo y rompió el fuego de fusilería contra los que se encontraban más avanzados por el sur. Estos contestaron los fuegos y continuaron su ascensión al Hospicio por las crestas de los cerros.

La *Magallanes* y la *O'Higgins* rompieron también sus fuegos contra la tropa que, parapetada en las rocas vecinas al fuerte sur de Pisagua, trataba de impedir el avance de los nuestros por ese lado.

Al mismo tiempo la columna del comandante Aguirre emprendía su marcha por el camino de la línea férrea. La infantería enemiga, situada cerca de la estación del ferrocarril, quiso rechazarla ó estorbarle el paso, y después de un serio tiroteo con ella, la columna siguió ascendiendo por el mencionado camino, protegida por los fuegos del *Cochrane* hasta llegar á la cima del Hospicio, cuando el combate se había trabado entre las fuerzas de artillería é infantería que el enemigo tenía allí en el Alto y las mandadas por el mayor Moraga.

Este jefe, con su tropa desplegada en guerrilla, avanzaba al trote hacia el punto de la línea férrea donde aquellos tenían un tren listo con ocho carros, y después de una refriega de corta duración, nuestras fuerzas llegaron hasta tomarse el convoy y encerrar al enemigo, que se rindió entonces.

Allí cayeron en nuestro poder dos piezas de artillería con sus mulas y municiones, un capitán, cuatro oficiales subalternos y 22 individuos de tropa. La caballería había huído á los primeros disparos de los nuestros.

Entretanto la escuadra barría con sus fuegos las posiciones que tomaba la demás fuerza enemiga en Pisagua, parapetándose ó guareciéndose entre las rocas. Un disparo del *Cochrane* produjo una gran explosión en un galpón situado al norte de la población, ocasionando un incendio en esa parte.

Después de un descanso de media hora, nuestras fuerzas vencedoras en el Alto de Hospicio se descolgaban por los cerros de la manera que se les había

prevenido y á tiempo que la escuadra suspendía sus fuegos, cayendo sobre la población con todo empuje se tomaban la plaza venciendo la viva resistencia hecha por las fuerzas que la defendían. Todos los que componían estas fuerzas cayeron prisioneros con su jefe el comandante Valenzuela y el gobernador don Nestor Ramos. Allí tomaron los nuestros dos piezas más de artillería, todos los rifles de la tropa y municiones.

Las bajas habidas en este combate fueron 28 heridos y 15 muertos; de los primeros ocho nuestros y veinte enemigos, y de los segundos nuevos enemigos y seis defensores de nuestra causa. El único oficial herido de nuestra parte fué el teniente don Guillermo Julio, de los Navales de Valparaíso.

A la tarde se reembarcaron en sus respectivos buques todos los cuerpos desembarcados en la mañana y que tomaron parte en el combate, dejándose la fuerza de policía para cuidar el orden en la población. Se embarcó también á los prisioneros, cuyo número alcanzaba á 250.

Nuestra caballería, desembarcada inmediatamente de tomada la plaza, salió en persecución de los Granaderos fugitivos.

Las autoridades nombradas por las fuerzas constitucionales en la primera ocupación de Pisagua, reasumieron su puesto y dieron comienzo á sus funciones ayudados por la buena voluntad de los vecinos.

Durante los días transcurridos desde el 7 hasta el 11 inclusive, el *Cachapoal* permaneció en Pisagua, habien-

do desembarcado el 8 las tropas que se tenían á bordo y que con las demás de nuestro ejército fueron llevados al campamento del Hospicio.

El 12 en la mañana salí en dirección al norte con orden de llegar á Camarones, con el objeto de descubrir al *Imperial* que había pasado por Pisagua en aquella dirección; pero no lo divisé por parte alguna y regresé en la noche á este mismo puerto.

El 15 salí nuevamente al norte, reconociendo la costa hasta Arica, á donde llegué á las 3 A. M. del 16. No habiendo ningún buque sospechoso regresé á Pisagua, llegando aquí á las 5 P. M.

Esta misma noche recibí orden de dirigirme á Iquique, que había sido ocupado por fuerzas de la escuadra.

Creo de mi deber, al terminar este parte, hacer presente á US. la cooperación patriótica é inteligente que se ha dignado prestarme en el desempeño de mis diversas comisiones el diputado señor don Isidoro Errázuriz.

Estimo también un deber de justicia recomendar á US. el buen comportamiento del capitán Mac-Dougalds y oficialidad del *Cachapoal*, quienes me han secundado siempre con todo empeño en las comisiones de que doy cuenta.

Dios guarde á US.

V. MERINO JARPA

NUMERO 10

Nota de deposición del Presidente Balmaceda

"La Junta Ejecutiva de Santiago, dice el señor Zegers en su *Memorándum Político*, siempre en previsión de un golpe de Estado, creyó necesario agregar á los preparativos de resistencia, un acto solemne de la mayoría del Congreso, declarando: 1.°, que Balmaceda se hallaba imposibilitado para continuar desempeñando el cargo de Presidente de la República y cesaba en él; y 2.°, que se designaba á... para que coadyuvase á la acción del Congreso á fin de restablecer el imperio de la Constitución.

"Fué indicado para redactar el acta el señor Enrique Mac-Iver y posteriormente los señores Manuel J. Irarrázaval y Abdón Cifuentes.

"El acta redactada por los señores Irarrázaval y Cifuentes fué firmada en casa del primero, en sigilo y aun sin conocer su contenido, por senadores y diputados. Pero el 2 ó 3 de enero un pequeño grupo parlamentario qne sin preocuparse mucho del peligro de las instituciones, creía salvar el conflicto con candidaturas presidenciales, divulgó en su tertulia el hecho de estarse firmando un acta secreta; y esto obligó á poner en seguridad las actas ya firmadas y á seguir reuniendo firmas en documentos accesorios.

"Se hicieron y firmaron dos ejemplares del acta de

deposición dejando en blanco el nombre del delegado á fin de poder nombrar un jefe que dirigiera las fuerzas de mar y otro que mandara las fuerzas de tierra.

"El proyecto de acta redactado por el señor Mac-Iver, es el siguiente:

"Los senadores y diputados suscritos, que forman la mayoría del Congreso y de cada una de sus Cámaras, imposibilitados para reunirse con las solemnidades reglamentarias, por la acción de fuerzas ilegales, en el desempeño de sus funciones constitucionales y en el uso de sus derechos de representantes del pueblo y de ciudadanos, teniendo en consideración:

"1.° Que el Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, por acto deliberado de su voluntad ha impedido que el Congreso Nacional se ocupe en las leyes constitucionales relativas á la fijación de las fuerzas de mar y tierra y de los gastos de la administración para 1891, ya para aprobarlos, ya para reprobarlos, ya para aplazarlos ó tomar cualquier otra resolución, y mantiene fuerzas y gasta fondos públicos sin que se hayan dictado esas leyes;

"2.° Que esto importa, no solamente la violación abierta de los números 2.° y 3.° del artículo 28 de la Constitución, sino un atentado contra las bases cardinales del orden constitucional, pues de esta manera se rompe el equilibrio de los poderes públicos, se anula la función reguladora del Congreso y se ejerce por el Presidente de la República una autoridad despótica y dictatorial;

"3.° Que la anulación del Congreso ó del Poder Legislativo por medio del atentado cometido, tiende á falsear la próxima elección de senadores y diputados, desapareciendo así de hecho la responsabilidad del Presidente de la República;

"4.° Que el atentado del Presidente de la República contra las bases cardinales del orden constitucional es un crimen de alta traición que le coloca fuera de la Constitución que ha jurado guardar y hacer guardar y en virtud de la que desempeña su cargo, cesando por ello en el ejercicio legal de sus funciones;

"5.° Que corresponde al Congreso Nacional, según el número 4.° del artículo 27, y en conformidad al artículo 65 de la Constitución, pronunciarse sobre la imposibilidad del Presidente de la República para ejercitar su cargo; y que es deber de todos los ciudadanos defender el orden público y muy especialmente lo es de los poderes constitucionales;

"6.° Que los Ministros del Despacho son cómplices ó autores también del atentado contra el orden constitucional;

"Declaran y resuelven:

"1.° Que el Presidente de la República don José Manuel Balmaceda está imposibilitado en absoluto para continuar en el ejercicio de su cargo, y en consecuencia, que ha cesado en él desde el 1.° de enero de 1891;

"2.° Que el ciudadano... subrogrará á don José

Manuel Balmaceda con el título de Vicepresidente de la República;

"3.° Que el Vicepresidente de la República, con el objeto de restablecer el orden público, queda autorizado:

"*A)*. Para aumentar las fuerzas de tierra hasta la cantidad de... mil hombres y las de mar hasta... mil hombres.

"*B)*. Para gastar hasta la cantidad de... millones de pesos.

"4.° Que mientras la autoridad del Vicepresidente no se ejerza de hecho en alguna provincia ó departamento de la República, los ciudadanos de esa provincia ó departamento pueden y deben armarse y organizarse como fuerza pública con el objeto de establecer el orden constitucional;

"5.° Que los generales, jefes, oficiales, soldados y marinos que actualmente obedecen á don José Manuel Balmaceda ó á sus agentes, deben ponerse bajo las órdenes del Vicepresidente de la República como fuerza constitucional.—Santiago, enero... de 1891."

El acta firmada por la mayoría parlamentaria es la siguiente:

"**Deposición de Balmaceda**

"Nosotros, los representantes del pueblo chileno en el Congreso Nacional, teniendo en consideración:

"1.° Que los numerosos delitos cometidos por las autoridades administrativas contra el poder electoral

de la República para falsear la expresión de la voluntad soberana del pueblo en las elecciones, han sido amparados y protegidos por el Presidente de la República y sus Ministros, desoyendo las representaciones de la Comisión Conservadora y haciendo, por lo tanto, suya la responsabilidad de los funcionarios culpables, conforme al precepto contenido en el número 2.° del artículo 49 de la Constitución del Estado;

"2.° Que las policías de seguridad, confiadas al Presidente de la República para custodiar el orden y resguardar los derechos de los ciudadanos, han sido empleadas en organizar y dirigir turbas asalariadas del populacho para promover los más vergonzosos y criminales atentados contra el orden público y para atropellar los más fundamentales derechos de los ciudadanos, llegando á ser dicha fuerza una constante amenaza para ellos y desapareciendo así el fin primordial del establecimiento de la autoridad; que el Presidente de la República y sus Ministros se han hecho sordos á los gritos de la indignación pública y á las constantes reclamaciones del Congreso y de la Comisión conservadora por aquellos actos, que las autoridades han dejado impunes, asumiendo así su responsabilidad;

"3.° Que la única reparación de los últimos y dolorosos atentados contra la libertad de reunión ha sido la promulgación de la ordenanza de 20 de diciembre último, que es una nueva y audaz violación de los derechos de reunión y petición garantidos por el inciso 6.° del artículo 10 y por el inciso 6.° del artículo 27 de la

Constitución, incurriendo al mismo tiempo con ella el Presideute de la República y sus cómplices en una usurpación flagrante de una atribución exclusiva del Congreso, consignada en dicho inciso 6.° del artículo 27, y que es el único que puede dictar estas leyes excepcionales, pero de duración transitoria que no puede exceder de un año;

"4.° Que el Presidente de la República ha violado constantemente la fe pública, oficial y solemnemente empeñada varias veces por medio de sus Ministros;

"5.° Que el mismo funcionario ha dilapidado los caudales públicos, disponiendo de ellos fuera de presupuestos, creando empleos y comisiones remuneradas con fondos nacionales sin intervención del Congreso, y usurpando así una atribución exclusiva del Poder Legislativo, consignada en el inciso 10 del artículo 28 de la Constitución;

"6.° Que el mismo funcionario ha desconocido y violado las atribuciones fiscalizadoras del Congreso y de la Comisión Conservadora, haciendo caso omiso de ellas y burlándose en lo absoluto, con abierta infracción del inciso 1.° del artículo 49 y demás artículos de la Constitución que constituyen al Congreso en fiscal y juez de los altos funcionarios administrativos;

"7.° Que por causa del desconocimiento de estas atribuciones el Presidente de la República intentó, no ha mucho, cambiar la forma consagrada de nuestro Gobierno manteniendo un Gabinete censurado por las dos ramas del Congreso y á quien éste había negado

las atribuciones, y llegó hasta gobernar sin ellas, causando al Fisco pérdidas ingentes y á la nación las perturbaciones más graves;

"8.° Que clausurando el Congreso porque se oponía con varonil firmeza á la invasión de los derechos más preciados del pueblo, faltaba á su palabra empeñada para sancionar leyes pendientes y necesarias para garantir aquellos derechos;

"9.° Que sin hacer mención de muchas otras violaciones de las leyes y garantías individuales, el Presidente de la República ha llevado últimamente este sistema de desgobierno y de ruina legal y social hasta el punto de disponer de los caudales públicos y mantener la fuerza de mar y tierra sin autorización alguna del Congreso, usurpando abierta y escandalosamente las atribuciones exclusivas del Poder Legislativo de la nación, único á quien confieren estas facultades los incisos 2.° y 3.° del artículo 28 de la Constitución, los cuales establecen que "sólo en virtud de una ley se "puede fijar anualmente los gastos de la administra- "ción pública y fijar igualmente en cada año las fuer- "zas de mar y tierra que han de mantenerse en pie en "tiempo de paz y de guerra;"

"10. Que todos estos actos han venido produciendo una alarma profunda en la sociedad, una completa desmoralización administrativa y una perturbación desastrosa en los negocios económicos, comprometiendo gravemente el honor de la nación;

"11. Que todos estos actos, y las declaraciones del

Diario Oficial, vienen comprobando de una manera evidente la maquinación fraguada y consumada por el Presidente de la República contra las instituciones fundamentales del Estado; que todos estos actos que revelan el plan proditorio de minar el edificio político levantado por el esfuerzo y sacrificio de varias generaciones, para alzar sobre las ruinas de la soberanía del pueblo los caprichos de un señor absoluto, para desquiciar y anarquizar así una sociedad constituída, un pueblo sumiso y tranquilo, que sólo reclama la paz y el orden legal, constituyen, no un crimen cualquiera, sino el mayor de todos los crímenes que puede cometer un mandatario;

"12. Que poniéndose con estos atentados en abierta rebelión contra el orden constitucional, el Presidente de la República ha incurrido en el crimen de alta traición contra el Estado y queda fuera de la ley que ha jurado solemnemente guardar y hacer guardar;

"13. Que si los magistrados violan abiertamente la majestad de las leyes que constituyen la base necesaria del orden social, sus mandatos son nulos y sin ningun valor, como expresamente lo establece el artículo 151 de la Constitución, y en tal caso no solamente existe el derecho sino el deber de resistir en defensa del orden público, deber que incumbe á todos los ciudadanos, y muy especialmente á los poderes constituidos;

"14. Que es atribución exclusiva del Congreso, establecida en el inciso 4.° del artículo 27 y en el artículo 65 de la Constitución, declarar cuándo por enferme-

dad, ausencia ú otro motivo grave, y cuándo por muerte, renuncia ú otra clase de imposibilidad absoluta, el Presidente de la República, no pudiera ejercer su cargo;

"15. Que los crímenes mencionados y de que se ha hecho reo el actual Presidente de la República, no pueden constituir un motivo más grave ni una imposibilidad que lo haga más indigno é incapaz de continuar en el ejercicio de su cargo;

"En merito de las consideraciones precedentes, nosotros, miembros del Senado y de la Cámara de Diputados de Chile, invocando al Supremo Juez del Universo en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, con el objeto de restablecer el régimen constitucional, asegurar la tranquilidad interior, atender á la común defensa y afirmar los beneficios de la libertad y de las leyes, en nombre y por la autoridad del pueblo que representamos, solemnemente declaramos:

"1.° Que el Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, está absolutamente imposibilitado para continuar en el ejercicio de su cargo, y, en consecuencia, que cesa en él desde este dia;

"2.° Que están igualmente imposibilitados para reemplazarlo en su cargo sus Ministros del Despacho y los Consejeros de Estado que han sido sus cómplices en los atentados contra el orden constitucional.

"Y, en consecuencia, designamos á don Jorje Montt para que coadyuve á la acción del Congreso, á fin de restablecer el imperio de la Constitución.

"Santiago, á 1.° de enero de 1891.

«RAMÓN BARROS LUCO, diputado por Valparaíso.

«JOSÉ BESA, senador por Valparaíso.

«JOSÉ A. GANDARILLAS, diputado por Freirina.

«M. J. IRARRÁZAVAL, senador por Talca.

«M. RECABARREN, senador por Concepción.

«EDUARDO MATTE, diputado por Santiago.

«WALDO SILVA, senador por Atacama.

«V. BLANCO, diputado por Santiago.

«M. CONCHA Y TORO, senador por Santiago.

«Z. RODRÍGUEZ, diputado por Santiago.

«LADISLAO ERRÁZURIZ, diputado por Concepción y Talcahuano.

«E. ALTAMIRANO, senador por Valparaíso.

«C. WALKER MARTÍNEZ, diputado por Maipo.

«JOSÉ CLEMENTE FABRES, senador por Santiago.

«DAVID MAC IVER, diputado por Constitución.

«J. WALKER MARTÍNEZ, diputado por Santiago,

«LUIS PEREIRA, senador por Talca.

«J. RODRÍGUEZ ROZAS, senador por Atacama.

«ENRIQUE LARRAIN ALCALDE, diputado por Lontué.

«VICENTE DÁVILA LARRAIN, diputado por Antofagasta.

«BENJAMÍN VERGARA E., diputado por San Felipe.

«LUIS ERRÁZURIZ E., diputado por San Fernando.

«ABRAHÁM KÖNIG, diputado por Copiapó y Chañaral.

«VALENTÍN DEL CAMPO, diputado por Cachapoal.

«MÁXIMO DEL CAMPO, diputado por Elqui.

«JULIO 2.º ZEGERS, diputado suplente por San Javier

"ISMAEL VALDÉS VALDÉS, diputado por San Fernando.

"JOSÉ F. VALDÉS C., diputado por Linares.

"ENRIQUE CAZOTTE, diputado por Tarapacá.

"P. NOLASCO PRÉNDEZ, diputado por Constitución.

"ANTONIO EDWARDS, diputado por Copiapó.

"MIGUEL A. VARAS, senador suplente por Coquimbo.

"CARLOS BESA, diputado por Castro.

"M. CIENFUEGOS, diputado por la Victoria.

"J. E. RODRÍGUEZ, senador por Curicó.

"NOLASCO REYES, diputado suplente por Coelemu.

"LUIS M. RODRÍGUEZ, diputado por Ancud.

"V. AGUIRRE V., diputado por la Ligua.

"GASPAR TORO, diputado por Tarapacá.

"JORGE RIESCO, diputado por Caupolicán.

"P. BANNEN, diputado por Lautaro.

"ELEODORO GORMAZ, senador por Santiago.

"G. URRUTIA, diputado por Collipulli.

"JULIO ZEGERS, didutado por Linares.

"DEMETRIO LASTARRIA, diputado por Rancagua.

"F. CARVALLO ELIZALDE, diputado por Coquimbo.

"RICARDO PÉREZ, diputado por Osorno.

"JUAN N. PARGA, diputado por la Victoria.

"R. TRUMBULL, diputado por Concepción y Talcahuano.

"RAFAEL ERRÁZURIZ URMENETA, diputado por Ovalle.

"JOSÉ A. SILVA V., diputado por Talca.

"A. GANDARILLAS, diputado por Curicó.

"BERNARDO PAREDES, diputado por Bulnes.
"MANUEL AMUNÁTEGUI, senador por el Ñuble.
"JAVIER VIAL SOLAR, diputado por San Fernando.
"E. FERNÁNDEZ A., diputado por Lontué.
"JOSÉ MARÍA DÍAZ, diputado por Castro.
"AGUSTÍN EDWARDS, senador por Valparaíso.
"RODOLFO HURTADO, senador por Aconcagua.
"VALENTÍN LETELIER, diputado por Talca.
"F. A. CONCHA C., diputado por Caupolicán.
"CORNELIO SAAVEDRA, senador por el Ñuble.
"E. MAC-CLURE, diputado por Traiguén.
"RAFAEL MONTT A., senador por Biobío.
"M. R. LIRA, diputado por Parral.
"HERNÁN ECHEVERRÍA, diputado por Lautaro.
"ENRIQUE MAC-IVER, diputado por Santiago.
"J. MANUEL INFANTE, diputado por Santiago.
"G. LETELIER, diputado por Temuco.
"MANUEL F. VALENZUELA, diputado por Curicó.
"CORNELIO SAAVEDRA R., diputado por Lautaro.
"LUIS F. PUELMA, diputado por Valparaíso.
"PEDRO N. MARCOLETA, senador por Biobío.
"PEDRO MONTT, diputado por Petorca.
"ISIDORO ERRÁZURIZ, diputado por Valparaíso.
"AGUSTÍN MONTI EL RODRÍGUEZ, diputado por Muchén.
"ALBERTO EDWARDS, diputado por Valparaíso.
"J. DE D. VIAL, diputado por Santiago.
"PATRICIO LARRAIN A., diputado por la Victoria.
"BENJAMÍN MONTT, diputado por Cauquenes.

«VICENTE GREZ, diputado por Taltal.

«V. CARVALLO E., diputado por Cañete.

«CARLOS VALDÉS, senador por Colchagua.

«JUAN A. GONZÁLEZ, diputado por Itata.

«PEDRO JAVIER FERNÁNDEZ, diputado por San Carlos.

«AUGUSTO ORREGO LUCO, diputado por Quillota.

«JUAN AGUSTÍN BARRIGA, diputado por Santiago.

«JORJE ANINAT, diputado por Laja.

«GREGORIO A. PINOCHET, diputado por Santiago.»

NÚMERO 12

Organización de la Junta de Gobierno de Iquique

El día 12 de abril del presente año los señores don Waldo Silva, Vice-Presidente del Senado, y don Ramón Barros Luco, Presidente de la Cámara de Diputados, en representación de ambas ramas del Congreso, y el comandante general de la armada y del ejército don Jorge Montt, dictaron los siguientes decretos:

En vista de estos antecedentes y considerando:

1.° Que las fuerzas de mar y tierra que obedecen al Congreso, han ocupado ya tres provincias de nuestro territorio;

2.° Que es urgente establecer en ellas el imperio de

la legalidad, lo cual no puede efectuarse sino mediante una organización regular;

3.° Que estas provincias producen la mayor parte de las rentas nacionales, y es indispensable organizar correctamente su recaudación é inversión;

4.° Que la tarea en que está empeñado el país no habrá terminado mientras no se aseguren el régimen constitucional y las garantías individuales violadas;

5.° Que sólo pueden obtenerse los propósitos indicados en los considerandos anteriores ajustando los actos de la administración á nuestro régimen constitucional de gobierno, que establece un Poder Ejecutivo con secretarios responsables:

1.° Queda organizada provisoriamente una Junta de Gobierno formada por los infrascritos;

2.° Las resoluciones de esta Junta serán formadas por un Presidente y por el Secretario del Departamento respectivo;

3.° Organízanse cuatro secretarías de la Junta:

De lo Interior y de Obras Públicas;

De Relaciones Exteriores, Justicia, Culto é Instrucción Pública;

De Hacienda, y

De Guerra y Marina.

Cada uno de estos Departamentos será servido por un Secretario responsable y por los empleados que oportunamente se fijaren.—Iquique, abril 12 de 1891. —JORGE MONTT.—*Waldo Silva.*—*Ramón Barros Luco.*—*E. Valdés Vergara*, Secretario.

Iquique, abril 13 de 1891

He acordado y decreto:

Nómbrase Secretario de la Junta de Gobierno en el Departamento de Relaciones Exteriores, Justicia, Culto é Instrucción Pública al señor don Isidoro Errázuriz.

Anótese y comuníquese. – MONTT. – *Silva.—Barros Luco.*

Iquique, abril 13 de 1891

He acordado y decreto:

Nómbrase Secretario de la Junta de Gobierno en el departamento de Hacienda al señor don Joaquín Walker Martínez.

Anótese y comuníquese.—MONTT.—*Silva.—Barros Luco.*

Iquique, abril 13 de 1891

He acordado y decreto:

Nómbrase Secretario de la Junta de Gobierno en el departamento de Guerra y Marina, al señor coronel don Adolfo Holley.

Anótese y comuníquese.—MONTT.—*Silva.—Barros Luco.*

Iquique, abril 13 de 1891

He acordado y decreto:

Mientras se provee el cargo de Secretario de la Junta de Gobierno en el departamento de lo Interior, Industria y Obras Públicas, atenderá el despacho el Secretario de Relaciones Exteriores.

Anótese y comuníquese.—MONTT.—*Silva.*—*Barros Luco.*

Iquique, abril 13 de 1891

Mientras se hace cargo de la secretaría de Guerra y Marina el señor Coronel don Adolfo Holley, atenderá el despacho el Secretario de Hacienda.

Anotese y comuníquese.—MONTT.—*Silva.*—*Barros Luco.*

NÚMERO 13

La expedición á Atacama

En cumplimiento de las órdenes de US., el 18 de abril, á las 6 P. M. dejamos el fondeadero de Iquique y seguimos hacia Antofagasta navegando en convoy, en unión del *Huáscar*, *Magallanes* y *Cachapoal*, á donde fondeamos sin novedad á las 5 P. M. del siguiente día.

El 21 salimos de Antofagasta con los buques nombrados y además el *Blanco Encalada*. Recibí orden del jefe de la división, coronel señor Holley, de adelantarme para tocar en Taltal, á dejar provisiones y en Chañaral para tomar un práctico de los lugares á donde íbamos á operar. Á mi salida de Chañaral encontré á la escuadrilla, comuniqué con el buque jefe y aquí se resolvió que debía irme adelante para llegar al amanecer á Calderilla y lanzar inmediatamente mi división á tierra, lo que efectué con toda felicidad á la hora indicada.

Á las 7 A. M. entraba á Caldera la Escuadra en circunstancia que la primera compañía del Esmeralda coronaba ya los cerros que rodean el puerto por el sur yendo estas fuerzas á las órdenes del comandante del batallón nombrado, don Patricio Larraín Alcalde.

La tropa enemiga que guarnecía la población se componía de setenta hombres que, luego que tuvo conocimiento de nuestro desembarco, huyó hácia Copiapó en un tren que tenía listo fuera de la población, la que ocupamos sin resistencia. Á las 8.30 A. M. estaba nuestra caballería, fuerte de treinta y cinco hombres, lista y le ordené persiguiera al enemigo que escapaba á caballo. No consiguió su objeto por la delantera que le llevaba el enemigo.

Habiéndose llevado éste todas las máqninas al interior, no me fué posible seguir inmediatamente con la infantería su persecución á Copiapó hasta no obtener los elementos indispensables para la marcha de veinte leguas que nos separaban del citado pueblo, donde, se

decía que, el enemigo pensaba hacerse fuerte con seiscientos ó setecientos hombres, entre caballería, infantería montada y una máquina blindada.

En vista de estos datos que habíamos obtenido de personas adictas á nuestra causa y que, por consiguiente, nos merecian fe, se acordó que saliese para Carrizal el infrascrito á las 2 P. M., á poner esto en conocimiento del coronel Holley. Llegué á Carrizal á las 9 P. M., impuse al señor coronel de las noticias que habíamos obtenido, para cambiar el plan de ataque si lo tenía á bien, pero, habiendo encontrado tren listo en Carrizal, que el pueblo había quitado á las autoridades dictatoriales y que lo puso á las órdenes del coronel, resolvió éste hacer salir esa misma noche parte de su tropa á Punta Díaz y seguir por ese camino su marcha hacia Copiapó, mientras yo hacía otro tanto con mi división desde Caldera.

Zarpé á las doce de esta misma noche para Caldera con un andar de diez millas.

A las 7 A. M. se me avisó que se divisaban por la proa, á la altura del Morro de Copiapó y como á siete mil metros, los buques caza torpederos *Lynch* y *Condell*, con las cuales sostuve el combate de que por separado doi cuenta á US.

A las 9 A. M. entramos en Caldera, y después de imponernos de la inesperada pérdida del *Blanco*, se adoptaron las medidas necesarias para hacer llegar la noticia al conocimiento de la división naval estacionada en Carrizal.

En la tarde del mismo día se presentó una comisión de jóvenes y entusiastas paisanos de Copiapó, quienes nos anunciaron que el enemigo se había retirado al interior llevándose no pocos prisioneros entre los cuales se encuentra don Manuel A. Matta y el presbítero señor Cárter. La misma noche llego á Copiapó una locomotora que el enemigo dejó ahí por inútil y que fué alistada prontamente por el ingeniero señor Gordon, jefe de la maestranza de la estación de aquel pueblo.

En esta máquina salí al siguiente día hácia Copiapó á las 10 A. M. con dos compañías del batallón Esmeralda, al mando del comandante señor Larraín Alcalde.

El pueblo nos recibió en la estación y nos acompañó por las calles llenas de arcos de flores, dando las más inequívocas muestras del entusiasmo hacia nuestra causa, que era de esperarse de la histórica Atacama.

Restablecida la comunicación por ferrocarril hasta más hallá de Pabellón, estación situada á nueve leguas de Copiapó, envié hasta aquel punto dos compañías del Esmeralda, disponiéndome á seguir el mismo camino con el resto de las fuerzas tan pronto como el comandante Larraín me devolviera la máquina disponible desde el interior, lo que no hice porque el referido comandante, después de comunicarse por telégrafo con el coronel señor Holley, que venía por Chañarcillo, siguió hacia el interior por orden del mencionado jefe, notificándome que no se necesitaba mayor refuerzo y de que él debía juntarse con las fuerzas de caballería que iban de avanzada al mando del señor Boonen R.,

persiguiendo al enemigo que huía por Jorquera llevando una delantera que hacía imposible casi alcanzarlo, lo que más tarde resultó exacto.

Tres días después regresaron estas fuerzas, así como toda la división del señor Holley.

Entretanto, el infrascrito nombró Intendente interino de Atacama al señor Ruperto Álvarez, quien lo secundó activamente en los trabajos de enganche, colecta de armas y caballos, equipos y forraje dejado por el enemigo.

Decretada la formación del regimiento Atacama, los voluntarios afluian en crecido número con el mayor entusiasmo y estimo que antes de poco estará completa la dotación del nuevo cuerpo.

En el cuartel principal de Copiapó se encontraron algunas minas que fueron descubiertas por denuncios del vecindario así como tambien numerosas piezas de las máquinas del ferrocarril, dejadas ahí por el enemigo.

En el galpón de materias inflamables había saquetes pertenecientes á los fuertes de Caldera, los que hice transladar á ese puerto con el fin de utilizarlos.

El 7 del corriente á las 7 P. M. salimos de Caldera en convoy con el *Huáscar*, *Magallanes*, *Cachapoal* y *Bío-Bío*, conforme á las instrucciones recibidas.

Don Patricio Larraín A. se hizo cargo en mi reemplazo de la Comandancia General de Armas de Atacama, con el carácter de interino.

Atacamos en Chañaral á las 6 y media A. M. del

dia 8, dejamos allí víveres que con tal objeto llevábamos y seguimos rumbo á Taltal, donde llegamos á las 3 P. M. del mismo día, para dejar el fondeadero á las 6.30 P. M. después de cumplir nuestra comisión en aquel puerto é hicimos rumbo á Antofagasta en convoy con el resto de la escuadrilla.

Llegamos á este último puerto á las 8½ A. M. del día 9, salimos á las 5½ del mismo, y hemos arribado á este puerto á las 7.40 A. M. de hoy sin novedad.

No terminaré este parte sin hacer presente á US. los buenos servicios prestados por el secretario de la división don Cornelio Saavedra Rivera.

V. MERINO JARPA.

Al señor comandante en jefe de la Escuadra, señor don Jorje Montt

---

NÚMERO 14

El combate de Calderilla

Doy á US. por separado cuenta del combate habido el día 23 entre el transporte de mi mando *Aconcagua* y los torpederos *Lynch* y *Condell.*

A las 7 A. M. se me avisó que se divisaban por la proa, á la altura de Morro Copiapó, como á siete mil

metros, los buques ya nombrados: ordené inmediatamente poner la proa hacia ellos, tocar zafarrancho y aumentar el andar.

Cuando los tuve á cuatro mil metros, rompí los fuegos con los cañones de tiro rápido que luego me fueron contestados por ambos buques con suma rapidez y precipitación, pues más parecía, por lo nutrido, fuego de fusilería que de cañón. En el primer momento se abrieron como para tomarnos entre dos fuegos, pero luego desistieron de su intento, tal vez porque de esa manera me permitían aprovechar mi artillería por ambas bandas y se colocaron entonces los dos por la mura de babor. En este momento uno de ellos recibió una granada que le hizo escapar mucho humo y vapor, cubriéndolo por completo por espacio de dos minutos y habiendo, al parecer, desde ese momento disminuído su andar y quedádose atrás por la aleta de babor del *Aconcagua*, mientras el otro me seguía paralelamente á distancia de mil quinientos á dos mil metros.

No permitiéndome en esa posición utilizar toda mi artillería, incliné la proa del *Aconcagua* hacia él, pudiendo así dispararle los cañones de á trece. El torpedero aumentó entonces su andar y se retiró virando hacia fuera.

Continué haciendo fuego hasta que estuvo fuera de tiro. Me dirigí entonces al puerto, á donde tuve el sentimiento de encontrarme con la sensible noticia de la pérdida del *Blanco*, efectuada traidora y alevosamente por los mismos á quienes acababa de batir.

El combate se inició á las 7 A. M. y terminó á las 8.20 A. M. habiendo, durante este tiempo, disparado sin interrupción ciento noventa y siete cañonazos, de los cuales fueron siete con los de á trece y el resto de tiro rápido y algunos de ametralladoras Hotchkiss. El andar del *Aconcagua* durante el combate fué de once millas constantes.

De los 400 ó más disparos que le hizo el enemigo con sus cañones de fuego rápido, sólo ocho tocaron al buque en la obra muerta, ocasionando averías de muy poca consideración en el buque y personal.

Salieron cuatro heridos de poca gravedad: el contramaestre, un marinero y dos soldados del batallón Esmeralda, que se encontraban á bordo á cargo del equipo de su cuerpo.

Este encuentro ha dejado de relieve la idea que teníamos que las torpederas sólo son eficaces para un ataque sorpresivo y que no valen nada como buques de combate, como les habrá hecho meditar á los marinos dictatoriales ver que durante hora y media de reñido combate no ha obtenido ventaja alguna sobre un simple vapor mercante, transformado ahora en buque de guerra sólo por habérsele colocado algunos cañones de poco calibre, lo que hace ver que el día que se encuentren con alguno de nuestros buques de guerra que pueda obligar á combatir, están perdidas.

No terminaré este parte sin cumplir con el deber de recomendar á la consideración de US. el digno comportamiento del teniente 2.º señor Luis G. López,

quien durante el combate hizo certeros disparos al enemigo, lo mismo que el guardia marina señor Alfredo Sanhueza y condestable 1.º Romaní Silva.

Fuí también eficazmente secundado por el capitán señor Tobías Gerken y primer piloto señor Sabugo.

Merece una mención especial mi ayudante, capitán señor Alfredo Irarrázaval Z., que con entusiasmo y serenidad transmitió todas las órdenes que impartí durante el combate.

V. MERINO JARPA

Al Señor comandante en jefe de la Escuadra, señor don Jorje Mott.

NÚMERO 15

Parte oficial del coronel Canto sobre las últimas operaciones del Ejército Constitucional

Señor Ministro de la Guerra:

Paso á dar cuenta á US. de las operaciones militares llevadas á cabo por el ejército constitucional, bajo mis órdenes, durante la campaña de ocho días que principió el 20 de agosto próximo pasado con el desembarco de las fuerzas expedicionarias en el puerto de Quintero y subsiguiente victoria de Concón, y terminó con la victoria de la Placilla y ocupación de Valparaíso, dando por final resultado el derrocamiento de la Dic-

tadura, entronizada en Chile el día 1.º de enero del presente año y el feliz restablecimiento del orden legal y constitucional de la República.

En cuanto á los detalles circunstanciados de aquellas operaciones; US. los encontrará minuciosamente explicados en el prolijo y luminoso parte adjunto del Estado Mayor General y en los planos anexos al mismo.

I

Se sabe cómo se pasaron los primeros meses del año en aquella ruda y porfiada lucha que terminó en Pozo Almonte y dió por resultado la posesión de la provincia de Tarapacá y la subsiguiente ocupación de las provincias de Antofagasta, de Tacna y de Atacama, por nuestras fuerzas. Por eso, sólo á mediados de mayo pudo emprenderse la formal organización del ejército constitucional, improvisado en el norte y destinado á operar en el centro de la República, centro también del poder dictatorial, sin embargo de que aquella organización no pudo eficazmente acelerarse y completarse sino cuando la feliz llegada del trasporte *Maipo* llevó á Iquique armas y municiones, de que carecía. mos, en los primeros días de julio, con los que los preparativos de la expedición entraron en un período de grande actividad.

Fué una fortuna para la causa constitucional la incorporación en nuestro ejército del ilustrado profesor de nuestra Academia de guerra y Escuela Militar, don

Emilio Körner, hacia mediados de mayo. Con el modesto título de secretario del Estado Mayor General, asimilado al empleo de coronel, desempeñó en realidad el señor Körner, desde aquella época hasta el final de la campaña, las funciones propias de jefe del Estado Mayor General

Con sus vastos conocimientos militares y con su incansable laboriosidad, fue el señor Körner un poderoso auxiliar, que prestó muy distinguidos servicios á la buena y rápida organización de nuestro ejército y á su conveniente disciplina. Él mismo dió en Iqüique y en Copiapó, á los señores jefes y oficiales interesantes conferencias sobre diversas materias del arte militar, y bajo su dirección, se hicieron diagramas para la mejor comprensión del orden disperso de combate, cuya enseñanza se había implantado en nuestro ejército, según una cartilla desprovista de láminas, y se levantaron cartas de los puertos y de las regiones que podían ser teatro de nuestras futuras operaciones.

Iniciado, por fin, desde Iquique, el movimiento de las diversas brigadas y completado en lo posible el reclutamiento en la provincia de Atacama, se embarcaron aquéllas en los puertos de Caldera y de Huasco, en la forma y tiempo indicados en el parte del Estado Mayor General.

A los cuatro días de feliz navegación, arribó la expedición al puerto de Quintero en la mañana del 20 de agosto y el mismo día, con rapidez verdaderamente notable, atendida la deficiencia de nuestros elementos

de desembarque, tomó allí tierra el ejército expedicionario, fuerte de 9,284 hombres.

Cabe observar en esta parte que, ni durante aquel día en Quintero, ni durante la marcha subsiguiente hasta las márgenes del río Aconcagua, tuvimos noticia alguna autorizada que nos permitiera conocer el número ó la situación del enemigo, ignorándose si, mediante la prevenida cortadura de telégrafos y ferrocarriles, se habría ó nó impedido la concentración en nuestra contra de diversas divisiones del ejército dictatorial. Todo lo que sobre éste supimos, fué que fuerzas militares, más ó menos considerables, se divisaban en las alturas que dominan el Aconcagua por el sur, noticia vagamente comunicada en Quintero por ignorantes campesinos de aquellas localidades. Debimos, sin embargo, presumir que aquella concentración se efectuaría en gran parte, pues la oficina telegráfica en aquel puerto funcionó hasta el momento en que la escuadra se puso á la vista, lo que permitía creer que telégrafos y ferrocarriles se mantenían corrientes, y que, á lo menos, las divisiones dictatoriales de Valparaíso y de Santiago, noticiadas instantáneamente de nuestro desembarque, no dejarían de operar su inmediata reunión, que fué lo que sucedió.

Á medida que desembarcaban nuestras brigadas, se organizaban en la ribera é inmediatamente se ponían en marcha, conforme á la orden que al efecto dí.

El plan de operaciones expuesto en el parte del Estado Mayor separaba una de otra las brigadas más de

lo conveniente, á mi juicio, para que, en caso necesario, pudieran mutuamente protegerse. Aquel plan era sin duda perfectamente estratégico calculado para grandes masas de ejércitos, respecto de las cuales poco significan relativamente las distancias, pudiendo una gruesa división de 100,000 hombres por ejemplo, detener por dos ó tres días á un ejército tres veces mas numeroso, al paso que 3,000 no podrían intentar detener á 9,000 sin exponerse á un probable fracaso.

Por eso, creí inaplicable aquel plan á nuestras circunstancias, y por lo mismo. ordené que desde Quintero nuestras brigadas marcharan hacia el sur, como marcharon, guardando las convenientes distancias, en la forma siguiente:

La 1.ª, á las órdenes del teniente coronel don J. Aníbal Frías, tomó el camino de la costa, protegida por la escuadra, para pasar el río Aconcagua por el vado vecino á su desembocadura, en Concón Bajo. La 2.ª, á las órdenes del coronel don Salvador Vergara, y la 3.ª, á las del teniente coronel don Enrique del Canto, siguieron escalonadas, á un kilómetro de distancia entre ambas, el camino que conduce á Colmo para cruzar en ese punto el río por el vado de Concón Alto.

Fué una circunstancia afortunada, que debía influir en el feliz éxito de la próximo batalla, la de haberse extraviado en la marcha nocturna dos cuerpos de la 3.ª brigada, los cuales, en vez de seguir el camino de Colmo, siguieron el de la costa y fueron así á reforzar las

fuerzas de la 1.ª brigada, destinadas á iniciar y sostener el combate en la mañana siguiente.

La presencia del enemigo al sur del río, detuvo, al norte de éste, la marcha de nuestras tropas.

II

Corre en esa parte el Aconcagua por entre dos cadenas de cerros de 150 á 200 metros de altura, que dejan entre sí un estrecho y descubierto valle de 600 á 800 metros de ancho.

En la mañana del 21 de agosto, el ejército dictatorial aparecía ocupando las alturas meridionales, desde las cuales dominaba el valle, y extendía sus posiciones formando una línea como de cuatro kilómetros, entre Concón Alto, frente á Colmo, y Concón Bajo, cerca del mar. Según cálculos, confirmados posteriormente, contaba con cinco regimientos de línea de 1,000 plazas cada uno, y con diez batallones de guardias nacionales movilizados de 500 plazas cada uno, fuera de caballería y artillería, entre las cuales habría mas de 1,500 hombres, con lo que el ejército enemigo pasaba de 11 mil soldados, bien armados, bien pertrechados, con poderosa artillería de campaña y de montaña, con ametralladoras y con numerosa y descansada caballería.

Las fuerzas constitucionales, que ocuparon las alturas de la margen septentrional del río, solo alcazaban, como he dicho, á 9,284 hombres, muchos de los cuales

se habían incorporado en los quince días que precedieron á la expedición, careciendo, por lo tanto, de toda preparación militar. Estaban todos casi rendidos por el sueño y el cansancio, después de una noche de marcha forzada de más de 25 kilómetros, y carecian también de recursos á la mano, como que la falta de vehículos y de bestias de carga había hecho dejar atrás en Quintero, parque y bagajes. De artillería, sólo teníamos pocas piezas de montaña y no más de seis ametralladoras sacadas de la escuadra, al mando de un teniente 1.º de la armada.

En tales condiciones, era aventurado por nuestra parte emprender el ataque de las excelentes posiciones elegidas por el enemigo, para lo cual, era además forzoso cruzar el correntoso río con el agua á la cintura ó al pecho de nuestros soldados; bajo el fuego de la fusilería dictatorial, atravesar de este modo al descubierto el valle, y trepar en seguida, de frente y por los flancos, las alturas coronadas por el enemigo.

Sin embargo era preciso hacerlo. Atendidos el tiempo y la estación, era de temerse una lluvia. Para hombres sin abrigo ni amparo posibles, aclimatados á los calores y la sequedad del norte, una lluvia de algunas horas habría sido desastrosa; á lo cual se agregaría, en caso de permanecer en nuestras posiciones, la falta de rancho, pues las provisiones habían quedado á bordo en Quintero, después de dar allí á cada hombre una doble racion de víveres secos. Finalmente, la paralización en aquel punto haría indefectiblemente decaer el

espíritu y la energía moral de los entusiastas soldados constitucionales, notando que sus jefes parecían arredrados á la primera vista del enemigo.

En estas circunstancias, rotos ya desde temprano por una y otra parte, al través del valle, los fuegos de artillería, llegó á las alturas de Colmo, donde estaban nuestra ala izquierda y el Cuartel General, como á las 10 A. M., uno de los ayudantes del Estado Mayor, y me comunicó que la 1.ª brigada, cerca de la costa, se hallaba sustraída á la vista del enemigo, teniendo al frente un excelente vado, que permitía pasar por allí el río con relativa facilidad.

En consecuencia, ordené que el coronel Körner reconociera la posición de aquella 1.ª brigada y atacara con ella si era posible, el flanco izquierdo del enemigo, pasando al efecto el río por Concón Bajo. En tal caso, debería yo pasarlo por Concón Alto y atacar con las otras dos brigadas, de frente, el ala derecha del ejército dictatorial.

Serían las 11.30 A. M. cuando sentí, lejos, á nuestra derecha, la ruptura de los fuegos de infantería; lo que me reveló que ya había emprendido el ataque la 1.ª brigada por el flanco izquierdo enemigo, cosa que no tardó en ratificarme la llegada del distinguido ayudante del Cuartel General don Juan Antonio Orrego González, quien, de orden mía, se había dirigido á las posiciones de aquella brigada, con encargo de traerme oportuno aviso del ataque concertado. La batalla de Concón había principiado.

Á dicha hora, el coronel Vergara que ya ocupaba con su 2.ª brigada posiciones convenientes hacia nuestra izquierda, ordenó que el regimiento Chañaral atravesara el río por donde pareciera más fácil, y avanzara, inclinándose á la derecha para servir de contacto á la 1.ª brigada y poder reforzarla en caso necesario. En consecuencia, dirigido por el mismo señor coronel Vergara, pasó el Chañaral el río por el vado de Verdejo. Los otros cuerpos de la misma brigada recibieron la orden de pasarlo en las proximidades, por donde fuera más conveniente, cuidando de evitar, en lo posible, los nutridos fuegos del enemigo. Hiciéronlo así el regimiento Valparaíso y el batallón Huasco, por el vado situado á la izquierda, frente á Colmo, no haciendo lo mismo desde luego el regimiento Atacama porque, según me lo representó su comandante, tenía orden del jefe de la brigada para cruzar el río por el mismo punto en que lo había cruzado el Chañaral; pero, como este punto quedaba demasiado distante hacia la derecha, y no podía por lo mismo, cumplirse aquella orden con seguros buenos resultados, dispuse que el Atacama cruzara tambien el río por el vado de Colmo.

Á ese tiempo, la batalla se había hecho general, aunque por nuestra parte la sostenían, solas, la 1.ª y la 2.ª brigadas, viniendo todavía la 3.ª en camino de Quintero. Para que forzara su marcha y acelerara principalmente la de los batallones números 1 y 3 de artillería, despaché diversos emisarios. Con efecto, no tardaron mucho en llegar á Colmo aquellos dos batallones, los

cuales unidos al número 2 de artillería, que desde la mañana hacía fuego en conveniente posición, protegieron la infantería en el paso del río auxiliados en parte por algunas ametralladoras de la sección de marina.

No faltaron en aquellas difíciles circunstancias momentos de indecisión por parte de nuestras tropas, que, cruzando penosamente el río y el valle, bajo el nutridísimo fuego de la infantería enemiga, se vieron dos ó tres veces detenidas en sus renovados intentos de avances sobre las casi inexpugnables posiciones de aquella. Por otra parte, al paso que, según pudo notarse, las tropas dictatoriales, con su parque á la mano, se amunicionaron varias veces, arreciando otras tantas sus fuegos, sucedió que las municiones comenzaron á escasear á las nuestras.

La situación llegó á hacerse crítica, pero no duró mucho así. Las municiones de los que caían eran recogidas y distribuidas entre los combatientes. La llegada de los últimos cuerpos de la 3.ª brigada y su vigorosa entrada en acción por nuestra izquierda, coincidieron felizmente con el oportuno y atrevido avance de lo 1.ª brigada y demás tropas que, dirigidas por el valeroso coronel Körner, atacaban el flanco izquierdo enemigo y lo arrollaban sobre la derecha del mismo, auxiliadas aquéllas oportuna y eficazmente por certeros disparos de la escuadra.

Aquella feliz combinación modificó la situación, tornándola francamente favorable á nuestra parte. Las ventajosas posiciones que con toda energía tomaron en

la altura dos compañías del regimiento Esmeralda hasta dominar el flanco derecho dictatorial, y el vigoroso impulso desplegado por nuestras tropas en sus dos alas, decidieron la suerte de la jornada.

A las 4 P. M, después de cuatro horas y media de porfiado combate, el enemigo, totalmente derrotado, huyó en completa dispersión, dejando el campo sembrado de muertos y heridos, y abandonadas en él su artillería y gran cantidad de armas y municiones.

Nuestra caballería persiguió á los fugitivos: los escuadrones Libertad y Carabineros, por nuestra izquierda; los Guías y Lanceros, por nuestra derecha.

En el número de prisioneros, sin contar oficiales y jefes, pasó de 1,500, los más de los cuales solicitaron y obtuvieron su ingreso á los cuerpos de nuestro ejército, protestando que solo la violencia y la fuerza habían podido obligarlos á formar en las filas dictatoriales.

No ha sido posible obtener datos precisos acerca del número de bajas del enemigo en la batalla de Concon; pero, según cálculos aproximados y con referencia sólo á individuos de tropa, puede estimarse aquél en cerca de 1,700, distribuidos, más ó menos, por mitades entre muertos y heridos. Para calcular la inmensidad del desastre, baste decir que, según fidedignas informaciones posteriores, de los restos deshechos de aquel soberbio ejército dictatorial de 11,000 ó más soldados, sus vencidos generales, Barbosa y Alcérreca, apenas pudieron reunir como 3,000.

Aquella espléndida victoria nos ocasionó sensibles pérdidas, si bien inferiores á las del enemigo, y muy inferiores á las que debían naturalmente esperarse, atendidas las desventajosas condiciones en que, por nuestra parte, se empeñó y se sostuvo la batalla. Muertos tuvimos: 2 jefes, 17 oficiales y 197 individuos de tropa. Heridos: 4 jefes, 45 oficiales y 482 de tropa. Desaparecidos: 122 de tropa, de los cuales muchos fueron, sin duda, los ahogados en los pasos del río. Total de bajas del ejército constitucional: 869.

III

Tal fué la brillante victoria de Concón. Si al día siguiente no llegó el vencedor hasta entrar á Valparaíso, ello se debió á la falta de municiones, principalmente para los cuerpes armados de fusil Mannlicher, los cuales no tenían más de diez tiros por hombre; falta desgraciadamente insubsanable por el momento, pues el parque no pudo, como antes he dicho, acompañar al ejército.

Dejando á los cirujanos de cuerpos y ambulancias y á los capellanes continuar prestando en Concón sus humanitarios servicios á los heridos de uno y otro ejército, avanzó el constitucional como 10 kilómetros en dirección á Viña del Mar, puerta de Valparaíso, y á medio día del 22 de agosto acampó en el lugar de Reñaca, á fin de reorganizar sus unidades, de dar á la tropa algún descanso y alimento, que harto necesitaba;

y de esperar que llegasen las municiones pedidas á Quintero, sin las cuales era de todo punto imposible el avance sobre Valparaíso.

Provisto por fin el ejército de municiones, aunque no muy abundantes, despachadas de á bordo de la escuadra por la caleta de Concón, se dispuso que se atacaría á Viña del Mar y á los fuertes que defienden á Valparaíso por esa parte, hasta ocupar aquella plaza. El ataque debía emprenderse al amanecer del día 23, para lo cual se había reconocido la posición que tomaría la artillería y señalado la dirección que debían llevar la 2.ª y la 3.ª brigadas, encargadas de atacar sucesivamente.

Sucedió que, durante toda la noche del 22 al 23, se sintió en Reñaca continuo movimiento de trenes del lado de Viña del Mar, y que, al amanecer del 23, pudieron en su marcha los jefes de aquellas brigadas convencerse de que aquellos trenes conducían numerosos cuerpos de tropas dictatoriales, que iban tomando, y muchos habían tomado ya, excelentes posiciones sobre las alturas situadas á la espalda de Viña del Mar.

Se sabe que esos cuerpos formaban la división dictatorial de Concepción, aumentada con otros de los puntos intermedios. Los telégrafos y los ferrocarriles, perfectamente corrientes en toda su extensión, desde Talcahuano hasta Valparaíso, habían permitido á la dictadura concentrar, en menos de 40 horas, un nuevo ejército, más numeroso que el vencido en Concon.

Los jefes de la 2.ª y de la 3.ª brigadas, ante aquella

imprevista y difícil situación, resolvieron de común acuerdo, no emprender el ataque ordenado, dando cuenta de lo ocurrido, resolución que hubo de ser aprobada.

No era ya posible, con efecto, el ataque por aquella parte. Á las dificultades nacidas del número y posiciones del enemigo, no bien conocidos, se agregaban las circunstancias de que, para llegar al objetivo, era forzoso pasar sobre la población de Viña del Mar, tomar los fuertes vecinos y penetrar en Valparaíso violentamente. Sobre ser todo ello no poco peligroso para nuestras armas, sería en todo caso desastroso para aquellas ciudades, como que son sabidos é inevitables los funestos efectos que, para la disciplina y moralidad de un ejército y para la seguridad de las poblaciones, produce la ocupación de éstas á viva fuerza ó luego después de una batalla dada en sus cercanías; y nosotros no podíamos olvidar que Viña del Mar y Valparaíso son ciudades chilenas!

En consecuencia, después de un estéril cañoneo á la vista y por encima de la población de Viña del Mar, entre nuestra artillería y la artillería del ejército enemigo en combinación con la del fuerte Callao, y de otro cañoneo, igualmente estéril, entre los fuertes del norte de Valparaíso y algunos buques de la escuadra, en la cual se creía con eso cooperar al ataque dispuesto para el 23, nuestro ejército, no poco desalentado, volvió en la tarde de ese día al campamento de la Reñaca.

No era conveniente ni posible permanecer allí más

tiempo en la inacción. Para proveer de víveres y de recursos al ejército y para interrumpir la comunicación por ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, interponiéndonos entre ambas ciudades, resolví ocupar al día siguiente la población de Quilpué, lo que se ejecutó.

Tenía este movimiento el inconveniente notorio de apartarnos del contacto con la escuadra, base hasta entonces de nuestras operaciones y recursos, y amparo en caso de una posible retirada; pero tenía también la incuestionable ventaja de inducir al enemigo á dejar sus inexpugnables posiciones de Viña del Mar, sea que se moviera en persecución de nuestro ejército hacia Quilpué, temoroso de nuestra posible marcha contra la desguarnecida capital, sea que forzosamente se moviera para cerrarnos en la Placilla el camino de Valparaíso, si llegábamos á tomar esa dirección. En el primer evento, lo esperaríamos en ventajosas posiciones; en todo caso, evitaríamos las horrorosas consecuencias de una batalla dada en las vecindades ó en las calles de aquella ciudad.

Cortada la línea férrea en el puente de las Cucharas, entre Viña del Mar y Quilpué, y ocupada esta población el 24 de agosto, el ejército permaneció en ella todo el día siguiente, detenido con motivo de un reconocimiento enviado hacia Limache y de una lluvia que cayó en la tarde y en las primeras horas de la noche.

En Quilpué dejé definitivamente desechado el proyectado ataque por Viña del Mar, y después de madura

deliberación adopté un plan de operaciones según el cual marcharía el ejército desde Quilpué hacia el sur por el camino de Marga-Marga hasta la hacienda de las Palmas, y tomaría en seguida hacia el poniente el camino de las Cadenas hasta llegar al llano de Peñuelas y lugar de la Placilla, por donde va el antiguo camino que por el Alto del Puerto conduce á Valparaíso, á espaldas de los cerros de Viña del Mar.

En ejecución de este plan, abandonamos á Quilpué al amanecer del 26 de agosto, y á medio día, acampamos en las Palmas, donde se nos incorporó el escuadrón de Húsares, escapado de la guarnición dictatorial de Limache, con 14 jefes y oficiales y 310 hombres de tropa, al mando del sargento mayor don Tulio Padilla.

En la tarde de aquel día, tomadas las convenientes medidas de seguridad, emprendimos la marcha hacia las Cadenas, calculando que la batalla se daría en la mañana siguiente; pero llegó luego la noche, fría y tenebrosa: en medio de la oscuridad, tenían nuestros soldados que marchar silenciosamente, por senderos boscosos y quebrados, cruzando arroyos y terrenos cenagosos. Rendidos de sueño y de fatiga muchos quedaron rezagados, dormidos entre los árboles. Fué aquella la marcha más penosa de toda la campaña. Ella nos obligó á postergar un día más la batalla.

Sin embargo, durante esa triste noche, nuestra caballería, á las órdenes del comandante don Rodolfo Ovalle, sorprendió una partida del regimiento dictatorial de Cazadores á caballo compuesta de 75 hombres,

á quienes hizo prisioneros. Con excepción de 12 ó 14, todos los demás solicitaron y obtuvieron su incorporación al ejército constitucional.

El día 27 se acampó en las Cadenas, donde fueron reincorporándose los rezagados de la noche precedente, y donde todos comieron y durmieron.

Los ánimos se habían recobrado y el entusiasmo renacido con la expectativa de la batalla que, á la mañana siguiente, se daría indefectiblemente en los vecinos campos de la Placilla, á diez kilómetros de distancia.

En las alturas de aquélla, había la víspera elegido el enemigo posiciones inmejorables, después de abandonar las que antes ocupaba sobre Viña del Mar.

IV

Cierra por el norte el llano de Peñuela un cordón de cerros con algunos contrafuertes de aguda cresta, en forma de cuchilla, que cruzan hacia el sur, bajando hasta perderse en el ocaso. Al pie de aquellos cerros están las casas de la Placilla, y, por el lado de éstas, sube en dirección al noroeste el antiguo camino carretero que de Santiago conduce al alto del Puerto y á Valparaíso.

En las alturas de aquellos cerros, con frente al sur, y abarcando un espacio de tres á cuatro kilómetros, extendia su línea de combate el ejército dictatorial, á uno y á otro lado del indicado camino carretero. Al

oriente de éste, sus posiciones dominaban una serie de boscosas quebradas de difícil atravieso. Un poco al poniente del mismo, la derecha enemiga ocupaba la parte superior de uno de los expresados contrafuertes por cuya cresta ó cuchilla se dibuja otro camino, más angosto y menos traficado que el anteriormente indicado.

Según informaciones fidedignas obtenidas en Reñaca y confirmadas en Quilpué por una comisión de distinguidos caballeros, que allí contaron prolijamente el número de carros con tropas que pasaban en cada tren y el número de hombres que contenía cada carro, puede establecerse que el ejército dictatorial reunido en las alturas de la Placilla no bajaba de 14,000 hombres.

El ejército constitucional, que iba á atacarlo en las ventajosas posiciones descritas, no pasaba de 10,000, tomadas en cuentas las bajas de Concón y las incorporaciones de dictatoriales verificadas después de aquella batalla y en las Palmas.

Reconocidas el 27 de agosto las posiciones enemigas, provoqué una reunión de nuestros jefes de brigadas y comandantes de cuerpos, la cual tuvo lugar aquel día, entre siete y ocho de la noche, en la casa de las Cadenas, con el objeto de concertar el plan de ataque.

Expuse en dicha reunión que, atendidas las fuerzas y posiciones del enemigo, conocidas de los asistentes, según lo declararon, creía yo que el ataque debía dirigirse por la cuchilla del cerro situado al poniente del

camino principal, sobre la derecha dictatorial, cuchilla que consideraba espugnable y era para mí la llave de las posiciones enemigas; que, á mi juicio, las fuerzas de la izquierda enemiga, situada hacia el oriente del mismo camino, podían considerarse inutilizadas ó perdidas si lográbamos formar las posición de la referida cuchilla, pues dichas fuerzas, atendida la naturaleza del terreno quebrado que ocupaban, no podrían oportuna y eficazmente avanzar ni proteger con sus fuegos su flanco derecho, cabeza de su línea geneal de combate; que el ataque, así dirigido, decía ser ejecutado por dos brigadas, escalonadas á unos 500 metros de distancia, quedando la otra al cuidado de la artillería y como reserva, para emplearla en caso necesario; por último observé que era preciso no olvidar que nuestra infantería solo disponía de 150 tiros por plaza, lo cual, aconsejaba llevar el ataque con la mayor rapidez y la mayor enerjía posibles, de manera que los fuegos de infantería se rompiesen á no más de 300 á 400 metros, siendo conocida la propensión del soldado á no estrechar las distancias y á gastar de léjos gran cantidad de municiones cuando se ve protejido por cualquier accidente del terreno.

Tal fué el plan de ataque sometido por mí á la consideración de los jefes asistentes á la expresada reunión, sobre el cual abrí discusión á fin de que cada uno hiciera presentes las observaciones que pudiera sugerirle.

Todos estuvieron conformes en considerar dicho

plan como el más conveniente, con lo cual dispuse que se llevara á efecto en todas sus partes. Seguidamente indiqué al jefe de Estado Mayor, coronel Körner, que procediese á desarrollar el plan, esto es á señalar el respectivo rol de las brigadas, lo que aquél hizo gráficamente, diseñando con carbón sobre el suelo mismo de la sala de reunión las posiciones del enemigo y la marcha que deberían ejecutar cada una de las brigadas y cada uno de los cuerpos de nuestro ejército en el ataque acordado.

Entre 4 y 5 de la mañana del viernes 28 de agosto, el ejército constitucional dejó su campamento de las Cadenas y marchó á tomar sus posiciones de combate. Á las 7.30 A. M. el enemigo rompió, desde las alturas del norte, sus fuegos de artillería sobre nuestros cuerpos que avanzaban por el llano de Peñuelas, fuegos que no tardó en contestar nuestra artillería, una vez colocada en sus posiciones. Á poco rato, se rompieron por una y por otra parte los fuegos de infantería y el combate se hizo general.

En la orden del día se había indicado que el Cuartel General ocuparía en la batalla las posiciones correspondientes á la 3.ª brigada destinada á reserva; pero, luego noté que la 1.ª, encargada de llevar el ataque sobre la derecha enemiga por la cuchilla de cerro situada al poniente del camino carretero, lo hacía desviándose hacia la izquierda dictatorial, mientras que la 2.ª, encargada de marchar á 500 metros á retaguardia de la 1.ª, llevaba su verdadera dirección sobre aque-

lla cuchilla, exceptuado el regimiento Atacama, que se cargó demasiado á nuestra izquierda.

En vista de ello, llevé hacia el poniente la colocación del Cuartel General y fuí á situarme frente á la derecha enemiga, en una altura, desde la cual despaché sucesivamente á diversos ayudantes con órdenes reiteradas para que la 3.ª brigada de reserva enviase refuersos á la 2.ª, que era la única que atacaba al objetivo, ó sea, la indicada cuchilla ocupada por la derecha dictatorial, de donde ésta hacía vivísimos fuegos de artillería y de infantería.

Los ayudantes regresaban anunciándome que la 3.ª brigada ó reserva había también empeñado combate por la misma parte que la 1.ª, bajo la dirección del coronel Körner, sobre la izquierda enemiga, lo que importaba una alteración del plan general adoptado.

Sin refuerzos oportunos, los cuerpos de la 2.ª brigada que atacaban el objetivo comenzaron á encontrarse en serias dificultades: les era imposible continuar avanzando, al paso que, según podía notarse, el enemigo reforzaba su posición, haciendo visibles preparativos para rechazarnos por esa parte.

En tal situación, que comenzaba á hacerse crítica, sin reserva de infantería que poder oportunamente enviar en auxilio de aquella 2.ª brigada, resolví emplear con ese objeto la caballería, á riesgo de resultar ésta sacrificada, extraordinaria medida que, lo reconozco, solamente circunstancias extremas pueden aconsejar.

Ordené, pues, que los escuadrones de Húsares Cons-

titucionales, Guías y Lanceros, á las órdenes de sus respectivos comandantes, Padilla, Solar y Vergara avanzaran rápidamente á reforzar á nuestros infantes, subieran á la altura por la cuchilla tantas veces indicada y atacaran en ella al enemigo con energía suprema. Ordené á la vez que los escuadrones Libertad, Granaderos y Carabineros siguieran en refuerzo.

No hubo necesidad de ésto. Los tres primeros escuadrones nombrados, al galope de sus caballos, cruzaron el llano y remontaron la cuchilla, cayendo, sable en mano, sobre el enemigo, con bizarría y denuedo verdaderamente extraordinario.

Esa audaz carga de caballería decidió la suerte de la batalla. Fué un recio golpe en la cabeza. De los defensores de aquella terrible posición, los que no cayeron bajo el sable, huyero desconcertados y deshechos. Entre los cadáveres aparecieron los de los generales dictatoriales don Orozimbo Barbosa y don José Miguel Alcérreca.

Poco después, á las 10.30 A. M., la derrota se había pronunciado en toda la línea. El ejército dictatorial huyó, poseído de espanto, y se deshizo para no rehacerse jamás.

Las bajas en esta batalla fueron mucho mayores que en la de Concón: llegaron á 5,000 y más, entre muertos y heridos de una y otra parte, en la forma y siguiente.

Constitucionales.— Muertos; 4 jefes, 18 oficiales y 463 individuos de tropa. Heridos: 8 jefes, 75 oficiales

y 1,041 de tropa. Desaparecidos de tropa: 191. Total: 1,800.

Dictatoriales.— Muertos: 941 individuos de tropa. Heridos de id.: 2,422. Total: 3,343.

No ha sido posible precisar el número de jefes y oficiales dictatoriales muertos y heridos en la Placilla.

Dos horas después de la batalla, nuestros cuerpos, ya reorganizados en el Alto del Puerto, descendieron á Valparaíso, cuya plaza, fuertes y cuarteles ocuparon sin resistencia en medio de las aclamaciones populares.

V

Componíase el cuartel general en campaña del siguiente personal: secretario, don Gaspar Toro; auditor de guerra, don Abraham Köning; capellán mayor, don Francisco Lisboa; ayudantes, los sargentos mayores don Gustavo Adolfo Holley, don Juan de Dios Olivares y don José María Barahona y los capitanes don Nemesio Dávila Baeza y don Juan Antonio Orrego González.

Agregados al personal de planta: el teniente coronel don Sinforoso Ledesma, el sargento mayor don Julio B. Sanhueza y capitán don Alfredo Irarrázaval Zañartu. Antes de la Placilla, fué también agregado como ayudante el sargento mayor don Miguel A. Padilla.

El sargento mayor don Guillermo S. Toro, agregado igualmente al cuartel general, pasó en la batalla de

Concón al regimiento Atacama y allí murió combatiendo valerosamente.

Al enumerar aquí á los componentes del Cuartel General, me complazco en declarar que todos ellos cumplieron dignamente sus deberes, así mis ayudantes como los señores secretarios, auditor y capellán mencionados, los cuales desempeñaron también las funciones de verdaderos ayudantes, transmitiendo mis órdenes á los jefes de brigadas y de cuerpos durante las batallas.

Si á algunos debiera mencionar particularmente sería al capellán don Francisco Lisboa y capitán don Juan Antonio Orrego González, cuya actividad y cuyo celo se distinguieron, antes de la campaña, en la preparación del equipo del ejército, y durante la campaña, en importantes y variados servicios.

No necesito encarecer aquí, por haberlo ya hecho en el cuerpo de este parte, las revelantes cualidades de actividad, de pericia y de valor que tanto enaltecen al jefe del Estado Mayor, coronel don Emilio Körner. Sus distinguidos servicios y su abnegada consagración á la causa constitucional, lo hacen digno de señalados merecimientoss y lo recomiendan á la consideración del Supremo Gobierno y á la consideración de los chilenos.

Cúmpleme también recomendar particularmente á los señores jefes de brigadas y comandantes de cuerpos. Todos ellos cumplieron su deber con inteligencia y bizarría, haciéndose dignos de la confianza depositada en ellos y del honor que han alcanzado.

No terminaré este parte sin hacer especial mención del coronel don Adolfo Holley y del señor don Joaquín Walker Martínez. Uno y otro abandonaron en Iquique las funciones que allí desempeñaban respectivamente de Ministros de Guerra y de Hacienda, ante la Excma. Junta de Gobierno. Uno y otro quisieron compartir los riesgos y las penalidades de la campaña, formando parte de la expedición y prestando su cooperación en ella.

Tocó al señor Holley después de la ocupación de Valparaíso, la tarea de ir á ocupar la provincia de Coquimbo y disolver las numerosas fuerzas dictatoriales que allí había, lo que llevó afortunadamente á cabo sin efusión de sangre.

El señor Walker Martínez acompañó al cuartel general en las batallas de Concón y de la Placilla, apresurándose en ésta á transmitir una orden, por espontaneidad suya, que no por pedido mío.

Con el corazón profundamente contristado evoco aquí el recuerdo de los señores jefes, oficiales y soldados que en Concón y en la Placilla rindieron sus preciosas vidas en defensa de nuestras instituciones, dejando en mísera orfandad á sus desconsoladas familias. Invoco ese triste recuerdo, fiado, señor Ministro, en que habréis de interceder en favor de los deudos queridos de aquellos ilustres muertos, á fin de que en todo tiempo y con liberalidad reciban de los representantes de la nación la merecida recompensa que la nación les debe,

Fío igualmente en que tampoco faltarán la protección y el auxilio á que tienen derecho los que aun sufren de dolorosas heridas y los que, á consecuencia de éstas han quedado inválidos para el resto de sus días. El amparo de la ley debe alcanzar hasta ellos de modo que jamás puedan con razón lamentar su suerte y el día que concurrieron á verter su sangre generosa en servicio de la República.

VI

En la noche misma que se siguió á la victoria de la Placilla, el dictador don José Manuel Balmaceda abandonó en Santiago el palacio de la Moneda para esconderse en ignorado asilo, donde, tres semanas más tarde, él mismo había de poner fin á su atormentada vida.

A la ocupación de Valparaíso se siguió la de la capital, donde en la tarde del 31 de agosto hicieron su entrada el Gobierno Provisional y el Cuartel General. Toda la República quedó en pocos días pacificada y sometida á las nuevas autoridades, encargadas de restablecer en ella el orden constitucional.

Antes de terminar, séame permitido señor Ministro, hacer votos por que jamás el patriotismo chileno vuelva á verse en la dolorosa pero imprescindible necesidad en que se ha visto, de hacer cruenta guerra á un tirano para poder todos gozar los bendecidos frutos de la paz y de las libertades públicas.

Que la cruel experiencia de lo pasado aproveche en

lo futuro y lleve á todos el profundo convencimiento de que nada ni nadie podrá en Chile sobreponerse al derecho y á la ley, bien representados por la voluntad nacional. Son ellos los que deciden del triunfo. Porque, si las últimas victorias se han debido á la pujanza del ejército constitucional, su pujanza se ha debido, sin duda, á estar él compuesto de abnegados patriotas, defensores voluntarios y entusiastas de la causa del derecho y de la libertad; al paso que sus adversarios eran hombres forzados, inconscientes ó sobornados, puestos al servicio de la tiranía.

La opinión nacional, que contrariaba á los últimos y quebrantaba sus ánimos, comunicaba á los primeros aquella invencible energía moral que los impulsó á las corrientes del Aconcagua y á las alturas de Concón y la Placilla.

La causa era nacional: el triunfo corresponde á la nación.

Santiago, á 15 de diciembre de 1891.

E. DEL CANTO

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

DUE FEB 3 1990

NOV 28 9

NOV 28 1939

DEC -2 1939

DEC 14 1939

SA 8539.6
La revolucion chilena
Widener Library
005510527
3 2044 080 519 143